

CONDE
DOMINACION
DE LOS ARABES
EN ESPAÑA

3BR 175 (1)
 (2)

AECID-BH

BH000000181010





49110134
5/12/15

3BR - 175

9 (Ab: = 927)

Con

~~OC 1678~~

3R 4854-1

HISTORIA

DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA

DE CATALUÑA

EN TIEMPO DE FELIPE IV

ESCRITA

POR D. FRANCISCO MANUEL DE MELO.

Marin y Compañía, Editores.—MADRID.—1874.

47/10136
52/12917

3R^u 254-2

*Conturbatae sunt Gentes, et inclinata sunt Regna,
Dedit vocem suam, mota est terra.*

Ps. 45.

Imprenta de R. Vicente, Cuesta de Santo Domingo, núm. 20.

VIDA DEL AUTOR. (1)

En el día 23 de Noviembre del año de 1611, día consagrado á la memoria del Sumo Pontífice S. Clemente, nació en la ciudad de Lisboa D. Francisco Manuel de Melo, Caballero de la Orden militar de Cristo y Comendador de Santa Maria de la Asuncion del lugar de Espichel y Oyam, y de Santa Maria del Hospital y S. Simon de Viana. Tuvo por padres á D. Luis de Melo y á Doña Maria de Toledo de Mazuellos, uno y otro descendientes de ilustres familias, que ademas de varios empleos que obtuvieron en los ejércitos portugueses, apenas hubo uno de los de la casa de Braganza, desde que se erigió en Estado hasta el Principe D. Teodosio, que dejase de criarse entre los brazos de los tíos y parientes de nuestro autor. Su bisabuelo paterno Gomez de Melo fué nieto de D. Francisco de Faro, hijo segundo del Conde de Faro y hermano segundo de D. Fernando Duque de Braganza. Su madre era hija de Bernardo Castillo de Mazuellos, Gentil Hombre de boca del Cardenal Alberto y Alcaide mayor de Alcalá de Henares, y de su muger Doña Isabel Correa de Leon.

Habiendo manifestado Melo muy desde niño una alta comprehension y aficion suma por las ciencias, le dedicaron sus padres bien pronto á la carrera literaria, en la que á la edad de 10 años se aventajaba á sus condiscipulos en el colegio de San Antonio de Coimbra, cuando estudiaba Retórica y Letras humanas con el P. Baltasar Téllez, Provincial que fué de la extinguida Compañía de Jesus. A la edad de 14 años escribió un Canto en octavas portuguesas para celebrar la restauración de Bahia en el año de 1625, imitando el estilo del célebre Luis de Camoens: á los 17 concluyó una obra, que despues ha sido impresa con el titulo de Concordancias Matemáticas, y á los 18 compuso á una dama llamada Margarita Lucinda una novela intitulada las Finezas mal logradas.

Como sucediese en la edad que contaba de 17 años, la intempestiva muerte de su padre, la libertad mas bien que otro respeto, junto con no tener ya, como él decia en una carta á nuestro poeta Quevedo, quien le dispusiese á los empleos dignos de los hombres de bien, le hizo preferir la belicosa carrera de Marte á la plácida de Minerva, sentando plaza de soldado, en cuyo noble ejercicio fueron el mar y la tierra los teatros en que dió claros indicios de un valor heroico, y de una inteligencia nada inferior á la de los primeros Capitanes de aquel tiempo. Cuando apenas llegaba á la edad juvenil, fué colocado en uno de los dos Tercios fijos que se acababan de levantar para Flándes en Portugal á instancia años antes del Archiduque Alberto, Virey que habia sido cinco años en aquel reino, y al presente Señor de los Países Bajos por cesion de su tío Felipe II. Por este motivo se embarcó en 24 de Setiembre de 1626 en la Capitana San Antonio, San Diego y San Vicente al mando de D. Manuel de Meneses, General de aquella armada destinada á salir en demanda de las flotas portuguesas de Oriente y Occidente, y conducir en seguida dichos Tercios á aquellos Estados. Mas como no llegase ninguna de las flotas para el tiempo señalado, resolvió el General Meneses tomar tierra; pero cuando apenas lo habia verificado, recibió una orden real para que inmediatamente se encaminase á la Coruña, en donde se hallaba ya surta la flota tan deseada. En efecto, comunicadas todas las órdenes necesarias á la escuadra despues de mucha tardanza por haberse perdido las embarcaciones ligeras, y dispersado todos los navios de resultas de un fuerte temporal, se volvió á hacer á la vela. Vuelto á enfurecerse el mar, y soplando el viento por la popa, se dirigió la escuadra á la Coruña, en la que, aunque dispersa, entró toda menos la Capitana, que tuvo que tomar

puerto en el Ferrol en la terrible y tenebrosa noche del día 2 de Noviembre por la grande tempestad que se habia levantado. Noticioso el General de hallarse la escuadra junta en aquel puerto, convocó un consejo de guerra, en el que se resolvió que saliese aquella para Lisboa al primer viento favorable en conserva de la flota; pero como los navios se largaron poco despues contra todo lo acordado, tuvo tambien la Capitana que levar anclas el 25 de Diciembre, á pesar de indicar todas las señales un tiempo vario con muestras de tempestuoso. Este peligro que presagió desde luego el corazon del General, empezó bien pronto á realizarse, porque apenas se habia separado de la costa, cuando á los 10 de Enero empezó á arreciar de tal manera la tempestad, que segun los prácticos, jamas se habia visto semejante lucha de vientos y mares; y así todo anunciaba á los afligidos y separados navegantes un próximo é inevitable naufragio, como se verificó por último á los 19 dias de borrasca en las aguas de S. Juan de Luz. En una pequeña abra de este puerto de Francia dió fondo la Capitana, teniendo que cortar los mástiles y obras muertas no sin algunas muertes y gran trabajo de todos. En este conflicto cerró la noche, la que se pasó en confusion, votos y testamentos; mas sin embargo de no ignorar el General el sumo peligro en que se hallaba, tomó la extraña resolucion de ponerse los mejores vestidos que tenia, como á su imitacion lo ejecutaron todos, para que muriendo como esperaba, fuese la vistosa mortaja recomendacion para una honrada sepultura. En medio de esta obra sacó el General unos papeles que traia consigo, y abriendo uno se dirigió á D. Francisco Manuel, que le habia acompañado casi toda la noche, y sosegadamente le dijo: Este es un soneto de Lope de Vega, que él mismo me dió cuando vine ahora de la Corte: alaba en él al Cardenal Barbarino, Legado á latere del Sumo Pontífice Urbano VIII. Le leyó, y empezó á decir su juicio acerca de él, como si le estuviera examinando en una serena academia; pero al llegar á un verso que le pareció ocioso, discurre enseñando á nuestro autor los defectos que en él advertia; sin duda con el objeto de distraerle del gran peligro en que le veia.

Librada ya por varias falúas la mayor parte de la tripulacion, que era lo único que con el galeon Santiago se habia salvado de toda la escuadra portuguesa, fué comisionado Melo por el General para que se diese sepultura á cerca de 2200 cadáveres que nadaban sobre las ondas, juntos en algunas partes unos sin cabezas y las cabezas sin cuerpos, y en otras brazos reunidos de diferentes tamaños y piernas de composicion diversa.

De regreso á España nuestro autor de resultas de este naufragio, permaneció algunas temporadas en la Corte en clase de pretendiente y otras en Portugal, hasta que en 1637 con motivo de las alteraciones de Ebra y otros pueblos por la nueva contribucion de 500 mil cruzados que debian pagar en cada año á mas de las antiguas imposiciones, fué comisionado Melo por el Duque de Braganza, para que informase al rey Felipe y á su valido el Conde Duque de Olivares de los movimientos de Villaviciosa, pueblo de su residencia y Señorío. Tranquilizado en parte el ánimo de Olivares con la relacion que le hizo Melo de la conducta del de Braganza, que era quien causaba mas cuidados al gabinete español, fué á poco tiempo nombrado para que acompañase á Ebra á D. Miguel de Noroña, Conde de Liñares, en la comision de sosegar los pueblos sublevados, y para que interviniese y comunicase á la casa de Braganza los acuerdos de la Junta de S. Anton formada en Ebra: mostrando en esto que el rey habia elegido

(1) Tomamos esta biografia de la edicion hecha por SANCHA en 1808, que es la que nos sirve de texto.

el mismo instrumento, que ella escogió para el medio de sus negociaciones. Pero siendo inútiles cuantos medios de reconciliación fueron propuestos á los revoltosos por el Linares, segun se le habia prevenido, determinó retirarse este á Lisboa, y mandar á D. Francisco á que informase al rey y á su ministro de la inutilidad de todo lo practicado, de las fuerzas de los pueblos, del aparejo de las armas y de la observación de los ánimos. Con este objeto se puso en camino Melo para Villaviciosa, á fin de informar al Duque de todo lo que habia ocurrido en Ebra, y sin tardanza recibiendo de él nuevas órdenes y cartas llegó en pocos dias á Madrid á presencia del Valido, el que despues de hacerle sutiles é intrincadas preguntas, encaminadas á la observación de los Grandes de aquel reino, le escuchó el suceso, desnudo del todo el discurso por no hacer ofensa con su ignorancia ó malicia á alguna verdad. Entonces recibió el Ministro las cartas que para él traía Melo del de Braganza, y prometiéndole los intereses de su aumento, le despidió de su presencia y de la intervención que tuvo en este negocio, no volviéndole á ocupar mas en él hasta su fin; bien que ni por este desvio se escusó de perderle de vista, tanto por juzgarlo importantísimo á la nación portuguesa, quanto porque tenia en él á mas de la parte comun, los pasos, peligros y dispendios que ya le habia costado.

Pensando castigar el Conde Duque á los amotinados, hizo entrar en Portugal dos ejércitos que de antemano habia mandado á las fronteras, y despues de varios ajusticiados, destierros, multas y prisiones que, se ejecutaron por su orden, dispuso entre otras cosas, que se hiciesen levas para formar cuatro regimientos de gente escogida y pagada por cuenta de los Portugueses, y que ademas se levantasen dos Tercios de infantería voluntaria. El Tercio primero de estos fué encargado á nuestro D. Francisco, que habia permanecido en Madrid sin destino alguno, y para su recluta, no sin gran dificultad y no menos dispendio, le fueron señaladas las comarcas de Elvas, Piñel, Oporto, Viana, Miranda y Moncorvo; pero como no habia podido completar los quinientos hombres de que debia constar este Tercio, tuvo que pasar á Castilla como á la mitad del año de 1638, para acabar de reclutar en ella la gente que le faltaba. A poco tiempo de acabarse de formar este solo Tercio, porque el segundo nunca llegó á realizarse, solicitó vivamente un poderoso socorro para Flándes el Cardenal Infante D. Fernando, Gobernador de allí entonces: con cuyo motivo el Consejo de Estado de España resolvió juntar toda la gente, dinero y embarcaciones que fuese posible, para que se apresurasen á marchar á las plazas de armas señaladas de Cartagena y la Coruña. A pesar de estas vivas providencias, no fué posible congregarse con la presteza que se exigia las levas de los Señores y las Reales; por lo que al paso que iban llegando lentamente, eran luego repartidas y agregadas á los Tercios que se formaban en la Coruña, segun la autoridad y valia de los Cabos de ellos. A nuestro Melo cupo uno de estos Tercios, el qual constaba de 1170 plazas con 570 Portugueses y 600 Castellanos: los primeros con cinco y los segundos con seis Capitanes, cada cual de la nación de sus soldados.

En este estado se hallaba la guarnición y apresto de la Coruña, quando le llegaban ya al rey por Inglaterra varios avisos del Cardenal Infante de las inteligencias de Francia, Holanda é Inglaterra; por lo que escribió al Marques de Valparaíso, Gobernador de aquellas armas, para que estuviese sobre aviso, á fin de repeler las de los Franceses que brevemente se entendia, podrian demandar aquellas costas de España. Inmediatamente reunió el Marques todas las tropas que pudo, que segun se entendió, llegarían á 18 mil hombres, y por acuerdo de los Cabos mandó fabricar una cadena de 160 mástiles gruesos, bien trincados con fuertes gúmenas y argollas de hierro; pero con cierto juego, para ceñir y dificultar el puerto desde el castillo de S. Anton hasta el de Santa Lucia. Todo el recinto de esta fábrica se afirmaba en cincuenta áncoras contenidas de gruesas amarras, y para su custodia habia diez chalupas bien armadas, que andaban en continua guardia de noche, rondando cinco por fuera y cinco por dentro de la cadena, la que dejaba libre un estrecho paso por donde podian entrar los socorros de los puertos vecinos, y salir los cuarenta navios de la armada á combatir los enemigos, como casi todos los dias lo ejecutaron. Se guardaron todos los puntos por donde podia desembarcar el enemigo, convenientemente se repartieron algunas tropas por las estancias que rodeaban la plaza, y las trincheras de toda la costa fueron encargadas al Tercio de D. Francisco Manuel, y del mismo modo la guarnición del principal fuerte del mar, que es el de S. Anton, donde consiste la mayor defensa de aquel puerto.

Ya se hallaba todo casi prevenido, quando en 16 de Junio de 1639 se le mostraron formidables desenrollados los estandartes de Francia en mas de sesenta velas al mando de su General el Arzobispo de Burdeos, Henrique de Sordis. A poco de su llegada procuraron reconocer los Franceses la fuerza de la cadena, que era mas valiente en la apariencia que en la fuerza, y que los contrarios la temieron tanto, como de ella se desconfiaban los propios naturales, y despues empezaron á combatir la ciudad á muy larga distancia

con mayor espanto que ruina. Pasados tres dias de continuo tiroteo por una y otra parte, aunque siempre con mayor daño del partido frances, sin que el enemigo hubiese intentado acción alguna que mostrase designio de sitio, se vieron al cuarto levar anclas los menores navios para dar fondo mas arrimados á tierra del Ferrol, en donde desembarcaron á otro dia alguna gente, que despues de cuatro horas de cruel pelea se retiraron con algunos muertos de ambas partes, y por manifestarse ya señales de temerosa tempestad los volvieron á reembarcar el 23 de Junio, víspera de S. Juan y sétimo dia de su llegada. En fin, despues de peligros y faenas infinitas por haberse desafortado ya la tormenta, largó el paño la Almiranta el dia 8 con toda la escuadra, para entrar inciertamente en varios puertos de Francia con pérdida y con manifiesto riesgo despues de tanto costo y aparato.

Estimulados el rey D. Felipe y sus Ministros de los progresos de los Franceses, apretaban las órdenes para que en aquel verano se juntase en la Coruña un gran poder naval, con que obrar su desagravio; no solo contra la Francia, sino contra los Holandeses, que ya tenian cuarenta y cuatro navios bien armados al mando del Teniente General Martin Herps Tromp. Fueron tales las providencias que se llegaron á tomar, que en breve tiempo se pudo juntar en la Coruña una escuadra de setenta navios, y de nueve á diez mil hombres, para cuyo embarque, ejecutado en dos dias, fué comisionado Melo por orden del Gobernador, habiendosele originado de este trabajo largas dolencias, que padeció por mas de tres años sucesivos. Estando ya pronto todo, se dió parte al rey para que declarase el destino de la escuadra, que para salir no esperaba otra cosa mas que su real resolución. A pocos dias de este aviso volvió de la Corte un correo con la orden de que la jornada se hiciese en derechura á Flándes, mas que en tal modo se navegase por aquella derrota, que si en el pasaje se presentase alguna armada, se aventurase el caudal é intentos, á trueque de conseguir su ruina.

Inmediatamente que se dieron las órdenes necesarias, largóla vela la Capitana Real de España con su Almirante General D. Antonio de Oquendo el dia 27 de Agosto, y sucesivamente fué saliendo por su orden toda esta numerosa armada, compuesta de varios trozos de navios españoles y portugueses, con nueve de ingleses por asiento, y con la de Dunquerque al mando del Almirante Salvador Rodriguez, Portugues, que montaba el galeon S. Francisco, en el que por el nombre y por el capitán hizo su viage Melo. En el mismo dia de la salida de la escuadra perdió la tierra de vista, y hasta las siete de la mañana del 16 de Setiembre no se descubrió de todo la armada holandesa, que se hallaba en el Canal de la Mancha repartida en varios bordos. A pocas horas de avistarse, se trabó un fuerte combate que duró como unas seis horas; al cabo de las cuales se retiraron los Holandeses con alguna pérdida por temor de ser cortados y de estrellarse en los placeres de Boloña, que se hallaban de allí muy inmediatos; gastando todo lo mas de aquella tarde y noche en aparejarse para una segunda batalla. Pero pasando Tromp á mayores intentos, luego que se le juntaron otras quince naves, empezó de nuevo á pelear á las once de la noche del 18, hasta que pasadas catorce horas de un cruelísimo combate tuvo al fin que abandonar aquellas aguas con bastante daño, y dirigirse al puerto de Cales en Francia, temeroso de la embestida que denodadamente iba á darle la escuadra española. En este caso se encaminaron los Españoles antes que llegase la noche á las Dúnas para componer sus averias, curar sus heridos y proveerse de pólvora y otros efectos que necesitaban. Pero á pesar de todos los pasos dados por el General y Embajador de España no fué posible hacer que le suministrasen los Ingleses la menor cosa, sino alguna porción de pólvora, que sin embargo de haber comprado por dos veces á precio muy excesivo, no se les quiso entregar de la calidad y cantidad contratada, sino hasta el punto crítico en que estaban bien prevenidos los Holandeses.

Como luego que entraron estos en Cales fueron provistos por el Gobernador de aquel puerto de cuatrocientos quintales de pólvora con balas, cuerdas y demas pertrechos, pudieron arribar á las Dúnas con veinte y cuatro naves escogidas de su flota al segundo dia de hallarse allí los Españoles, habiendo despachado antes á Holanda á su Almirante Viten con todas las maltratadas para que se trocasen por otras de fuerzas mas enteras, y para que se fletasen muchas mercantes con mantenimientos y gente de refresco. En breves dias fué todo así ejecutado, por lo que se juntaron en las Dúnas el número de ciento diez naves holandesas con diez y ocho brulotes, y mas de sesenta que de continuo andaban atravesando los mares para oponerse á cualquier socorro que de España ó Flándes viniese á los Españoles.

Sabidor el Infante Cardenal del apuro en que se hallaba la escuadra de Oquendo, dispuso cincuenta y seis embarcaciones de Flándes para que transportasen de las Dúnas el socorro de gente y dinero que esperaba. En la mañana del 27 de Setiembre se descubrieron surtos en el puerto todos estos barcos sin ser hasta entonces vistos por los Holandeses; los que no hicieron el mayor alto, persuadidos de

que habrían traído refrescos, y de que á su vuelta se llevarían los heridos. En esta fé, hubo lugar para que dispuesta la tripulación con disimulo, pudiese salir el socorro á las nueve de la noche á favor de una espesa niebla, y llegar á igual hora del otro día por la mañana al puerto de Dunkerque, cuyo tránsito es solo de quince leguas; pero sin embargo de tal precaucion, no dejaron de ser sentidos los barcos por aquellas fragatas holandesas que estaban mas junto á tierra, por cuya causa tomaron estas algunas balandras cargadas de infantería, en las que quiso la fortuna que no fuese ni uno solo de los soldados del Tercio de Don Francisco Manuel, con los que iba él tambien embarcado.

En medio de los designios que advertia el General Oquendo en los Holandeses, resolvió despedir buena parte de los navios que traía á sueldo, y aprovechandose de las municiones, armas, soldados y mantenimientos de ellos, recogió un considerable é insensible socorro para salir del puerto, por no poder sufrir ya mas la insolencia de su enemigo. Con esta mira pidió á Lóndres la remision de la pólvora, que no llegó á la Real de España sino hasta el anochecer, que era la hora dispuesta á voluntad de Tromp. Escusandose el General Oquendo de recogerla en aquella hora, fué obligado á recibirla bajo mil pretextos y amenazas por Pininton, General de la escuadra inglesa, que habia entrado en aquel puerto con treinta y un navios á los diez dias de la arribada de las dos armadas; pero en el instante que se habia empezado su embarque, se vió venir ya á la Capitana holandesa con su escuadra haciendose á la vela sobre la de España para embestirla, socolor de estar recibiendo su enemigo pólvora para quemarlos en el puerto. A vista de tan gran maldad, empezó el General Oquendo á marear su paño para largarse en el momento, y sin haberse casi verificado, principiaron los Holandeses, alegres de esta provocada salida, á dar parte en el puerto y parte fuera de él inmensas cargas de artillería sobre los descuidados y mal prevenidos Españoles: de cuyas resultas perecieron muchos navios de estos, abrasados unos por los brulotes y otros echados á pique; pero no sin lágrimas, sangre y vidas de los pérfidos Holandeses.

En el tiempo en que militaba Melo en Flándes de Maestro de Campo (1), como fuese de un genio sumamente pundonoroso, no pudo disimular una accion que le hizo una persona de grande autoridad, de lo que hubieran resultado perniciosas consecuencias, á no atajarlas prudentemente el Infante Cardenal, mandándole ir á Alemania para disuadir la disposicion del ejército de Alsacia á cargo de D. Francisco Melo, con la ocasion de la pérdida de Brisac ocupada por Bavier; pero habiendo caído enfermo, no pudo desempeñar una comision tan grave como honrosa. Estando destinado despues de volver á España para Gobernador de Bayona de Galicia, se encendió con tal furor la guerra de Cataluña, que tuvo que dejar la asistencia á la junta de Cantabria, establecida en Vitoria con el objeto de gobernar y regir la guerra de Francia, por pasar á Zaragoza á asistir al Marques de los Velez, que mandaba el ejército castellano, en el que continuó Melo sirviendo con tanta mano y autoridad, que igualaba á la de los mayores Cabos; pues sin su parecer no daba un solo paso el General: y como los aciertos correspondiesen á sus consejos, luego que se le hubo retirado, le escribieron algunos de los mayores Oficiales: que desde que habia faltado de allí, todo era desconcierto y perdicion.

Era tan alta la idea que justamente se habia grangeado, que habiendo Felipe IV. mandado al General de la guerra en Cataluña, que la hiciese escribir por la persona mas hábil que hubiese en el ejército, fué elegido para ello nuestro autor con general aplauso de todos, para cuyo efecto fué recogiendo con la mayor pureza las relaciones de todo lo que se obraba por las manos ó por los ojos. Mas como luego que sucedió el sábado 1.º de Diciembre de 1640 la separacion de Portugal, á causa de haberse mandado, que para sujetar á los Catalanes se armase toda la nobleza portuguesa, sopena de perder sus feudos, fuese avisado el Marques de los Velez por el Conde Duque, para que procurase ocultarselo á los Catalanes y al ejército, por hallarse sirviendo en él mas de seis mil infantes portugueses y no pocos de caballería, empezó á notar Melo en el semblante del General algun disgusto y recelo, así de él como de otros Oficiales de su nacion. La pública confianza que siempre habia merecido D. Francisco á la casa de Braganza, hizo que Diego Suarez, enemigo declarado de ella, procurase introducir en el ánimo del Conde Duque la mayor sospecha de él, alegando que desde el ejército de Cataluña, donde servia con tanta intervencion, podria por mano de los Castellanos hacer á Castilla muchos deservicios en provecho de Portugal. Y como ya de antemano se hallaba el Duque algo desconfiado de Melo, no fué necesario mas para cebarse á la manera de un toro bravo en la capa del que procuró cegarle con ella para poder escaparse, mandando su prision para vengarse del artífice y consejero de su desuido. El mismo correo que llevó esta noticia al ejército, llevó la orden tambien, para que cuanto antes se prendiese entre

otras personas portuguesas á nuestro autor, y fuese conducido en hierros á Madrid, en donde mientras que se le tuvo encarcelado por espacio de cuatro meses, expuesta su vida y honra á la furia de un Principe quejoso y á su parecer engañado, escribió en aquel año de 1641 las memorias de su vida, que nunca fueron impresas; siendo de esta manera el primer Portugues que padeció en Castilla por la fe de un reino tan suspirado por Melo. Pero queriendo Dios por su providencia, que no se le pudiese justificar ninguna de las sospechas que habian recaído sobre su conducta, se le mandó poner en libertad como inocente, y para reparar los perjuicios que se le habian ocasionado, se le dió una renta mayor que la hacienda que poseia en Portugal, con un puesto todavia mas aventajado, que lo que podia esperar de todos sus merecimientos. En seguida fue llevado á la presencia del Conde Duque, el que al verle, se anticipó á hablarle estas propias palabras: Ea, caballero, ello ha sido un error, pero error con causa. Bien se acordará lo que me dijo en el Prado: pues ¿para qué pudo ser bueno acreditar tanto acciones contingentes? No se vé cuales se nos volvieron su N. y su N. (2).

Resuelto ya Melo á dejar por la décima y última vez á Madrid para solo servir á su patria, rompió por todo, y pasando de Lisboa á Lóndres, enseñó el camino que siguieron muchos gloriosamente despues. Se halló en el congreso de la paz celebrada entre Portugal y la corte de Inglaterra, asistiendo á los Embajadores portugueses con alguna utilidad para la reputacion de su reino. A poco tiempo se fue á los Estados de Holanda, solicitado por cartas del Embajador Tristan de Mendoza, para asistirle y ayudarle en el último apresto de la armada prevenida para el socorro de su patria; pero como los asuntos de aquella embajada no permitiesen á Mendoza dejarlos por ocuparse en el apresto y gobierno de los navios, le sustituyó D. Francisco por orden de su Principe. De tal modo desempeñó esta comision, que en breve tiempo llegó despues de inmenso trabajo á su patria, llevando consigo el socorro de mas importancia que hasta aquel tiempo se habia recibido en Portugal: porque llevó un buen número de naves, un regimiento montado de caballería, otro armado de Dragones, que despues quedaron de á pié, y una gran cantidad de armas y vituallas sobre muchas personas de cuenta, que ocupaban grandes puestos en los ejércitos donde servian, y doscientos soldados portugueses retirados en Holanda de Flándes, India, Brasil y Cataluña. Por encargo del rey D. Juan acomodó y repartió los soldados mas antiguos que se hallaban en Portugal de Flándes y Cataluña, para que se aprovecharan en sus ejércitos, librando así á la Corte y á los ministros de quejosos, y poblando las fronteras de Oficiales. Sin empleo alguno pasó al Alentejo, en donde sirvió un año entero sin que pasase en esta provincia cosa importante, en que no se hallase en persona ó por consejo, teniendo tanta parte en la formacion de su primer ejército, como tuvieron todos los Cabos y Ministros portugueses. Despues condujo por el reino de Portugal todos los prisioneros españoles, desbaratando mas parte de ellos por la industria, que lo que venian por la fuerza de las armas, porque de mil setecientos rendidos que le entregaron, no entraron en Castilla quinientos sin violentar en manera alguna la palabra real. Restituido á Lisboa, le fué mandado por el rey que asistiese á varias juntas de los mayores ministros sobre la fortificacion de las plazas de Alentejo y designios de aquellas armas; cuyo voto no fué de los menos provechosos. Asistió por mas de seis meses continuos á justificar el procedimiento de Portugal entre los partidos ingleses de realistas y parlamentarios. Por orden del Consejo de la Guerra formó el regimiento de las Torres, y se construyeron por direccion suya las fortalezas de la Barra de Lisboa, y en la ocasion que podia aquella plaza recelarse de las armadas inglesas, escribió la defensa de dicha ciudad. De manera sirvió á su patria, que pocos fueron los negocios grandes de la guerra y paz, embajadas, jurisdicciones, capitulaciones, regimientos, competencias y otras cosas semejantes de las que pasaron en aquel reino, en sus tribunales, consejos, fronteras y conquistas, en que dejase de tener parte, ya con su parecer, ó ya por conferencia con los que los dirigian.

Pero cuando parece que era ya tiempo de recoger el premio que merecian unos servicios tan distinguidos y tan reiterados, la vil y abominable envidia, que siempre ha tenido en las Cortes su principal residencia, le hizo experimentar fatales calamidades maquinadas por la malevolencia de sus émulos. Fué acusado falsamente del asesinato de Francisco Cardoso, y en su consecuencia preso en la Torre vieja de Lisboa el martes 19 de Noviembre de 1644 por orden de la Mesa de Conciencia. A pesar de haber presentado cuarenta testigos en su defensa, que cada uno valia mas en cualidad y justificacion que todos los documentos que hubo contra él, no pudo lograr despues de doce años de prision ya en la Torre vieja ó de S. Sebastian, ya en la Torre de Belen, y ya en el castillo de S. Jorge ó de Lisboa, que se le absolviese de una acusacion tan falsa y tan mani-

(1) Es como ahora Coronel.

(2) El Duque de Braganza, el Marques de Ferrera, y el Conde de Vimioso.

fiesta. Despues de haberle despojado de su hacienda por gruesas condenaciones, fué al cabo de dicho tiempo sentenciado á salir para siempre de su patria y desterrado al Brasil, en donde permaneci6 seis años; cuya conmutacion por la de Bahia, donde estaba antes destinado, no pudo lograr sino por empeño que hizo en 6 de Noviembre de 1648 Luis XIII rey de Francia y el Cardenal Mazarino con D. Juan el IV de Portugal. Por la propia causa fueron ajusticiados hasta el último rigor de las leyes tres hombres, lanzado otro á galeras para siempre y algunos desgraciados.

Estando preso en Lisboa acabó la presente Historia de Cataluña, y por no parecer sospecho que un Portugues en su traje y por eso castigado y vejado hablase en sus obras de hombres enemigos de su nacion, mudó su nombre en ella por el de Clemente, por ser el del santo titular de su nacimiento, y su apellido en el de Libertino, porque hallandose hijo de madre (Portugal) que fué esclava y ya libre, le convenia aquel significado con alusion á que entre los Romanos era este el nombre de los hijos de los esclavos libertos. Esta Historia, como se ha visto, fué dedicada por él al Papa Inocencio X, como á quien debia ser juez en una causa pública que sería tratada muchas veces ante su presencia, y habiendo sido aceptada se la mandó colocar en la biblioteca vaticana. Tal fué el ruido que hizo esta obra en Europa, que á pocos años de publicarse fué reimpressa por tres veces en Portugal, y no se pasó mucho tiempo sin ser traducida en frances. Fué tan excelente historiador que en la imitacion que siguió de los Curcios, de los Livios y de los Tucidades, consiguió exceder muchas veces á tan respetables originales, así en la elegancia de la frase y profundidad del concepto, como en la agudeza y discrecion; pero sin embargo fué tanta su moderacion que hablando de esta Historia solo dice: que lo que la falta, se la agregó de entereza, porque á lo mas no tiene otra cosa, que cuatro palabras que el uso le enseñó á dejar á veces en su lugar, y otras cerca de él. Semejante idea de si mismo manifestó, cuando al quejarse de él cierto amigo por haber ocultado su nombre en esta Historia, le respondió: No ha perdido nada el libro faltandole mi nombre, ni mi nombre faltandole el libro.

Restituido á su patria desde el Brasil, ya mas benigna su mala estrella, se ocupó con mayor desvelo solo en continuar é imprimir sus obras misticas y profanas de historia, poesía, milicia, política, moral y otras ciencias que en el espacio de treinta y seis años habia compuesto tan diversas en los asuntos, como admiradas por su mérito y por su número, pues ascendian á cien volúmenes las impresas, y á muy pocas menos las manuscritas. Desde el año de 1628 hasta el de 1644 gimieron á un tiempo mismo las prensas de Varezzi, Falco y Mancini en Roma; las de Boessat y Remas en Leon de Francia; las de Juan Stenop en Lóndres, y las de Craesbeeck y Oliveira en Lisboa. Fué tan inimitable en el estilo jocoserio que usaba sin degenerar en pueril ni ridículo, que supo criticar sin pasion y reprehender sin ofensa las costumbres de su tiempo, templeando el rigor de la inyectiva, y haciendo apetedida y deleitosa su censura. En las mayores Cortes del mundo concilió con su discreta conversacion el afecto de las principales personas, así en calidad como en las ciencias que en ellas florecian. Fué muy estimado en Roma, entre otros sabios, del P. Atanasio Kirker, y del Cardenal Brancati de Laurcia, y en Madrid de todos los literatos, y con especialidad de nuestro célebre poeta Quevedo de Villegas. Habló con igual pureza que expedicion las lenguas mas cultas de Europa, llegando á explicar sus conceptos delicados en qualquiera de ellas con tal propiedad, como si hubiese nacido en Madrid, Paris ó en Roma. Tuvo conocimientos tan vastos de la Oratoria y de la Poesía, que competian como á porfia las mas célebres Academias por tenerle de Colega, siendo en la famosa de los Generosos de Lisboa por varias veces Presidente, y alcanzando en los mayores certámenes literarios los primeros premios. Falleció en Lisboa á 13 de Octubre de 1667, siendo de edad de cincuenta y cuatro años, diez meses y veinte y un dias. Yace sepultado en el convento de S. José de la Rivera del mar de religiosos descalzos de S. Pedro de Alcántara. Nunca fué casado, aunque tuvo un hijo natural llamado D. Jorge Manuel de Melo, fiel imitador de las proezas militares de su padre, dando heroicos ejemplos en la batalla de Senef en el año de 1674, donde murió valerosamente siendo ya Capitan de caballos.

HABLO Á QUIEN LEE. (1)

Si buscas la verdad, yo te convido á que leas; si no mas del deleite y policia, cierra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañe.

Ni el arte ni la lisonja han sido parciales á mi escritura: aquí no hallarás citadas sentencias ó aforismos de filósofos y políticos; todo es del que lo escribe. Muchos casos sí se refieren de que las puedes formar, si con juicio discurre por la naturaleza de estos sucesos: entonces será tuyo el útil, como el trabajo mio, sacando de mis letras doctrina por tí mismo; y ambos así nos llamaremos autores, yo con lo que te refiero, tú con lo que te persuades.

Ofrezco á los venideros un ejemplo, á los presentes un desengaño, un consuelo á los pasados. Cuento los accidentes de un siglo que les puede servir á estos, aquellos y esotros con lecciones tan diferentes.

Algunos condenarán mi Historia de triste. No hay modo de referir tragedias sino con términos graves. Las sales de Marcial, las fábulas de Plauto jamás se sirvieron ó representaron en la mesa de Livio.

Si alguna vez la pluma corriere tras la armonia de las razones, certifícote que en nada entró el artificio, sino que la materia, entonces mas deleitable, la lleva apaciblemente.

Hablo de las acciones de grandes príncipes y otros hombres de superior estado: lo primero se excusa siempre que se puede, y cuando se llega á hablar de los Re-

(1) La primera edicion de esta obra llevaba, además del prólogo, la dedicatoria siguiente:

«Padre Santo.—Vertiendo sangre el Pueblo Cristiano puso Dios á Vuestra Santidad en su Silla para que la detenga y restañe; todos así lo creemos y esperamos. Obedece la sangre á la virtud de una piedra beneficiada del Sol, pára y se reprime: lo mismo ha de ser ahora por el valor de la Piedra angular de la Iglesia, depósito de las influencias del Sol mas poderoso. ¿Quien lo duda, cuando en medio del diluvio de los intereses humanos sale la Paloma de Vuestra Santidad, asegurando al Universo, que no puede faltar quien tiene por blason la Paz, y por oficio dar la vida por ella? Contéplense Vuestra Santidad; y se hallará cercado de obligaciones, no sé cuales mayores, su Dignidad, ó su Nombre? Ella de amor de Padre, él de justicia de Inocente: ¿pues de las del tiempo qué diremos? Nació Cristo en edad pacífica, Vuestra Santidad en siglo turbulento: misteriosa confianza hace Dios de su gran Espíritu de Vuestra Santidad; pues ahora le envia y le entrega su poder; esto es decir á Vuestra Santidad que el que se desviare de las Llaves de Pedro, tema el Montante de Pablo. De un mismo metal son fabricadas las dos celestiales insignias, y entrambas propias á la poderosa Mano de Vuestra Santidad. Al que no acude á la voz, reduzca al cayado; así lo usa el Pastor, y el Pastor bueno no desampara por la asistencia de otras la oveja mas apartada, cuyos religiosos validos le llaman fielmente. Y porque naciendo Vuestra Santidad, como ha nacido, á la quietud de los Fieles, necesita de muchas verdades, que han de ser el material, con que debe obrarse este cándido Templo de la Paz pública, informándose de las razones ó sinrazones de las Gentes. Yo pequeño entre los mas ofrezco á los benditos pies de Vuestra Santidad esta Humilde Historia de Cataluña, y su primer rompimiento en guerra con el Rey D. Felipe el IV; como origen de los grandes acontecimientos de España: de la cual separacion y guerra tomaron tambien motivo los mayores negocios de Europa, que de importantes ó mortales solamente aspiran á los remedios de la Iglesia. A Dios llamo por Juez de mi intencion, y espero conocer há oido mi ruego segun el acogimiento que Vuestra Santidad fuere servido mandar hacer á mis escritos, que por destinados desde su principio á Vuestra Santidad, se escusaron á Príncipes y Reyes, á quienes podia ofrecerlos el amor ó el respeto. Empero pues yo llegué á coronar mi edificio del gran Nombre de Vuestra Santidad ¿qué otra cosa me queda que pedir, Beatísimo Padre, despues de la Apostólica Bendicion, sino que Dios prospere y santifique la vida y persona de Vuestra Santidad, para consuelo y quietud de los Fieles? Escrita en San Vicente de Rastello á 10 de Octubre, año segundo de Vuestro Pontificado y del Señor 1645.—Padre Santo.—Besa humildemente los sagrados pies de Vuestra Santidad.—Clemente Libertino.»

La portada de dicha primera edicion, en la cual, como se dice en la vida del autor, usaba este de nombre supuesto, decia así:

«Historia de los movimientos y separacion de Cataluña, y de la guerra entre la Magestad Católica de D. Felipe el IV, Rey de Castilla y de Aragon, y la Diputacion General de aquel Principado: dedicada, ofrecida y consagrada á la Santidad del Beatísimo Padre Inocencio X. Pontífice Sumo Máximo Romano. Eserita por Clemente Libertino. En S. Vicente de Rastello, por Paulo Craesbeeck, impresor de las Ordenes Militares, año de 1645.»

yes, es con suma reverencia á la púrpura; pero esa es condicion de las llagas, no de- jarse manejar sin dolor y sangre.

Muchos te parecerán secretos; no lo han sido á mi inteligencia: ninguno juzga temerariamente, sino aquel que afirma lo que no sabe. No es secreto lo que está en- tre pocos: de estos escribo.

Llamo á los soldados del ejército del rey D. Felipe algunas veces Católicos, como á su rey: no se quejen los mas de esta separacion; sigo la voz de historiadores. Otras veces los nombro Españoles, Castellanos ó Reales; siempre entiendo la misma gente. Para todos quisiera el mejor nombre.

Procuro no faltar á la imitacion de los sugetos cuando hablo por ellos, ni á la se- mejanza cuando hablo de ellos. En inquirir y retratar afectos pocos han sido mas cui- dadosos; si lo he conseguido, dicha ha sido de la experiencia que tuve de casi todos los hombres de que trato. He deseado mostrar sus ánimos, no los vestidos de seda, lana, ó pieles, sobre que tanto se desveló un historiador grande de estos años, esti- mado en el mundo.

Si en algo te he servido, pídotte que no te entrometas á saber de mí mas de lo que quiero decirte. Yo te inculco mi juicio, como le he recibido en suerte; no te ofrezco mi persona, que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado, no vuelvas á leerme, y si te obligo, perdónote el agradecimiento: no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia; otra vez nos toparemos; ya me conocerás por la voz, yo á tí por la censura.

Hablo de las nociones de grandes principes y otras luminarias de superior estado. Lo primero es: escusa siempre que se puede y cuando se llega á hablar de los ho-

HISTORIA

DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA DE CATALUÑA.

LIBRO PRIMERO.

Intereses y discordias entre España y Francia.—Progresos de las armas católicas y cristianísimas en Flándes, Francia é Italia.—Ocupacion de Tierra de Labor.—Sitios, embestidas y tomas de Leucata, Fuenterrabia, Coruña y Salses.—Guerra y ejércitos en España, origen de escándalos y alborotos en Cataluña.—Descripcion de aquella provincia.—Violencias en su gobierno.—Descontento comun.—Prision de sus ministros.—Entrada de los segadores.—Movimientos de Barcelona.—Muerte del Santa Coloma, virey del Principado.

Yo pretendo escribir los casos memorables que en nuestros dias han sucedido en España, en la provincia de Cataluña, cuyos movimientos alteraron todo el orden de la república, á vista de los cuales estuvo pendiente la atencion política de todos los príncipes y gentes de Europa.

Grandísima es la materia; y aunque la pluma, inferior notablemente á las cosas que ofrece escribir, podia en alguna manera hacerlas menores, ellas son de tal calidad, que por ningun accidente dejarán de servir á la enseñanza de reyes, ministros y vasallos.

Desobligado y libre de toda aficion ó violencia, pongo los hombros al peso de tan grande historia. Hablo, dichosamente, de príncipes á quienes no debo lisonjear ó aborrecer, y de naciones que no conozco por buenas ó malas obras, con certísimas noticias de los sucesos, porque en muchos tuvo parte mi vista, y en todos mis observaciones, no solo como inclinacion, mas como precepto.

Primero este motivo, despues el temor de que estas cosas lleven y hayan de correr la misma infelicidad que las pasadas entre la conversacion y memoria de los hombres, me obligó á escribirlas.

Castellanos, franceses, catalanes, naciones, ministros, repúblicas, príncipes y reyes de quienes he de tratar, ni me hallo deudor á los unos, ni espero me deban los otros; la verdad es la que dicta, yo quien escribe; tuyas son las razones, mías las letras: por esto no soy digno de acusacion ni de alabanza: sirva esta religiosa igualdad, jamás alterada en mis escritos, al desagravio ó desobligacion de los que llegaren á leerme quejosos ó agradecidos; bien que la variedad de los sucesos y de los juicios á que ellos sirven de ocasion, facilmente dará á entender cómo no callo el error ó alabanza de ninguno.

Quien retrata, tan fielmente debe pintar el defecto como la perfeccion: tampoco el severo espíritu de la historia puede guardar decoro á la iniquidad; empero si siempre hubiésemos de escribir acciones serenas, justas y apacibles, mas les dejáramos á los venideros envidia que advertimiento. No solo sirven á la república las obras heróicas; el pregon que acompaña al delincuente tambien es documento saludable, porque el vulgo, entendiendo rudamente de las cosas, mas se persuade del temor del castigo, que se eleva á la esperanza del premio.

Yo quisiera haber escrito en los tiempos de gloria; mas pues que la fortuna, dejandoles á otros para escribir los gratísimos triunfos de los césares, me ha traído á referir adversidades, sediciones, trabajos y muertes, en fin, una guerra como civil y sus efectos lamentables, todavía yo procuraré contar á la posteridad estos grandes acontecimientos de la edad presente con tanta claridad, cuidado y observacion, que aunque la materia sea triste, pueda igualar su ejemplo con las mas agradables y provechosas.

Tuvo la guerra presente de España y Francia no pequeños ni ocultos motivos, públicos ya en los papeles, y mas en las acciones de entrambas coronas; pero sin duda yo habré de contar por el mas urgente el gran valor de una y otra nacion, que no cabiendo en los términos de la templanza desde los siglos de sus pasados reyes hasta nuestros dias, resultó algunas veces en soberbias y escándalos. Ayudaronse del interés, émulos de la gloria ó del dominio, que es el espíritu viviente en las venas del Estado; y ministrando la vecindad en que la naturaleza puso estas dos famosas provincias muchas ocasiones de discordia, eso mismo, que debia servir á la amistad y alianza, era sobre lo que se fundaba la queja ó injuria; de tal suerte, que ni la conformidad de religion, ni los vínculos de la sangre, ni la bondad y virtud de los príncipes, fué bastante para conformar sus ánimos ni los de sus ministros, aun contra el clamor universal de los vasallos, que ó menos informados de los resentimientos, ó menos sensibles en ellos, publicamente pedian y deseaban la paz.

Propusieron conseguirla por medio de la guerra, persuadidos de otros ejemplos; y despues de varios casos con que cada uno ofendia la misma justificacion que mostraba querer defender, comenzó á temblar Europa de los estruendos y aparatos de armas que hacian españoles y franceses.

Mostraronse el año de 635 las banderas de Francia formidables á todo el País-Bajo; fué roto el príncipe Tomás de Saboya; entraron en Tirlemón, sitiaron á Lovaina, amenazaron á Bruselas y á Italia, embestida Valencia del Pó, y la Valteлина ocupada; con otros algunos sucesos favorables á franceses; pero no sin descuento de los españoles, que no con menos dicha penetraron la Francia, ganaron la Capella, Chatelet, Landrecí y Corbía en la Picardía, desearon París, defendieron la misma Valencia sitiada, y poco despues, desesperando de mayor empresa, se hicieron dueños de las islas de San Honorato y Santa Margarita.

Era ya voracísimo el fuego de la guerra, mas encendido en los ánimos acomodados á toda ruina; así, creciendo el enojo en la contradiccion de los sucesos, hubo entonces el odio de arrebatarse para sí las acciones que antes solo ejecutaba la ira.

Continuóse como externa aquella inquietud

por casi dos años, sin que los pueblos vecinos de España y Francia llegasen á experimentar sus costosos movimientos; porque aunque se guardaban con el cuidado conveniente, segun lo debían hacer los que no quieren hallarse en el súbito peligro, todavía de una ni de otra parte se había dado hasta aquel punto ocasion al escándalo. Alteróse en fin el temperamento de todo el cuerpo de las dos coronas, y comenzaron á padecer los efectos de su dolor sus miembros mas apartados.

Era aquel año virey de Navarra don Francisco de Andia é Irazaval, marques de Valparaiso, hombre que jamás excusó de hacerse agradable á aquellos de quienes dependia. Habia descubierto en pláticas y escritos en el ánimo de don Gaspar de Guzman, conde-duque de Sanlúcar, portentoso favorecido del Rey Católico, cierto género de contrariedad á la corona francesa y acciones del cardenal Armando Juan de Plessis (dicho comunmente Richelieu), primer ministro tambien de aquel reino, y sobre todos valido de la majestad cristianísima. Juzgó que el mejor camino de introducirse en la voluntad del conde era facilitarle los medios de la venganza; negoció secretamente los empleos de las armas españolas, y de improviso bajó los Pirineos, seguido de algunos trozos de gente mal armada, á que dudamos llamar ejército. Entendieronlo los franceses cuando se hallaba ya destruyendo y ocupando á Siburo, San Juan de Luz, Socoa y la Tapida, lugares de la Gascuña, en la tierra que llaman de Labor, que es aquella que yace de esotra parte de los Pirineos, y se termina á poniente con el mar Cantábrico. Era el poder del Valparaiso mas proporcionado al descuido de aquella provincia que no á sus fuerzas: recogieronse los que se retiraban de la campaña á Bayona, primera ciudad de la Gascuña, puesta al principio de las Landas; intentó ganarla por sorpresa, desvaneciéndose su designio, porque habiendose detenido antes en lo que no tenia dificultad, faltó primero la ocasion, que el Marques se valiese de ella. Volvióse, en fin, forzado de las prevenciones que ya hacian los franceses: ejecutólo pocos dias despues de su entrada, sin que de su empresa se luciese otro efecto que haber llamado la guerra hácia aquella parte donde no convenia. Presidió los puestos, obligando las armas de su Rey á mayores empeños. Esta division impracticable, segun despues la acusó la experiencia, podremos contar por el primer paso que dió España en su misma ruina, porque de ella tomaron motivo todos los sucesos y accidentes que poco tiempo despues turbaron la serenidad del Estado.

Crece la oposicion de parte de los franceses por cobrar sus lugares, y cada dia se reconocia mas en España el yerro de haberselos retenido. Intentaron enmendar el desorden pasado, y trazaron otro mayor para remediar el primero. Pareció se debian dejar los puestos ocupados en Francia, y se obró la retirada con tan poca atencion como la empresa. No hay caso monstruoso á los principios, á que no sigan fines desordenados. Retiraronse los españoles á tiempo que solo su eleccion podia obligarlos, dejando de la misma suerte que estaban las fortificaciones, que habian fabricado con gran peligro y dispendio; dejaron las provisiones y víveres prevenidos para su misma defensa, y lo que es mas, mucha parte de la artillería; cosa que por increíble á los franceses, con temor gozaban de su utilidad.

Pasó adelante la atencion y deseo de venganza

con que el Conde-Duque disponia inquietar y divertir á el Richelieu en la paz interior de su provincia, y de los intereses que mostraba en la guerra del Artois y Lombardía.

Juzgóse que la Leucata, postrer lugar del Languedoc, ó por mas vecino á España, ó tambien por mas descuidado de las armas, podia ser apropósito para la embestida: encargóse la empresa á don Enrique de Aragon, Duque de Cardona y de Segorbe, entonces virey de Cataluña, para que, asistido del conde Juan Cerbellon, ilustre soldado milanés, con buena parte de infantería y caballería obrasen la interpresa ó sitio, si fuese necesario, casi infaliblemente.

Fué sitiada Leucata, porque la ocasion no dió lugar á que se apretase por términos mas breves, y despues que, á juicio de los españoles, no podia resistirse, fué socorrida por los de Narbona y Tolosa tan osadamente, que siendo los católicos acometidos en sus mismos cuarteles, fueron rotos con gran pérdida de gente y no pequeña nota en la opinion.

No tardó mucho el ejército cristianísimo en dar vista á la provincia de Guipúzcoa, gobernado por Enrique de Borbon, príncipe de Condé, hombre en todos tiempos mas esclarecido que afortunado: pasó los linderos de la Francia con poderosa mano, á la que obedecian hasta veinte mil combatientes. Viendo España entonces las lises de sangre, que ya la antigua paz y deudo habian vuelto de oro, sitió á Fuenterrabía, plaza de opinion en la Cantabria, y despues de un riguroso asedio, perdió la empresa, el poder y los intentos, habiendola socorrido contra toda esperanza los ejércitos de don Juan Alonso Henriquez de Cabrera, almirante de Castilla, y de don Pedro Fajardo de Zúñiga y Requesens, marques de los Vélez, por la industria de Carlos Caraciolo, marques de Torrecusa, su maestre de campo general.

En este estado se hallaban los negocios de la guerra interior de España al fin del año 638 (el que entre todos pudo llamar dichoso aquella monarquía); pero aunque sus armas triunfasen victoriosas, erales imposible poder cubrir y asegurar las provincias distantes. Con esta ocasion la tuvieron los franceses el año siguiente de ocupar á viva fuerza el castillo de Salses (dicho de los geógrafos *Salsulae*), y última plaza del Rey Católico en el condado de Rosellon: no pudo resistirse á la furia del contrario, que añadiendo al valor natural la injuria del suceso de Fuenterrabía, obraba en Salses como desconfiado y como valeroso. Ganóse en pocos dias, mostrando la fortuna mas aquella vez cómo no vinculó las victorias á ninguna nacion.

La bizarría española, contra el comun sentimiento de los prácticos, que no aconsejaban la guerra aquel año por ser ya los últimos meses de 639, no se acomodó á sufrir un corto espacio ese lunar en el rostro de su república, feísimo á los ojos de los atrevidos, mucho mas que á la consideracion de los cuerdos.

Armó grueso ejército el Rey Católico, cuyo mando entregó á Felipe Espínola, marques de los Balbases, comendador mayor de Castilla, que poco antes habia dejado el reposo de su república, Génova, en que tambien se habia empleado poco despues de grandes ocupaciones de la guerra. Siendo Felipe hijo de Ambrosio, discípulo de aquel gran maestro, ¿cómo se puede creer habrá faltado á la herencia de la sangre y de la doctrina? Con esto juzgo llamarle dignísimo capitán del príncipe que quisiere servir.

La plaza fortificada nuevamente, gobernada por hombre experto, cual era monsieur Espernan, á quien fué encomendada su defensa; la sazón del año, extrañísima al manejo de las armas; el grueso del ejército español, formado de gente mas lustrosa que robusta, todo junto fué causa de que se dilatase el sitio y de que las tropas católicas fuesen heridas de terribles enfermedades. Hubo en fin de rendirse la plaza, capitulando los franceses briosamente; obtuvieron con todo el castillo de Ópol, fuerza poco considerable, y que por cosa sin nombre olvidaron ó disimularon los españoles. Ahora lo podremos advertir no sin misterio, porque parece que en haberle dejado obediente á Francia se denotó la posesion que su rey conservaba de toda aquella tierra, que poco despues le habia de llamar señor.

Casi en estos dias la armada naval del Cristianísimo, á cargo de Enrique de Sordis, arzobispo de Burdeos, dió fondo en la Coruña, que pudiendo destruir, se contentó con amenazar. Detuvose algunos, embarazada quizá en las muchas ocasiones que se le ofrecian, ó de abrasar la armada católica que se hallaba en el puerto, inferior á su número y fortuna (mandada de don Lope de Hoces, que el año antes habia recibido incendio por el mismo contrario), ó de escalar la plaza, que aunque bien guarnecida de soldados, no pudiera resistirse á un daño grande, por falta de municiones. En medio de esta duda se levantó un gran temporal contra el uso de naturaleza, cuyo brazo peleó por España, gobernado de la divina Providencia; obligóla el viento furioso á que se recogiese en sus puertos con mayor espanto que peligro. Reparóse, y salió á navegar segunda vez la vuelta de España; asombró toda la costa de Vizcaya, y desembarcando en las cuatro villas, arruinó á Laredo, lo intentó en Santander, abrasó sus astilleros, y amenazada nuevamente del tiempo aun mas que del enemigo, que ya salia á buscarla con la infelicísima flota de don Antonio de Oquendo, se volvió á Francia poco rica de triunfos.

La variedad de esta guerra, diferente todos los años, fué causa de que las tropas y ejércitos del Rey Católico hubiesen de revolverse muchas veces de unas provincias en otras, conforme el enemigo mostraba querer acometerlas, y que á estos sus tránsitos y pasajes se siguiesen los robos, escándalos é insultos que trae consigo la multitud y libertad de los ejércitos. En otras partes llegaban á ser con mas exceso insufribles por la larga existencia en ellas; de tal suerte, que unos y otros pueblos no cesaban de gemir con el peso de la molestia en que los ponian sus armas propias. Era de todas Cataluña, como la mas ocasionada, la mas afligida provincia.

Habianse mostrado los catalanes á los principios de la guerra con demasiada templanza: primero tuvieron intentos de que se les fiase la defensa de sus plazas; fundabanlo en su práctica y valor, atentos á aquella máxima de la naturaleza, de que cada uno sabe lo que basta para su conservacion; ofrecian no perdonar á gastos ó contribuciones en beneficio de su república; aseguraban al Rey cualquiera invasion por aquella parte; esquivabanse de que entre ellos se introdujesen armas extrañas; juzgaban como extranjeros los que no eran ellos mismos; en fin, pensaban que en ofrecerlo así servian al Príncipe y á la patria.

Hizose esta proposicion impracticable á los Consejos por algunos respetos, todos encaminados á la poca satisfaccion que se tenia de los ca-

talanes, de quienes el Rey conservaba alguna memoria cerca de la entereza con que habia sido tratado el año de 632, cuando fué á celebrar sus cortes. Ayudaban esta poco digna recordacion las diligencias del Conde-Duque, humanamente ofendido de que la nobleza catalana y buena parte de la plebe se declarasen en favor del almirante de Castilla cuando en Barcelona sucedieron las contiendas entre el mismo almirante y el Conde-Duque. De otra parte, Jerónimo de Villanueva, protonotario de Aragon, favorecido del Conde, tampoco daba calor á los negocios públicos del Principado, ó fuese lisonja á su dueño, que reconocia desaficionado, ó venganza particular á que le llevaba su propio afecto.

Juzgandose el celo sospechoso, siguióse naturalmente á la duda el desagradecimiento; de modo que á un mismo tiempo aquella atencion que no se tuvo á su servicio, desobligó á los catalanes de proseguirle, y puso á los ministros reales en cierto género de desconfianza. Y si por entonces aquellos no justificaron su intencion afectuosa y sencilla, estos no dejaron por lo menos de medir y observar sus fuerzas para lo venidero.

En esta opinion estaban las cosas públicas del Principado, cuando llegó la nueva de que los franceses habian ocupado á Salses: pedia la necesidad prontísimo remedio, y no se hallaban en Castilla todos los medios proporcionados á la guerra. Pareció que esta ocasion habria de ser la piedra de toque donde se daria á conocer la fineza de Cataluña, porque de su pérdida ó de su ganancia siempre sacaban conveniencia, ayudandose de ellos como de buenos vasallos, y dandoles por otra parte causa á que templasen su orgullo, abatiendo sus fuerzas, si acaso ellos fuesen los que pretendian averiguar alguna sospecha. Con esta ocasion concedieron una como igualdad con el Espínola en el mando de la empresa al virey de Cataluña. Era en este tiempo don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, que algunos años antes fué reputado por atentísimo repúblico, y como tal querido de su pueblo.

Con esta eleccion se consiguieron asaz particulares servicios; porque los catalanes, ó ya olvidados del primer desprecio, ó solicitados por la industria del Conde, ó tambien porque las quejas de los príncipes en los hombres no duran mas de lo que ellos mismos se lo permiten, acudieron vivamente á la ocasion con grueso número de vasallos y copiosísima provision de víveres: cuéntase este por el mas abundante ejército que España formó dentro de sí, cuya prosperidad se fundó sobre la industria de los catalanes.

Concurrieron al servicio de Salses grande parte de la nobleza y mucha de la plebe: los mismos castellanos, sin atencion á los extremos del Principado, estiman en treinta mil plazas las que pagó y mantuvo Cataluña en los siete meses que duró el sitio, haciendo repetidas levadas de infantería, y continuas conducciones de gastadores para manejo y fortificacion del ejército.

Tanto fué el caudal con que entró en la empresa; y con la misma proporcion que ayudó al número, sirvió tambien al peligro. Hallabanse en el fin de la guerra por todas sus provincias muchos huérfanos y viudas, cuyos padres y esposos habian servido al alimento de aquella bestia insaciable que se sustenta en la sangre de los humanos: sus llantos y clamores cargaban sobre su afligida república, que lastimada dellos, tuvo poco lugar de alegrarse con los vivas del triunfo, que indivisiblemente gozaba Castilla,

como si sola ella hubiese merecido el aplauso.

Los catalanes, poco acostumbrados en la edad presente al servicio militar de sus príncipes, juzgaban por de singular fineza sus empleos, que sin duda parecieran grandes aun en las naciones mas belicosas y opulentas. Con este aprecio esperaban atentísimamente los premios y gratificaciones, por ser cosa natural que el mérito engendre la esperanza. Y si cuantos despues llegaron á publicar los servicios de aquella nacion, los acordaran antes de la queja, no les faltara el consuelo á tiempo que se excusara la desconfianza; empero, ó fuese que los ministros á cuyo cargo estaban estas informaciones, tardasen en hacerlas al Rey, ó que juzgando diferentemente de la accion, contasen la deuda por de menor calidad, ó que tambien, como sucede en las cortes, aquel expediente no hallase en los ánimos la sazón y fuerza que las mas veces falta en los negocios ajenos (como si el pagar servicios y obligaciones no fuese el mas propio negocio de los reyes), y se determinase para otro tiempo el premio de aquella gente, dicen ellos, y la verdad lo confirma, que no solamente tardaron las mercedes y gracias, pero que ni un ligero ó vano agradecimiento de sus aciertos reconocieron jamás; y sin duda, si no se les negó con artificio, la suerte, que ya lo iba encaminando á otros fines, ordenó que el desprecio de los mayores disimulase aquella grande obligacion. Esta experiencia volvió á despertar en ellos, si no un arrepentimiento de lo pasado, un propósito de no tentar con nuevos méritos segunda vez la fortuna: así fué comun el interior descontento introducido en el ánimo de todos. Si llegasen á conocer los príncipes qué baratamente compran la afición de los vasallos, y lo mucho que vale el aplauso universal de las gentes, ninguno llegara á ser remiso, cuanto mas á parecer ingrato.

No se juzgaban todavía por acabadas las cosas de Francia con la recuperacion de Salses, porque aun despues de su cobro quedaba la guerra en el mismo estado que antes de perdida; su victoria tambien habia dado ocasion á mayores pensamientos en el Conde-Duque, que ya entonces juzgaba por corta felicidad solo la conservacion de su imperio: el invierno riguroso, la gente fatigada y enferma del trabajo de la campaña, vivamente pedia lugar de cura y descanso; las conveniencias no permitian se apartasen tanto las armas, que las tropas fuesen reducidas á Castilla, ni su gran desmayo daba tiempo para que se pudiese pensar el modo de acomodarlas.

En esta consideracion ordenaron el Espínola y Santa Coloma que, guarnecidas las plazas de la frontera conforme pedian las ocasiones presentes, lo restante del ejército se repartiase por el país en varios cuarteles, segun la capacidad de los pueblos. Salió esta resolucion molestísima á los catalanes, que habian sufrido el pasado hospedaje con gran paciencia, esperando que con la mejora de las armas católicas saldrian de gran opresion, aliviandose de las milicias que tantos años habian agasajado contra su natural, y perturbacion de sus fueros. Empero viendo que nuevamente se comenzaban á acomodar para proseguir la guerra, no se hallaba entre ellos hombre alguno que con templanza supiese llevar aquel accidente, á que tan poco ninguno podria resistir.

Cumplióse, en fin, la disposicion de los cabos; y los catalanes, que ya obedecian antes rabiosos que atentos, asentaron mas este peso por nueva partida en el gran memorial de sus agravios.

Pasó adelante el daño, porque hallandose las rentas reales en sumo aprieto, procedido del continuado dispendio de la guerra, siguióse que los socorros ordinarios de los soldados no corriesen entonces con aquella igualdad y concierto que pide la infalible necesidad de los ejércitos. Era fuerza que á la falta comun en que se hallaban todos se siguiese nueva inquietud y discordia, que habiendo tomado tantas veces motivo en la ambicion y demasía, no era mucho que entonces se ocasionase en la miseria y hambre de la gente. Llegaban estas noticias á Barcelona y á los cabos, y al principio no parecieron otra cosa que alguna de aquellas ordinarias contiendas entre soldados y paisanos; achaque para que ninguna prudencia halló remedio.

Crecian cada instante las cartas y las quejas, ya de los ministros de la provincia, ya de los soldados del ejército. Quejabanse estos, oprimidos de su continua miseria, juzgando por excesivo trabajo el que padecian cuando los enviaban al descanso; acusaban la dureza de sus patrones y aun su soberbia, que los trataban como esclavos, no como compañeros; justificaban su causa con que no pedian mas de lo lícito (su gran aprieto podrá ser les hiciese parecer corta cualquiera demostracion oficiosa). Aquellos se quejaban de la insolencia militar; representaban su codicia y trato violentísimo; hacian memoria del sufrimiento pasado; decian que su pobreza, y no su impaciencia, lo rehusaba; que ellos acudian aun con mas de lo posible; pero que la ingratitud y libertad de los huéspedes ahogaba todos los medios de su industria.

Oianse los clamores de unos y otros, que esto parecia entonces lo mas que se podia hacer por ellos; y en medio de las dudas y quejas, ninguna cosa se advertia competente á la templanza, sino era el mostrarles lástima á cada uno; que este es el mas facil medio para aplicar, á aquellas cosas que no tienen remedio.

El de Santa Coloma, combatido á un mismo tiempo de celo del servicio de su Rey y de compasion de sus naturales, inclinaba diferentemente el ánimo, segun lo llevaba la fuerza de la razon: algunas veces reprehendia los excesos y libertad de la soldadesca, y otras se convertia contra los mismos moradores; pero los catalanes, celosos de entender que en su corazon tuviesen lugar otros respetos que los que debia á la conservacion de su patria, y creyendo tambien que su fortuna crecia con las ruinas de la república, por instantes mudaban en aborrecimiento la primera afición que le tenian.

El Espínola procuraba la conservacion de su ejército, juzgando que á su oficio no tocaba arbitrar los medios del descanso y sosiego del Principado (propia fatiga al espíritu del Santa Coloma), y persuadido de algunos hombres mas prácticos que amantes de la nacion catalana (y entre ellos de don Juan de Benavides y de la Cerda, veedor general de la provincia), disponia á este tiempo en gracia de la hacienda real un gran negocio, á que mejor pudieramos llamar mina secreta, que despues arruinó la paz comun de Cataluña.

Tratóse por algunos dias aquella negociacion en consultas y papeles secretísimos: era de hermosa apariencia en orden á la utilidad del Príncipe, y comprendia interiormente riesgos á la república, como despues lo dieron á conocer sus efectos: las conveniencias agradables no hicieron lugar á que se penetrase con la consideracion hasta el peligro; así, en corto espacio de tiempo se pensó,

se consultó, se aprobó y caminó á su ejecucion.

Habia el Espínola manejado los ejércitos de Milan; tenia mas conocimiento de la gran sustancia y fertilidad de aquella tierra, de lo que alcanzaba de la cortedad ú opulencia de los catalanes; y de tal suerte se llevó y dejó llevar, lisonjeado de aquel pensamiento, que asentó consigo y los otros podria conseguir que la provincia acudiese á mantener el ejército católico, como lo hacen los gruesísimos pueblos de la Lombardia. Así, habiendo alcanzado la permission y aun el agradecimiento del Rey, sin otra prevencion ó diligencia, facilitando la ley en el ejemplo, y fortificandola, á su parecer insuperablemente, en las mismas armas que le obedecian, despachó con prontitud órdenes á los pueblos y cuarteles para que sirviesen con el socorro ordinario á las tropas de su alojamiento; señaló bocas á los oficiales y soldados, cantidades de forrajes á la caballería; separó los cuarteles al tren y bagajes; en fin, distribuyendo los despachos conforme la ciencia militar, si él no faltara á la templanza, como no faltó á la disciplina, no pudieramos negar que habia hecho un gran servicio á su señor.

Acudieron á embarazar este primer efecto las universidades, donde primero llegó el aviso; empero el Espínola, por moderar su queja, las dió á entender que ni su intencion ni la del Rey era obligarles á que diesen mas á los soldados de lo que daban de antes; que era solo arbitrarles un medio que sirviese como de tasa á su codicia dellos y de moderacion á la liberalidad de los pueblos; que no se hacia mas de mudar el nombre, llamando contribucion á lo que primero se pudo llamar cortesía; que la estrechez de los tiempos presentes no daba lugar á que el Rey dejase de valerse de tan buenos vasallos; que el beneficio de aquellas armas era mas propio de Cataluña que de Castilla, pues se oponian á la invasion de sus enemigos; que el soldado hace al labrador arar y recoger seguro; no menos el labrador debe hacer que el soldado pelee satisfecho; que el tiempo del servicio seria cortísimo; que apenas conocerian el peso, cuando ya se le quitarian del hombro; que la necesidad era tan grande, que por fuerza les habria de tocar alguna parte; que cuando es inmensa la carga, muchos brazos la facilitan y hacen ligera; finalmente, que la voluntad de los reyes, y con la razon á las espaldas, siempre es digna de obediencia.

Así pensó persuadirles el Marques; pero ningun advertimiento ó dulzura fué capaz de templar el enojo y rabia de aquella gente en la proposicion señalada, y mucho mas cuando ultimamente lo escuchaban como precepto.

Rompieron con furia y desórden en desconcertadas palabras y algunos hechos de mayor desconcierto: entonces hacian larguísima lista de sus progresos y servicios; celebraban sus obras, exageraban su paciencia; luego cotejaban los méritos con las mercedes, y toda esta cuenta venia á parar en endurecerse mas en su propósito: los mas atentos clamaban la libertad de sus privilegios, revolvian todas las historias antiguas, mostraban claramente la gloria con que sus pasados habian alcanzado cuanta honra hoy perdian con vituperio sus descendientes. Algunos, con mas artificio que celo, daban como un cierto género de queja contra la liberalidad de los reyes antiguos, que tan ricos los habian dejado de fueros, cuya religiosa defensa ya les costaba tanta injuria y peligro.

Los soldados, gente por su naturaleza licenciada, fortalecidos en la permission, no habia insulto

que no hallasen lícito: discurrían libremente por la campaña sin diferenciarla del país contrario, desperdiciando los frutos, robando los ganados, oprimiendo los lugares; otros dentro de su propio hospedaje, violentando las leyes del agasajo, osaban á desmentir la misma cortesía de la naturaleza. Unos se atrevían á la hacienda, disipandola; otros á la vida, haciendo contra ella; y muchos fulminaban atrocemente contra la honra del que los sustentaba y servia. Toda la fatigada Cataluña representaba un lamentable teatro de miserias y escándalos, tan execrables á la consideracion de los cristianos como á la de los políticos.

Disculpabase cada cual con la afliccion de la hambre que el ejército padecia comunmente, como si los delitos y desórdenes fuesen medios proporcionados para alcanzar la prosperidad. El natural aprieto á que nos reduce la miseria humana, casi no hay accion que nos evite; empero de tal suerte nos debemos valer de esta infelicísima libertad, que no nos hagan parecer brutos esas mismas pasiones que nos hacen parecer hombres.

Los que mandaban las tropas reales, fatigados de la misma falta ó de la misma ambicion, ni enmendaban los soldados, ni daban satisfaccion á los paisanos: gran culpa de los que tienen ejércitos á su cargo, permitir toda la libertad de que pretende valerse la juventud y descuello de los que siguen la guerra; bien es verdad que la milicia afligida está incapaz de ninguna disciplina; el descuido de estos ó su artificioso silencio despertaba mas las quejas de todo el Principado, y en pocos dias, aunque asentado sobre muchos casos, ocupó la discordia de tal suerte los ánimos de los naturales, que ya ninguno buscaba el remedio, sino la venganza.

A este tiempo el Espínola, llamado de mayores ocupaciones, ó de su mayor dicha, habia dejado el régimen de las armas. Suerte es, y no injuria, de poner la espada enflaquecida para que se rompa en manos del segundo diestro que la coge ambicioso; uníase todo el mando en el Santa Coloma, que, apropiandose mas en el patrocinio de los soldados, al mismo tiempo que se afirmaba en el baston de general, resbalaba en la silla de virey: tan contrario concepto habian formado de su celo ya los naturales.

Entendiase exteriormente, y no sin buenos fundamentos, que este modo de gobierno podria ser el mas suave á la provincia, porque llevando el ejército á las manos de su natural, no podria haber la ocasion de queja que pudiera, trayendo el Principado al gobierno del extranjero. Pero esto mismo era en el Santa Coloma un nuevo estudio que le desvelaba en hacerse mas agradable á los soldados que á los paisanos, temiendo podrian decir ellos que su corazon era solo de sus patrios. Los catalanes con el mismo temor observaban diferente atencion en el Santa Coloma para las materias del ejército que para la conservacion de la provincia; y á la verdad él deseaba satisfacer los forasteros, llevado de la razon, que enseña cuán importante es á los hombres grandes el aplauso y gracia de las armas, que tantas veces en el mundo, no solo han hecho famosos algunos en su misma esfera, sino que los han subido hasta la majestad del imperio.

Esta consideracion por ventura le incitó á granjear la gracia y voluntad de los soldados, ó porque juzgando la razon mas de su parte, pretendia emplearse en su desagravio. Eran continuas las lástimas que cada dia parecían por los tribu-

nales y audiencias, repetidas por las voces y plumas de abogados en Barcelona, y confirmadas con llantos y clamores de los pobres.

Publicabanse cada vez mas y mayores delitos de la soldadesca, escribianse procesos, sacabanse manifiestos, ofrecianse memoriales, hablabanse en las plazas, motejabanse en las conversaciones, y acusabanse desde los púlpitos. Todo el escándalo y descontento de los nobles y plebeyos tenia por objeto la opresion de su patria; otras veces las exequias y luto tristísimo daban testimonio de muertes y desastres continuos. Fué entre todas profundamente sentida la de don Antonio Fluvia, á quien habian abrasado en un castillo suyo algunas tropas de caballería napolitana á cargo de los Espatáforas; bien que entre los españoles y catalanes hubo gran diferencia en contar los principios del caso, refiriendole cada cual como mas se acomodaba á su razon. Mas no era este solo el delito escandaloso; muchos y varios se referian, donde podemos pensar que ni en todo los unos fueron culpados, ó inocentes los otros; mas antes que, como entre ellos sembró el odio el fertilísimo grano de su discordia, tales se podian esperar las cosechas de turbacion y desconsuelo universal.

Mirabalo ya con recelo de mayor daño el Santa Coloma, y pensando evitar muchas ocasiones al desabrimiento de los naturales, tuvo por cosa conveniente que las quejas comunes de los soldados no corriesen con el estilo de la curia punitiva, juzgando, segun la experiencia, que muchas de las acusaciones eran falsas, y que de las verdaderas no seria conveniente vivir escrita la memoria de tan torpes acontecimientos. Persuadido de este discurso mandó por el doctor Miguel Juan Magarola que ninguno de los abogados de Barcelona pudiese asistir á las causas ordinarias de paisanos contra soldados. Fué esta la cosa mas sensible para los afligidos, pues es verdad que el último desconsuelo del miserable es quitarle hasta la voz para pedir el remedio. Al rigor de este mandamiento comenzaron á esforzar las voces los quejosos, como sucede al agua que, detenida por algun espacio, revienta por otra parte ó sale por aquella con mayor ímpetu.

Vanas salian y contrarias las diligencias encaminadas á la salud pública; vivian todos los pueblos en temor y aborrecimiento de los soldados, estremecidos con el incendio del Fluvia. Corria fama en Santa Coloma de Farnés, lugar del vizconde de Joch, que el tercio de don Leonardo Móles caminaba á destruirle, porque entonces entre el hospedaje y la ruina no habia ninguna diferencia; si bien ellos propiamente temian que los napolitanos pretendiesen vengarse, como amenazaban, de los agravios recibidos en otro pueblo vecino. Procuró el Vizconde en Barcelona desviar el peligro de los suyos; pero no pudo alcanzar otro medio que haberse enviado contra el mismo lugar un aguacil real dicho Monredon (es en Cataluña este oficio de mayor estimacion y dignidad que en Castilla). Era él hombre de naturaleza asaz acomodada á su intento, soberbio y áspero. Llegó publicando amenazas, pretendió culpar y castigar sin reservar ninguno, siendo la primera parte de su prevenido castigo alojar en la villa todo el tercio del Móles: advertidos pues de su enojo los moradores por la experiencia de otras demasías, comenzaron á dejar el lugar, retirandose á la iglesia. Desesperóse el Monredon, reconociendo cómo los vecinos iban escapandose de sus manos, y mandó publicamente fuesen quemadas las casas que sus moradores desam-

parasen. A este terrible mandamiento se opuso alguno, que los catalanes afirman ser forastero, y aunque natural, ni por eso olvidado como indigno; pero él, arrebatado de su furor, le disparó una pistola á los pechos. Sus criados y otros que le seguian, imitando la barbaridad de su dueño, como á la seña militar, oyendola, se arrojaron á embestir la plebe descuidada y temerosa; trabóse la pendencia entre estos y aquellos con muerte y sangre de algunos naturales. Engrosóse su número, ya con mayores intentos que la defensa: retiróse el Monredon á una casa, donde pensó escaparse; cercaronse los ofendidos, y pegandola fuego, ni el partido de la confesion, que pedia, quisieron concederle.

La nueva de este suceso prosiguió en irritar y revolver el ánimo de los reales, dandole al Santa Coloma desde aquel punto mas cuidado las cosas, como aquel que ya tocaba con las manos lo que hasta entonces miraba como desde léjos el discurso. Envió contra el pueblo uno de sus oidores, á cuyas lentísimas diligencias se consiguió la entrada en la villa por los soldados de Móles, y despues su ruina: fueron quemadas y derribadas poco menos de doscientas casas. No perdonó su furia á la iglesia consagrada á Dios, como ya dicen se habia atrevido en el incendio lamentable de Riu de Arenas, ó fuese sacrílega malicia de algun hereje disimulado en el ejército católico, ó inevitable peligro de los que se trae consigo la guerra, digno siempre de lágrimas, y que yo llevo á escribir con moderacion, segun lo que he visto y oido, por no escandalizar la memoria del que leyere con la recordacion de este abominable suceso. Tampoco es mi propósito ofender el nombre ó justificacion de los que en ello se dice han tenido parte: quede la verdad sin injuria, y sin mancha la inocencia, y desengañe el tiempo á la posteridad, ya que nosotros padecemos la duda.

Contenia el campo católico, demás de los tercios españoles, algunos regimientos de naciones extranjeras, venidos de Nápoles, Módena é Irlanda, los cuales no solo cumplidamente constan de hombres naturales, mas antes entre ellos se introducen siempre muchos de provincias y religiones diversas; los trajes, lengua y costumbres, diferentes de los españoles, no tanto para con la gente comun los hacia reputar por extraños en la patria, sino tambien en la ley: este error, platicado en el vulgo, que de su parte de ellos alguna vez se ayudaba con demostraciones escandalosas, vino á extenderse de tal suerte, que casi todos eran tenidos por herejes y contrarios de la Iglesia. Miraban con estos ojos los catalanes sus demasías, contando como delitos muchas ligerezas y apariencias dignas de desprecio, en que no hubieran reparado los ojos acostumbrados á mirar la desenvoltura de los ejércitos.

Habia el Santa Coloma dado cuenta por muchas veces al Rey de la turbacion de aquella provincia; habia significado sus quejas, ofreciendo uno de dos medios para moderarla: eran, ó aliviar los moradores de los alojamientos y contribuciones, á que no se acomodaban y no podian llevar, ó tambien que las tropas se engrosasen á tal número, que los soldados fuesen superiores á los naturales, porque su temor los tuviese obedientes.

No dejó de causar novedad en los ministros del Rey Católico el estilo del Santa Coloma; algunos llegaron á presumir que representaba el segundo remedio, porque, considerandole extraño é imposible, su dificultad los obligase á usar del primero, que era sin falta el mas conforme á su deseo.

El Espínola también, al lado del Conde-Duque, le hacia entender que su industria habia ya facilitado todas las dudas del país, y que el Santa Coloma las volvía á platicar, porque se conociese que en todas las acciones y finezas del Principado tenia parte. Llevados de este discurso, y siempre con incredulidad de su mayor daño, le respondian sin determinar el fin de las cosas; antes con modos y palabras generales, llenas de duda ó artificio, llegaban, cuando mucho, á decirle castigase los culpados sin excepcion de dignidad ó fuero; que averiguase los delitos por jueces desapasionados. Dejabanle en mayor confusion las respuestas que su misma duda.

Entonces los diputados de la provincia, persuadidos de su celo y obligaciones, con acuerdo de los mas prácticos en la república, entendieron que por razon de su oficio les tocaba acudir por la generalidad, oprimida de diferentes excesos. Ofreciose por parte del Principado delante del Virey el diputado militar Francisco de Tamarit, voz de la nobleza catalana; representó las ofensas y opresiones recibidas, pidió el remedio, protestó por los daños comunes, y con brio no desigual al comedimiento enseñó, como desde léjos, algunas misteriosas razones, que todas se aplicaban á mostrar la gran autoridad de la union y poder público.

Recibióle el Santa Coloma con severidad, respondió gravemente, y poco despues aumentó su turbacion la segunda embajada de Barcelona, una y otra encaminada á un mismo fin, fundadas ambas en unas mismas quejas, adornadas con las propias razones y ministradas de un semejante espíritu.

Creció con la ocasion su desplacer, y juzgando que si desde los principios no cortaba las raices á aquella planta de la libertad, que ya temia nacida, podria ser despues durísima de arrancar, y cuya sombra causaria abrigo á una miserable sedicion en la patria, resolvió mandar á la prision, ejecutandolo luego, al diputado Tamarit, como persona principal en el magistrado, y por la ciudad á Francisco de Vergos y Leonardo Serra, entrambos votos del concejo de Ciento; y que contra el diputado eclesiástico procediesen los jueces del breve apostólico impetrado á este fin, porque la riguridad usada con los mayores excusase el castigo de los pequeños.

Sintiólo interiormente la ciudad, aunque sin voces, que las mas veces el silencio suele ser efecto del mayor dolor. Cualquiera guardaba en su ánimo la afrenta de su república, como si él solo fuese el ofendido, proponiendo consigo mismo el desagravio comun, que porque le deseaban igual á la injuria, ninguno se determinaba á vengarse por sí solo.

Dió el Santa Coloma aviso al Rey de la demostracion hecha en Barcelona, y no sin vanidad de lo obrado, decia del silencio en que la ciudad se hallaba á vista de su resolucion, y cómo ya ninguno osaria á declararse en favor de la república; que procedia en formar el proceso y averiguar la culpa; que el castigo podria quedarse al arbitrio real. Llegó á entender que en esta accion cobraba todo el crédito dudoso al juicio de los otros ministros, que no le podrian argüir flojedad alguna que no satisfaciese la deliberacion de haber castigado los mas poderosos: en fin, esta diligencia en su ánimo fué mas sacrificada á la lisonja que á la equidad. No dejó de agradecersele el Rey, ordenandole que unos y otros reos fuesen reducidos á prision áspera mientras se pensaba el castigo conveniente, ó se pasaban al castillo del Perpiñan. Satisfizose su mandamiento, volviendo á

renovar entonces la provincia las antiguas llagas de su afrenta; y como desde el corazon se comunica la vida ó la muerte á las mas partes del cuerpo, así desde Barcelona, como corazon del Principado, se derivaba el veneno de la injuria por todas sus regiones en cartas y avisos, con tanta prontitud, que en breves dias el ánimo de todos parecia gobernado de una sola pasion.

Estiman los catalanes notablemente sus magistrados, y sobre todos, aquellos que representan la autoridad suprema de la república, como los romanos á sus dictadores; no podian mirar sin lágrimas sus mayores arrastrando los hierros, en que los oprimia la violencia de su señor; lloraban su libertad como perdida, y todos temian el castigo á proporcion de su fortuna. Encendíase con cada accion el mortal odio contra la persona del Virey; entendian que la gracia comun lo habia subido á la dignidad; cuanto mas lo juzgaban obligado, tanto mas ingrato les parecia; mirabanle con ceño de parricida, y todo su pensamiento se empleaba en cómo les seria posible arrojar de su gobierno aquel hombre que tan mal habia usado de sus aplausos.

De este vivísimo deseo de venganza resultaron miserables efectos en toda Cataluña, porque siendo ya comun el odio entre naturales y soldados, ninguno buscaba otra razon para dañar al contrario que el ser de estos ó de aquellos. Llegabase el tiempo de disponer las cosas de la guerra aquel año, y las tropas se comenzaban á revolver en sus cuarteles para marchar donde les era señalado; pero los catalanes, que ya pensaban eran públicos sus propósitos, mostraban temerlas como enemigas. De la misma suerte los soldados, sin aguardar otra averiguacion mas del temor de los naturales, los ofendian y robaban sin piedad alguna.

Marchaban las compañías de unos lugares á otros, y salian á recibirlas armados los paisanos, como á gente contraria; en otras partes los agasajaban feamente contra las leyes naturales, y como en la casa de Thiéstes, desde la mesa pasaban á la sepultura: unos pueblos pagaban tal vez la insolencia de otros con incendios, muertes y vituperios; corrian por todo el país rios de sangre, cuyo movimiento no obedecia á ningun poder ó industria. Bien procuraba el Santa Coloma impedir los excesos, aunque no sabia de todos (esta es la primera calamidad que padecen los males de la república); empero no se hallaba medicina de tan fuerte virtud, que templase el poder de la malicia comun, y los accidentes llevados de la violencia de otros, venian á hacer una sucesion de desastres, como cosa natural é infalible.

Hallome ahora obligado á dar alguna noticia de Cataluña, para que mejor se entienda lo que habré de decir despues, tocando en sus antigüedades, del natural y costumbres de sus moradores, y otras cosas que pertenecen á mi historia; todo procuraré hacer en cortísima digresion. No ofenda mi brevedad la grandeza de esta provincia, ni mi juicio embarace la noticia de los mas bien informados; bien que yo en procurarlas certísimas de lo que no vi he cumplido con mi obligacion, y quizá con mi deseo.

Es Cataluña la provincia mas oriental de España, puesta por los romanos en la Citerior, despues en la Tarraconense, nombre derivado á su tercera parte de la antigua ciudad de Tarragona, famosa en aquellas edades, y en esta célebre por sus militares acontecimientos. De los pueblos celtas ó celtiberos fué llamada Celtiberia; pero en siglos mas próximos, entre godos y alanos, que la

ocuparon, mudó el primer nombre, llamandose, de las naciones dominantes, Gotia Alania ó Gocia Alonia, y ahora Catalonia ó Cataluña, obedeciendo á los tiempos en la variedad de los nombres como en la del imperio.

Tiene á levante la Galia dicha Narbonense, de quien la dividen los Pirineos, famosos montes de Europa, que unos denominan de *Pyr*, voz griega que significa fuego, y le fué aplicada por su memorable incendio; otros de un antiguo rey en España llamado Pyrros. A poniente confina con Aragon y parte de Valencia: apartalos en ciertos lugares el rio Ebro; pero en otros pasan allende sus aguas algunos pueblos de Cataluña. Por el septentrion la toca Navarra y el Bearne, y se acaba en el mar Mediterráneo por el lado que mira á mediodía. Divídese toda la tierra en cinco provincias diferentes, que algunas de ellas tuvieron diferente señorío; las mas célebres son Cataluña, de quien habemos dicho; Rosellon, llamado Rhusino; Cerdaña, que es la antigua *Sardonum*, despues Conflent y Ampurdan. Ahora se comprehenden todas en el condado de Barcelona, cuyo estado, segun las historias, tuvo principio en Ludovico Pio, hijo de Carlo-Magno, año del Señor 814; si bien aquella ciudad, con algunas otras de su dominio, se cuentan entre las dudosas fundaciones de Hércules, ó Amílcar Barcino, como otros dicen: juntas sus provincias, hacen un principado, siendoles comun á sus naturales una lengua, un hábito y unas costumbres, en que se diferencian poco de los narbonenses ó lenguadoques, de quienes se han derivado.

Son los catalanes por la mayor parte hombres de durísimo natural; sus palabras pocas, á que parece les inclina tambien su propio lenguaje, cuyas cláusulas y dicciones son brevísimas; en las injurias muestran gran sentimiento, y por eso son inclinados á venganza; estiman mucho su honor y su palabra; no menos su exencion, por lo que entre las mas naciones de España son amantes de su libertad. La tierra, abundante de asperezas, ayuda y dispone su ánimo vengativo á terribles efectos con pequeña ocasion; el quejoso ó agraviado deja los pueblos y se entra á vivir en los bosques, donde en continuos asaltos fatigan los caminos; otros, sin mas ocasion que su propia insolencia, siguen á estotros; estos y aquellos se mantienen por la industria de sus insultos. Llaman comunmente andar en trabajo aquel espacio de tiempo que gastan en este modo de vivir, como en señal de que le conocen por desconcierto; no es accion entre ellos reputada por afrentosa, antes al ofendido ayudan siempre sus deudos y amigos. Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles: con este motivo han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos de narros y cadells, no menos celebrados y dañosos á su patria que los güelfos y gibelinos de Milan, los pafos y médicos de Florencia, los beamonteses y agramonteses de Navarra, y los gamboínos y oñasinos de la antigua Vizcaya.

Todavía se conservan en Cataluña aquellas diferentes voces, bien que espantosamente unidas y conformes en el fin de su defensa: cosa asaz digna de notar, que siendo ellos entre sí tan varios en las opiniones y sentimientos, se hayan ajustado de tal suerte en un propósito, que jamás esta diversidad y antigua contienda les dió ocasion de dividirse; buen ejemplo para enseñar ó confundir el orgullo y disparidad de otras na-

ciones en aquellas obras cuyo acierto pende de la union de los ánimos.

Habitan los quejosos por los boscajes y espesuras, y entre sus cuadrillas hay uno que gobierna, á quien obedecen los demás. Ya de este pernicioso mando han salido para mejores empleos Roque Guinart, Pedraza y algunos famosos capitanes de bandoleros, y ultimamente don Pedro de Santa Cilia y Paz, caballero de nacion mallorquin, hombre cuya vida hicieron notable en Europa las muertes de trescientas y veinticinco personas, que por sus manos ó industria hizo morir violentamente, caminando veinte y cinco años tras la venganza de la injusta muerte de un hermano. Ocupase estos tiempos don Pedro sirviendo al Rey Católico en honrados puestos de la guerra, en que ahora le da al mundo satisfaccion del escándalo pasado.

Es el hábito comun acomodado á su ejercicio: acompañanse siempre de arcabuces cortos, llamados pedreñales, colgados de una ancha faja de cuero, que dicen charpa, atravesada desde el hombro al lado opuesto. Los mas desprecian las espadas como cosa embarazosa á sus caminos; tampoco se acomodan á sombreros, mas en su lugar usan bonetes de estambre listados de diferentes colores, cosa que algunas veces traen como para señal, diferenciandose unos de otros por las listas; visten larguísimas capas de jerga blanca, resistiendo gallardamente al trabajo, con que se reparan y disimulan; sus calzados son de cáñamo tejido, á que llaman sandalias; usan poco el vino, y con agua sola, de que se acompañan, guardada en vasos rústicos, y algunos panes ásperos que se llevan, siempre pasados del cordel con que se ciñen, caminan y se mantienen los muchos dias que gastan sin acudir á los pueblos.

Los labradores y gente del campo, á quien su ejercicio en todas provincias ha hecho llanos y pacíficos, tambien son oprimidos de esta costumbre; de tal suerte, que unos y otros, todos viven ocasionados á la venganza y discordia por su natural, por su habitacion y por el ejemplo. El uso antiguo facilitó tanto el escándalo comun, que, templando el rigor de la justicia, ó por menos atenta ó por menos poderosa, tacitamente permite su entrada y conservacion en los lugares comarcanos, donde ya los reciben como vecinos.

No por esto se debe entender que toda la provincia y sus moradores vivan pobres, sueltos y sin policia; antes, por el contrario, es la tierra, principalmente en las llanuras, abundantísima de toda suerte de frutos, en cuya fertilidad compite con la gruesa Andalucía, y vence cualquiera otra de las provincias de España; ennoblecenla muchas ciudades, algunas famosas en antigüedad y lustre; tiene gran número de villas y lugares, algunos buenos puertos y plazas fuertes; su cabeza y corte, Barcelona, está llena de nobleza, letras, ingenios y hermosura; y esto mismo se reparte con mas que medianía á los otros lugares del Principado. Fabricó la piedad de sus príncipes, señalados en la religion, famosos templos consagrados á Dios. Entre ellos luce, como el sol entre las estrellas, el santuario de Monserrate, célebre en todas las memorias cristianas del universo. Reconocen el valor de sus naturales las historias antiguas y modernas en el Asia y Europa; ¿Africa tambien no se lo confiesa? Es, en fin, Cataluña y los catalanes una de las provincias y gentes de mas primor, reputacion y estima que se halla en la grande congregacion de estados y reinos de que se formó la monarquía española.

Andaba en este tiempo mas viva que nunca en el Principado la plática de las cosas públicas, que cada uno encaminaba segun su intencion ó noticia; aunque generalmente la cólera de los naturales, persuadidos de su efecto, daba poco lugar á distinguir la razon del antojo. Habian los casos presentes sacado muchos hombres de sus casas, algunos ofendidos y otros temerosos; vivian estos retirados, segun su costumbre y continuo deseo de inquietud y venganza; engrosabase cada dia con esta gente el número de los que infestaban la campaña; de suerte que su fuerza y atrevimiento era bastante á poner en cuidado cualquiera de los pueblos pacíficos; empero ellos, esperando la ocasion favorable que ya les traia el tiempo, se disimulaban mas de lo que se comedian.

Crecia con las ocasiones la furia del pueblo, hasta que en 12 de mayo rompió tumultuosamente las cárceles, sacando al diputado militar y otros oficiales del comun de la prision pública, de que avisados los mas, acudieron al remedio de mayor daño sin artificiosa diligencia: los inquietos, como triunfantes, amenazaban las casas de Santa Coloma y marques de Villafranca: fué como proemio aquel dia á la obra que ya determinaban. Habianse retirado los dos á la tarazona, donde, asistidos de los consellerses y algunos caballeros, salieron libres, excusando aquella vez el peligro á la injuria.

Habia entrado el mes de junio, en el cual, por uso antiguo de la provincia, acostumbran bajar de toda la montaña hácia Barcelona muchos segadores, la mayor parte hombres disolutos y atrevidos que lo mas del año viven desordenadamente, sin casa, oficio ó habitacion cierta; causan de ordinario movimientos é inquietud en los lugares donde los reciben; pero la necesidad precisa de su trato parece no consiente que se les prohiba: temian las personas de buen ánimo su llegada, juzgando que las materias presentes podrian dar ocasion á su atrevimiento en perjuicio del sosiego público.

Entraban comunmente los segadores en vísperas de Córpus, y se habian anticipado aquel año algunos: tambien su multitud, superior á los pasados, daba mas que pensar á los cuerdos, y con mayor cuidado por las observaciones que se hacian de sus ruines pensamientos.

El de Santa Coloma, avisado de esta novedad, procuró, previniendola, estorbar el daño que ya antevia: comunicólo á la ciudad, diciendo le parecia conveniente á su devocion y festividad que los segadores fuesen detenidos, porque con su número no tomase algun mal propósito el pueblo, que ya andaba inquieto; pero los consellerses de Barcelona (así llaman los ministros de su magistrado; consta de cinco personas), que casi se lisonjeaban de la libertad del pueblo, juzgando de su estruendo habria de ser la voz que mas constante votase el remedio de su república, se excusaron con que los segadores eran hombres llanos y necesarios al manejo de las cosechas; que el cerrar las puertas de la ciudad causaria mayor perturbacion y tristeza; que quizá su multitud no se acomodaria á obedecer la simple órden de un pregon. Intentaban con esto poner espanto al Virey para que se templase en la dureza con que procedia; por otra parte deseaban justificar su intencion para cualquier suceso.

Peró el Santa Coloma ya imperiosamente les mostró con claridad la peligrosa confusion que los aguardaba en recibir tales hombres; empero

volvió el magistrado por segunda respuesta que ellos no se atrevian á mostrar á sus naturales tal desconfianza; que reconocian parte de los efectos de aquel recelo; que mandaban armar algunas compañías de la ciudad para tenerla sosegada; que donde su flaqueza no alcanzase, supliese la gran autoridad de su oficio, pues á su poder tocaba hacer ejecutar los remedios que ellos solo podian pensar y ofrecer. Estas razones detuvieron al Conde, no juzgando por conveniente rogarles con lo que no podia hacerles obedecer, ó tambien porque ellos no entendiesen eran tan poderosos, que su peligro ó su remedio podia estar en sus manos.

Amaneció el dia en que la Iglesia católica celebra la institucion del Santísimo Sacramento del altar; fué aquel año el 7 de junio: continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores. Afirman que hasta dos mil, que con los anticipados, hacian mas de dos mil y quinientos hombres, algunos de conocido escándalo: dicese que muchos, á la prevencion y armas ordinarias, añadieron aquella vez otras, como que advertidamente fuesen venidos para algun hecho grande.

Entraban y discurrían por la ciudad; no habia por todas sus calles y plazas sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores; en todos se discurría sobre los negocios entre el Rey y la provincia, sobre la violencia del Virey, sobre la prision del diputado y concejeros, sobre los intentos de Castilla, y ultimamente, sobre la libertad de los soldados: despues, ya encendidos de su enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor, oprimido de la duda, forcejaba por salir asomandose á los efectos, que todos se reconocian rabiosos é impacientes; si topaban algun castellano, sin respetar su hábito ó puesto, lo miraban con mofa y descortesía, deseando incitarlos al ruido; no habia demostracion que no prometiese un miserable suceso.

Asistian á este tiempo en Barcelona, esperando la nueva campaña, muchos capitanes y oficiales del ejército, y otros ministros del Rey Católico, que la guerra de Francia habia llamado á Cataluña: era comun el displacer con que los naturales los trataban. Los que eran mas servidores del Rey, atentos á los sucesos antecedentes, medían sus pasos y divertimientos, y entre todos se hallaba como ociosa la libertad de la soldadesca. Habian sucedido algunos casos de escándalo y afrenta contra personas de gran puesto y calidad, que la sombra de la noche ó el temor habia cubierto; eran, en fin, frecuentísimas las señales de su rompimiento. Algunos patrones hubo que, compadecidos de la inocencia de los huéspedes, los aconsejaban mucho de antes se retirasen á Castilla; tal hubo tambien que, rabioso con pequeña ocasion, amenazaba á otro con el esperado dia del desagravio público.

Este conocimiento incitó á muchos, bien que su calidad y oficio les obligase á la compañía del Conde, á que se fingiesen enfermos é imposibilitados de seguirle; algunos, despreciando ó ignorando el riesgo, le buscaron.

Era ya constante en todas partes el alboroto: los naturales y forasteros corrian desordenadamente; los castellanos, amedrentados del furor público, se escondian en lugares olvidados y torpes; otros se confiaban á la fidelidad, pocas veces incorrupta, de algunos moradores; tal con la piedad, tal con la industria, tal con el oro. Acudió la justicia á estorbar las primeras revoluciones, procurando reconocer y prender algunos de los autores del tumulto: esta diligencia, á pocos

agradable, irritó y dió nuevo aliento á su furor, como acontece que el rocío de poca agua enciende mas la llama en la hornaza.

Señalabase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual queriendo prender, por haberle conocido, un ministro inferior de justicia, hechura y oficial del Monredon de quien hemos dicho), resultó desta contienda ruido entre los dos; quedó herido el segador, á quien ya socorria gran parte de los suyos. Esforzabase mas y mas uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces algunos soldados de milicia, que guardaban el palacio del Virey, tiraron hácia el tumulto, dando á todos mas ocasion que remedio. A este tiempo rompian furiosamente en gritos: unos pedian venganzas; otros, mas ambiciosos, apellidaban la libertad de la patria; aquí se oia: «¡Viva Cataluña y los catalanes!» Allí otros clamaban: «¡Muera el mal gobierno de Felipe!» Formidables resonaron la primera vez estas cláusulas en los recatados oídos de los prudentes; casi todos los que no las ministraban las oian con temor, y los mas no quisieran haberlas oido. La duda, el espanto, el peligro, la confusion, todo era uno; para todo habia su accion, y en cada cual cabian tan diferentes efectos; solo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban, iguales en el celo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo furioso pocas veces para sino en sangre); muchos, sin contener su enojo, servian de pregon al furor de otros; este gritaba cuando aquel heria, y este con las voces de aquel se enfurecia de nuevo. Infamaban los españoles con enormísimos nombres; buscabanlos con ansia y cuidado, y el que descubria y mataba, ese era tenido por valiente, fiel y dichoso.

Las milicias armadas con pretexto de sosiego, ó fuese orden del Conde, ó solo de la ciudad, siempre encaminada á la quietud, los mismos que en ellas debian servir á la paz, ministraban el tumulto.

Porfiaban otras bandas de segadores, esforzadas ya de muchos naturales, en ceñir la casa de Santa Coloma: entonces los diputados de la General con los consellers de la ciudad acudieron á su palacio; diligencia que mas ayudó la confusion del Conde, de lo que pudo socorrersela: allí se puso en plática saliese de Barcelona con toda brevedad, porque las cosas no estaban ya de suerte que accidentalmente pudiesen remediarse: facilitabanle con el ejemplo de don Hugo de Moncada en Palermo, que por no perder la ciudad, la dejó, pasandose á Mesina. Dos galeras genovesas en el muelle daban todavía esperanza de salvacion. Escuchabalo el Santa Coloma; pero con ánimo tan turbado, que el juicio ya no alcanzaba á distinguir el yerro del acierto. Cobróse, y resolvió despedir de su presencia casi todos los que le acompañaban, ó fuese que no se atrevió á decirles de otra suerte que escapasen las vidas, ó que no quiso hallarse con tantos testigos á la ejecucion de su retirada. En fin se excusó á los que le aconsejaban su remedio, con peligro, no solo de Barcelona, sino de toda la provincia; juzgaba la partida indecente á su dignidad; ofrecia en su corazon la vida por el real decoro: de esta suerte, firme en no desamparar su mando, se dispuso á aguardar todos los trances de su fortuna.

Del ánimo del magistrado no haremos discurso en esta accion, porque ahora el temor, ahora el artificio, le hacian que ya obrase conforme á la razon, ya que disimulasè segun la conveniencia. Afirmase por sin duda que ellos jamás llegaron á

pensar tanto del vulgo, habiendo mirado apaciblemente sus primeras demostraciones.

No cesaba el miserable Virey en su oficio, como el que con el remo en la mano piensa que por su trabajo ha de llegar al puerto: miraba, y revolvía en su imaginacion los daños, y procuraba su remedio; aquel último esfuerzo de su actividad estaba enseñando ser el fin de sus acciones.

Recogido á su aposento, escribia y ordenaba; pero ni sus papeles ni sus voces hallaban reconocimiento ú obediencia. Los ministros reales deseaban que su nombre fuese olvidado de todos; no podian servir en nada; los provinciales ni querian mandar, menos obedecer.

Intentó por última diligencia satisfacer su queja al pueblo, dejando en su mano el remedio de las cosas públicas, que ellos ya no agradecian, porque ninguno se obliga ni quiere deber á otro lo que se puede obrar por sí mismo; empero ni para justificarse pudo hallar forma de hacer notoria su voluntad á los inquietos, porque las revoluciones interiores, á imitacion del cuerpo humano, habian de tal suerte desconcertado los órganos de la república, que ya ningun miembro de ella acudia á su movimiento y oficio.

A vista de este desengaño se dejó vencer de la consideracion y deseo de salvar la vida, reconociendo ultimamente lo poco que podia servir á la ciudad su asistencia, pues antes el dejarla se encaminaba á la lisonja ó á remedio acomodado á su furor. Intentólo, pero ya no le fué posible, porque los que ocupaban la tarazona y baluarte del mar, á cañonazos habian hecho apartar la una galera, y no menos porque para salir á buscarla á la marina, era fuerza pasar descubierto á las bocas de sus arcabuces. Volvióse, seguido ya de pocos, á tiempo que los sediciosos á fuerza de armas atropellaban las puertas; los que las defendian, entendiendo la causa del tumulto, unos les seguian, otros no lo estorbaban.

A este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces; cada casa representaba un espectáculo; muchas se ardian, muchas se arruinaban, á todas se perdia el respeto y se atrevia la furia: olvidabase el sagrado de los templos; la clausura é inmunidad de las religiones fué patente al atrevimiento de los homicidas; hallabanse hombres despedazados sin examinar otra culpa que su nacion; aun los naturales eran oprimidos por crimen de traidores: así infamaban aquel dia á la piedad, si alguno abrió sus puertas al afligido ó las cerraba al furioso. Fueron rotas las cárceles, cobrando no solo la libertad, mas autoridad los delinquentes.

Habia el Conde ya reconocido su postrer riesgo, oyendo las voces de los que le buscaban pidiendo su vida; y depuestas entonces las obligaciones de grande, se dejó llevar facilmente de los afectos de hombre; procuró todos los modos de salvacion, y volvió desordenadamente á proseguir en el primer intento de embarcarse; salió segunda vez á la lengua del agua, pero como el aprieto fuese grande, y mayor el peso de las aflicciones, mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguian, porque llegando al esquiife de la galera, que no sin gran peligro los aguardaba, hiciese como lo esperase tambien; no quiso aventurar la vida del hijo, porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo, y alcanzando la embarcacion, no le fué posible detenerla (tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su ruina); navegó hácia la galera, que le aguardaba fuera de la batería. Quedóse el Conde mi-

randola con lágrimas, disculpables en un hombre que se veía desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas; pero ya cierto de su perdición, volvió con vitoriosos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltran, camino de Monjuich.

A esta sazón, entrada su casa y pública su ausencia, le buscaban rabiosamente por todas partes, como si su muerte fuese la corona de aquella victoria; todos sus pasos reconocían los de la tarazona: los muchos ojos que lo miraban caminando como verdaderamente á la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse á los que le seguían. Era grande la calor del día, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginación de su afrenta; estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible: cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fué muerto de cinco heridas en el pecho.

Así acabó su vida don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, dando famoso desengaño á la ambición y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre, en aquella región misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Oh grandes, que os parece nacisteis naturales al imperio! ¿Qué importa, si no dura mas de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio!

No paró aquí la revolución; porque, como no tenía fin determinado, no sabían hasta dónde era menester que llegase la fiereza. Las casas de todos los ministros y jueces reales fueron dadas á saco, como si en porfiadísimo asalto fuesen ganadas á enemigos. Empleóse mas el furor en el aposento de don Garcia de Toledo, marques de Villafranca, general de las galeras de España, que algunos días antes había dejado aquel puerto: tenían largas noticias del Marques por la asistencia que hacía en la ciudad; aborrecían entrañablemente su despejo y exquisito natural; pagaron entonces las vidas de sus inocentes criados el odio concebido contra el señor. Aquí sucedió un caso extraño, asaz en beneficio de la templanza: toparon los que desvalijaban la casa, entre sus alhajas, un reloj de raro artificio, que ayudándose de los movimientos de sus ruedas (encerradas en el cuerpo de un jimio, cuya figura representaba), fingía algunos ademanes de vivo, revolviendo los ojos y doblando las manos ingeniosamente. Admirábase la multitud en tal novedad, ciega dos veces del furor y la ignorancia; y creyendo ser aquella alguna invención diabólica, deseosos de que todos participasen de su propia admiración, clavaron el reloj en la punta de una pica; así discurrendo por toda la ciudad, le enseñaban al pueblo, que le miraba y seguía igualmente lleno de asombro y rabia: de esta suerte caminaron á la Inquisición, y le entregaron á sus ministros, acusando todos á voces el encanto de su dueño; ellos, bien que reconocidos del abuso vulgar que los movía, temerosos de su desorden, convinieron en su sentimiento, prometiendo de averiguar el caso, y castigarle como fuese justo.

La gente que llevó tras sí esta novedad, y el tiempo que se gastó en seguirla, alivió mucho el tumulto; por otra parte se empleaban otros en acompañar y aclamar de nuevo al diputado Tamarit y consellers, que recibiendo del vulgo el aplauso, como la libertad poco antes, discurren por las plazas llevados en hombros de la plebe: ocupó este ejercicio gran parte del día; mas no por eso le fal-

taban al tumulto voces, manos, armas y delitos.

El convento de San Francisco, casa en Barcelona de suma reverencia, ofrecía con su autoridad y devoción inviolable sagrado á los temerosos; acudieron muchos á buscarle: esto mismo dió motivo de crecer el ardor de los inquietos. Hicieron los religiosos algunas diligencias mas constantes de lo que permitía su profesión, bien que cortísimas para resistir las fuerzas contrarias; pretendieron quemar las puertas, y venciendo en fin, entraron espantosamente; fueron en un instante hallados y muertos con terrible inhumanidad casi todos los que se habían retirado, y entre ellos algunos hombres de gran calidad y puesto; estos son los que podríamos llamar dichosos, acabando en la casa de Dios y á los pies de sus ministros. Tal hubo, que pidiendo entrañablemente confesión, se la concedieron; pero luego impaciente el contrario, salpicó de inocente y miserable sangre los oídos del que en lugar de Dios le escuchaba; otros, medio muertos por las calles, acababan sin el refugio de los sacramentos; alguno pudo contar infinitos homicidas, pues comenzándole á herir uno, era despues lastimoso despojo al furor de los que pasaban; á otro embestian en un instante innumerables riesgos; llegando juntas muchas espadas, no se podría determinar á qué mano debía la muerte; ella tampoco, como á los demás hombres, los aseguraba de otras desdichas. Muchos despues de muertos fueron arrastrados, sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror que la naturaleza religiosamente dejó por freno de nuestras demasías; la crueldad era deleite, la muerte entretenimiento: á uno arrancaban la cabeza, ya cadáver, le sacaban los ojos, cortaban la lengua y narices; luego arrojándola de unas en otras manos, dejando en todas sangre, y en ninguna lástima, les servía como de fácil pelota; tal hubo que topando el cuerpo casi despedazado, le cortó aquellas partes cuyo nombre ignora la modestia, y acomodándolas en el sombrero, hizo que le sirviesen de torpísimo y escandaloso adorno.

Todo aquel día poseyó el delito repartido en enormes accidentes, de que cansados ya los mismos instrumentos del desorden, pararon en ella, ó tambien porque con la noche temieron de los mismos que ofendían, y aun de sí propios.

Estos son aquellos hombres (caso digno de gran ponderación) que fueron tan famosos y temidos en el mundo; los que avasallaron principes, los que dominaron naciones, los que conquistaron provincias, los que dieron leyes á la mayor parte de Europa, los que reconoció por señores todo el Nuevo-Mundo. Estos son los mismos castellanos, hijos, herederos y descendientes de estotros, y estos son aquellos que por oculta providencia de Dios son ahora tratados de tal suerte dentro de su misma patria por manos de hombres viles, en cuya memoria puede tomar ejemplo la nación mas soberbia y triunfante. Y nosotros, viendoles en tal estado, podremos advertir que el cielo, ofendido de sus excesos, ordenó que ellos mismos diesen ocasión á su castigo, convirtiéndose con facilidad el escándalo en escarmiento.

Al otro día, atemorizada la ciudad del rumor pasado, y manchada de sangre de tantos inocentes, amaneció como turbada é interiormente llena de pesar y espanto. Hizo celebrar sus funerales por el Conde muerto, llena de tristísimos lutos, en demostración de su viudez, y en pregones y edictos públicos ofreció premios considerables al que descubriese el homicida.

Dió luego la Diputación cuenta al Rey Católico de lo sucedido el día de Córpus: disculpaba los ministros provinciales, dejaba toda la ocasión á la parte del Virey, cuya inconsiderada entereza á los principios habia revuelto los ánimos de los atrevidos; hablaban templadamente del alboroto, y con gran exageración de su sentimiento negaban la violencia en la muerte del Conde; antes acomodandolo á accidente natural, se quejaban del temor que le trajo á aquellos términos; en fin, llenos de lágrimas, mas pedían el consuelo que el remedio; y entre tanto proseguían en sus averiguaciones, por excusarse, si les fuese posible, del escándalo que un tal suceso podia haber dado en el mundo.

LIBRO SEGUNDO.

Tortosa sigue la inquietud de la provincia.—Gobierno del Cardona.—Sus acciones y muerte.—Junta el Arce las armas reales.—Su camino.—Asalto de Perpiñan.—Obispo de Barcelona, nuevo virey.—La Diputación envia embajada al Rey Católico.—Efectos de ella.—Previene el Conde-Duque gran junta cerca de los negocios del Principado.—Sus proposiciones y pareceres.—Resuélvese la guerra.

Pública la revolución de Barcelona por todo el Principado, estimuló terriblemente los ánimos de sus moradores á imitarle, juzgandose por mejor natural aquel que con mas libertad perturbase su república: esta pasión, aunque apoderada de todos, como sucesiva á la queja, tuvo particularmente su fuerza en aquellos pueblos donde se hallaba alojado parte del ejército católico, que, como mas ocasionados, eran los mas expuestos á la contienda y sinrazón de los huéspedes. Lérida, Balaguer y Gerona, todas ciudades principales, y otras villas, continuaron duramente el tumulto comenzado antes de la muerte del Conde, aunque tambien algunas con poca mas causa que el despecho é interior contrariedad entre las dos naciones. Eran los miserables castellanos asaltados, arrojados y perseguidos de todas partes, de todas personas y á todos tiempos; ni la campaña ni la soledad los aseguraba; antes allí parecia mayor el riesgo.

Ocupaban entonces el castillo de la ciudad de Tortosa, última población de Cataluña, puesta sobre el Ebro, fronteriza al reino de Valencia, tres mil soldados bisoños y desarmados, á cargo de don Luis de Monsuar, baile general del Principado (es allá baile como recibidor y administrador de todo lo tocante al Rey); y era don Luis uno de los hombres que verdaderamente amaban el servicio de su príncipe. Fué avisado prontamente de los movimientos que la ciudad prevenía; trató de recoger consigo al castillo algunas municiones y bastimentos que hasta entonces confiadamente se estaban esparcidos por todo el lugar; intentólo con artificio, pretendiendo manejarlos aquella noche, para lo que le ayudaba mucho un caballero natural de la misma ciudad, de apellido Oliveros, en extremo aficionado al partido del Rey; empero siendo descubierta su intención, acudió el pueblo á pedirle se detuviese en aquella diligencia.

Deseaba el Monsuar apoderarse de las municiones y pertrechos de guerra, porque hallandose con tres mil infantes, que con ellos podia armar, no dudaba hacerse dueño de la ciudad y mantenerla á devoción del Rey Católico contra todo el Principado, esperando ser por instantes socorridos de Aragon y Valencia. Excusóse con buenas razones á la demanda del vulgo, que ya impacien-

te de la duda, con súbito motin habia revuelto los ciudadanos; fueron de improviso asaltados los soldados inocentes sin armas ni intentos; hasta entonces ignoraban la determinación del Monsuar; salvólos su inocencia, y recibiendo la vida y la libertad de mano de los sediciosos, fueron enviados á diferentes partes, habiendo jurado primero no volver á Cataluña, con pena de la vida. Empleóse toda la furia contra el baile y veedor general que allí asistía, por nombre don Pedro de Velasco, que topando una grande cuadrilla de los inquietos, fué muerto y despedazado.

Al tumulto de la ciudad acudieron piadosamente los párrocos y cabildo, sacando de cada iglesia en procesion el Santísimo Sacramento, cuya sacrosanta presencia templó milagrosamente el furor, que amenazaba grandes daños en vidas, honras y haciendas. Muchos hombres perseguidos de la plebe corrían y se escapaban asidos de las varas del palio, otros cubiertos de las mismas ropas de los sacerdotes; entre todos fué señaladamente dichoso el Monsuar, de quien mas que de ninguno deseaban venganza; escapóse siendo embestido de muchos, y topando al Señor, se echó á los piés del ministro: hasta aquel lugar violaron las espadas, y fué defendido con la propia custodia; reconoció la muerte al Autor de la vida, y detúvose, abriendo los ojos la misma ceguedad; en esta forma, siempre cubierto de la casulla sacerdotal, bien que siempre perseguido é infamado del pueblo, llegó á la iglesia y escapó la vida, prosiguiendose el tumulto hasta otros excesos.

No se oía á este tiempo por toda Cataluña y sus pueblos mas que los temerosos *vias foras*: usan de este modo de decir los catalanes en sus furiosos concursos, que suena en romance *sal de aquí*. A la señal de esta voz eran los soldados católicos embestidos terriblemente en sus cuarteles de todo el villanaje comarcano, que el ejemplo de Barcelona concitaba contra los reales; su descuido aumentó en gran parte la fuerza de los contrarios: alguno podia temer, pero los mas confiaban; el primer aviso fué el daño (hablo de los lugares antes pacíficos); muchos hombres murieron lastimosamente, suelta ya é incorregible la crueldad de los rústicos.

Alojaban los tercios del marques de Mortara, Juan de Arce, don Diego Caballero, don Leonardo Móles y el de Módena en los lugares del Ampurdan y la Selva antes de la muerte del conde de Santa Coloma; y ausente el de Mortara, era el mas antiguo el Arce, gobernador del regimiento de la guardia del Rey, por cuya prerrogativa superentendia á los otros; su tercio, como el mas favorecido, el mas soberbio, y de eso el mas insolente, ejecutaba los mayores escándalos. Era el Arce hombre industrioso y severo, hermano de ministro acreditado, corto de razones, estimado por virtuoso y entero; obraba como quien no temía, disimulando la libertad de los soldados para con los paisanos, en descuento de que le fuesen obedientes al manejo militar.

Siendo el mas aborrecido, fué el que primero experimentó el furor de los contrarios; así, anticipandose al peligro, se retiró á un convento dos leguas de la villa de Olot, alojamiento del Mortara, con quien pretendió juntarse; fortificóse como le fué posible, acudió á su socorro parte del otro regimiento, y pudo defenderse; llegaban los paisanos á número de tres mil, con cuyas bandas, llenas mas de osadía que de orden, fué escaramuzando hácia las puertas de Gerona, ciudad famosa, dicha de los antiguos Geranda, donde se

le juntaron los otros tercios, con los cuales se hizo grueso de cuatro mil infantes.

Eran las doce de la noche cuando las primeras compañías de los católicos se descubrieron junto á las puertas de la ciudad, que estremecida con el suceso, y aun mas temerosa quizá de sus pensamientos, tocó al arma; acudió todo el pueblo; fué fácil la resistencia despues de una grande confusion. El Arce en medio de estas demostraciones no se afirmaba en el modo de haberse con los naturales; esta duda oprimia á cuantos gobernaban las armas del Rey; de todo y en todo consideraban el daño: peligroso estado para el que es fuerza resolverse, cuando ni la ira ni la paciencia ni la moderacion aseguran el fin de las acciones.

Dejaron á Gerona, no sin desórden y muerte de dos capitanes, y siendo avisado por un castellano de que en el pan se trataba de administrarles veneno, tomaron el camino de San Feliu por el lugar de Cálidas, donde recibieron mas infantería, crecia con su número su miseria de San Feliu á Blánes; pero los villanos (así suelen llamar la gente de guerra á la del campo), por no perder diligencia encaminada á la ruina, se emboscaron entre San Feliu y Blánes poco mas de doscientos tiradores, que á su tiempo asaltaron las tropas católicas; duró la escaramuza algun espacio, y fueron rotos los naturales, pero sin daño considerable.

Mientras los tercios se movian, como habemos dicho, parte de la caballería acuartelada mas á los confines de Aragon, á cargo de Felipe Filangieri, caballero napolitano, pudo salvarse con facilidad, dejando de noche improvisamente sus cuarteles, y entrando en aquel reino, donde sus tropas fueron bien acogidas, juzgandolas ya iguales en la pérdida á las otras.

Gobernaba don Fernando Cherinos de la Cueva, con título de comisario general, mas de otros cuatrocientos caballos andaluces y extremeños que habia conducido á Cataluña; era su alojamiento en Blánes: llegó primero á experimentar parte de los movimientos del Principado; trató de recogerse luego, y caminando á la ciudad, aquella misma diligencia que pudiera salvarle vino á servir de su mayor daño; reconocian los lugares su poder y órden, y juzgando diferentemente de sus designios, entendieron pretendia vengar los rumores de Barcelona; juntaronse por toda la campaña algunas bandas copiosas de gente suelta, tomaron los montes por donde habia de hacer sus marchas, y en las angosturas de los valles bajaban á ofenderle. El Cherinos, hombre naturalmente inexperto, no supo acomodarse á la defensa; recibia el daño como de enemigos, y no acababa de ofenderlos como contrarios; entretuvolos algunos dias; no se atrevió á romper, ó no pudo cuando se determinó, porque los catalanes, mas resueltos, aprovechandose de la duda, cargaron impensadamente sobre sus tropas, y degollando la mayor parte de ellas, se hicieron dueños de sus caballos y armas, escapandose pocos de la prision ó de la muerte. Fué esta pérdida de grande consideracion á las armas católicas, y la primera suerte del Principado.

El Arce y Móles, á quienes cada dia llegaban nuevas de las ruinas de sus compañeros, no les pareció conveniente ni segura la asistencia de Blánes; deseaban acercarse á Rosellon, pusieronlo en efecto; pero los soldados, que se olvidaban ya del agasajo de la villa, acordandose solo de lo que oian de los otros, dieron saco al arrabal y talaron la campaña; no los siguieron los catalanes, aunque pudieron; con lo cual ellos cobrando nue-

vo orgullo en su detencion, abrasaron á Montiró y Palafurgell, lugares de su camino; los mismos daños recibió Rosas en su término, Aro, Calonge y Castelló de Ampurias en casas, árboles y frutos.

Cogian los soldados algunos paisanos, y los presentaban al Arce, que mostrando compadecerse de verlos, lo decia con tales razones, que ellos, interpretando su indignacion primero que su piedad, cuando despues topaban otros los ahorcaban ó mataban á puñaladas, dando por excusa de su inhumanidad que aquello queria decirles su gobernador, mandandoles que no se los trajesen delante: tal era el furor de unos y otros; tan pequeña causa bastaba para la mayor desdicha.

De esta suerte en brevísimos dias se fué enflaqueciendo el poder y reputacion de las armas del Rey en toda la provincia: aquellos sucesos, apacibles á su libertad, consecutivamente iban aficionando los ánimos de algunos que no rehusaban la sedicion mas de por el daño que temian; al mismo paso se aumentaba el descuello de los inquietos. Tanto poder tienen los buenos ó malos acontecimientos en las acciones humanas, que de ordinario parece que mudan el valor ó la naturaleza, mudando el fin.

Llegó la nueva de la muerte del conde de Santa Coloma y otros movimientos á la corte en 12 de junio: fueron oidos todos con lástima y confusion; amenazaba el negocio todo el sosiego público; incluia terribles consecuencias; juzgabanse los catalanes por hombres dispuestos á su precipicio; la guerra dentro en España se reputaba por el mas siniestro accidente de la monarquía; decian que con esto no se comparaba nada de lo pasado; que no podria suceder caso alguno digno de que por él se perturbase la paz natural que España gozaba consigo, envidiada de otras naciones; que los catalanes, habiendo roto la piedra de su escándalo, ya no les faltaba que hacer mas que negociar el perdon, y que este no se les debia dificultar mucho, por no llevarles á mayores desesperaciones. Otros decian que la majestad ofendida pedia vivamente un castigo ejemplar; que si los príncipes no volviesen por las injurias hechas á sus ministros, no podrian vestir su misma púrpura sin zozobra; que aquel que disimula un gran maleficio en la república, parece que da consentimiento para otros mayores; que si los reyes hubiesen de contemporizar con los malos, ¿de qué suerte habian de coronarse de justicia? O que si sola ella era para los pequeños errores, entonces ¿cómo podrian ser buenos los poderosos?

Todavía los ministros superiores, donde la consideracion se debe hallar mas atenta, no desdeñaban el sufrimiento, dando lugar á que los malcontentos volviesen en sí; mostraban ignorar lo mas sensible de los sucesos, porque la piedad no pareciese indigna aun á los mismos perdonados; sentian cuánto la industria suele ser mas officiosa que la fuerza, que esta no se contradice en esotra. Hércules venció á Anteo mas con alzarle de la tierra que con apretarle en sus brazos: allí obedeció al arte el poder.

Habian los catalanes ya desde los principios de sus movimientos enviado á la corte á fray Bernardino de Manlleu, religioso descalzo, persona entre ellos de señalada virtud y reverencia; presentaron por sus manos un memorial é informacion de sus cosas al Rey y al valido, donde con razones (escritas de alguna pluma menos cuerda de lo que el caso pedia) representaban sus quejas de tal suerte, que mas ofendian la claridad de su justicia que la explicaban; informaban por la

relacion de varios casos, de algunos escandalosos delitos, casi todos en comprobacion de la insolencia de los soldados; cosa que en la corte no podia ignorarse. La otra parte contenia el remedio: tambien en esta no representaban con felicidad su intencion, porque la descubrian á las primeras razones; paraban todos sus arbitrios en que el Principado se aliviase de las armas que le oprimian, y esto parece que no estaba entonces en manos del Rey Católico, pues no era ya el autor de la guerra; volvian á prometer su defensa, y aquí debia ser toda la fuerza de sus negociaciones, porque los castellanos, cansados de la campaña de Salses, en aquel tiempo vendrian á acomodarse con que cada cual defendiese sus provincias. Nada tuvo efecto, ó fuese por flojedad de los que manejaban el negocio, ó por desconfianza de los que en él tenian parte; pero en medio destas dudas (que en fin prevalecieron sin ajustamiento), cuantos la consideraban desde afuera juzgaban que los catalanes se darian por satisfechos con que se les aliviase parte del peso de los alojamientos; que se les quitasen de la provincia algunas personas de oficio militar, de quienes decian haber recibido malas obras. En esta forma escribian desde Barcelona á los confidentes, y aun afirman que fray Bernardino, desesperado ya de otros fines, lo propuso y suplicó así al Rey Católico.

El Conde-Duque y los suyos sentian con gran diferencia el acomodamiento de las cosas: no pareciendole decente convenir en la voluntad de hombres inquietos, y cuyo natural estaba inficionado de la desobediencia, entendia que ellos aborrecian el servicio del Príncipe, y que por eso deseaban apartar de sí los sugetos donde el celo real se hallaba mas seguro; canonizaba en su mente cuantos ellos acusaban en sus demostraciones; y así, era lo mismo (como sucede al viento con el árbol de Séneca) rempujarles con uno y otro vaiven de la calumnia, que fortificarlos en la gracia y en la valía del Conde.

Lo primero á que debia mirarse despues de la muerte del Santa Coloma, era á poner en aquel lugar una persona tal, que con su autoridad é industria pudiese reparar y tener las ruinas de la república; tuvose entonces por conveniente volver el gobierno á la casa de los Cardonas, que poco antes ocupara el duque de Cardona don Enrique de Aragon. Era el Duque reverenciado en su nacion, no solo por la grandeza de su casa, mayor sin competencia en toda la provincia, mas tambien por las muchas virtudes que se hallaban en su persona; su gobierno pasado, celoso para el Rey y apacible para sus naturales, lo habia de nuevo hecho amar entre todos. Injustamente espera la confianza de aquel que sin obras pretende el aplauso; ni es accion de ministro ó príncipe prudente dejarlo todo al amor de los súbditos ó vasallos.

Algunos motivos de fácil desconfianza lo habian apartado del régimen de la república, cultivando entonces por manos de su desengaño sus cosas particulares; en este estado lo halló la orden real por la que se le mandaba volviere á encargarse del gobierno de la provincia, y que tanto debia esforzarse á aquel peso, cuanto era cierto que solo sus hombros lo podian llevar; que el Rey fiaba de su prudencia la salud universal de aquella gente; que en las grandes borrascas se prueba el arte del famoso piloto; que escogiese los medios suficientes á que ni el Rey perdiese alguna parte del decoro debido á su majestad, ni los quejosos la esperanza de alcanzar perdon y sosiego.

Hubo de aceptar el Duque su peligroso oficio,

apartando de sí las dificultades que la consideracion le ofrecia, y procurando generosamente acudir con todas sus fuerzas á la ruina de su patria, que ya sentia temblar á la violencia de sus afectos (los gentiles llamaban dulce el morir por ella); miserable estado el de la república cuyas riendas arrebatan los malos y los ignorantes; esa camina al precipicio, y si alguna vez se escapa, ¿qué mas despeño se le puede esperar que aquel mismo gobierno?

Tambien á los catalanes no les fué desagradable aquel expediente, porque viendose en manos de su natural (ó que les ministrase el azote ó quizá el escudo, como algunos esperaban), para cualquier suceso amaban su compañía.

Halló el Cardona las cosas públicas en sumo desorden, porque muchos, juzgándose ya perdidos, no rehusaban añadir nuevos delitos á las primeras culpas; otros, casi desesperados de la satisfaccion de sus quejas, se disponian á seguir los sediciosos en la venganza comun. A todo atendia el Duque, y despues de bien informado de sus observaciones, entendió propiamente que los fundamentos de la quietud consistian en la templanza del pueblo de Barcelona, que, ó ensoberbecido ó indignado, todavía instaba por continuar su desconcierto. Con esto comenzó á prevenir castigos á los acusados por ellos, sin dar lugar á largas averiguaciones; porque, como los quejosos habian antes gastado toda la paciencia inutilmente, ahora lo pedian todo con inconsiderada ejecucion.

Mientras las cosas en Barcelona parece se iban encaminando al reposo, continuaba el Principado en los primeros movimientos; los párrocos y predicadores desde los púlpitos tal vez persuadian al pueblo su libertad, y predicaban venganza; verdaderamente ellos juzgaban la causa por tal, que les convenia hablar de aquella suerte, encendidos del celo de la honra de Dios. Las ciencias se estudian, la cordura no se lee en las cátedras; muchos hombres doctos caen facilmente en este error, sin considerar que la enmienda de los vicios, como obra en fin de suma caridad, pide orden y concierto; el púlpito, lugar dedicado á las verdades, así se ofende de la lisonja como de la imprudencia; de ordinario aquel grano corresponde en gran cosecha sembrado en ánimos sencillos; miren los labradores del Señor qué semilla escogen. De esta misma suerte, segun se lee en las historias, comenzaron las alteraciones pasadas de Cataluña en tiempo de don Juan el Segundo, rey de Aragon, persuadidos ellos por las voces de fray Juan Gálvez, hombre insigne libre de aquellos tiempos.

Casi en estos dias pronunció el obispo de Gerona una notable sentencia de excomunion y anatema sobre los regimientos de Arce y Móles, declarandoles por herejes sacramentarios, y refiriendo en ella dos estupendos sacrilegios, uno en Riu de Arenas, y otro en Santa Coloma de Farnés; cosa ciertamente, ó dudosa ó creida, digna siempre de lágrimas. A vista de esta demostracion no hubo pueblo que no se incitase como religiosamente al castigo de aquellas escandalosas y aborrecibles gentes. Este fué el mas irremediable accidente que padecieron los negocios del Rey, porque muchos, en cuyos ánimos prevalecia aun entonces el temor de la majestad, no se excusaban de juntarse con los inquietos, despues que vieron una (ó por lo menos mezclada) la causa de Dios con sus propias pasiones; satisfacian su enojo y prohibaban su indignacion al celo santo; ordenaban la venganza de sus agravios, y lo ofrecian todo al desagravio de la fe. No se entien-

da que todos obraban con este mismo espíritu, porque ciertamente resplandecía en muchos la devoción y piedad cristiana. Alzaron banderas negras por testimonio de su tristeza; en otras pintaban en sus estandartes á Cristo crucificado, con letras y jeroglíficos acomodados á su intento, y de esta vista los catalanes cobraban aliento y disculpa, los castellanos temor y confusión.

Arce, con la infantería que llevaba junta y alguna otra que no pudo incorporarse con sus tropas, caminaba á Rosellon con gran trabajo y peligro. Procuraron introducirse en diferentes pueblos; los mayores los arrojaban, los pequeños se resistían; ni les valía la industria ni la cortesía, y menos la fuerza. Marchaban los reales dentro de España con la misma miseria y riesgo que si atravesasen los desiertos de la Arabia ó Libia.

En fin, rompiendo hácia Perpiñan por entre Cadaqués y el Portús, dejaron con temor á Palamós, y por la via de Argelés y Elna llegó la infantería y algunos caballos á aquella gran villa, donde se encaminaban como á centro de sus armas. Allí fué mayor la dificultad, cuando esperaban mas cierto el amparo. Mandaba en Rosellon, ausentes los primeros cabos del ejército, el marques Xeli de la Reina, general de la artillería en la campaña pasada; gobernaba el castillo de Perpiñan Martin de los Arcos, aquel florentin y este navarro, entrambos soldados de larga experiencia.

Habian recibido aviso de las tropas; y pareciendo inexcusable el recibirlas no menos para su reposo que para sosiego de la plaza, se comenzó á disponer aquel manejo por los medios que se juzgaron mas á propósito.

Es Perpiñan lugar de menos que mediana grandeza entre los de España, fabricado de las ruinas de la antigua ciudad Rhuscino, que dió nombre á todo Rosellon. *Perpenianum* la llaman historiadores modernos, por la vecindad con los Pirineos, segun se cree, de cuyas asperezas se aparta por distancia de tres leguas; pero yace en llanura, regado del rio Tech, llamado de los geógrafos Thelis, que junto á Canet entra en el Mediterráneo. Es la villa cabeza de su condado, y de las mas fuertes de España por beneficio de la guerra, principalmente el año de 1543. Fué empeñado por Juan el Segundo de Aragon á Luis XI de Francia, y restituido por Carlos VIII á Fernando el Católico, atento á los designios de la guerra de Nápoles.

Pedian los cabos cuarteles en la villa capaces á su alojamiento; determinaban secretamente asegurarse de los paisanos por este medio; pero el magistrado, entendiendo (y no sin causa) que de todo lo obrado en Cataluña ellos habian de pagar la pena, procuró excusarse de recibir tanta gente hambrienta y escandalizada; defendiase con sus fueros y con orden particular del conde de Santa Coloma para que ninguno se alojase de otra mano que la suya.

Volvieronse á apretar las pláticas, sin que el Xeli quisiese admitir excusa alguna; pero los naturales, ya con razones, ya con rumores de armas que prevenian, instaban en defenderse: no se puede dudar que ellos lo pensaron con mucho brio ó con mucha ceguedad, viendo en lo eminente de su pueblo el mejor castillo de España, lleno de cabos, soldados y municiones, y junto á sus muros mas infantería que ellos podian juntar. Pocas veces discurre la ira, y raras acierta la desesperación; no obstante, ellos cerraron las puertas, guarnecieron los puestos por donde podian ser acometidos, y armados oían las demandas y amenazas de los reales, y respondian á ellas.

De esta suerte, cada cual movido de sus intereses, y todos del enojo, perseveraban en la discordia, sin topar otro medio de ajustamiento que la violencia. No hay caso mas difícil de acomodar que aquel donde todos los contendientes tienen razon; porque, como cada uno ama su sentimiento, ninguno quiere obligarse del ajeno. Es la razon hija del entendimiento, ó antes es el mismo entender; y aunque en los hombres se halla tan poderoso el interés, mas veces suelen dejarse de lo que desean que de lo que entienden; como si el juicio y la ambicion no estuvieran sujetos á unos mismos descaminos.

Los reales, que ya estaban desesperados de conseguir amigablemente el hospedaje, asaltaron de improviso una de las puertas de la villa, dicha la del Campo, con la infantería que se hallaba mas cercana á ella; acudió á su defensa buena parte de los moradores, esforzandose el alboroto de tal suerte, que mas parecia escalada de plaza enemiga que no porfía ó inquietud entre españoles; hacia la noche mayor el espanto y aun el peligro; porque, valiendose de sus sombras algunos de los naturales, ministraban con mas seguridad su defensa y daño de sus contrarios.

Xeli, que desde el castillo estaba mirando la furiosa resolucion de unos y otros, lleno de escándolo y despecho, trató de favorecer á los suyos; mandó se disparase contra el lugar toda la artillería, juzgando cuerdamente que una vez puestas las cosas en manos de la fuerza, no podría convenirles dejarla sin salir vencedores. Detuvo el gobernador Arcos, teniendo por cosa de gran riesgo romper tan severamente contra hombres que todavía eran vasallos de su rey y le reconocian por señor; pero el Xeli, tomando sobre sí todo el enojo de aquella majestad, hizo como se comenzasen las baterías de cañones y morteros. Era en el primer cuarto de la noche cuando el castillo dió principio á su furor, y se continuó con tanta fuerza, que en poco tiempo arrojó sobre la miserable villa mas de seiscientos cañonazos con gran cantidad de bombas; fué terrible el estrago; arruinóse la tercera parte del lugar, perecieron muchos inocentes: tales son de ordinario las sentencias de la indignacion; pagan los no culpados, y los delincuentes quedan sin castigo. Esta tan extraña severidad despertó igualmente la ira de los soldados y el temor de los moradores, con lo cual facilmente aquellos se hicieron dueños de la mayor parte del pueblo, sin mas pretexto que el de su soberbia y codicia: fueron entradas á saco mil y quinientas casas, dando la noche, no solo ocasion, mas licencia á los insolentes para que cada uno obrase conforme su ambicion ó su apetito.

Los moradores, ya desesperados de su remedio en la resistencia, acudieron á buscarle por via del perdón, valiendose de la piedad cristiana, que, como tan natural en los católicos, nunca la consideraban dificultosa. Vestido el Obispo en sus vestiduras pontificales, llevando en las manos la custodia del Señor, y acompañado de todo el clero y religiones, subió al castillo; salió á recibirlo Xeli y los mas oficiales españoles, y despues de algunas razones, en que todos mostraron mas indignacion que reverencia al divino Medianero de la concordia, el Xeli prometió templarse, usando con aquel pueblo de la real clemencia de su dueño.

Detuvo por entonces el daño; mas porque la causa estaba impresa en el corazon, cada instante volvía á brotar mil desórdenes. Era grandísima la opresion de la gente y mucho mayor despues,

cuando tratandolos como vencidos, no los diferenciaban de esclavos; desarmaron á los naturales, apoderandose de su dominio militar y civil, alzaron horcas, formaron cuerpos de guardia por toda la villa; obraban mas de lo necesario á la seguridad, atropellaban afectadamente sus costumbres, quebrantaban sus fueros, solo á fin de poner espanto en los ánimos de aquellos que así se mostraban amantes de su república.

Cada dia reconocian mas los perpiñaneses su esclavitud, y daban voces acusando á aquellos que habian escogido tan miserable remedio; quisieran antes haber acabado en su desesperacion: ni quejarse ni sentirse les era licito, ni comunicar por letras sus dolores, porque los reales, informados de los otros sucesos contrarios, procuraban estorbar las correspondencias, donde se les podia seguir aliento y esperanza.

Muchos de los moradores dejaron la patria, y con mujeres é hijos se huian á la montaña, esperando mejor coyuntura para vengar sus agravios; llevados de esta pasion, salia á todas horas mucha cantidad de hombres y mujeres, y á la verdad los castellanos en los principios no se desagradaban de verlos dejar la villa en sus propias manos, juzgando que para cualquier suceso les convenia el ser superiores en número á la gente natural. A este fin, primero disimulaban su fuga, pero despues se vino á conocer el daño, á tiempo que ya no podia evitarse, porque faltando la mayor parte de la gente popular que sirve al manejo de la república, faltaban juntamente con ella los útiles en que la suele emplear la necesidad comun. Impensadamente vinieron á caer en continuas miserias: no habia quien cortase leña, quien moliese trigo; el agua estaba quieta sin quien la traginase; el ganado discurria suelto como sin dueño, las tiendas se veian cerradas, los obradores de los oficiales vacíos; crecia la falta de todo lo que se come y se viste.

Con esta ocasion comenzó el Xeli á sacar sus tropas á la campaña, que discurrían mas como hombres llevados de la ambicion que de la miseria; no habia pueblo, casar ó granja por todo el país, á que no visitase el robo ó el incendio; todo estaba cubierto de ruinas; los paisanos se veian escondidos por los bosques, las mujeres y niños perdidos por las sendas; ninguno atinaba con el descanso, porque no habia entonces ningun camino á la piedad ó á la justicia.

Llegó la informacion destas miserias al Cardona, que infatigablemente se empleaba en el sosiego de Barcelona: entendió que las cosas de Rosellon pedian su presencia, y las buenas señales de aquella ciudad le daban alguna confianza para poder dejarla. Los políticos disputan si conviene al Príncipe apartarse de la cabeza de su dominio por acudir al remedio de otro miembro: son diversos los pareceres, como lo han sido las causas; yo pienso que el negocio consiste en entenderse bien el estado del Príncipe, juzgando que el pacífico puede sin daño acudir á cualquier parte donde lo pida la ocasion; mas que no lo debe hacer así el que gobernase un imperio turbulento, porque entonces el grande riesgo, aun contingente, descuenta la conveniencia. Los presentes trabajos de Carlos, rey de Inglaterra, no hubieran sucedido si se conservara en Lóndres.

En fin, asentando el Duque su partida, propuso luego, no sin industria, pedir á la Diputacion y ciudad un diputado y un conseller por acompañados: previno con destreza que con ministros de la provincia llevaba mas segura su obediencia,

y que ellos tambien, viendo convidarse con la autoridad que miraba al castigo, no podrian dudar de que se deseaba satisfacer al Principado; y aun para los mismos era asaz conveniente mostrar cómo pretendia unir sus acciones á un espíritu acomodado á la justificacion. Fué concedida la compañía de los dos magistrados, como lo pidió, y partiendose á Perpiñan ya con poca salud (ó fuese fruto de los años ó del gobierno), llegando allí en pocos dias, se introdujo en los negocios de aquel estado, tomando justificadas noticias de todos sus acontecimientos.

Sabia el Duque, como natural, el ánimo de sus patricios, y que por gente tenaz en las pasiones, guardaban vivo el odio concebido contra los cabos; entendia que el primer paso de la templanza era comenzar castigando aquellos que el clamor público acusaba: no creia hallarlos inocentes, ni tampoco juzgaba su culpa igual al escándalo; pero tambien no tenia en tanto su agravio cuanto la furia de una nacion entera. De esta suerte dispuso sus acciones, encaminando todo á la quietud pública.

Lo primero fué mandar prender al Arce y Móles, porque deseaba que la satisfaccion se mostrase pronta y notoria: mandó que fuesen llevados á la cárcel comun de los malhechores; hizo de la misma suerte se prendiesen algunos otros oficiales y soldados, y volvió á hacer platicables las querellas que el Santa Coloma habia prohibido entre catalanes y castellanos, porque cada uno entendiese podia temer y podia esperar.

Dió cuenta al Rey Católico de su deliberacion, halagando su enojo con la esperanza de recobrar su autoridad por medio de una cortísima violencia. Decia que en apartar de los ojos de aquella gente la ocasion de sus escándalos consistia el modo de hacerlos olvidar todos; que á los dos cabos se les seguia poca injuria, porque remitiendolos á la corte, allá podria su majestad disponer su desagravio, ocupandolos en otras provincias; tras esto, no olvidaba sus excesos, refiriendo los casos así como los habia entendido.

No se habia hasta este tiempo hecho entre los ministros el verdadero juicio de estos movimientos, porque la condicion del Rey Católico, por oculta en sus operaciones, no daba alguna señal de su aprecio. El Conde-Duque, aconsejado de aquella altivez que siempre le habló al oído, si bien no dejaba de temer en su corazon, todavia no desmayaba en el semblante y palabras; antes, como si aun entonces dependiesen de su arbitrio los intereses de los catalanes, mostraba despreciar igualmente su arrepentimiento que su obstinacion. Creció con esto el error en los superiores; porque, como los mas vivian observando su apetito engañados de la confianza exterior, no llegaban á penetrar las dudas del ánimo, mal persuadidos de la apariencia. Mucho servia tambien á la soberbia del Conde el notar algunas señales de humildad en los catalanes, porque aquellas demostraciones que suelen mover á clemencia los grandes espíritus, suelen tambien incitar los terribles á mayor venganza; consideraba las diligencias de fray Bernardino con los reyes por alcanzar misericordia á su república; el cuidado con que la Diputacion y ciudad despedían misionarios ó embajadores por dar satisfaccion á su príncipe; su protonotario, hombre fatal en la monarquía, tambien con intervencion de algunos confidentes, le aseguraba no menos su confusion y temor; finalmente, persuadido de su propio natural, se dejó entregar antes á la perdicion que á la templanza.

Con este propósito se le ordenó al Cardona no procediese contra los presos, extrañándose la resolución de cosa tan grande; que no diese por sí solo paso alguno en su castigo; antes que de lo que obrase diese cuenta á la junta que para expediente de aquellos negocios se mandaba formar en Aragon. No hallaron otro modo de reprehenderle mas decente á sus años y autoridad; pero el Duque, saliendo á recibir lo que se le recataba, entendió que el Rey se desplacia de su gobierno: vióse ceñido de obligaciones, unas que, como sujeto, le forzaban á consultar con otros, y otras que, como libre, pedian su ejecucion: en estas contrariedades comenzó á afligirse con tantas congojas, que no hallando el espíritu desahogo alguno, comunicó sus pasiones á la salud, hasta que esforzandose el mal por medio de una calentura, concitada de la viva imaginacion de su afrenta, en pocos dias dejó la vida y el cuidado de la república, que juntamente con su cuerpo enterró todas las esperanzas de su remedio. Aman los hombres el mando como cosa divina, sin advertir el riesgo que se trae consigo el gobernar á los otros hombres: no hay ninguno que por justificado deje de ser sospechoso al Príncipe ó al pueblo; que lo uno basta para perder la grande fortuna, y lo otro la buena fama. En menos de la tercera parte de un año nos lo enseña el ejemplar destes dos vireyes, el primero por muy obediente á su señor, muerto á las manos de la plebe; el segundo, por muy amante de su república, muerto tambien al enojo de su rey.

Fué su muerte del Cardona la última diligencia de la turbacion, porque como su autoridad servia de freno á las demasías de unos y de columna al temor de otros, viendose aquellos sin qué temer y estos sin qué esperar, los primeros reiteraron su soberbia, y los segundos estragaron su templanza; de tal manera, que brevemente fueron en el Principado de una misma calidad casi todos los ánimos; con que las cosas tomaban cada dia peor camino, y la inquietud cobraba mayores fuerzas: tal suele ser de mayor peligro la segunda enfermedad que la primera.

Habia el Principado algunos dias antes expedido sus embajadores al Rey Católico en representacion de sus tres estamentos, Iglesia, nobleza y pueblo, y por ellos nueve personas de sus órdenes, y una en nombre de Barcelona; mas como siempre suceda que la indignacion se irrite con los clamores del que pide clemencia, los ministros reales, abusando de aquel arrepentimiento, dieron señales de despreciarle; mandaron que los embajadores fuesen detenidos en Alcalá de Henáres, lugar puesto á seis leguas de la corte. Lo primero que deseaban era saber su ánimo de los enviados, porque el Conde y los suyos procuraban apartar de las noticias del Rey toda la justificacion de los catalanes; quisieron amedrentarlos con aquellas apariencias de enojo, porque cansados con la detencion y molestia, mudasen ú olvidasen las razones que habian estudiado entre sus fieles patricios. Era el estilo comun de sus papeles públicos y secretos unas vivísimas quejas del Conde y protonotario; al principio dispusieron sin industria sus querellas, hablando siempre con desatenta libertad en las personas de los dos ministros, y no obstante que el mayor estaba segurísimo en la gracia del Rey, y el segundo no menos firme en la del primero, todavía aquellos celos naturales en el valimiento les hacia temer mas de lo justo la eficacia con que los catalanes les adjudicaban sus males; procura-

ban desacreditar sus clamores y apartarlos cuanto les fuese posible, y lo conseguian con facilidad por el gran poder de los dos, y porque, como ellos eran los instrumentos ó sentidos de las acciones del Rey, jamás podian obrar cosa en su descrédito ni en conocimiento de aquella verdad, que les fuese contraria.

Famosa leccion pueden aquí tomar los príncipes para no dejarse poseer de ninguno: el que entrega su voluntad y su albedrío á otro, este mas se puede llamar esclavo que señor; hace contra sí lo que no ha hecho su desventura; la suerte le hizo libre, y él se ofrece al cautiverio; la mayor miseria de un príncipe es aquella que le pone vencido á los piés de otro: ¿cuánto mayor debe ser esotra que le trae avasallado y preso al arbitrio de su propia hechura?

Pensaban los catalanes que escribian al Rey sus lástimas, y hablaban en aquel modo que la miseria halló para rogar á la grandeza: el dolor sensible no sufre elegancias ó decoros; á cualquier hora y por cualquier término se queja el dolorido. Decian con sencillez sus trabajos, y como cosa natural en los hombres, acudian con la mano y con el dedo á señalar la parte ofendida y la causa de la ofensa: escribieron á la Reina, al Príncipe y á los ministros superiores; escribieron al mundo todo un papel impreso, á que llamaron proclamacion católica; manifestaron á todas las gentes su razon y su justicia, llamando por cómplices en la ruina al Conde y su protonotario, que indignados entonces con la publicidad de sus injurias, se esforzaban en desmentirlas, haciendo cómo ellas se disimulasen, y abultasen en su lugar las acciones del Principado en deservicio de su rey; de tal suerte, que podemos decir que aquel propio camino que los catalanes habian buscado para alcanzar su remedio, los llevaba al precipicio.

A este tiempo andaban mas vivas que nunca las negociaciones é inteligencias, estudio particular de aquel ministro. Pretendíase de parte del Rey que la provincia con grandes muestras de humildad y reverencia suplicase el perdon públicamente; que con demostraciones de su error y como gente engañada, entrase á pedir misericordia sobre su república; que se valiesen de la intercesion del Pontífice y de los príncipes amigos. Esto no era remitirles el castigo, sino asegurar su obediencia, porque lo pudiesen llevar en tiempos mas acomodados. Con esta satisfaccion y algun servicio particular en materia de intereses, mostraba el Conde se inclinaria el Rey al acomodamiento de las cosas; y lo primero que prometia en orden á la seguridad de la provincia, era poner la justicia catalana en su primera autoridad y fuerza. Usaban los ministros católicos de esta cláusula en todas sus pláticas y papeles, porque previniendo el espanto que causaria en el Principado ver entrar por sus puertas un poder grande, juzgando que se encaminaba á constituir la nueva reputacion de la justicia, no tuviesen lugar de temerlo.

Variaban los catalanes, porque aun sobre el caso del perdon decian que pedirle confirmaba la culpa que ellos negaban; que el error particular de algunos no habia de servir de mancha á la fidelidad de una nacion; no obstante, se negociaba por diferentes caminos con los embajadores; de que celoso el Principado, les escribió de secreto reprehendiendoles el haber admitido nuevas pláticas: volvia á instar pidiesen el alivio de aquellas armas y el castigo de los cabos; no les

era ya tan molesto el peso como la consideracion de que por medio de ellas se habian de obrar todas las venganzas; deseaban verlas apartar de sí para cualquier acontecimiento; mirabanlas con agüero, ó no podian verlas; así acontece al condenado, desviar los ojos del acero que sabe le ha de administrar el suplicio.

A todas las sospechas del Rey para con la provincia, y á todos los temores de esta para con el Rey, ayudaban mucho las cartas y negociaciones de algunas personas que residian en Madrid y Barcelona, que por sus intereses, ó por ventura por su buen celo, deseosos de la concordia, daban unas veces señales de serenidad, y otras de borrasca, segun lo prometian los accidentes exteriores de uno y otro pueblo.

Entre los que tuvieron mayor parte en estos manejos, fué el maestre de campo don José Sorribas, caballero catalan, hombre práctico y de industria. Llegó de Barcelona aquellos dias, como retirado y temeroso del furor de los suyos; hizo-se buen lugar en el aplauso del Conde y Protonotario, juzgandole por sugeto asaz á propósito para sus designios, porque despues de ser noticioso de las cosas, tenia parientes y amigos de autoridad en Barcelona. Con este pensamiento le fiaban los secretos de mas importancia en aquel negocio, en los cuales el Sorribas se acomodó de tal suerte, que recibiendo en sí la substancia de las cosas, parece las aplicaba despues segun la parte á que convenian. Este fué el juicio que se hacia sobre su persona. No ofenda mi testimonio la integridad de aquel hombre; hablo como historiador, segun las noticias de lo que he visto y oido. A todo dió ocasion verle al principio de estos movimientos en gran confianza con los ministros reales, y verle despues por ellos mismos preso en la cárcel pública. No le acusa mi sentimiento, ni á otro ninguno, porque in misteriosamente refiero los casos como han sido, apunto lo que despues ó entonces se discurrió sobre ellos, valiendome algunas veces del juicio competente á mi instituto, y á que me dan motivo los mismos sucesos que voy escribiendo.

Eran los principios de agosto, y corrian entonces los negocios públicos de Cataluña en sumo silencio: aquellos que no miraban mas que á la apariencia y serenidad del semblante, entendian que ellos estaban interiormente compuestos á satisfaccion del Rey; otros que con mas atencion examinaban las señales, temian que de aquel sosiego resultase alguna mayor turbacion, como acontece en el otoño, que de las grandes calmas se arman horribles truenos: así determinaba la variedad de los juicios de los hombres, segun el ánimo ó noticia de cada uno.

Fué casi en estos dias nombrado por virey de Cataluña y sucesor del Cardona el obispo de Barcelona don García Gil Manrique, varon docto y templado, cuya persona no sirvió al remedio, y menos al daño. Pensóse profundamente esta eleccion del nuevo virey, porque los ministros reales, ya mas temerosos de lo que al principio, no se fiaban de la obediencia de los catalanes: por esto no se atrevian á aventurar á su furia un tal sugeto, cual deseaban para su enmienda.

Ellos tambien seguian este mismo discurso, no dejando de desvanecerse y gloriarse, habiendo reconocido en esta accion el recelo de los ministros reales, y le juzgaban dichosísimo pronóstico de su libertad. Esta fué entre todas la causa mas eficaz que los llevó á recibirlo alegres, y tambien, porque como no le temian, no habia para qué aborrecerle.

Juró en Barcelona el Obispo con las acostumbradas ceremonias, y recibiendo la contingente dignidad, comenzó á asistir á su gobierno; pero, ó fuese que con cordura alcanzase la cortedad de su poder, ó que los mismos súbditos, porque no se apropiase en el imperio con algunas demostraciones de libertad, le acordasen los fines de sus antecesores, determinó reducirse á solo su primer oficio de pastor, haciendo poco mas en el de virey que desear la templaza de su república.

Perdidas andaban las cosas á este tiempo en toda la provincia, mas que en los alborotos pasados; todos los movimientos de la política estaban torpes; muchos pedian justicia, algunos la deseaban; pero no era posible hallarse forma de ejecutarla, habiendose perdido entre la sinrazon y la violencia. Los jueces reales, escondidos unos, y otros ausentes, aborrecibles todos; los ministros de guerra y hacienda amedrentados y huidos; el Virey temeroso, vivas las memorias de las otras tragedias; los inquietos pujantes y soberbios á la detencion, paciencia ó estado del Rey, todo junto formaba una tristísima confusion tan espantosa á los hombres cuerdos, que ninguno pensaba en mas que obrar de tal suerte, que su nombre no fuese acordado ó público, porque el silencio y olvido, mudando de naturaleza, entonces era la mas apetecida felicidad de los prudentes.

Corria en la corte del Rey Católico voz comun que los catalanes habian recibido al Obispo por gobernador solo para excusarse de otro, que bien lo habian dado á entender teniendole aprisionado; quejabanse de que el atrevimiento de los sediciosos fuese tal, que sucesivamente osase á poner las manos ó las ofensas en tres hombres, que cada cual representaba la persona de su señor; juzgaban al Obispo como preso, y no era sino que su prudencia era el mayor estorbo de su propio mando.

Tales quejas daban los católicos de parte del Rey, y los catalanes de la suya no disimulaban tampoco en proseguirlas; decian que en tiempo en que las cosas habian menester amor, poder é ingenio, les enviaban para gobernarlos un hombre que para quererlos era extranjero, para castigarlos incapaz, y para regirlos falto de experiencia; que su condicion, como su estado, le impedía cualquier venganza conveniente, pues hasta aquella facultad acostumbrada que los reyes suelen alcanzar del Pontífice para que los eclesiásticos puedan administrar la justicia punitiva, tambien esta le faltaba, porque los ministros artificio-samente se lo habian disimulado, solo á fin de no poder dar satisfaccion y castigo á los delitos de los soldados, como ya lo habian hecho en tiempo del Cardona. Cada dia de una y de otra parte añadian nuevas quejas con tal arte ó con tanta razon, que apenas podremos dar licencia al juicio para que se entrometa á apurar la verdad de unas y otras.

En medio de estas negociaciones pareció conveniente admitir la embajada de la provincia, porque no estaban ya las materias en aquel primer estado en que las informaciones suelen mudar la naturaleza de los negocios. Hubose en fin de cumplir con aquella ceremonia, y quitarles á los catalanes una razon de mas á su queja; pero habiendose entendido por la boca de sus embajadores lo mismo que hasta entonces por señales y observaciones se conocia, se hizo público que el ánimo de la Diputacion no era otro que conseguir su quietud por los propios medios que la habia perdido; que lo que pedian y ofrecian era lo mismo que tanto antes habian propuesto en descre-

dito de los cabos del ejército; y para satisfacción de la corona ofendida, obligaban con esto á que se tuviese por cierto que en aquella mudanza de los ánimos catalanes, ó en aquel fingido arrepentimiento del Principado, no habia otra razon mas de la conveniencia temporal. Probabanlo con que siendo despues tanto los excesos con que de su parecer habia obrado, pretendian hacer practicables todavía aquellas mismas cosas que antes no les fué posible conseguir; decian que aquel no quiere concordia y paz que propone partidos desiguales.

El Conde-Duque, si bien en su ánimo, ó con mayor enojo ó con mejor discurso, habia determinado la guerra, por justificarse con su rey y con España y el mundo en un negocio tan grande, hizo llamar y prevenir en su aposento una gran Junta, que constó de los mayores ministros de España, de varios magistrados, dignidades y oficios; compusose de algunos del consejo de Estado y Guerra, y de otros de la llamada junta de Ejecucion, de consejeros del real de Castilla, y de Aragon algunos.

Presentes ya todos, entonces el Conde-Duque introdujo su razonamiento, suficiente á influir su propósito en otros ánimos mas libres; habló poco y grave, recatando ingeniosamente su sentimiento: gran artificio de los políticos (ya doctrina de Tiberio), disponer las resoluciones de tal suerte, que ellos vengan á ser rogados con lo mismo que desean; hizo luego que su protonotario leyese un papel formado por entrambos; llámole justificacion real y descargo de la conciencia del Rey. Decia de la poca ocasion que de parte de la majestad católica se habia dado á los perturbadores del bien y quietud del Principado; justificaba la causa de los alojamientos y cuarteles en Cataluña; negaba que fuesen en forma de encontrar sus fueros; excusaba muchos de los delitos á los soldados; confundia sus sentencias é informaciones con otros documentos de los catalanes; disculpaba los excesos de la milicia como naturaleza de los ejércitos; satisfacía con nulidad comprobada á los sacrilegios impuestos por los catalanes á los de Arce y Móles; apercibia y convidaba al castigo de lo averiguado; del caso de Perpiñan hablaban con ambigüedad; exageraba con exceso la clemencia y templanza de su rey; señalaba los cargos del Principado, diciendo que habian invadido las banderas de su majestad; que sacaron libres al diputado y otros presos que lo estaban por crimen contra la corona; que habian quemado barbaramente á Monredon, ministro real y en servicio de su señor; que habian muerto al doctor Gabriel de Berrat, juez de su audiencia, sin culpa alguna; que de la misma suerte, amotinados y sediciosos, osaron á matar un virey, y mataran á otro si no se anticipara la muerte; que perseguian todos los ministros fieles, sin haber hombre que por parte del Rey se ofreciese al peligro; que tenian impedida la justicia, sin que le fuese posible obrar como debia; que al Obispo, su nuevo gobernador, no obedecian; que ultimamente trataban entre sí de fortificarse, sin saber contra quién lo hacian, sino contra su natural señor, en notable perjuicio de la fidelidad y pernicioso ejemplo de los otros reinos.

Tal fué la proposicion del Conde á la Junta, donde, ya que no en voces y razones distintas, en los afectos se conocia el escándalo de los circunstancias; porque, ignorando algunos la gran arte de la disimulacion, con las admiraciones exteriores aseguraban la ira. El, sobre todos templado y misterioso, aguardó los votos: casi todos hablaron sin diferencia, hasta que llegando el

tiempo de votar á don Iñigo Vélez de Guevara, conde de Oñate, del consejo de Estado de España, presidente de su tribunal de Ordenes, hombre que por su autoridad y larguísima experiencia de negocios, era el de que mas dudaba, mirólo entonces el Conde con profunda atencion, ó porque lo temia, ó porque deseaba avisarle con los ojos su sentimiento: escuchólo pronto; mas el de Oñate, fija la vista en solo la razon, fué fama que dijo así:

«A un gran negocio, señores, somos llamados: yo por cierto, sobre setenta años de edad en que me hallo, y con pocos menos de experiencia, atreveréme á decir que ninguno de los accidentes pasados fueron de tanto peso como el que tratamos. Largos dias há que reposa en España la rebelion de vasallos; ya vine á creer en los aprietos presentes, que algunos han vivido templados, mas por ignorar la desobediencia que por rehusarla; tal debe ser nuestro cuidado en aumentar esta su ignorancia. Yo no pretendo manchar la fidelidad española; mas si el discurso no me engaña, nacion es esta de quien estamos quejosos, ocasionada al precipicio; conozco su natural airado y vengativo, y por eso dispuesto á todos los efectos de la ira; veolos vecinos y deudos de nuestros mayores enemigos, y sin perturbarme del temor ó el odio, voy á temer un gran suceso, harto mas lamentable á la experiencia que al discurso. ¡Oh! No hagamos de suerte que nuestro enojo les descubra algun camino que su osadía no ha pensado. Costumbre es de los afligidos abrazar cualquier medio que los excusa la calamidad presente, aunque los lleve á otros nuevos daños: el esclavo oprimido del látigo se despeña por la ventana; no mira que es mayor riesgo el precipicio que el azote; solo atiende á escaparse de las coléricas manos del señor. ¿Qué seguridad tenemos, pregunto, de que estos hombres, amenazados de su rey, no se arrojen por la rebeldía hasta caerse á los pies de su mayor émulo? Mas pienso yo ha hecho Cataluña en salir del estado pacífico para el sedicioso, que hará en pasarse ahora de sediciosa á rebelde. No es la espuela aguda la que doma al caballo desbocado; la dócil mano del jinete lo temple y acomoda. Si de otros tiempos advertimos en los progresos de esta gente, todos nos informan de su valor y dureza, calidades que piden las armas. En los tiempos modernos amaron la paz como la deben amar todos los hombres á quien gobierna la razon: saborearonse de la serenidad, y olvidados de las primeras glorias, empleaban todo su orgullo en las pependencias civiles, divididos en bandos y facciones. No habian perdido el valor, aunque lo habian estragado en efectos inútiles. Herido el pedernal vomita fuego, y no herido lo disimula; empero en las mismas entrañas le deposita: la ocasion suele ser siempre instrumento de la naturaleza. Juzgad ahora, señores, si conviene volver á despertar esta dura nacion y amaestrarla contra nosotros en el uso de la guerra, en que fué excelente. Carlos, nuestro invicto señor, juzgandolo así con los holandeses, puso tan grande estudio en hacerles olvidar de las armas, como en inclinar los españoles á su ejercicio, dandoles gran enseñanza á los príncipes de que hay gentes que sirven mas á su señor con lo que ignoran que con lo que ejercitan. Siento que es grande la causa con que provocan la indignacion de nuestro monarca, y que si hallasemos un castigo igual al crimen de los delinquentes, yo me dispusiera á seguirle; empero si cualquiera pena cotejada con el delito parece inferior, entonces solo la podrá igualar aquella cle-

mencia que la puede vencer. Yo digo que la justicia es la virtud mas propia en los buenos reyes; pero hay casos en que al Príncipe le conviene perdonar sin razon, violentado de la contingencia del castigo. En la dignidad de Rey y en el amor de padre no pueden entrar aquellos afectos comunes que llevan los hombres á venganza; de tal suerte, que si la culpa del vasallo ó del hijo puede permitir algun olvido y perdon, no se considera dificultad ninguna de parte de los ofendidos. Tan diferentes son los castigos de la mano del odio ó del amor: aquel siempre pide sangre, este no mas de enmienda. Procedió Cataluña ciegame, yo lo confieso: muestra ahora señales de su dolor; justificase con voces y papeles, con informaciones y embajadas; llama á la piedad del Pontífice por intercesion, las repúblicas por medianeras; escribe á sus reyes, llora á todo el mundo, pide justicia contra los que han perturbado sus cosas, nombralos, y limitase á este ó aquel medio; publicase por fiel y humilde postrada á los piés de su señor, ¿qué le falta sino la dicha de que la creamos? No sé que estas demostraciones sean dignas de desprecio; dícese que son vanas, y simulado su arrepentimiento; y ¿qué sacamos nosotros de esa incredulidad? ¿De qué conveniencia nos podrá ser adelantar nuestra desconfianza á su malicia? No hay soplo que así encienda la llama, como la desesperacion del perdon da fuerzas á la culpa. ¿Qué es en lo que reparais? Piden á su majestad les aparte tres ó cuatro sugetos ocupados en la gobernacion de las armas: poco es esto. Aquí no pretendo discurrir por sus deméritos ni por la justificacion de los quejosos; digo empero que es mas fácil cosa pensar que puedan errar cuatro hombres que una provincia entera. Podeis decir que hay dificultad en el modo de sacarlos con buena opinion; no es grande el mal que tiene remedio: no hay ninguno de los acusados (si son como yo creo que son) que no ofrezca su reputacion particular por el sosiego público: si ellos son buenos, así lo deben hacer; si lo dificultan ó impiden, no teneis para qué estimarlos. Sabed, señores, que no hay miseria que se iguale á una guerra civil. Si fuésemos ciertos de que Cataluña se hubiese de humillar al primer crujido del azote, no dudo que tambien fuera conveniente darselo á temer; mas si por ventura su ceguedad les hiciese proseguir su obstinacion, y tomasen las armas en la propia defensa, ¿seria cosa prudente exponerse la autoridad de nuestro monarca á la suerte de una ó de otra batalla con sus vasallos? ¿Seria buen ejemplo para los otros reinos cualquiera dicha de estos rebeldes? Y con mas peligro en esta corona, que se compone de tantas naciones diversas y distantes, las mas dellas desaficionadas á la fortuna castellana. Apartemos el temor de la suerte; no pienso sino que entramos victoriosos, que abrasamos, talamos y destruimos; ¿qué es lo que ganamos, sino montes desiertos, pueblos abrasados y plazas echadas por tierra? ¿Esto se puede llamar ganar Cataluña? ¿Qué es esto sino cortar nos una mano con otra y quedar España con una provincia menos? Y entre tanto que gastamos el tiempo en victorias (así quiero yo llamar todos nuestros acontecimientos), ¿cómo nos será posible acudir á Flándes con dineros, á Italia con socorros, á las conquistas con flotas, y á todo el Océano con armadas? Pues si esto faltase, ¿qué tal podria quedar nuestro partido expuesto á la furia, á la industria y á la fortuna de nuestros contrarios? Forzosa, ó por lo menos natural cosa

habria de ser el perder en las provincias externas cuanto en las nuestras ganamos; y entonces ¿cómo lo podriamos llamar triunfo, habiendo de ser contrapesado de pérdidas infalibles? Miserable por cierto seria aquella guerra en que nosotros mismos fuésemos los vencedores y los vencidos. No hay fatiga en el campo de que el labrador en su casa pacífica no se repare. Este era el consuelo de los trabajos que la monarquía padece en sus partes, gozar á nuestra España con quietud. Los Países-Bajos y Alemania (que tambien podemos llamar propia) oprimidos están de armas, Lombardía afligida con su peso, Nápoles y Sicilia amenazados, la Borgoña ni por desierta segura, Alsacia mas que nunca fatigada, unas y otras Indias en continua infestacion de enemigos, el Brasil en manos de una guerra desesperada, las costas de España visitadas de corsarios. ¿Qué otro lugar nos quedaba de descanso sino la España? Pues si ni este pequeño abrigo os quereis reservar entero á los ánimos cansados ó arrepentidos, ¿dónde habremos de hallar reposo y consuelo? Dónde habrán nuestros hijos y descendientes de gozar el premio de lo que ahora trabajamos nosotros? ¡A gran cosa, á peligrosa cosa por cierto se ofrece aquel espíritu que se encargare de esta novedad! Costoso edificio es este á que pretendeis abrir los cimientos, y cuya ruina podrá sepultar nuestra república. No quisiera ahora que mi ponderacion os llevara el pensamiento á otros casos miserables; empero, si la prudencia es lince, dadme licencia siquiera para pensarlo; no se cuente (norabuena como referido) qué habria de ser de nosotros si al ejemplar de Cataluña conspirasen ó se armasen otras naciones, dandoles esta guerra que apeteceis, no solo ocasion, sino conveniencia. ¡Ah señores! Lleno está el mundo de historias, y las historias llenas de sucesos que nos encaminan á la templanza: advertid que aquel que excesivamente sigue un afecto, necesita despues de un exceso mayor para deshacer el primero. ¡Oh! No sea así que vuestra impaciencia os traiga á tal desdicha, que vengais á sufrir en algun tiempo mucho mas de lo que no quereis tolerar ahora. Benigno rey tenemos, y tan piadoso, que solo extrañará los consejos de la ira, no los de la clemencia, solo porque casi no los conoce. Ninguno subió tan presto á la inmortalidad por la venganza como por el perdon, porque siendo en los hombres lo mas dificultoso, así debe ser lo mas estimable. ¿Llora Cataluña? No la desesperemos; ¿gimen los catalanes? Oigamosles. Este es el mayor artificio de los físicos, ayudar á la naturaleza con beneficios por llevarla allí donde muestra inclinarse. Salga el Rey de su corte, acuda á los que le llaman y le han menester, ponga su autoridad y su persona en medio de los que le aman y le temen, y luego le amarán todos, sin dejar de temerle ninguno. Informese y castigue, consuele y reprenda. Buen ejemplo hallará en su agosto bisabuelo, cuando por moderar la inquietud de Flándes, con pompa indigna de César, mas con razon de César, pasó á los Países, y acompañado de su solo valor, entró en Gante amotinado y furioso, y lo redujo á obediencia sin otra fuerza que su vista. Salga su majestad, vuelvo á decir; llegue á Aragon, pise Cataluña, muéstrese á sus vasallos, satisfagalos, mirelos y consuelelos; que mas acaban y mas felizmente triunfan los ojos del Príncipe que los mas poderosos ejércitos.»

Era tan grande la autoridad del Oñate, que, ayudada entonces de la suavidad de sus razones

y eficacia de los afectos con que las propuso, casi tuvo vueltos los ánimos de aquellos mismos que interiormente sentían ó determinaban lo contrario. El Conde-Duque mostró algún desplacer de su razonamiento, y pudo moderarle, confiando en el otro voto, que esperaba habria de desvanecer todo lo dicho. Siguióse al de Oñate el cardenal don Gaspar de Borja y Velasco, presidente de Aragon, hombre de grande dignidad y fortuna, que pudiera hacer mayor si gozara su felicidad independiente: habló dicen que de esta manera:

«Si otro fuera el estado de nuestras cosas, yo, señores, seria el primero que os pidiera clemencia; empero, llegando los sucesos al extremo en que los vemos, parece ajeno de nuestro poder discurrir ó variar sobre la naturaleza del remedio, sino, entendiendo debe ser solo este, aplicarnos todos á disponerle con ejecucion igual al peligro. Ya no es posible usar de mas templanza, ni siempre el perdon se cuenta por virtud. ¿Quién duda que la real benignidad de nuestro monarca, mal recibida del atrevimiento de los sediciosos, en vez de reducir á la enmienda, haya esforzado á la osadía? No tengo que satisfaceros de que no me obliga á tanta severidad alguna pasion humana; antes, si fuera lícito dar entrada en mi ánimo á los afectos particulares, no hay en mí cosa que no obligue moderacion; mas, ó sea que no hay respeto comparado con la fidelidad, ó que verdaderamente nuestra justicia pese mucho mas que su queja, puedo decir sin temor, que despues de conocer unos y otros motivos y ambas justificaciones, nunca tuve por dudosa la culpa ó excusable el castigo. Terrible es en todas leyes la inobediencia; y de la misma suerte que el contagio no tiene otra cura sino el fuego, no se halla á la infidelidad otro acomodamiento que la muerte. Todas las dignidades del mundo asientan sobre obediencia; no tiene otros cimientos el trono de los monarcas sino la misma permission y conformidad de los súbditos. Pues ¿de qué suerte, decidme, se podia hacer permanente el imperio, afirmandose en hombres fáciles é inquietos? ¿Cómo podria administrar justicia y premio aquel rey que estuviese dependiente del enojo de sus vasallos? Miserable llamáramos al príncipe cuyos aciertos necesitasen de la aprobacion del vulgo, que por naturaleza aborrece el profundo entender de los mayores. Reloj es la república, cuyas ruedas y volantes son los ministros de ella; el peso es quien la rige ó manda: de esta officiosa concordia procede la medida de los dias y cuenta de los tiempos; así del mando de los reyes y obediencia de los vasallos sale hermosamente medido y gobernado el mundo, y en habiendose parado este ó aquel movimiento, ese es el desconcierto de la república. No tienen los reyes otro superior que la razon, y esta no es menester que sea de todos; basta que sea suya. Aquel ignora el ser de las cosas que no comprehende todas sus partes; y comunmente en las materias de estado, que vistas á diferentes luces y en diversos aspectos, unas veces parecen justas y otras injustas, no es lícito al vulgo juzgar de las ocasiones supremas; contentese con mirarlas; ni á la majestad es decente satisfacer á la ignorancia del pueblo. Importantísima cosa fué siempre á los monarcas castigar los agravios de la corona. Aquel vasallo se puede llamar idólatra que, despreciando la majestad de su rey, adora en el poder de la union; aquel le usurpa tanta parte de imperio, quanto ó le niega ó le duda de vasallaje. Vuelvo á decir que no solo entiendo merecen estos hombres el

castigo por los excesos que han hecho, sino que bastaba la misma razon de su disculpa para que los contasemos como delincuentes. Verdaderamente, señores, ese no es vasallo, criado ó amigo que os pretende obedecer, servir ó amar en officio determinado; porque, así como no hay caso en que el Príncipe pueda faltar á sus vasallos por verles miserables, no le hay tambien en que el súbdito deba excusarse de servir al señor por verle afligido: entonces el imperio fuera mayorazgo de la fortuna, no de la naturaleza; sirvieramos los mas dichosos, no los mas dignos. Si preguntásemos al Príncipe su ánimo cerca del privilegio, responderá que pensó pagar el servicio hecho y asegurar el agradecimiento para otros mayores. ¿Cuál podrá ser ahora el señor liberal con su vasallo si llegare á entender le desobliga con el beneficio? Terrible y lamentable cosa sea que, en medio de las fatigas comunes y cuando ninguno recata la misma sangre en obsequio de la salud pública, estos hombres quieran atar sus acciones á la dudosa interpretacion de sus pergaminos, y que la grandeza de sus reyes haya de ser fundamento de su terquedad. Aman sobre todo sus intereses; tienen por ajena la causa de la monarquía; aborrecen la gallardía española; no penetran hasta dónde está la necesidad ó conveniencia de nuestras guerras, y apropiandose en juzgar del ánimo de nuestro monarca, ellos consigo mismo quieren aprobar y reprobar sus mayores acuerdos: esto bastaba para ser grande culpa. Tras de esto, fortalecidos en la piedad de nuestro dueño, piensan máquinas asaz peligrosas á la conservacion de su majestad, introducen tratos y partidos con su rey, y pretendiendo capitular como con iguales, á un mismo tiempo y en una misma accion hacen deuda de la clemencia, y justicia del atrevimiento, dándole á entender al mundo que se les debe de derecho la mayor abundancia á que llega la gracia del Príncipe. Y porque la violencia de los casos no da lugar estos tiempos para que sean tratados como en aquellos, sin que dejen espacio alguno al agradecimiento (porque es costumbre de los hombres no acordarse sino de lo postrero), todos sus ánimos ahora son ocupados de la queja, siendo cierto que la misma naturaleza nos previene con ejemplos, pues el mismo sol una vez nos calienta y otra nos abrasa; el mismo aire ahora nos regala, ahora nos castiga. Pretendió el Principado que se le guardase la inmunidad de sus fueros, y se cumplió mientras lo quiso nuestro estado; hubo, en fin, de turbarse, habiendo mojado aquellas olas las mas soberbias y remotas naciones. ¿Cuándo el mundo se estremece, solo los catalanes pretenden gozar de reposo! Ciertamente yo me persuado que este su crimen toca antes en inhumanidad que en desobediencia; no es menester valernos aquí de la razon de vasallos, bastando la de hombres. Con esto conoceréis ahora que su culpa hace pequeña cualquier venganza; y pues la guerra es remedio de las cosas sin remedio, ¿qué nos falta por hacer despues que la clemencia ni la amenaza ni la industria han sido bastantes? Atento podemos considerar el mundo todo á nuestras acciones. ¿Seria buena satisfaccion para los extraños ver que los españoles, que así han sabido superar á los otros, no tengan brio para moderarse á sí mismos? Decis que os teméis del ruin ejemplar en la futura desdicha, y ¿no queréis temeros de ese mismo en la libertad presente? Si esta gente, roto tantas veces el freno de la obediencia, discurriese libre y sin castigo, esto

fuera mostrarles á los otros cuál era el camino de la rebelion, por el cual no hubiera nacion tan cobarde que no probase á repetir las venturosas huellas. Si el error no tuviera otra pena que haber obrado mal, solo los justos llegarían á temer las obras ruines; empero para que los malos y buenos teman el delito, ordenó la providencia del derecho que la pena siga á la culpa como infalible consecuencia: por eso el suplicio se ejecuta en lugar público, porque llegue el escarmiento donde llegó el escándalo. ¿Qué tales quedarán los ánimos de nuestros enemigos, habiendo visto Cataluña como plaza de nuestras injurias, robos, muertes é incendios, sin que de otra parte miren tambien los azotes y los castigos? De gran consuelo sin duda les habria de ser, si los consideran como flojedad; de gran ánimo por cierto si lo juzgan como cobardía. Yo lo entiendo así de estos mismos catalanes, que ellos jamás habrán esperado tanto de su furia, como nuestra detencion les ha ofrecido. Aprendamos siquiera de ellos, que para acomodar sus cosas injustas, es fama que se previnieron primero de la potencia: tal debe ser nuestra resolucion. Empuñe su majestad la espada, ó por ella su ejército. Así les oiga, si aun se sirve de oírles; así les responda, si aun se sirve de responderles. Vana es sin duda la majestad sin el poder; el que quiera ser estimado muestrese poderoso; salga nuestro rey si conviene, empero salga acompañado de famosos escuadrones, de antiguos capitanes. No ha de salir el César sino para triunfar, ni ha de llevar la victoria dependiente del arrepentimiento ajeno: en sí mismo, en su justicia, en su poder ha de fundar la esperanza del vencimiento, no en la cortesía de sus enemigos; mande tocar sus cajas, enarbole sus banderas, y los que oyeron los clamores de los miserables, escuchen ahora los ecos de los clarines vengativos. Vean los españoles que tienen príncipe que así sabe volver por los afligidos; y las provincias de Europa, que tenemos rey que no tarda mas en abrazar las ocasiones de valor que lo que tardan ellas en ofrecersele adelante.»

Al silencio del Cardenal sucedió un lento y misterioso ruido entre los circunstantes; porque si bien los mas, advertidos del semblante del valido, estaban dispuestos á convenir con su sentimiento, todavía no acababan algunos de entregarse á sus razones, detenidos de su propio dictámen y acordados de la eficacia del Oñate. Parecióle al Conde interponer su autoridad antes que se esforzase la duda, y en pocas razones dijo:

«Que á él no le quedaba qué decir en aquella materia, qué sentir sí, mucho; porque aunque su vida fuese larguísima (que no podria ser atropellada de tantos sentimientos), no acabaria de llorar ver en sus dias una desdicha tan grande, de la cual no se hallaria en las historias ejemplar antiguo ni moderno que se ajustase con aquel caso tan desmerecido de parte del Rey y de sus ministros; que podria contarse (mas que mejor era no contarse) como rarísimo á todo el mundo, que pocos hombres viles y desarmados perturbasen su república llena de varones y de nobleza; hacer cuerpo y amotinarse, poniendo las manos en lo mas soberano de su gobierno natural, y obligasen despues la gente escogida y atenta á imitar y favorecer sus desaciertos; que en los negocios de aquella calidad en otras partes suelen muchos nobles, ó á veces pocos, llevar tras sí la plebe, pero que aquí la nobleza habia servido á la villanía; y que en fin se resolviesen á pretender

capitular con su rey, que tantas veces le despreciasen el perdon, forzándole á derramar sangre de vasallos y poner nota en la antigua fidelidad de los suyos. Que una hora mas de disimulacion no era posible ni conveniente; que los cuidados de afuera obligaban á no dejar aquella obra imperfecta, antes ponerla en toda quietud y olvido, porque los intentos mayores del Monarca pudiesen lograrse el año siguiente, pues con la alteracion de aquella provincia se habian tambien alterado tantas diversiones provechosas que á Flándes é Italia estaban apercebidas; que ya era tiempo de mostrarles á los catalanes el camino de su perdicion; que el Rey no debia castigar tanto aquella nacion por remediar su culpa, cuanto por excusar con aquel espanto la ruina de otras; que á Dios llamaba por testigo de que á costa de su sangre propia tomara excusar el menor derramamiento ó venganza, que ya parecia inexcusable; que interiormente lloraba de que en su tiempo hubiese podido tanto la malicia, que osase á obscurecer las luces de la verdad y justificacion del Rey, suya y de sus ministros. Que él esperaba en el suceso mostrarse á los venideros de qué parte estaba la razón. Que esto así venia á tocar en desdicha mas que en desmérito, que era solo lo que podia darle consuelo en aquella afliccion; que le parecia que el castigo se ordenase luego, y que sobre todo seguia el parecer de los mas.»

No aguardaban los presentes otra diligencia ó discurso que el breve razonamiento del Conde para ajustarse todos en un solo pensamiento, y de la misma suerte que sucede bajo la Equinocial levantarse poderosos nublados en partes opuestas, hasta que de otro lugar comienza á soplar y prevalecer el viento que los humilla á todos, así la voz del Conde abatió las diferencias de estos y aquellos, recogiendo sus opiniones á su parecer solo, con indubitable aplauso de los circunstantes.

Resolvieron que el Rey debia salir de Madrid con pretexto de hacer cortes á la corona aragonesa; que se publicase queria dar consuelo y satisfaccion á aquellos vasallos, ayudando juntamente la restitucion de la justicia y castigo de los perturbadores del bien de Cataluña; que como al Rey era indecente pedir lo que podia mandar, llevase adelante su ejército, el mas copioso que pudiese juntarse; que ajustadas las cosas del Principado por manos del temor, como esperaban, se podia despues emplear en las fronteras de Francia, cogiendo la ocasion que en la primavera se habia perdido; que si los catalanes se pusiesen en defensa, no faltaria qué hacer en su daño y castigo, acabando de una vez con el orgullo y libertad de aquella nacion; que estando formado el ejército, se le ordenase al gobernador de las armas de Rosellon tentase á los paisanos hasta descubrir sus intentos; que para que el Rey pudiese salir la primera vez como convenia á su autoridad y al negocio que empezaba, llamase al punto las partes de ejército que se hallaban en las provincias de Guipúzcoa, Alava y tierra de Campos, reliquias de los soldados vencedores de Fuenterrabía; que se sacasen todos los tercios, compañías y capitanes de los presidios de España, particularmente de Portugal, Galicia y Aragon, con todos los oficiales entretenidos y personas de puesto; que se publicasen bandos para que los hombres que alguna vez hubiesen recibido sueldo real acudiesen á servir; que se despachasen decretos á los consejos y tribunales, no admitiesen memorial ninguno de soldado; que se hiciese lista de los que se hallaban en la corte, y

fuesen echados violentamente por las justicias en caso que ellos dudasen obedecer los bandos; que los seis mil hombres que se habian repartido á los señores de Portugal fuesen pedidos luego, y los trajesen indispensablemente; que de las milicias de Castilla, Leon, Andalucía, Extremadura, Granada y Murcia se entresacasen las dos de cinco partes; que se llamasen de Navarra dos de los cuatro tercios en que se divide; que se pidiese gente voluntaria á Aragon y Valencia; que pasasen á España el tercio de Mallorca con su virey y nobleza; que las levas de asientos hechas por todos los distritos, tratasen de acabarlas con suma brevedad; que toda la caballería derrotada de Cataluña, y la que se hallaba en las provincias, se juntasen luego; que los jinetes de la costa fuesen tambien á incorporarse con ella; que las guardias viejas de Castilla se remontasen, y marchasen las que se habian excusado los años antes; que se avisase al capitán de los continuos estuviese pronto, y los suyos, para campar; que la caballería de las órdenes militares, pedida para la guerra de Francia, se obligase á salir, usando para ello de cualquier medio; que la otra repartida á los tribunales, se les pidiese con vivísima instancia; que marchase alguna parte de la artillería que se hallaba en el castillo de Pamplona; que la que estaba en Segovia saliese tambien; que el marques de las Navas diese las piezas que tenia en aquella villa, para juntarse con las de Segovia; que toda la gente de guerra, así infantes como caballos, entrasen en Aragon y parte de Valencia, haciendo frente á Cataluña, acuartelada por las riberas del Ebro hácia la mar; que se nombrase por plaza de armas general á Zaragoza; que las galeras de España acudiesen á Vinaroz para dar calor al ejército, y los bergantines de Mallorca para servir al manejo de los víveres; que el tren y los oficiales de sueldo acudiesen á Aragon á esperar la formación del ejército; que allí podria ir á tomar su gobierno la persona á quien el Rey lo encargase.

Esta fué la resolución de aquella gran junta y de aquella gran cosa, medida casi por las mismas pasiones y respetos con que se trataban los negocios humildes. Por infalible se puede contar la perdición del reino donde los negocios se han de acomodar al ánimo del que manda, habiendo siempre el ánimo de acomodarse á ellos. Llamamos traición á aquel delito que se encamina al daño particular del Príncipe ó del Estado, y no llamamos traidor á aquel hombre que por sus respetos descamina el Príncipe y pone el Estado á peligro.

LIBRO TERCERO.

Elección de general del ejército del Rey Católico.—Exámen de los sujetos suficientes.—Junta de la generalidad en Barcelona.—Ventilase de la paz ó defensa.—Llamanse los títulos catalanes.—Embajada y rehenes á Francia.—Juicios de aquel reino.—Capitulaciones y ajustamiento con el Cristianísimo.—Rompe el Garay con hostilidad en Rosellon.—Sucesos de sus armas.—Reducece Tortosa.—Ocupanla los reales.—Entra en ella el marques de los Vélez.—Jura de virey del Principado.

Resuelta la guerra, lo que daba mayor cuidado á los ministros reales era la elección de persona que debia gobernar las armas, porque siendo la ocasión tan grande ó mayor que las antiguas de España, no alcanzó aquella suerte que las pasadas, en haber de concurrir con ella los famosos hombres de que su nacion fué tan abundante: todavía se nombraban algunos sujetos dignos de

gran confianza, particularmente cuatro, que entre todos, segun el discurso comun, merecian sobre los mas el cuidado de aquel gran negocio. Era el primero el marques de Espinola, en quien se hallaban muchas cualidades de capitán; pero como aun entonces no se habia perdido la esperanza de algun ajustamiento, pareció que por sus manos se dificultaba toda concordia, por ser el Marques á los catalanes, desde la guerra de Salses, en todo extremo aborrecible. Creese que el mismo Espinola, temeroso de que la empresa parase en su poder, acordaba diestramente sus inhabilidades; otros daban en que no parecia conveniente que españoles fuesen castigados por el arbitrio de un extranjero; que el padre enmienda y disciplina sin injuria al hijo inquieto, no le manda corregir por el esclavo ó criado. Muchos salian á contradecir la elección del Espinola, y ninguno la deseaba menos que el Espinola.

El almirante de Castilla era, despues deste, aquel donde luego se encaminaban los ojos, y muchos le anteponian al primero. Era el Almirante hombre con principios de grande, y en sangre y ánimo asaz ilustre, amado sobre los mas de su órden; habia vencido tantas veces como peleado; fueron pocas sus victorias, porque lo fueron sus ocasiones; mas como la grandeza de los validos se desplace naturalmente de aquellos que por algun otro medio suben á la eminencia de la autoridad, no le pareció al Conde conveniente darle nueva materia para añadir á su buena fama otros aplausos. Así con algun honesto desvío no fué dificultoso apartarle de la consideración de los que lo deseaban; y á la verdad, medida su suficiencia con el valor de la empresa, no eran iguales.

Creyeron algunos que le lisonjaban en proponerle á don Francisco de Acevedo y Zúñiga, conde de Monterey, que poco antes habia gobernado á Nápoles con mas dicha que providencia. Servia entonces el cargo de presidente de Italia, sobre consejero de Estado de España, en mediano aplauso de los políticos; era su primo y su cuñado dos veces del Conde; pero como no es cierto que la naturaleza ate siempre los ánimos de los hombres con los vínculos de la sangre, trayendoles á unas mismas inclinaciones, hacian en los dos, el uno muy severo, el otro muy festivo, antes disonancia que armonía. Era este, segun fama, el que menos adoraba la magestad de aquel; subido ya á gran estado, y sin hijos á quienes desease buenas correspondencias, así como no miraba á la esperanza, solo atendia á gozar lo que habia alcanzado de su fortuna. Tampoco el Conde-Duque quiso fiar al descuello y capricho del cuñado cosas tan grandes, porque cuanto era mas suyo, temia mas que en los otros el yerro contingente; pretendia poner en aquel lugar un tal sugeto, que siendo la elección solo suya, fuesen los peligros ajenos. Con esto fué forzoso pasar con el discurso á buscar otro.

Hallabase á esta sazón en la corte el marques de los Vélez, adelantado mayor del reino de Murcia, hijo y nieto de ministros, biznieto de grandes capitanes, hombre en quien la naturaleza anticipó la cordura á las experiencias; ornó la juventud con el consulado, siendo virey tres veces, y tres general en Valencia, Aragon y Navarra, de cuyo gobierno militar y civil aun no despedido, asistia en la corte, reputado por digno de mayores empleos. No desayudaba al Marques su fortuna, aunque naturalmente modesto, por que tambien idolatraba aquella admirable estatua de la soberanía; pero con tales modos y afectos, que en los ojos

del mundo pareciese su devocion mas atenta al conservar que al crecer. Habiale alabado el Conde publicamente en otras ocasiones, y acordados de aquella alabanza, mas que de sus méritos, acudieron todos con la memoria á su persona. Este fué el primer motivo para nombrarle; despues, viendole bien recibido, fueron con ingenio arrimandole otras consideraciones de gran peso, que todas le hacian asaz á propósito para el mando, como era ser descendiente y heredero de la casa del comendador mayor don Luis de Requesens, estimado por hijo en Cataluña; conservar en aquella provincia deudo, amistad y alianza con muchas casas ilustres, por el estado de Martorell, que poseia; haber gobernado reinos muy parecidos en leyes y costumbres á los catalanes, y principalmente la buena fama con que lo trataban las tres naciones vecinas.

Ejecutóse lo propuesto, habiendosele encargado el manejo de aquellos negocios con segundo título de virey de Aragon y general del ejército que en él se formase; y por acomodarle en sus conveniencias, le fué hecha merced de la plaza de mayordomo mayor del infante don Fernando, con el puesto de capitán general del mar de Flándes, y una de las mas gruesas encomiendas de Castilla, sin el sueldo de mil y quinientos escudos cada mes.

Aceptólo con satisfaccion el Vélez, porque se hallaba igualmente engañado que los otros ministros en aquel negocio; no llegó jamás á creer que los catalanes se sustentasen en su entereza, y como juzgaba contingente la necesidad de las armas, no se excusó la alegría de haberselas confiado su señor; considerabase igual con la dicha de algunos que sin lidiar triunfan. Esta imaginacion le hizo ligero aquel peso, que poco despues le cargó tanto, que le puso en aprieto de dejar la reputacion ó el mando.

Buena ocasion nos daria este suceso para avisar á las ambiciones de algunos que procuran los puestos y lugares que no merecen, si el oficio de historiador fuese tanto moralizar como decir. La historia aconseja y reprehende sin mas razones que los mismos casos; aquí entra la enseñanza por el entendimiento, no por los oidos; note cada cual en las acciones ajenas su aprovechamiento. Es la experiencia estudio de brutos; para el hombre cuerdo debe bastar el aviso de lo que sucedió á otro; no es menester que le busque por el mismo daño. El Vélez, engañado de sí propio, pagó despues, no sin injuria, la facilidad con que discurrió al principio. Ningun sabio debe asentar sus discursos sobre materias inciertas, pues por firmes que las considere, si profiriendo la esperanza de mas dichosos fines, camina á la felicidad, temblando ó mudandose despues los cimientos de las cosas á la violencia de accidentes imperceptibles, viene á hallarse sepultado él y sus pensamientos entre las ruinas de su edificio.

Mientras en Castilla se procedia en consejos, tratados y expedientes, no descansaban tambien los catalanes de disponer lo necesario. Luego que faltó el de Cardona á su gobierno, quisieron juntarse para dar forma á su república, porque si bien los imperios se conservan por aquellos mismos medios que se han adquirido, no es así todavía en aquellos donde el movimiento comun de las gentes se aparta de un cetro por seguir á otro; porque el furor y union de los muchos, raras veces constante, siendo acomodado á la naturaleza del emprender, no alcanza la virtud del conservar: lo uno se puede conseguir con la fuerza, y lo otro no se halla sino en la templaza.

Esta máxima de estado, siendo bien entendida por los catalanes, los obligó á poner luego las manos y entendimiento en buscar los modos de su conservacion. Pareció lo primero debian convocar generalmente sus estamentos, y los llamaron por aquella autoridad que les daba la ocasion, y alguna que ellos creian se les derivaba de sus propios oficios, en defecto de los lugar-tenientes de su príncipe. Llamaron por su antigua forma todos aquellos que tenian voto en la congregacion, no olvidando, artificiosamente, los mismos de quienes esperaban no obedecerian por los intereses del Rey. Escribieron cartas al nuevo duque de Cardona, á los marqueses de Aitona y de los Vélez, al conde de Santa Coloma, hijo del difunto, y á todos cuantos señores castellanos y extranjeros tenian en el Principado estados ó baronías; llamaron á los obispos y prelados, á todos los ministros y tribunales, sin reservar al Santo Oficio; declaraban á todos el aprieto de su patria, la comun miseria de su república, su justificacion, el enojo de su rey y la indignacion de sus ministros; decian de las prevenciones de Castilla, encaminadas á su destruccion; pedianles viniesen á aconsejar, ayudar y advertir.

Algunos de los llamados ofrecian sus excusas, temerosos de hallarse en obra de tanto peligro; porque como en las monarquías es cierto que el bien y conservacion de cada cual se incluye naturalmente en el cuidado del Príncipe, aquel ofende su providencia que por sí solo, ó con sus iguales, ó por sus medios, pretende juntarse para tratar de su remedio.

Este mismo recelo de algunos particulares obligó á la Diputacion á reescribirlos, usando todo el poder de madre y señora del estado político; quitoles la duda, satisfizo á su temor, dióles término y dia señalado, y envolviendo amenazas entre lástimas, así como les aseguraba del peligro cuanto al enojo del Rey, prometia severos castigos á los desobedientes á su autoridad. Pudo esta diligencia vencer la cautela y temor en los mas prudentes y respetuosos: así, faltando pocos, formaron la congregacion en su antigua forma.

Cierto podemos afirmar que su intencion de los catalanes no fué otra que juntarse para discurrir sobre los medios acomodados á su estado, porque verdaderamente ellos amaban la persona del Rey Católico; empero aborrecidos y temerosos de sus dos ministros, Conde y Protonotario, de tal suerte deseaban el servicio del Rey, que si el Principado pudiese hallar venganza contra los dos, ó por lo menos quietud sin ellos, facilmente se dispondria á vivir obediente; mas no con tal obligacion y apremio que se redujesen al gobierno pasado, habiendo de quedar sus cosas en poder de los dos acusados. Hacian estas consideraciones porque, pesado el odio que tenian al Conde y su protonotario, con la aficion que no negaban al Rey, aquel era sin comparacion superior á esotra y de fundamentos mas fuertes, siendo constante entre todos que por manos y consejo de aquellos ministros habian recibido muchos agravios, mas por las del Príncipe ningun beneficio. Y como lo uno se fundaba en sus intereses, y lo otro no era mas de una obediencia á la virtuosa costumbre que nos obliga á amar á los mayores, ninguna vez se oponian entre sí las dos causas, que no quedase victoriosa la segunda, y esta no llevase tras sí las acciones que estaban dedicadas á la primera. Juntaronse, en fin, sus cortes en Barcelona, precediendo en todo el consistorio de la Diputacion.

Es entre los catalanes diputacion general el su-

premo magistrado, que representa la union y libertad pública, como ya entre los romanos sus cónsules antes del imperio, y despues del imperio sus senadores ó conscriptos. En varias provincias de España se gobiernan á este modo; en algunas se llama cabildo, en otras cámara, y en otras ayuntamiento; esto mismo vienen á ser los esclavinos en Flándes, en Holanda los burgomestres y en Milan los senadores; lo mas en Italia algo se desvia de esta forma (no hablo de las repúblicas). Asiste la Diputacion general en Barcelona, metrópoli del Principado; consta de tres diputados, como hemos dicho, que nombran cada año por eleccion comun el dia de San Andrés; es cada cual voz de su estado, y ellos tres, sagrado, militar y real; y en cada uno concurren los votos de la gente de su órden, que escogiendo por suerte aquellos que deben ser nombrados, van apurando sus nóminas de los números mayores á los menores, hasta que aquellos pocos electos por la comunidad eligen aquel uno que los significa todos; sagrado es la iglesia, militar la nobleza, real la plebe.

A estos tres se juntan otros tantos jueces, hombres de profesion jurisprudentes, cuya dignidad no como los diputados es anual, antes dura hasta otra promocion; asiste cada cual al diputado de su estamento, habiendo en los jueces tambien la misma diferencia de órdenes, si no en la calidad, en el oficio y negocios; porque, aunque juntos en la Diputacion mandan en todo, todavía ellos por sí solos no se entremeten en mas de las cosas de su estado.

Esta diputacion, llamada General, no solo gobierna en la ciudad superiormente, empero se extiende cuando se dilatan sus provincias: todas las villas y ciudades tienen de esta suerte gobierno natural, que representa el cuerpo de todo su pueblo, como la Diputacion representa el de toda la provincia; en unas los llaman cónsules, en otras procuradores, en otras jurados; mas en todas viene á ser igual su autoridad y casi conforme su hábito, que se mejora ó humilla segun el caudal de cada pueblo. Vistense ropas largas, dichas *gramallas*, coloradas, de paño ó seda, de extrañísima hechura; de ordinario son de damasco, sus orlas de terciopelo, y sobre ellas una faja de lo mismo; esta viene á ser el propio hábito, porque sin él no pueden entrar en su magistrado, y con él se suplen la falta de la ropa. Usan la gorra y cuello español, y en sus acompañamientos públicos se sirven de mulas mas que de caballos, llevandolas pomposamente aderezadas; traen delante sus porteros y maceros, como los ediles ó tribunos de los romanos; significando la gran autoridad de su oficio.

Todos los pueblos y su gobierno guardan entre sí la propia correspondencia con el magistrado de su provincia superior á toda ella, que este tiene y guarda con la Diputacion general, donde todos se unen conformemente por sus procuradores. Este es el modo por que se gobiernan en sus cosas públicas, y por el mismo se distribuyen los servicios y contribuciones de todo el Principado, y se administran todas las rentas comunes, aquellas cuyos efectos se disponen en propio beneficio de la provincia, sin intervencion alguna del Príncipe.

Era á este tiempo diputado eclesiástico Pau Claris, canónigo de la iglesia de Urgel; militar, Francisco de Tamarit, caballero de Barcelona; real, Josef Miguel Quintana, ciudadano; jueces, Jaime Ferran, Rafael Antic y Rafael Cerdá; los consellers de Barcelona, Luis de Caldés Doncell, Antic Saleta y Morgades, Josef Massana, ciudadanos; Pedro Juan Girau y Antonio Carreras, oficiales; y

porque en muchas partes habremos de nombrarlos, entonces daremos razon de sus inclinaciones, segun nuestra costumbre, cuando los acontecimientos nos den ocasion de hacer juicio de sus espíritus.

En los casos de suma importancia forman otro consejo que llaman Sabio; consta de cien personas diferentes, incluyendo en ellas todos los ministros, todos los estados y calidades de la república. Este es por mayor su gobierno natural, de que me pareció debia dar esta breve noticia, por satisfacer la curiosidad ó duda del que llegare á leer.

Juntos los catalanes en sus cortes, entonces se comenzó á tratar generalmente del miserable estado de su patria, diciendo que sobre verse ofendida de un mal interior, que como veneno implacable abrasaba sus entrañas, la volvian á ver amenazada de otro mayor accidente, á cuyas manos sin falta acabaria la salud pública; que tanto era mayor el trabajo, cuantas mas fuerzas añadia al primero. Escogian otra vez las memorias de obligaciones y de lástimas pasadas; volvian á contar los robos, los incendios, los estupros y los adulterios; aquel parecia mas celoso del bien público, que los afligia con la recordacion de mas horrendos sacrilegios y alevosías; hablaron de su gran justificacion, de la piedad de su causa, del socorro que podian esperar de Dios, siendo su desagravio su mayor motivo; no olvidaron la industria con que los ministros contrarios de su quietud desviaban los remedios que en la clemencia de su rey podian prometerse, y aun sobre la persona del mismo Príncipe hacian juicio, diciendo, ¿qué les importaba fuese su corazon lleno de piedad, si no vivia con su propio espíritu, sino con aquel de los que amaba? Que la bondad en los príncipes, si no se ejercita, es como las riquezas del fondo del mar, que aunque es cierto que las hay, no aprovechan á ninguno; que las virtudes que están ahogadas de la omision ó pereza, son como prisioneras del vicio, y antes son dignas de lástima que de loa; que el Príncipe no cumple con poseer las buenas costumbres de hombre, si no las acompaña con el valor de príncipe; que aquel rey sin duda reprueba la eleccion que Dios hizo en su persona á la dignidad real, cuando pone su mismo oficio en manos de otro, pues al sumo poder tan fácil fuera hacer rey al valido como al señor, y él deshace en sí propio la obra de la sabiduría; en fin, que del natural de su monarca no habia que esperar accion alguna, cuando su bien estaba opuesto á la voluntad de sus favorecidos.

Por aquí caminaban á la mayor desesperacion; alentabanse con lo que se prometian seguro en Francia y aun en otras naciones; en esto que creian, ó mostraban creer, fundaban vanamente todas las esperanzas de su remedio. Lleva el apetito de ordinario los hombres á grandes peligros, y aun no contento de llevarlos hácia el trance, tambien allí acostumbra deslumbrarlos, haciendolos creer facilmente, y obligandolos á usar de medios incapaces ó ilícitos; donde viene que yerran lo que podian enmendar quizá con el sufrimiento, porque el vivísimo deseo de salir del aprieto no da lugar á que examinen si son ó no son justos ó posibles los remedios y las esperanzas que se les ofrecen delante.

De otra parte, les parecia la guerra inexcusable, segun juzgaban por las deliberaciones del Rey, de que recibian continuados avisos: cada dia llegaban nuevas de las grandes prevenciones que se hacian contra su provincia.

No sé olvidaban también en la propuesta á los Estados de pedir se les buscasen algunos medios suficientes para poder alcanzar la paz, que habían perdido; la restauracion de la justicia, que se habia estragado; el desenojo del Rey, que los amenazaba; la satisfaccion de los pueblos, quejosos; la seguridad de la mayor parte de los hombres, á quienes habia tocado la inquietud.

En estas y semejantes razones se incluía toda la propuesta de los catalanes en su congregacion; duraron las juntas muchos dias, recusando algunos pareceres y escogiendo otros, y despues dejando estos escogidos, y volviendo á platicar los mismos que poco antes habian reprobado, ú otros introducidos nuevamente, porque todos los caminos por donde se salia el discurso paraban en confusion y desconsuelo.

Despues, volviendo á juntarse á la última accion, cuando parece que ya los ánimos estaban firmes y resueltos en un pensamiento, comenaron su nueva plática, votando mas regularmente que hasta entonces, desengañados de que por el modo de conferencia no podrian conseguir la resolucion. Este es vicio comun en los grandes concursos, donde siempre se hallan hombres que, ambiciosos del aplauso aun mas que del acierto, ó con exquisitas palabras, misteriosas á los ignorantes, ó con demostraciones de afecto, persuaden ó turban la gente fácil, hasta traer algunos á la idolatria de sus vanidades.

Habiase discurrido indiferentemente en todos los circunstantes sobre la proposicion de los diputados: la mayor parte de los votos, con poca variedad de razones, se inclinaba á la defensa de las armas. Si alguno añadia, no era sino circunstanacias de dolor á la causa pública; si otro moderaba en algo el sentimiento anterior, en vano persuadia.

Llegó entonces la ocasion de hablar á monseñor Juan, obispo de Urgel, hombre que nació mas felizmente de la virtud que de la naturaleza, letrado de opinion entre los suyos, práctico en los negocios de la corte romana, donde ocupó la plaza de auditor de Rota, y de presente la de canciller de Cataluña; interrumpió el silencio, y (segun de su boca le escuchamos despues) habló en este sentido:

«Por cierto, señores compañeros y hermanos míos, yo no puedo negar que empiezo á hablaros lleno de espanto y desconsuelo, considerando que siendo ya de los últimos votos en esta junta, habeis pasado por la razon, sin que ninguno de vosotros la haya conocido. Violentamente me sacasteis de mi iglesia para que os acompañase en esta congregacion; yo me llamara mil veces mal afortunado si mi resistencia me hubiese valido: tanto estimo ahora el servicio que puedo hacer os hablandoos como se debe. Casi os estoy viendo todos cubiertos de la sombra de vuestra pasion; esto me pone en temor de vuestro descamino, y esto mismo me obliga á que os dé voces que os avisen del precipicio. Veome igual á vosotros en la naturaleza, superior á algunos en la fortuna, y á mis méritos primero: á aquellas obligaciones antiguas de la sangre y de la patria se añaden estas del premio que entre vosotros he hallado, contra el uso de los tiempos; no sabré determinaros en cuales son mayores; sé por lo menos que todas son amables. Ya digo, señores, mi patria afligida, mi estado exento de ficcion, mi experiencia proveya de algunas observaciones, mi edad incapaz de toda esperanza, y por eso mas acomodada al desengaño; todo junto me hace cargo para que yo os sea constante compañero y

consejero fiel. Veo que constantemente entendeis todos que para reparar las miserias é infortunios que hoy padecemos, originadas de la insolencia de los soldados forasteros, conviene tomar las armas en defensa de los naturales y de los famosos privilegios que nos han dejado nuestros antecesores. Primeramente, yo no puedo negar que vuestra causa es justísima; confieso el peso que ha caido sobre nuestra república; también yo he oido muchas veces las lástimas y quejas de nuestros patricios, también conozco la libertad de las legiones; pero ¿por qué razon no probaremos primero otros remedios mas suaves y proporcionados que ese que determinais, tan violento, y de que podeis usar á cualquier hora? No es el cauterio ó la lanceta la primer cura de la apostema; antes que esta, instituyó la medicina los que llama madurativos, y muchos males rebeldes á la dureza del acero obedecieron á la facilidad de los polvos. Pretendeis vengar vuestra patria de la insolencia de los soldados, y ¿quereis poblarla de nuevo de otros tantos? ¿Quién os ha de vengar á vosotros de estos segundos? La soberbia de estas gentes no consiste en su nacion, sino en su oficio; no son estos insolentes porque son castellanos (tales han sido ya romanos y griegos); muchos hay y de varias naciones, y todos se conforman en las costumbres licenciosas; luego no es mal fundado el recelo de que los mismos catalanes que habeis de ocupar en este ejercicio os salgan tan molestos á la república como los castellanos, que no podeis sufrir. Ya vereis ahora en vuestra necesidad vuestro peligro, pues no es tan suave el natural de los nuestros, que no nos dé mucho que temer de su orgullo. Vamos á los extranjeros: ¿cuáles han de ser estos? No hay en España nacion que no sea parcial, y apenas hay provincia en Europa donde no llegue ó el imperio ó el respeto del que tenemos por señor. Francia entre todas animará vuestra flaqueza; muchos dias há que triunfa: eso, que á vosotros os puede alentar, á mí me desanima. Si la fortuna no ha mudado sus antiguas costumbres, ya la podemos contar en las horas de su declinacion; pero yo no quiero valerme de este accidente: decidme, ¿qué certeza tendreis que aquellos contra quien ayer os armasteis se querrán armar hoy por vuestra defensa? Y cuando sea cierto que os ayuden, ¿con qué gravámenes os enviarán ese socorro? ¿Cuándo llegará? Y ¿cuál será? Y ¿qué podreis vosotros obrar sin él? La nacion francesa así como ninguno le ha negado el valor, ¿deja de confesar su inconstancia? ¿Seria por ventura conveniente que una vez empeñados en la guerra y declarados contra vuestro rey, os faltasen sus asistencias? Mirad bien á qué cosa os ofreéis, y cómo por cuenta de vuestro juicio corre el peligro comun; en vuestras voluntades están las de todo el pueblo: ¡oh! no se corrompa su inocencia en vuestra pasion. Mas, cuando todo suceda prosperamente, ¿qué es lo que determinais? Si pretendeis quedar libre república, claro está es imposible en medio de dos monarcas tan grandes; como se dice de aquel miserable pez que, deseando volar, ó le traga una ballena ó le despedaza una águila. Si pretendeis nuevo príncipe, ¿cuál hay entre vosotros mas digno de imperio? Si le quereis extraño, ¿por qué le esperais propicio? Decis que la libertad de vuestros fueros os permite tomar las armas por defensa della; todavía á vista de una demostracion tan contraria al uso de las gentes, ¿cómo os podreis excusar de ingratisimos, viendo que os quereis vengar de la misma magnificencia? Yo no

me atrevo á afirmar que os sea ilícito; empero pregunto si os es conveniente. Lícito es al ciudadano el pasearse en la dorada carroza; pero si esa excusada pompa le trajese á un costoso empeño, no le excusaria la justificacion de la imprudencia. Dos cosas son precisamente necesarias al que emprende la guerra: la primera es conocerse, la segunda conocer á su contrario. Cotejad ahora brevemente esta diferencia: ¿quién somos, señores, y contra quién nos armamos? Quién, como cada cual de los presentes, conoce el asiento de nuestra region, ocasionada por mar y tierra á invasiones que quizá para templarnos nos puso así naturaleza? Quién mejor que vosotros ha tocado lo tenue de vuestros caudales? La moderacion, no la prosperidad, nos hace ricos; vuestra prudencia son vuestras minas: ¿no veis hasta dónde se extienden los términos de nuestra república? ¿Dónde están los comercios? ¿Dónde los tratos y navegaciones? Estos son los nervios que manejan la potencia del imperio. ¿Hacia qué parte son vuestras conquistas? Ahora digo, lo pasado no nos hace mas que envidia, ó por ventura cargo de que lo olvidemos. ¿Cuáles son los famosos capitanes que han de gobernar vuestras huestes? No dudo yo que la sangre de los ilustres que nos acompañan rehusará cualquier peligro en obsequio de la patria; empero es menester que sepais que entre el valor y la ciencia hay grande desproporcion. ¿Cómo se llama el puerto en que asisten vuestras armadas para guardar vuestras costas? ¿En qué campañas se apacientan los briosos jinetes de que habeis de formar vuestros batallones? ¿Cuáles son entre vosotros los industriosos ingenieros que han de delinear vuestros fuertes? Pues si yo, que soy un humilde é ignorante hombre, á solo la luz de la razon hallo tan fallidos vuestros designios, ¿cuántas mas faltas podrá descubrirles la consideracion de los varones prácticos en la guerra, cuales debian ser aquellos que os aconsejasen? Mirad, señores, atentamente dónde os lleva vuestro enojo; y pues os habeis visto, volved ahora los ojos al que quereis tener por enemigo. Felipe IV se llama rey de las Españas, y le podremos llamar mayorazgo de las riquezas del mundo; pocos son aquellos que le ignoran el nombre y la grandeza: ¿que gentes se moverán contra vosotros á la muda voz de un despacho suyo? ¿Qué estudio le costará juntar sus fuerzas contra vuestro atrevimiento? A porfia se le ofrecerán los vasallos fieles para servir de instrumento á vuestro castigo: ¿qué descomodidad se les seguirá á sus ejércitos en que saque de Flándes, Lombardía, Sicilia y Nápoles algunos famosos tercios de soldados veteranos? ¿Con qué voluntad vendrán estos á libertar y vengar sus hermanos, oprimidos de nuestra furia! ¿Qué de capitanes pasearán hoy en su corte en pretension de que les fie alguna parte de vuestra ruina! Vosotros habeis de rogar á quien os defiende; él ha de ser rogado por los que quieren vengarle: las armadas de uno y otro mar poco trabajo les costará infestar vuestras costas, cuyas son todas las fuerzas marítimas de Rosellon. Cuando otros tiempos tuvisteis famosas contiendas con don Juan el Segundo de Aragon, estaba entonces España repartida en muchos brazos: los mas fuertes ayudaban á levantar al mas débil cuerpo de vuestra república; hallasteis un don Enrique en Castilla, que os ayudó con socorros; un don Pedro en Portugal, que se puso en vuestras manos; un Renato en Francia, que tambien no os desdeñó de vasallos; y á todos ofrecisteis nueva servidumbre, que no os salia tan barato el auxilio: ahora está

el juego del mundo y de la fortuna armado de otra suerte. Advertid que no perdais de un solo lance la justa libertad que habeis gozado hasta ahora; un solo rey es para la ofensa, y muchos os parecerá para el castigo. Mirad en qué paró una ligera inquietud de los vizcainos el año de 33: antes estaban castigados que se entendiese en España la culpa. Volved ahora la vista á los portugueses, que teneis por hermanos, que facilmente templaron su orgullo á vista de las armas de Mérida, año de 37. Ved los aragoneses, nuestros vecinos y amigos, cómo se humillan al precepto despues que don Alonso de Vargas les hizo besar el látigo; los valencianos se contentan con solo el nombre de reino que poseen. Navarra, ni su vecindad y deudo con Francia, ni la antigua contienda de su derecho contaminó su obediencia, ni la movió la guerra ni la alteró la fatiga. De todos los vasallos, nosotros somos los que llevamos menos cargas, ó sea que nuestro apartamiento las desvie, ó que las modere la buena opinion en que estamos de briosos. Rey tenemos, señores; rey y padre, no solo cristiano, sino Católico por renombre: cuanto es mayor nuestra justicia, así debe crecer nuestra confianza; representemosle postrados nuestra miseria; hable solo nuestra fidelidad: el vasallo ó el siervo que pide inmodestamente, ya lleva la negacion escrita en el descomedimiento. Informemos á nuestro rey con una persona llena de verdad y celo, desnuda de todos respetos humanos; justifiquemos nuestra causa con Dios, con su majestad y con las gentes; este es el medio del sosiego, de la paz y de la enmienda: entonces podemos esperar el verdadero é infalible socorro del Omnipotente Señor, Rey de los reyes, amparo de los afligidos, Dios de los ejércitos. Yo por lo menos, tomando su divinidad por juez de mis acciones, protesto que siempre os hablaré en este sentido y con este sentimiento.»

Calló entonces el Obispo, y acabó el llanto su razonamiento. La elocuencia, ordinariamente superior á los ánimos, no dejó de hacer en los presentes algunos interiores efectos; ninguno osó á retractarse, juzgandolo á delito; los mas libres le escucharon con desprecio. Continuóse la materia, reiterandose todos en la opinion primera, hasta que hablando los diputados generales Quintana, el real, en representacion del pueblo, y Tamarit, el militar, en nombre de la nobleza, dijeron su parecer casi en una misma sentencia, difiriendo tan poco en las palabras como en los afectos.

Faltaba solamente por declararse el diputado Claris, de superior autoridad entre los tres, no menos por su dignidad, que por su espíritu atentísimo á las cosas públicas. Era Claris hombre que, habiendo sido antes olvidado, deseaba de hacerse conocido, sin pesar mucho los medios que se le ofrecieran á la fama; aspiraba al mando, que no pudo conseguir antes de la inquietud; y despues puso todo su mérito en la libertad, de la que se inculcaba por celoso. Aborrecia de otros tiempos su obispo, y aunque su sentimiento fuera igual, por solo no convenir en su opinion mudara de ánimo. Habia callado con suma observacion hasta entonces, si bien las demostraciones informaban del fuego que guardaba en el pecho. Suspendióse gran espacio, y revolviendo la vista melancolicamente, pidió atencion con los ojos, y habló así:

«Nobilísimo y afligidísimo concurso: Ni mis lágrimas ni vuestro dolor dan lugar á que me dilate; mas aun así es la materia tan grave, que no podré ceñirla tan brevemente como deseo, pues

el espíritu que mueve mi lengua, todo aquello que tardare en explicarse, le parece que os debe de tiempo en la afanosa ejecucion que os espera. Habeis oido atentos la plática de ese docto prelado mio; ahora os suplico como particular ciudadano escuchéis mis razones, y como cabeza de vuestra junta os encargo examineis la substancia de estas y aquellas palabras, que yo sé de mi opinion no tomará fuerzas en mi autoridad para persuadiros, sino en sí mismo. No creo que este varon que escuchasteis siente con diferencia del consejo que os ofrece; no pienso yo tan impiamente, ni me ajustaré á entender que el mismo pastor es quien conduce las ovejas á la estacion del lobo; antes vengo á persuadirme que los hombres criados á la leche de la servidumbre ignoran del todo aquella bizarría y libertad de ánimo de que necesita el verdadero repúblico. ¿Por ventura es mas prudente ó mas templado que todos los que aquí estais? No por cierto; la ventaja que nos lleva no es otra que haber perdido el sentimiento, de puro ejercitada la paciencia en otros oprobios; pues ¿cómo, nobilísimos catalanes, que reís vosotros regular vuestras acciones por la pauta de las humildades ó lisonjas de un hombre antiguo cortesano? Está Cataluña esclava de insolentes, nuestros pueblos como anfiteatros de sus espectáculos, nuestras haciendas despojo de su ambicion, nuestros edificios materia de su ira; los caminos, ya seguros por la industria de nuestras justicias, ahora se hallan nuevamente infestados; las casas de los nobles les sirven de fáciles hosterías, sus techos de oro y preciosas pinturas arden lastimosamente en sus hogueras; mas ¿cómo tratarán con reverencia los palacios los que no se desdeñan de ser incendiarios de los templos? Pues á vista de todas estas lástimas, ¿hay quien pretenda ahora persuadirnos espacios, negociaciones y mansedumbres? Verdaderamente el que corrige el fuego con delicadas varas, antes le ayuda que le castiga. Divina cosa es la clemencia; pero en las materias de la honra de su casa, el mismo Cristo nos enseña á desceñirse el cordel contra sus enemigos hasta arrojarlos de ella. Dice que usemos de medios suaves; esto es sin duda acusar nuestra justificacion. ¿Cuánto ha, señores, que padecemos? Desde el año de 26 está nuestra provincia sirviendo de cuartel de soldados; pensamos que el de 32 con la presencia de nuestro príncipe se mejorasen las cosas, y nos ha dejado en mayor confusion y tristeza, suspensa la república é imperfectas las cortes. Ya los medios suaves se acabaron: largos dias rogamos, lloramos y escribimos; pero ni los ruegos hallaron clemencia, ni las lágrimas consuelo, ni respuesta las letras. Romper las venas al primer latido de los pulsos no lo apruebo; con todo, mirad, señores, que el mucho disimular con los males es aumentar su malicia; lo que ahora quizá podeis atajar con una demostracion generosa, no remediareis despues con muchos años de resistencia. Quanto mas se os encarece la piedad de vuestro príncipe, tanto debemos asegurarnos no castigará la defensa como delito. No porque el águila es la soberana entre las aves dejó la naturaleza de armar de uñas y pico á los otros pájaros inferiores, yo creo que no para que la compitan, mas para que puedan conservarse; los hombres hicieron á los reyes, que no los reyes á los hombres; los hombres los hicieron hombres, porque si ellos mismos se hubieran hecho, mas altamente se fabricaran; claro está, pues siendo ellos en fin hombres, hechos por ellos y para ellos, algunos, olvidados de su principio y de su fin, les pa-

rece que con la púrpura se han revestido otra naturaleza. Yo no comprehendo en esta generalidad todos los principes, ni propiamente nuestro rey; antes reconozco en su real persona virtudes dignas de amor y reverencia; pero seame lícito decir que para el vasallo afligido viene á ser lo mismo que el gobierno se estrague por malicia ó ignorancia. Para nosotros, señores, tales son los efectos; aquí no disputamos de la causa. Pues si vemos que por los modos fáciles caminamos á nuestra perdicion, mudemos la via. Ya no es menester ventilar si debemos defendernos (eso tiene determinado la furia del que viene á buscarnos), sino creer que no solamente es conveniencia temporal, mas antes obligacion en que la naturaleza nos ha puesto: los medios parece es ahora lo mas difícil de hallarse. Entended, señores, que ninguno topa la perla en la superficie del mar; no falteis vosotros de vuestra parte con la diligencia, que no faltará la fortuna de la suya con la dicha; si no, demos con el discurso una brevíssima vuelta á los negocios del mundo, y á pocos pasos vereis cómo no nos podrán faltar amigos y auxiliares. Decidme: si es verdad que en toda España son comunes las fatigas de este imperio, ¿cómo dudaremos que tambien sea comun el desplacer de todas sus provincias? Una debe ser la primera que se queje, y una la primera que rompa los lazos de la esclavitud; á esta seguirán las mas: ¡oh, no os excuseis vosotros de la gloria de comenzar primero! Vizcaya y Portugal ya os han hecho señas; no es de creer callen ahora de satisfechos, sino de respetosos; tambien su redencion está á cargo de vuestra osadía: Aragon, Valencia y Navarra bien es verdad que disimulan las voces, mas no los suspiros. Lloran tacitamente su ruina; y ¿quién duda que cuando parece están mas humildes estén mas cerca de la desesperacion? Castilla, soberbia y miserable, no logra un pequeño triunfo sin largas opresiones; preguntad á sus moradores si viven envidiosos de la accion que tenemos á nuestra libertad y defensa. Pues si esta consideracion os promete aplauso y alianza de los reinos de España; no tengo por mas difícil la de los auxiliares. ¿Dudais del amparo de Francia, siendo cosa indubitable? Decid, ¿de qué parte considerais la duda? El pueblo, inclinado á vivir exento, bien favorecerá la opinion que sigue. El Rey (cuya fortuna naturalmente se ofende con la grandeza de España), prosiguiendo la guerra comenzada, ¿qué mayor felicidad se le puede entrar por sus puertas que hallar de par en par las de nuestra provincia á la entrada de Castilla? Si de eso os quereis temer, os anticipareis el peligro; que observar desordenadamente los accidentes venideros no es prudencia; bastará conocerlos para remediarlos, sin estorbar con ese recelo las acciones convenientes. Ingleses, venecianos y genoveses solo aman su interés en Castilla; buscanla como puente, por donde pasan á sus repúblicas el oro y plata; si sus tesoros tomasen otro camino, en ese mismo dia habrian de cesar su amistad y alianza. Los atentísimos holandeses no habrán de aborrecer en nosotros el repetir las pisadas por donde gloriosamente caminaron á su libertad, ni nos negarán tampoco las asistencias (si se las pedimos) suministradas estos dias á otras naciones, pues introducida una vez la guerra dentro en España, los socorros de Flándes habrian de ser mas contingentes; lo que todo es favorable á sus designios. Notais nuestra provincia de apretada entre España y Francia; eso es ser ingratos á la naturaleza, á quien debeis la mar enfrente, que nos

enriquece con puertos, la montaña á las espaldas, que nos asegura con asperezas, pues los dos lados que miran á las dos mayores potencias de Europa, con su oposicion nos fortalecen. ¿Qué es lo que os falta, catalanes, sino la voluntad? ¿No sois vosotros descendientes de aquellos famosos hombres que, despues de haber sido obstáculo á la soberbia romana, fueron tambien azote á la felicidad de los africanos? No guardais todavia reliquias de aquella famosa sangre de vuestros antepasados, que vengaron las injurias del imperio oriental domando la Grecia? ¿Y de los mismos que despues, contra la ingratitud de los Paleólogos, en corto número os dilatasteis á dar leyes segunda vez á Atenas? ¿Quién os ha hecho otros? Yo no lo creo por cierto, sino que sois los mismos, y que no tardareis mas en parecerlo que lo que tardare la fortuna en dar justa ocasion á vuestro enojo. Pues ¿qué mas justa la esperais que redimir vuestra patria? Fuisteis á vengar agravios de extranjeros, ¿y no sereis para satisfaceros de los propios? Mirad los cantones de esguizaros, gente inoble, faltos de policia y religion incierta, ¿cómo dejarán la sombra de la diadema imperial? Mirad cómo ahora solicitan ó compran su aplauso los príncipes mayores. Ved los bátavos ó provincias unidas, sin la justificacion de vuestra causa, cómo la fortuna les ha dado la mano hasta subirlos en su propio trono. Si no quereis creer ninguno de estos ejemplares, y el temor por ventura os fuerza á que os imagineis menos dichosos, revolved cualquier piedra de esta vuestra ciudad, que cada cual de ellas no se excusará de contaros la famosa resistencia que hizo al sitio de don Juan el Segundo de Aragon, hasta que capitulando á nuestro arbitrio en los ojos del mundo, él entró como vencido, y nosotros le recibimos como triunfantes. Si os detiene la grandeza del Rey Católico, acercaos á ella con la consideracion, y la perderéis el temor; no hay estatua de metales preciosos á quien el barro no enflaquezca, ni bastan las fatales armas á Aquiles si pisa con planta desarmada. ¿Veis la potencia de vuestro rey cuántos años há que padece? Ciertamente podemos decir, á vista de sus ruinas, que mejor se medirá su grandeza por lo que ha perdido que por lo que ha gozado: tanto es lo que cada dia se le va perdiendo de nuevo. Si quereis plazas, muchas os ofrecerá Flándes y Lombardía, apartadas ya de su obediencia; si quereis regiones, preguntadlo á unas y otras Indias; si quereis armadas, el mar y fuego os darán razon de ellas; si capitanes, responderá por ellos la muerte ó el desengaño. Algunos filósofos pensaron con Pitágoras que las almas se pasaban de unos cuerpos á otros; mas ciertamente lo pueden afirmar los políticos en las monarquías, donde parece que la felicidad que anima sus cuerpos, dejandolos cadáveres, se pasa á dar espíritu y aliento á otras olvidadas naciones; tal podemos esperar nos suceda. Pero si además de lo referido llegais á temer la confusion que os puede dar la real presencia de vuestro príncipe, no dudo que teneis razon; dudo pero que os dé causa: no sois vosotros de tanta estimacion en los ojos de los que le aconsejan, que el rey de España por sí propio altere la serenidad de su imperio por haceros guerra; yo me atrevo á afirmar que ya todos estais destinados al despojo de algun vasallo; no será mayor el instrumento. Este es, en fin, señores, el verdadero juicio de nuestras cosas: si el estado de ellas os parece digno de nueva paciencia, el que se hallare mas abundante desta virtud reparta con los otros, no con razones arti-

ficiosas, sino con medios convenientes á la moderacion de vuestro mal. Yo no soy de opinion que armeis vuestros naturales para que, siguiendo su enojo, representeis batallas contingentes; no digo que con demasias soliciteis la indignacion del Rey; no digo que á su majestad negueis el nombre de señor; empero digo que, tomando las armas briosamente, procureis defender con ellas vuestra justísima libertad, vuestros honrados fueros; que guarnezcais vuestras villas y ciudades, que fortifiqueis lo flaco, que repareis lo fuerte, que generosamente pidais satisfaccion de los delitos destes bárbaros que nos oprimen; que alcanceis su apartamiento de nuestra region y el descanso de la patria; y que si no lo alcanzareis, lo ejecuteis vosotros: este es mi parecer; ó que, si tambien hallareis dura esta resolucion, á ese punto tratemos todos juntos de desamparar y dejar de una vez la miserable provincia á otros hombres dichosos. Y si á mí (como aquel que mas tiernamente vive sintiendo vuestras lástimas) me teneis por pesado compañero cuando con esta libertad llego á hablaros, ó si alguno le parece que por mas exento del peligro os llevo á él mas facilmente, digo, señores, que yo cedo de toda la accion que tengo á vuestro gobierno. Volved enhorabuena á los piés de vuestro príncipe, llorad allí, acrecentad con vuestra humildad la insolencia de los que os persiguen, y sea yo el primero acusado en sus tribunales; arrojad al fierísimo mar de su enojo este pernicioso Jonás; que si con mi muerte hubiere de cesar la tempestad y peligro de la patria, yo propio, desde este lugar donde me pusisteis para mirar por el bien de la república, caminaré á la presencia del enojado Monarca arastrando cadenas, porque sea delante de ella odiosísimo fiscal y acusador de mis propias acciones. Muera yo, muera yo infamadamente, y respire y viva la afligida Cataluña.»

Apenas habian escuchado los congregados las últimas razones de Claris, cuando en comun aplauso fué aclamada su opinion como salud de la patria, disponiendo sus ánimos de manera, que cada uno parecia haber recibido nuevos espíritus para emplear en su obsequio. Conciliaronse, en fin, los pareceres de todos, y cuerdamente caminaron á infatigable paso tras de aquellas cosas convenientes al establecimiento de sus armas y resistencia de las enemigas.

Nombraron sus plazas de armas segun las partes por donde podian ser acometidos, que fueron Cambrils, Bellpuig, Granollers y Figueras; repartieron sus veguerías en tercios distintos (es veguería en Cataluña lo que en lo mas de España se suele llamar distrito, partido ó comarca); nombraron sus oficiales, dejando á la Diputacion el militar dominio; alistaron gente capaz de aquel ejercicio; visitaron sus villas atentos á la fortificacion; buscaron con desvelo y premio los hombres prácticos en la guerra que tenian entre sí: pocos eran en número, porque el ocio de la larguísima paz en que se hallaban, así como les habia quitado las esperanzas, les quitó el precio; otros hicieron llamar de nuevo desde las provincias donde asistian. El médico, que en salud es aborrecible, al tiempo de la enfermedad es agradable.

Con esto, juzgando que ellos por sí solos no eran capaces de resistir las desiguales fuerzas de tan grande monarca, miraron en su corazon por todo el mundo qué príncipe les podia dar ayuda y consuelo, y despues de haberle corrido con el discurso, no hallaron otro que el cristianísimo Luis XIII, rey de Francia, cognominado el *Justo*:

su clemencia les prometia amparo, su poder de defensa. Esta era la razon comun; empero sobre esta se alegraban interiormente en la consideracion de que para las conveniencias del estado de Francia fuesen tan propicios los accidentes de España, que ningun juicio dejaria de abrazar sus intereses; que era preciso el echar mano de las turbaciones del enemigo, como de materiales utilísimos para la serenidad propia. ¡Miserable condicion, por cierto, de la fortuna, que no tiene caudal para fabricar gran imperio á un príncipe sino con las ruinas de otro!

Así resolutos, eligieron entre todos á Francisco Vilaplana, caballero perpiñanés, práctico y conocido en las fronteras de Francia, para haber de pasar á aquella corte con su embajada al Cristianísimo: pocas otras calidades tenia de embajador; no buscaban entonces mas de la fidelidad; ella lo suplía todo. Partió brevemente lleno de lastimosas cartas al Rey y la Reina, al Cardenal-Duque y otros ministros; en todas referian los catalanes su miseria, su razon y su peligro.

Llegó en pocos dias, festejólo el vulgo, que sin discurso ama y aborrece aquellas mismas cosas que ignora. Entre los políticos fué diverso el juicio con que se recibió aquella novedad; los ambiciosos de gloria ó de venganza creyeron haber topado el hilo por que podian penetrar los laberintos de España á pesar de su arquitecto; prometíanse larguísimos intereses en la nueva guerra, considerando que allá, de la felicidad y reputacion en que estaban sus armas, habrian de crecer sus triunfos por aquel medio. Los hombres llanos y civiles temian que por aquel alborozo se empeñase la Francia en otros sucesos, al tiempo que su fortuna los habia regalado tanto, que no sin gran honra se podian acomodar á la quietud. Los templados y medianos ni deseaban mas glorias ni las rehusaban tampoco; procuraban verlas seguras.

Los ministros del Rey, y sobre todos el Cardenal-Duque, juzgaron por cosa digna de príncipe justo y cristianísimo amparar una nacion cristiana y oprimida; no se les dificultó con la consideracion de algunos que decian que á los reyes no es lícito ni conveniente favorecer facciones ó sediciones de vasallos de otro príncipe, por la ruin correspondencia que podian hallar en sus ocasiones, y tambien por el mal ejemplo que forzosamente daban á sus descontentos, viendolos amparar los escándalos ó quejas de otros.

A esto se respondia que la cortesía de los grandes no llega á quebrantar sus conveniencias; que el Príncipe no puede ser liberal del bien de sus vasallos; que ninguno debe guardar igualdad á aquel que no se la guarda; que los pretextos de la inquietud pasada de Francia el año de 35, fundaban todos en las negociaciones del Rey Católico y en la cautela de su valido; que el Rey Cristianísimo, en favorecer los catalanes no hacia otra cosa que reconvenir, ó desforzarse de los movimientos del Poitú, introducidos de los españoles; que no habia disculpa con que satisfacer la posteridad, si estando la guerra tan sangrienta en ambas provincias, Francia olvidase la mayor ocasion de sus mejoras; que de ordinario en los acontecimientos de la guerra el que excusa el daño de su enemigo viene á pagar despues con su ruina su inconsiderada confianza.

Por estos motivos y otros que le serian presentes al espíritu del Cardenal (por ventura no comprehensibles á nuestra cortedad), se dispuso á introducir su industria, las fuerzas de su reino y la autoridad de su rey en el manejo de las cosas de Cataluña.

Al punto fueron enviados á Barcelona monsiur de Serrián (á quien algunos papeles catalanes llaman de Serniá), mariscal de campo, y monsiur de Plesís Besanzon, sargento mayor de batalla; dos tales hombres cuales pedia el gran hecho para que fueron escogidos, y que así hacian proporcion con aquel fin como con la eleccion de quien los habia nombrado.

Volvió Vilaplana, y los dos á su ciudad, donde todos fueron alegrisimamente recibidos. Tratóse luego de ajustar con brevedad su negociacion en varias juntas que hacian la Diputacion, la ciudad y los enviados; fué fácil el acomodamiento, porque como todos se encaminaban á una razon, ella misma vencía las dificultades. No se duda que en algunos podia hallarse parte de temor, y en otros de negocio; mas como es destreza de los políticos encubrir el miserable la desconfianza y el poderoso la soberbia, unos y otros lo dispusieron de suerte que ni la fe ni la prudencia parece que padecian fuerza ó duda.

Ajustaronse finalmente en que el Principado haria el mayor esfuerzo posible por arrojar y resistir las armas castellanas; que el Rey Cristianísimo les socorreria en espacio de dos meses con dos mil caballos y seis mil infantes; que lo uno y lo otro seria pagado por cuenta de la generalidad; que el Rey solo enviaria los cabos y oficiales que le fuesen pedidos, y no mas; que mientras durase la resistencia de Cataluña, su majestad no mandaria invadir algunos lugares de catalanes como enemigo del Rey Católico, salvo aquellos en que hubiese presidio y armas españolas; que el Principado pondria en manos del Rey Cristianísimo nueve rehenes, tres de cada orden, y que no haria ajustamiento con su rey sin intervencion de Francia.

Con este breve tratado y larguísimas demostraciones de amistad se partieron á París el Plesís y Serrián con la misma satisfaccion que habian dejado á unos y otros llenos de diferentes esperanzas.

Ahora será conveniente dar razon de las armas y progresos tocantes al Rey Católico, bien que en orden del tiempo nos habemos adelantado alguna parte, por seguir las cosas de Cataluña sin intermision de otros acontecimientos, porque mas claramente se entiendan unos y otros.

Asentada ya la guerra contra Cataluña, como hemos dicho, fueron luego despachadas órdenes por el Rey Católico á todas las plazas marítimas del Principado, avisando sus gobernadores de la resolucion de su consejo, y encomendandoles grandemente las prevenciones de la guerra que podian esperar cada dia; y en particular se encargó este cuidado á don Juan de Garay, gobernador de las armas de Rosellon, que en aquel tiempo se hallaba en Perpiñan, despues de la muerte del Cardona. Es el Garay hombre que por la via de las armas pudo juntar el mérito y la dicha; comenzó por los pequeños puestos de la guerra, pasó por ellos con velocidad tan grande, que en algunos vino á mandar los mismos que poco antes habia obedecido; ama la industria sin aborrecer el trabajo, presume de lo que obra, y tiene mas dicha para sí que para los suyos.

A este tiempo habia llegado á Zaragoza el marques de los Vélez, de donde ministraba sus negociaciones en Cataluña. Comenzó solicitando correspondencias en las plazas que todavia estaban en obediencia del Rey; encomendaba á sus gobernadores el vivísimo cuidado que le convenia de adelantar su partido. A los catalanes exhortaba al arrepentimiento, prometiendoles perdon y con-

veniencias. Ayudaba mucho en estas diligencias la persona del baile general don Luis de Monsuar, retirado de Tortosa, donde entre parientes y amigos, y con algunas personas de religion, habia tratado el cobro y reduccion de aquella ciudad. Vino oculto á Zaragoza, y dando buena razon de su industria, hizo cómo el magistrado en nombre de todos escribiese al Vélez, pidiendole juntamente piedad y socorro. Estaban de secreto dispuestas las cosas de tal suerte, que aun no habia salido la carta de la ciudad, cuando sobre el puente de Ebro, que la baña, se hallaban dos mil infantes españoles y cuatrocientos caballos, á cargo todo del maestre de campo don Fernando Miguel de Tejada, soldado práctico y cuidadoso, que siguiendo con todo el orden del magistrado, contra el aplauso del vulgo, que ya le miraba como arrepentido, entró en Tortosa, causando desiguales afectos en los corazones de sus naturales, segun era en ellos diferente la razon con que miraban sus movimientos. Muchos se retiraron medrosos ó aborrecidos, y aun ni de todos los que quedaron se podia hacer confianza.

Con esta observacion trató don Fernando de fortificar la ciudad (que por su sitio y un castillo no muy antiguo, que todavia conserva, pareció fácil), por lo menos de suerte que quedase reparada á una interpresa y motin. Pocos dias despues se descubrieron algunos cabezas de los sediciosos, y fueron condenados á muerte por la justicia hasta cinco ó seis hombres plebeyos, no sin lástima de todos.

Con la impensada entrega de Tortosa tomaron las cosas del Rey mejor semblante, no solo por la importancia de la plaza, de asaz utilidad á sus intereses, pues por ella se facilitaba el paso de Ebro á las armas católicas, mas tambien porque su reduccion inducia á la esperanza de otras, y ponía en los catalanes gran duda y temor, viendo que ellos mismos se faltaban primero que su fortuna.

En Rosellon se movian las armas con mas presteza, porque entendiendo don Juan de Garay que los moradores de Illa (lugar mediano en el condado de la Cerdaña, asaz vecino á Francia, á quien sirve de paso) tenían trato con vasallos del Rey Cristianísimo, y determinaban ayudarse de ellos contra los españoles, dandoles entrada en la villa, quiso reconocer y castigar personalmente sus excesos, poniendo toda aquella frontera en mejor orden. Salió el Garay de Perpiñan á los últimos de setiembre con suficiente número de infantería, algunos caballos y cuatro piezas de campaña. Llegó á Millas, hizose reconocer en aquel lugar sin resistencia, tomó las llaves de sus puertas á su propio dueño don Felipe Asbert, dejandole con temor y escándalo; llamó desde allí los cónsules y baile de Illa; tardaron en obedecerle, temiendo con mas razon de la severidad que se usaban con sus vecinos. Salió de Millas prontamente contra Illa en intencion de embestirla y castigarla, abominando con palabras feas el hecho de sus moradores; no debia ofrecerlas al espanto, sino al remedio, porque á veces el caballo detenido en la carrera sale mas pronto al grito que al azote. Amaneció sobre el lugar, batióle sin efecto; pretendió romper una puerta por la furia de un petardo; nada salió como se esperaba, bien que Juan de Arce gobernaba aquella faccion; defendieronse briosamente los de adentro. Retiróse el Arce herido del golpe de una piedra; y el Garay, reconociendo en la resistencia de tan pequeño lugar la industria de monsiur de Aubiñi (de quien trataremos adelante), que la defendía con hasta seiscientos hom-

bres franceses y catalanes, no quiso proseguir en la venganza por entonces, mirando ya en aquel estado mas por la opinion que podia perder, que por la plaza que juzgaba perdida: dejó el negocio para mejor tiempo, aunque no pensó diferirlo mucho, por no dar lugar á que se engrosase el enemigo. Con este pensamiento, ayudado tambien de una voz que sin causa se esparció entre la gente, de que los franceses entraban por el Grao en el estado de Rosellon (algunos piensan que el mismo don Juan hizo introducir esta voz por dar mejor pretexto á su retirada), volvióse en fin, y haciendo alto en San Feliu, mandó reconocer los puestos acomodados á la entrada del enemigo. En este tiempo hizo venir de Perpiñan cuatro cañones enteros y dos cuartos, aumentó sus tropas hasta número de seis mil infantes y seiscientos caballos, y con los tercios de la guardia del Rey, que gobernaba el Arce y don Felipe de Guevara, y el de don Leonardo Móles, llenos de la mejor infantería que entonces tenía España en ningun ejército. Volvió segunda vez sobre Illa, pocos dias despues de haberse levantado de ella, dispuso sus baterías, y la batió furiosamente.

Es Illa cercada de un casamuro antiguo, acomodado al modo de las primeras defensas. Continuóse por algunas horas la batería, y habiendo con poca resistencia abierto mas de veinte varas de brecha (quieren así llamar los soldados á la rotura ó portillo que hace la artillería en las murallas), trató don Juan de que el tercio gobernado por el Guevara embistiese al lugar, ganando la entrada, pero desórdenes no dignos de escritura lo dificultaron. Tardóse mas en disponer el asalto de lo que tardaron los sitiados en acudir al reparo animosamente; los capitanes y soldados del tercio, suspensos con el desorden, no se determinaban á embestir; impaciente entonces el Garay, dicen que bajó desde donde estaba mandando, y poniendose delante dellos, con las voces, y mas con el ejemplo (que en tales casos es la voz mas eficaz y obedecida), los persuadia y ordenaba la escalada; movieronse tardemente, como aquellos que no llevaba la voluntad; recibió don Juan un mosqueazo en la mano derecha y otro en el peto, de que cayó herido; bastante ocasion para descomponer gentes mas osadas, cuanto mas aquellas, enfermas ya del miedo. Todo esto ayudaba á los contrarios, siendo cierto que no hay mayor socorro para unos que el temor de otros, pues á estos se les añade de esfuerzo el vigor que huye del ánimo de aquellos. Crecian las rociadas de mosquetería desde la plaza, con que á un mismo paso se aumentaba el daño y desfallecia la esperanza. El Garay, empachado de los suyos, mostró querer apartarse del lugar, igualmente obligado del peligro y de la vergüenza; mandó tocar á recoger, y entonces fué facilmente obedecido. Retiróse con pérdida considerable á Perpiñan, melancólico y temeroso de lo venidero.

Todavía los ministros del Rey Católico no se excusaban de seguir alguna esperanza de concierto, y lo deseaban sin reparar mucho en su calidad; pensaban que puestos una vez los catalanes en sus manos, despues enmendaria la fuerza cualquiera condicion poco honrosa á que la necesidad primero se acomodase; intentaron muchas cosas, algunas con poco fundamento, como suele el enfermo no examinar la virtud del remedio, creyendo que entre muchos topará alguno conveniente. Parecióle al Conde-Duque medio acomodado valerse de los poderes de la Iglesia contra la dureza de los eclesiásticos, en cuyo estado, mas que en

ninguno, ardia el celo de la libertad de su patria.

Llamó al nuncio apostólico residente en la corte, é intentó persuadirle pasase á Cataluña, para que unas veces con su autoridad, y otras valiéndose de los poderes pontificios, trabajase en la reduccion de aquella gente. No fué posible conseguirlo, defendiéndose el Nuncio con que sin consentimiento del Pontífice no podia dejar su legacia y emplearse en negocios ajenos, para que no tenia jurisdiccion; todavia por convenir en parte con su capricho, y mostrar el deseo de la paz y servicio del Rey Católico, temeroso quizá de la no bien pasada tragedia de su antecesor, vino en escribir á la provincia llamando benignamente al diputado Claris; envió la carta con su confesor, por si hallase algun medio de introducir la voluntad del Rey, lo ejecutase y dispusiese segun su orden.

Llegó á Lérida el enviado, avisó de su comision, respondiéndosele que remitiese las cartas y se detuviese en aquella ciudad; cumpliolo así, y en pocos dias volvió á la corte sin haber negociado mas que nuevas esperanzas á los catalanes, fundadas en el temor que ya se tenia de sus resoluciones, pues por tantos medios se solicitaba la concordia.

Este mismo juicio habia hecho el Nuncio, y se lo representó al Conde, cuando discurrían en el negocio; empero, vencido de su respeto, vino á aprobar en parte su opinion. Permitasenos ahora decir qué poco atentos proceden los ministros de cuya prudencia fia la Iglesia su autoridad, cuando se entremeten á esforzar sentimientos de príncipes, arrimandose á sus facciones. Raras veces los intereses políticos siguen la razon, y entonces seria fuerza, si ella los ha de seguir, doblar la justicia á la parte mas poderosa, con escándalo del universo. A la gran dignidad pontifical y paternal sobre toda la tierra, al Vicario de Cristo, suma verdad, suma entereza, ¿cómo le puede ser lícito negar su agasajo igualmente á alguna de las ovejas que le han sido entregadas en el rebaño espiritual?

No desmayó el Conde-Duque con este desengaño; antes por sí propio volvió á escribir y dar á entender al Principado que el Rey apartaria sus armas de la provincia si la ciudad de Barcelona se acomodase á dejar fabricar dos fuertes reales, uno en Monjuich y otro en la casa de la Inquisicion; entrambos sitios acomodados á la defensa, pues era cierto que de la seguridad de aquel pueblo, como cabeza de su provincia, pendia toda la quietud y conservacion pública. Tampoco esta plática tuvo efecto, y antes los irritó de nuevo, porque esto de fortificarse los españoles fué siempre lo que mas temian.

Prosiguió buscando otros caminos acomodados á sus pensamientos, é hizo cómo don Pedro de Aragon, marques de Pobar (hijo segundo del Cardona, y que habia acompañado á su padre en las primeras guerras contra Francia), con pretexto de haber sido llamado á las cortes de Cataluña, se fuese á Barcelona, publicando tambien acudia al desconsuelo y soledad de su madre viuda y de su patria afligida. Corrió la posta mas rico de industria que de prudencia; bien que llevó promesas para sí y los que quisiesen seguirle.

Era la casa de Cardona (como hemos dicho) estimada sobre todas las del Principado; mas despues de la muerte del Duque, y desde aquel punto que comenzó á resonar el nombre de libertad, fué desfalleciendo su autoridad de tal suerte, que la Duquesa hubo de retirarse en un convento, donde se hallaba al tiempo que llegó el Marques su hijo.

Esta visita, por tantas razones sospechosa, fué

en extremo desagradable á cuantos la consideraban, ó porque verdaderamente no estaban ya las cosas en estado de remedio, ó porque la industria del Pobar no alcanzó á confiarlos que era el primer paso de aquel negocio. Ellos miraban sus acciones con suma observacion, y pocos dias despues lo encerraron en prision áspera, dándole á entender que con menor retiro no estaba seguro á la furia del pueblo, que habia concebido mala opinion de su jornada, y trazaba su muerte. Así dispusieron asegurarse de sus designios; cosa á que los príncipes deben mirar mucho hallandose en tal estado, y trabajar por elegir un medio para que ni la credulidad ni la desconfianza les pongan en peligro, abrazando ó despreciando cuantos le buscan.

Trabajaba continuamente el Vélez en acomodar las tropas que bajaban por los reinos de Valencia y Aragon; habia enviado á don Pedro Pablo Fernandez de Heredia, gobernador de Aragon (es gobernador en aquel reino casi presidente de justicia), con muchos otros comisarios, para que recibiese el mayor grueso de gente que entraba por la villa de Molina; pero el negocio que mas ocupaba su ánimo era disponer los aragoneses á algun fin provechoso al servicio del Rey, haciendo todo lo posible por apartarlos del sentimiento de los catalanes, sus vecinos y deudos; por otra parte los persuadia á que ellos tomasen la mano en el ajustamiento de sus cosas, como ya en tiempos pasados la ciudad de Zaragoza llegó á ser medianera entre su rey don Juan el Segundo y el mismo Principado. No era otro su fin que procurar obrasen los de Aragon de tal manera, que pusiesen en desconfianza de su hermandad á los catalanes, de cuyas correspondencias se temia.

Ya los jurados de Zaragoza (supremo magistrado de aquella ciudad) habian comenzado á mover estas pláticas con el Rey, á que se les respondió de suerte que ellos descifraron de las palabras de la carta mas amenazas que agradecimiento. Y á la verdad los aragoneses no aborrecian la libertad catalana, que disimulaban con cautela; el Vélez, que los miraba profundamente, en lo poco que habian obrado reconocia lo poco que querian obrar; esto mismo le dispuso á que incitase segunda vez con mayores brios lo tratado cerca del acomodamiento, y platicandolo con algunos caballeros que tenian mano entre el gobierno de Zaragoza, no fué dificultoso acabar con los jurados y ciudadanos volver á la plática; tambien porque entendiendo los celos del Vélez cerca de su ánimo, no les parecia conveniente rehusar ni excusarse de aquellas cosas en que no les era costoso el empeño, pensando que así lo llevarian confiado y seguro de que les pidiese otras mayores.

A este fin trataron de enviar su embajada á Barcelona con toda brevedad, antes que la guerra que ya comenzaba á encenderse en Rosellon abrasase aquella frontera, y quedase suspenso lo tratado. Dispusose entre ellos si podria ó no ser conveniente enviar la persona del Jurado en cap, que era á esta sazón don Lupercio Contamina (es jurado en cap en Aragon la cabeza de su gobierno civil; oficio entre los aragoneses de asaz estimacion, aunque anual): no pareció acomodado empeñar al primer paso la mayor autoridad de su república; fué elegido en su lugar don Antonio Frances, caballero noble y suficiente. Partió á Barcelona por la posta, fué recibido no sin cortesía; negoció cercado siempre de asechanzas, porque los catalanes, con algun escandalo del reposo de Aragon, á quien habian convidado, sospe-

chaban mal de aquellos oficios con que nuevamente se les ofrecian, y con mayor exceso cuando llegaron á entender que los aragoneses, como pretendientes á la primogenitura de la corona de Aragon (en que se comprehende el Principado), intentaban ingerirse en aquellas negociaciones con algun otro derecho mas que el de amistad: cosa insufrible á la entereza de los catalanes.

Fué escuchado don Antonio en la Diputacion, presente el sabio Consejo: dió sus cartas, habló con templanza, introduciendo sus razones con que su reino de Aragon, y en particular su ciudad de Zaragoza, les pedian como á hermanos y amigos tuviesen por bien admitirles por medianeros entre su razon y la queja de su majestad católica; que fiasen de su amor les haria descubrir un medio acomodado á la quietud y satisfaccion; que á los intereses y castigos que se podian pretender de ambas partes se daria un expediente tal, que todos quedasen acomodados y pacíficos.

Respondieronle con grandes muestras de agradecimiento, diciendole que no se trataban bien las cosas de la paz entre el estruendo de la guerra; que no se compadecian oficios y ejércitos, medianeros y generales; que ellos deseaban la concordia mas que ningunos; que el Rey apartase luego las armas con que le amenazaba, y mandase cesar las que fatigaban Rosellon, y entonces se conoceria que allí se pretendia la quietud sencillamente, y no la mejora con artificios: que desta suerte estaban prontos, no solo para aceptar, sino para suplicar partidos á su majestad católica convenientes al bien público. Con esta resolucion, llena de brio y constancia, se volvió don Antonio á Zaragoza, con cuya venida se excusaron por entonces otros algunos medios que se habian prevenido, encaminados á este propósito.

Fundaban todas las resoluciones del Rey y sus ministros sobre haberse entendido que la gente junta para la guerra llegaria á cincuenta mil hombres y seis mil caballos; no era excesivo el número, segun habian sido copiosas las preparaciones. Sobre esta certeza, que despues convenció de vana la experiencia, fabricaban los ministros todo su discurso: tales salian las provisiones y acuerdos, como asentados sobre fundamentos vanos.

Disponíasele al Vélez que todo el grueso se repartiase en tres partes; que la una entrase por la Plana de Urgel, que era el país mas acomodado á campar, haciendo frente á Lérida, y caminando á Balaguer y Urgel bajase por Monserrate, hasta caerse sobre Barcelona. Que la otra parte del ejército, pasando el Ebro en Tortosa, ocupase el Coll de Balaguer, y allanase todos los lugares del campo de Tarragona, llevando siempre la mar por el lado diestro, donde podia ayudarse en la falta de víveres; que ganase á Martorell, que se fortificaba, y por las costas de Garraf bajase á Barcelona; que el último trozo se quedase en Aragon, mirando á Cataluña, para acudir ó entrar segun el caso lo pidiese; y que este seria llamado ejército real, y por eso mas copioso y de mejor gente, pues el Rey lo habia de gobernar por su propia persona. De la misma suerte se le ordenaba á don Juan de Garay que con la gente de Rosellon se moviese contra Barcelona, para que todos juntos obrasen la expugnacion de ella.

Fué así que el Garay habia recibido las órdenes; pero era de diferente parecer, habiendo escrito que las fuerzas se uniesen todas; que juntas atravesasen la provincia, sin detenerse en sitiar plaza; que llegasen á incorporarse con su trozo; que

así ocupasen el Conflent (es el Conflent país fértil, no muy largo, contenido entre Rosellon, Cerdaña y Ampurdan, casi corazon del Principado); que desde allí bajasen á socorrer y ser socorridos de las plazas marítimas; que el mayor esfuerzo se debia poner, no entre Aragon y Cataluña, donde no podia temerse cosa importante, sino entre catalanes y franceses, por el peligro que habia de que el Cristianísimo engrosase sus tropas, como ya hacia por aquella parte; que el invierno no era acomodado á sitios; que el ejército, vagando por los lugares pequeños, se podia sustentar sin gasto, sin peligro y sin trabajo.

No fué recibido este parecer de don Juan: desdicha ordinaria en las grandes resoluciones de los príncipes, ó aconsejarse con personas extrañas de aquella profesion, ó no seguir las opiniones de los mismos á quienes confian las empresas. Respondiósele que, dejando guarnecidas las plazas de gobierno, se embarcase en las galeras que allí se enviaban, con toda la infantería que pudiese sacar, que en Castilla era estimada en número de seis mil infantes; que con ellos y todo el tren que se hallaba en Perpiñan prevenido para la invasion de Francia viniese á unirse con el ejército, que habia de marchar hácia Tarragona por junto á la mar, cuyo gobierno le estaba aguardando.

Y porque el mando de las armas en Rosellon no quedase sin persona conveniente, se le ordenaba al Conde Jerónimo Rhó, maestre de campo general del reino de Navarra, soldado mas antiguo que grande, de nacion milanés, que desde Zaragoza, donde asistia esperando su empleo, pasase á Vinaroz; y de allí, en las galeras que habian de traer al Garay, navegase á Rosellon con dos mil infantes bisonos, que se mandaban en su compañía para tripulacion de aquellas plazas, entresacados de las levas prevenidas al ejército.

Casi en estos dias llegó de Madrid á Zaragoza, donde se juntaban los cabos españoles, Carlos Caraciolo, marques de Torrecusa, caballero napolitano, capitán práctico, aunque de mas valor que prudencia; venia á servir el cargo de maestre de campo general del ejército llamado de la vanguardia; entendiase el de Lérida, porque por aquella parte se juzgaba la primera entrada. Poco despues vino Carlos Maria Caraciolo, su hijo, duque de San Jorge, mozo en quien resplandecian grandes virtudes, dignas de mejor suerte: gozaba el San Jorge el gobierno de la caballería ligera. Así diferenciaban unas de otras, llamando de las Ordenes, con nombre y oficiales diferentes, aquella que constaba de los caballeros cruzados ó sus sustitutos; esta gobernaba por sí solo, sin dependencia del San Jorge, don Alvaro de Quiñones, del consejo de Guerra de España, hombre en quien los muchos años de servicio dejaron poco mas de una gran vanidad de haber servido mucho; ejercia en Rosellon la tenencia general de aquella caballería; de allí bajó á Zaragoza por incorporarse en su nuevo oficio.

Llegó á este tiempo el marques Xeli de la Reina, general propietario de la artillería de la Alsacia, para que en aquel título se emplease en la guerra de Cataluña, donde habria de ser el segundo cabo en el trozo mandado por el Garay.

El de los Vélez se hallaba dueño de todas las armas, sin que hasta aquel punto se le diese otra autoridad para mandarlas que el título de virey de Aragon: habianle nombrado, como dijimos, en consideracion de Cataluña; mas despues los varios accidentes del negocio tenian á los ministros como dudosos en la satisfaccion cerca de su inge-

nio en materia tan importante; prefirieronle á otros por un discurso, que todo se encaminaba á conveniencias de la quietud; pero ya desesperados de ella, deseaban hallar algun modo de introducir en aquel mando un sugeto de mayor experiencia en las armas: tan presto se traen el arrepentimiento como el peligro las elecciones á quien guia el respeto.

Esforzabase esta confusion con que desde la corte se daba á entender por manos de personas prácticas en los negocios, unas veces que el marques de los Balbases venia á gobernar aquella guerra, otras que el almirante de Castilla, á quien entonces se habia dado el título de teniente real, á imitacion del imperio; cosa hasta entonces no oida en España, y en que luego faltó, como la razon, el efecto della; no se alcanza con qué necesidad ó con qué industria. Tiempo fué aquel de novedades, las mas de poco crédito á la esencia del mando. Algunos querian que otra vez se platicase la venida del Monterey, cada cual inculcaba con su propio pregon la suficiencia del amigo; con que ningun ánimo desapasionado sabia afirmarse en nada, ni los hombres acababan de entender á cuya obediencia les dedicaban: de otra parte, las provisiones y despachos que venian de la corte se hallaban tan encontradas, ahora hablando en muchos ejércitos, ahora con diferentes generales, que apenas por entre las dudas se podia atinar con la resolucion, y por eso caminaban mas tardamente las ejecuciones.

Gran daño, ó casi inevitable, que los expedientes de graves negocios no se traten con aquella claridad y llaneza que conviene, siquiera por quitarles la ocasion del yerro á los que les tienen á su cargo. Dos son los modos de obedecer y servir á los reyes: unos que ciegamente se atan á cumplir la resolucion, otros que la moderan y mudan segun los accidentes; lo primero es mas seguro para los siervos, lo segundo mas provechoso para los señores. Yo juzgo por cosa impía que el ministro aventure á perder el negocio por obedecer irracionalmente á su orden, pudiendo remediarle con alterar en alguna circunstancia la resolucion: nada tengo por firme para caminar al establecimiento de la gracia, siendo cierto que muchos príncipes habemos visto dejarse obligar por la entereza del vasallo, y algunos ofenderse por haber sido bien obedecidos: escoja el que navega el rumbo segun le aconsejare su prudencia; no camine sin temor á ninguna parte, que cada uno puede llegar al puerto y al escollo.

Fatigabase el Vélez con el embarazo de las órdenes, que cada dia crecia; sobre todo le era de suma afliccion ver que se pasaba el tiempo sin fruto, y que pidiendo al Rey vivamente la explicacion de las cosas, se despachaban con mayor duda, cuando al mismo tiempo se le daba gran priesa porque formase los ejércitos, que de ninguna mano dependian menos. Obraba con espíritu amedrentado; así buscaba el modo de acabar las cosas, no el de acabarlas con perfeccion; tropezabase de unas en otras, y á veces se caia en dificultades donde no habia salida; como el que huyendo de la amenaza, se precipita: á paso igual se suben las altas cuestas; el que las atropella se rinde antes de lo áspero.

Era la mejor parte del ejército aquellos tercios viejos que habian bajado de la Cantabria, y sus maestros de campo, don Fernando de Ribera, teniente coronel del regimiento de la guardia del Rey, don Fernando Miguel, que ya se hallaba en Tortosa y don Diego de Toledo; los dos tercios de

irlandeses y walones, sus maestros de campo Hugo Onelli, conde de Tiron, y Felipe de Gante y Merode, conde de Isinguien; y el tercio llamado de los hijosdalgo de Castilla, á cargo de don Pedro Fernandez Portocarrero, conde de Montijo y Fuentidueña; á quienes seguian algunas tropas de gente suelta para efecto de reclutar los otros tercios, segun pidiese su necesidad.

Es Fraga último pueblo de Aragon, puesto entre los Ilergites de Ptolomeo, y llamada de los antiguos Flavia; otros con mas semejanza deducen el nombre de su aspereza. Riegala el rio Cinca ó Cinga, que la divide de los celtiberos. Su vecindad á Lérida la hizo necesitar de fuerzas capaces á defensa y ofensa; porque el enemigo se mostraba en aquella frontera demasidamente orgulloso: con esta ocasion envió el Vélez al conde de Montijo y otro tercio de infantería portuguesa, su maestro de campo Pablo de Parada, para que guarneciesen la ciudad y su partido. Deseaba el Vélez apartar de sí al Montijo, porque su estado y las vanas prerogativas de su regimiento, incompatible con los mas, se lo hacian molesto. Juntóle tambien alguna parte de la caballeria remontada en Aragon, con lo que por entonces pareció que estaba guarnecida en proporcion á su peligro, y se dispuso aquel cuidado.

Los aragoneses, y entre ellos la gente vulgar, que no miraban la guerra sin despecho de alguna suerte, favorecian el partido de sus vecinos tacitamente, y como les era posible, persuadian y ayudaban los soldados, conducidos casi todos con violencia, para que se escapasen y volviesen á sus tierras; con lo que conseguian, sin contar los intereses de los catalanes, para sí mismo gran conveniencia, aliviando sus pueblos de tantos hospedajes y alojamientos.

No fué esto tan poco sensible, que dejase de dar gran cuidado al Vélez, y mayor cuando le certificaban los cabos y oficiales del sueldo que de la misma suerte que llegaban las tropas se volvian, y que del número de gente señalada faltaba casi la tercera parte. Los lugares de Castilla, obligados á la contribucion de los quintados, ofrecian sus quejas, diciendo que por allá no se guardaba la gente, pues en breves dias volvian á sus pueblos los mismos á quien habia tocado la suerte de acudir á la guerra; con que ellos jamás se podrian desobligar del número.

Pareció conveniente atajar este desorden con todo cuidado, y se despachó luego la persona del marques de Torrecusa, maestro de campo general del ejército, á la villa de Alcañiz, donde, como mas cerca á todos los cuarteles de él, pudiese atender al reparo de aquellos daños; tambien para que fuese ejecutando la formacion de los tercios y regimientos que llegaban, porque hasta aquel tiempo nada tenia forma militar sino el ejército de Cantabria. Partió Torrecusa, y fué disponiendo las cosas conforme al estado en que se hallaban, dandole continuos avisos al Vélez, así de lo que obraba como de lo que entendia del enemigo; certificabase en que la gente que se hallaba en los cuarteles por ninguna diligencia llegaria al número prometido; que así, convenia acomodar las disposiciones y juicios. El Vélez lo avisaba al Rey, el Rey á los tribunales; ellos escribian al Vélez con sequedad y admiracion.

Entonces los catalanes, habiendo reconocido la grandeza y poder del Rey Católico, que ya se descubria por unas y otras fronteras, entendieron en repartir sus fuerzas acomodadamente, segun parecia los llamaban los designios de su enemigo.

Habian ordenado mucho de antes á don Guillen de Armengol, castellano del Portús, se recogiese á su fuerza, como hizo con buen número de infantería y víveres; con lo cual quedaban imposibilitadas para poder unirse las armas católicas que se hallaban en Rosellon, estotras que pretendian invadir Cataluña, ó bajar aquellas á darse la mano con Rosas y Colibre.

Es el Portús antiguo castillo y lugar corto en los pasos llamados de los geógrafos Bergusios, situado en la cumbre de una gran serranía, dicha Coll de la Mazana, ramo de los Pirineos que, bajando desde el septentrion, corre al mar de Mediodía por entre los países del Ampurdan y Conflent, cuyas impenetrables fraguras solo en aquel espacio consienten camino, pero tan dificultoso, que defendido de pocos, como se ejecute con valor, se juzga inexpugnable. A una legua del mismo paso dicho Portús se halla la Bellaguarda, fortaleza edificada de los antiguos señores de Barcelona para defensa de unas y otras provincias.

Los de Rosellon al mismo paso hacian sus correrías ó las estorbaban, acompañando la caballería del país con alguna francesa, que cada dia se les entraba por Illa y otros puestos; con que los reales tenian poco lugar de hacer salidas, bien que las intentaban, no juzgando la campaña por segura.

En este tiempo, entendiendo la Diputacion cómo la ciudad de Tortosa se habia puesto en manos del Rey Católico y recibido sus armas contra el sentir universal del Principado, envió prontamente sobre ella al diputado real Miguel Juan Quintana para que, juntando las gentes vecinas, ya por industria, ya por fuerza, tratase de su recuperacion. Era Tortosa asaz conveniente á cualquier partido, por ser paso del Ebro; á aquellos, para defender entera su provincia, y á estos, para tener un puente y una puerta que les aseguraba la entrada en ella.

Introdujo el diputado sus negocios, despachó sus convocatorias; pero habiendo llegado tarde y poco aperebido, finalmente, por obrar en cosa de que no tenia experiencia, tan presto se desconfió del artificio como del poder, siendo certificado en que los de adentro le armaban traicion por consejo del Tejada, dandole muestras de quererle recibir pacífico, solo á fin de haberle á las manos y entregarle á los ministros reales, que, officiosos, les daban á entender era la suma fineza y obligacion en que ponian á su príncipe.

Retiróse luego, y volvió poco despues el consereller en cap de Barcelona, don Ramon Caldés, con grueso número de infantería y algunos caballos á órden de Josef Dardena: no les fué posible, ó no pensaron que les podria ser, embestir á Tortosa, espantados de su gran presidio; pero la corta fortificacion pudiera dar osadía á otra gente mas práctica, siquiera para emprenderlo. Retiraronse á la sierra, desde donde bajaban hácia el Coll del Alba, distante de la ciudad media legua. De esta suerte la fatigaban con escaramuzas de dia y alarmas de noche, sin daño ni provecho de ninguna parte.

Pocos dias despues intentaron con algunas compañías de gente suelta quemar de noche el puente por esotra parte del rio; es de madera, fabricado sobre barcas: prendió el fuego en algunas; pero siendo sentidos en la ciudad, salieron con gran valor y cuidado á defenderselo. Obraban los catalanes como ignorando; no sabian hasta donde el peligro se deja llevar de la suerte, ó donde esta se ha de trocar por aquel; desmayaron luego, pudiendo haber obrado mucho. En fin se retira-

ron, rechazados por la mosquetería del presidio.

Los bergantines de don Pedro de Santa Cilia, que en aquella sazón se hallaban en los Alfaques, avisados por el estruendo de las rociadas, subieron por el rio, y llegaron á tiempo de poner mayor espanto á los contrarios: arrimaronse á la orilla opuesta á la ciudad, y desde allí hicieron apartar las mangas que venian en socorro de los incendiarios.

Dió la embestida causa á la fortificacion del puente, y trataron de recogerle por la parte de afuera dentro de una media luna, defendida de traveses á un lado y otro, que venian á servir como de trinchera á ambos costados de la orilla, quedando por entonces reparada contra otro acometimiento.

Tortosa, de quien hemos dicho y hablaremos adelante, es la primer ciudad y pueblo de Cataluña, y no siendo de las mayores de su provincia, goza el mayor obispado, porque se entra en mucha tierra de Aragon y Valencia (célebre ya con la persona de Adriano, pontífice): no pasa su vecindad de dos mil moradores; es fértil y antigua; dicese ser fabricada de las ruinas de otra mas antigua poblacion nombrada Iberia, y fué uno de los lugares llamados de los romanos Ilarcacnes. No lejos le hacen espaldas los montes Idubedas, denominados así de Idubeda, hijo de Ibero: despues de varias vueltas y desvíos, fenecen antes de mojarse en el Mediterráneo. El lado occidental de Tortosa se termina y extiende en la orilla de Ebro, famoso rio de España, casi padre de sus aguas, como de su nombre; nace en las montañas de Leon, junto á las Astúrias de Santillana, entre Reinosa y Aguilar de Campo, donde dicen Fuentibre (que vale como Fuente de Ebro); sale, y bebiendose las aguas de la provincia de Campos y los reinos de Navarra, Aragon y Cataluña, se da á la mar en los Alfaques, distantes cuatro leguas de Tortosa, llevando siempre su corriente apartada por igual de los Pirineos.

Deseaba el marques de los Vélez llegar con las cosas á estado que le fuese posible salir de Zaragoza; era lo que por entonces le detenia mas el despacho del tren y la artillería, para cuyo avío faltaban muchos géneros necesarios; porque, como en España se hallase ya tan olvidado (ó por mejor decir perdido) el modo de la guerra, no sirviese el antiguo, y del moderno no gozasen todavia la provechosa disciplina, costaba mucho mas trabajo y precio hallar aquellas cosas pertenecientes al nuevo instituto militar que en otras menores provincias acostumbradas á ejércitos. No habia carros, y fué necesario fabricar unos y remediar otros; no habia caballos, fué menester comprar mulas en gran cantidad; buscaronse en toda España, y aun de Francia fueron traídas algunas por Aragon y Navarra; faltaban condestables, minadores, petarderos y artilleros diestros; faltaba balería de todas suertes, tablazon, barcas, puentes, gruas, alquitran, brea, salitre, cánfora, azufre, azogue, mazas y confecciones sulfúreas, granadas, lanzas, bombas, morteros, yunque, hierro, plomo, acero, cobre, clavos, barras, vigas, escalas, zapas, palas, espuestas; en fin, todo género de maestranza competente al gran manejo de la artillería. Lo uno se esperaba de Flándes, Holanda, Inglaterra y Hamburgo, donde se habia contratado; lo otro se buscaba en lo mas apartado de España, y habia menester largo tiempo para llegar; salir sin ello no era conveniente: el invierno ya entrado, los enemigos cuidadosos, prontos los auxiliares, marchando los socorros; todo lo con-

sideraba el Marques, y todo lo sentia mas que lo remediaba; porque lo uno era propio, lo otro ajeno.

Llegó alguna parte de las cosas esperadas con la venida del Xeli; pero él, como extranjero ó poco activo, en todo procedia lentisimamente; con que al Vélez se le añadian cada dia los cuidados de otros: hizo, en fin, marchar la artillería la vuelta de Valencia, por donde el camino era mas llano, aunque poco acomodado, por su esterilidad: dividióla en dos trozos; el primero á cargo del teniente Arteaga, el segundo á orden de Ortelano, que ejercia el mismo oficio en el castilo de Pamplona; siguiólos el Xeli con los mas oficiales de artillería. Sucedió que marchando por los páramos de Valencia, como la tierra estuviese ya humedecida de las primeras aguas, hallabase en partes pantanosa: faltaron tablonos para esplanar ciertos pasos; rindieronse á la violencia del tirar algunos carromatos; no se hallaban entre ellos sobresalientes de pinas, llantas y ejes. Detuvose el tren mientras se acomodaron, y tardóse en remediarlo muchos dias; perdióse el tiempo de la marcha, notable suma de dineros en los fletes y sueldos de los que servian en los bagajes: estimóse la pérdida en gran precio; la detencion no fué de menor costa á los designios. Escribióse este suceso, casi indigno de historia, porque les sirva de enseñanza á ministros y cabos que tienen el mando de las armas; donde se reconocerá facilmente de cuánta importancia sea en la guerra la prevenicion aun de cosas tan pequeñas.

Dentro de pocos dias salió el Vélez de Zaragoza; era el 8 de octubre: habia despachado antes de salir todos los oficiales del ejército á sus tropas, que entre vivos y reformados hacian un copioso y lustroso número.

Goza el reino de Aragon, por antiguos fueros, algunos privilegios, que antes parecen acuerdos que gracias: es uno, que ausente de la ciudad de Zaragoza el virey de Aragon, suceda inmediatamente en el mando universal el gobernador (de cuyo oficio habemos dado breve noticia). Dejaba el Vélez grandes dependencias en el reino de cosas pertenecientes todavía al buen despacho del ejército, y no dejaba de temer que, puesto el gobierno en mano de natural, se procediese flojamente. Era el Gobernador, sobre mozo y no muy experto, asaz interesado en sangre y amistad con la nobleza catalana: todo le fué presente al Vélez; y buscando modo de concertar la justicia y desconfianza del otro y suya, resolvió llevarle, inventando alguna vana ocurrencia competente á su persona, para que su jornada se disculpase debajo de un honesto motivo: no quiso comunicarle su resolucion sino casi en aquella hora en que habia de partirse, por no dar lugar á su excusa; obrólo con estudio, y le salió como queria. Tocale al Virey nombrar lugarteniente cuando no asiste el Gobernador en la ciudad: dejó su poder al juez mas antiguo de la Audiencia real; partióse con pequeña compañía y sin oficial alguno de la guerra ú otra persona particular, mas del maestro de campo don Francisco Manuel, á quien el Rey habia enviado desde el ejército de Cantabria para que le asistiese.

Visitó algunos cuarteles que se hallaban en el camino de Alcañiz, como Samper, Calanda y otros: el primer tercio que le ofreció obediencia fué el de portugueses, su maestro de campo don Simon Mascareñas, caballero del hábito de San Juan, mozo en quien se anticiparon los frutos á las flores, tan temprano capitán como soldado; fueron los portugueses los primeros á obedecerle, quizá

no sin misterio, porque lo habian de ser tambien en despreciar su mando, como sucedió poco despues.

No paró el Vélez por atender á ningun negocio, y en tres dias llegó á Alcañiz, famosa villa de Aragon y uno de los antiguos pueblos edetanos, célebre en aquellas edades por vecino al campo donde por españoles fué muerto el capitán Hamílcar. Yace en una eminencia, sirviendole de espaldas el rio Guadalope, y frontero á las rayas de Cataluña y Valencia. Por merced de los reyes de Aragon le goza hoy la orden militar de Calatrava en Castilla: era Alcañiz lugar deputado para las cortes convocadas á su corona, donde juntos residian esperandolas los ministros así de aquel reino como de su consejo, que asiste junto al Rey.

Halló el Vélez los negocios tocantes á las Cortes de tal suerte, como si verdaderamente el Rey las hubiese de celebrar por su persona; cosa en que por entonces no se pensaba, ni se atendia á mas que entretener con aquella esperanza los ánimos de aragoneses y valencianos: con esto, fué la primera diligencia del Marques prorogar el término de la convocacion. Luego se comenzó á tratar en el ejército, disponiendose una muestra general, para que con entereza se estendiese la calidad y cantidad de las fuerzas, y se usase de ellas segun su conocimiento.

De pocos dias llegado á Alcañiz, el Marques recibió aviso y despachos reales, por donde se le encargaba el oficio de virey, lugarteniente y capitán general del principado de Cataluña. Fué este el medio que se tomó para concertar diferencias y jurisdicciones de otros cabos, que habian de concurrir en diversos gobiernos, y era menester se uniesen todos debajo de un solo imperio. Ordenabale tambien el Rey que despachase aviso en su nombre á Barcelona de su nuevo oficio: no pareció decente escribir el Príncipe á los que le desobedecian, ni tampoco olvidar la posesion de su dominio.

A este mismo tiempo se dispuso que don Francisco Carraf, duque de Nochera, virey entonces de Navarra, pasase luego á suceder al Vélez en Aragon y alojarse en Fraga, donde asistia el Montijo, para hacer opósito á Lérida, entre tanto que no se resolvia la segunda forma que ya pretendian dar á la guerra, y que de Navarra bajasen los tercios del señor de Ablitas y don Fausto Francisco de Losada, á cargo de don Martin de Redin y Cruzate, gran prior de San Juan, y maestro de campo general de aquel reino en ausencia del Rhó, pasado á Rosellon; que el Vélez dejase en Aragon los mismos dos tercios que ya se estaban en Fraga para engrosar aquel trozo; que le acompañase la misma caballería que bajara desde Navarra poco antes, á cargo del comisario general Octavio Márquez; que su persona del Vélez, con todas las tropas y tercios, entrasen en Tortosa; que allí se jurase virey del Principado; que alojase el ejército en los lugares vecinos, y pudiendo ser, en los inquietos; que todo se ejecutase con suma brevedad, porque de ella dependian los buenos sucesos.

Recibió el Marques la nueva dignidad con poca alegría, por sacrificarse á la obediencia real; tales son las dichas de los grandes, que luego comienzan perdiendo el querer y el entender. Despachó al punto á Barcelona su pliego con cartas llenas de comedimiento: todos juzgaron la diligencia por vana, y él mas que ninguno, como mejor informado de los ánimos; disculpabase con ser mandado; y así continuaba su obra en lo tocante

al ejército con aquel exceso con que se aventaja el cuidado del dueño á los del siervo.

Entre tanto el Rey Católico, avisado del Vélez desde Aragon, y de Federico Colona, príncipe de Butera y condestable de Nápoles, que gobernaba en Valencia, de cómo la salud pública de aquellos reinos pendia de la fe con que se esperaba y creia la venida de su majestad á la funcion de sus cortes, juzgó por conveniencia real fomentar la credulidad de aquellos vasallos, dando muestras mas eficaces de partir. A este fin se ordenó marchase su caballeriza á Zaragoza con la acostumbrada pompa y ceremonias: no habia otro pensamiento que abonar con las demostraciones sus promesas; pero como faltaba el espíritu de la voluntad para moverlas (espíritu sin quien no saben regirse los poderosos), todo se obraba sin brio ni sazon: por esto, en un mismo tiempo y en unas mismas acciones se entendió facilmente que todo habia de parar en amagos.

Era plática entonces constante en todos los hombres de discurso que á la grandeza del Rey Católico no podia ser decente salir y empeñarse en un negocio tan grande, sin que las cosas mostrasen primero á qué parte se inclinaban; porque se podia contar, decian ellos, por miserable suceso en un príncipe llegar á ser testigo de sus propias injurias. Muchos casos no comprehende el juicio humano, en los cuales obrandose contrariamente, se topa con el acierto (este fué el uno); porque, segun despues lo mostraron los acontecimientos, se conoce que si el Rey Católico saliera en medio de todas las dudas, los negocios de aquellos reinos se acomodaran á su arbitrio.

Mientras esto se pasaba en Aragon, recibieron los catalanes aviso de que las tropas enemigas que estaban en Fraga, Tamarit y por toda la frontera en oposicion á Lérida y Balaguer, se habian retirado la tierra adentro, juzgando de ahí los hombres fáciles que el Rey, persuadido de su razon, ó por ventura de su temor, disponia las cosas como se habian pedido en el tratado de la paz. Esta nueva, de gran gusto y honor á los principios, se desvaneció en breve; porque volviendo á ser vistas las mismas tropas en la campaña, se entendió habian acudido á alguna orden particular; y fué la verdad de este suceso que llamadas á la muestra general, dejaron los cuarteles con la guarnicion necesaria. Esta es costumbre natural en todos aquellos que no han pasado por grandes cosas, alegrarse ó entristecerse facilmente con los movimientos de su contrario; no puede ser mayor la miseria que llegar una provincia á estado que su bien ó mal esté pendiente de la prosperidad ó fatiga de sus vecinos, y que aquel que pretende hacer la guerra á su enemigo, no fie en otras fuerzas que en la flaqueza del contrario: no aconsejo se desprecie aquella observacion; mas que no funde en solo accidentes ajenos la confianza de cada uno.

Dispuestas las cosas segun la ocasion, y dejando algunas á cargo de don Vicencio Ram de Montoro, señor de Montoro, comisario general de la infanteria de aquella frontera, hombre de asaz industria y bondad, se partió el de los Vélez á Aguasvivas (distante cuatro leguas de Alcañiz), pequeño lugar de Aragon, puesto á la falda de aquella montaña, que le divide de Valencia; pequeño, mas famoso por el gran milagro que Dios obró en él, reservando sobrenaturalmente la sacrosanta Hostia de un incendio terrible que abrasó todo el templo, donde hoy se venera reedificado, y conservandola pura y cándida contra

el orden natural por mas de doscientos años.

En este lugar asistió el Vélez algunos dias mientras que la infanteria daba muestra, en lo que no se perdia instante, dandose despacho á dos tercios cada dia sin reparar en el tiempo, que con todo rigor lo estorbaba: no bastaba con todo su diligencia para que en la corte se creyese que en aquel manejo se procedia con la actividad posible; antigua costumbre de los grandes, pensar que sus obras no deben respeto al tiempo, y que las ejecuciones son consecuencias de su arbitrio, en que jamas puede haber falta. Con esta desconfianza fué despachado á Aragon don Jerónimo de Fuenmayor, alcalde de corte de Valladolid, hombre agudo, para que ofreciendose al Vélez como enviado á ayudarle en el ministerio de reducir y castigar la gente que se huia del ejército, sirviese juntamente de despertador á su condicion, que los que le enviaban allá juzgaban por un poco detenida, y tambien fuese informando al Conde-Duque de todo lo sucedido. Hizolo don Jerónimo, y si bien quisiera haber hallado algun desconcierto ó descuido de que poder asirse, llegó á entender con experiencia que el monstruoso cuerpo de un ejército no puede moverse con ligeros pasos. El Vélez conoció su comision y aun su artificio; y no sin industria le metia en las mismas dificultades que quizá ya habia vencido, dejándole luchar con las dudas con que habia peleado. Fuenmayor, confuso entre los estruendos y violencias de cosas que jamas habia pensado, por instantes iba trocando el celo con que allí era venido. Suma maldad es de aquel que siente la inocencia de otro porque le excusa del mérito de la acusacion, y frequentisima en casi todos los que fiscalizan acciones ajenas: juzgan por inútil su severidad si no hallan materia de parecer justicieros, como el médico ó el piloto no se prueban sin dolor ó sin borrasca.

Ya el Marques trataba de partirse, porque la mucha tardanza de la respuesta de los catalanes, en su mismo espacio daba á entender la flojedad de su obediencia; llegó en fin al cabo de veinte y dos dias.

Decian que habiendo hecho entre sí junta de estados, hallaban ser cosa de gran peligro haber de entrar el nuevo gobernador con armas, y de no menor el entrar sin ellas; que el Rey les habia dado por su virey al Obispo; que pareceria accion de poca autoridad rehusar sin causa su eleccion; que ellos no habian pedido otro, ni se excusaban de obedecer á aquel; que los rumores públicos no estaban todavia olvidados; que era mucho de temer en tiempos de inquietud mudar tantas veces la forma de gobierno; que se suplicase á su majestad lo quisiese mirar y mandar detener algo mas, porque entre tanto tomarian las cosas mejor camino.

Intentaban con esto los catalanes detener algun espacio la furia de las armas, enseñándoles aquella distante esperanza de concordia para ganar tiempo, y mejorar sus prevenciones mientras que no llegase el desengaño.

Empero el Vélez, que ya no aguardaba su obstinacion ó su aplauso, mandó marchar los tercios en buen orden, sucediendose unos á otros, y al costado izquierdo la caballeria; mandó que entrando en Valencia, volviesen despues sobre la una orilla del Ebro, y que sin pasarlo aguardasen su llegada á Tortosa, como luego se ejecutó, llevando la vanguardia el regimiento real, que gobernaba el Ribera. Es privilegio particular de aquellos regimientos ser los primeros en todos

casos, contra el orden militar de los mas ejércitos de España; pudo fundarse en que siempre se forman de la mejor gente.

Como primero en las marchas, lo fué tambien en las ocasiones. Caminaba don Fernando de Ribera, su teniente coronel, por junto al rio Algas, que en aquella parte divide Aragon de Cataluña, y se entra en Ebró junto al lugar dicho Fayó. Vieronle temerosos los catalanes de la otra parte, recelándose de la vecindad de su enemigo: comenzaron á juntarse en tal número, que podian provocarlos, pero no resistirlos; bajaron á la orilla, disparando á los soldados algunas rociadas de mosqueteria, y mucho mayor ruido de injurias y feas palabras contra la persona del Rey y ministros. Menos ocasion era bastante para despertar la ira de aquellos, que ya les oian coléricos; la codicia tambien concitaba como la queja; arrojaronse al agua muchos sin orden ni respeto á sus oficiales, y esguazando el rio, entraron en los lugares opuestos con poca dificultad; mataron, robaron y abrasaron gentes, casas y pueblos; escapó mal de las llamas la iglesia. Acudió don Fernando á recoger los suyos, mas con temor de lo venidero que escandalizado de lo sucedido; redujolos á estotra parte del rio, marchó á sus cuarteles, no sin alguna vanidad de que sus gentes fuesen las primeras que hubiesen derramado sangre del enemigo en esta corta ocasion.

Siguieron á este los otros tercios, y alojados todos segun la cortedad del pais, faltaba solo la entrada del Marques en Tortosa para dar principio á la guerra. Esto mismo le llevaba por las cosas con gran deseo de darles fin; salió de Aguasvivas y de Aragon, entró en Valencia por San Mateo, dió orden que le siguiese el tren que allí habia hecho alto, se alojó en Morella, pasó á Triguera, y desde allí á Ulldecona, primer lugar del Principado; detuvose en él pocos dias, previniendo su entrada en Tortosa; vinieron á Ulldecona el Baile general, el obispo de Urgel y otros algunos caballeros de la devocion del Rey; y porque luego queria mostrar á los catalanes fieles é infieles el poder de su príncipe, determinó entrar acompañado de armas. Esperabanle en unos llanos que yacen entre aquel lugar y Tortosa, el comisario general de la caballeria ligera, Filangieri, con quinientos caballos, formados sus batallones: eran aquellas tropas las mejor montadas y gobernadas del ejército, y con su bizarria y ceremonias de la guerra hacian una agradable y temerosa vista, segun los ojos de los que las miraban. Pasó el Vélez, y repartiendose en varias formas militares todo aquel cuerpo de gente, ocupando vanguardia, retaguardia y costados, le llevaron en medio hasta junto al puente, donde lo aguardaba el magistrado de la ciudad (es de tres diputados de diferentes suertes) con los oficiales de su cabildo, y con toda aquella pompa á que se extiende la autoridad de una pequeña república.

Recibiólos el Marques á caballo y con gran demostracion de alegría; habló uno dellos brevemente, alabando la fidelidad de su ciudad, el amor y reverencia que en medio de los alborotos pasados habian conservado á su rey; dijo de lo que ofrecian hacer y padecer por su causa; encomendó la templanza de parte de los soldados, y sobre todo pidió misericordia á su patria, perturbada por algunos.

A todo satisfizo el Vélez con gravedad y compasion; afectos que le costaban poco, siendole naturales. Agradecióles su ánimo, empeñóles la grandeza de su rey para la satisfaccion, y su di-

ligencia para procurarsela; trajoles á la memoria la sangre catalana con que se honraba, habló de la estimacion del nuevo cargo de su principado, y difiriendo lo mas para su tiempo, hizo su entrada acompañado de los suyos, y atravesando el puente, ocupó la ciudad. Eran muchas las gentes que concurrían á verle; bien que con diferentes corazones, porque unos le miraban como salud, otros como muerte. Caminó á la sede, donde le aguardaban el cabildo eclesiástico y su obispo electo fray Juan Bautista Campaña, general que habia sido de la familia franciscana, á quien el Rey enviara antes de consagrado porque ayudase á la reduccion de aquel pueblo.

Habianse convocado, segun costumbre de los catalanes, con edictos públicos los síndicos y procuradores del Principado para el acto del juramento en Tortosa; acudieron solamente aquellos cuyos lugares estaban mas expuestos al castigo de la desobediencia, y aun en ellos se conocia que no los trajera el amor, sino el miedo. Con estos y algunos jueces naturales, que desde la corte venian á este efecto, y con las personas del obispo de Urgel, prelado y ministro, el Baile general y el magistrado de Tortosa, hicieron cómo se representase todo el cuerpo y estados de la provincia, supliendo la regalía del Príncipe cualquier defecto ó nulidad que los ausentes repitiesen; y con las ceremonias usadas entre ellos, delante de notario y testigos juró el Vélez en manos del Urgel en la misma forma que los vireyes pasados, prometiendo de guardar sus fueros, sin quebrantar ninguno, como en tiempos de la paz lo hacian sus antecesores.

La forma de aquel juramento habia sido ventilada de muchos dias antes; porque, siendo constante que el ánimo de los ministros reales y sus disposiciones parecia encontrado á lo que era fuerza prometerse, paraba toda esta duda en un escrúpulo vivo que el Vélez padecia con grande afecto; y como si solo sobre su conciencia cargase el peso de aquella cautela, varias veces lo trató y propuso á su confesor fray Gaspar Catalan, religioso de Santo Domingo, varon de estimadas letras y virtudes en Aragon; en fin se halló modo decente para concertar aquellos puntos que parecian contrarios, jurando de guardar (como se ha dicho) sus libertades y privilegios al Principado mientras el Principado siguiese obediente las órdenes de su rey. Sobre esta cláusula, tácita ó expresa, asentó la forma del juramento sobredicho, con que el Vélez se dió por seguro, y los ministros de la provincia entonces por satisfechos.

LIBRO CUARTO.

Progresos de las armas mientras el Vélez asistia en Tortosa.—Tomas de las villas y pasos de Cherta, Aldover y Tivenys.—Primera forma del ejército en campaña.—Ganase el Perelló.—Embestida y toma del Coll de Balaguer.—Retirase el conde de Zavallá.—Sitio de Cambrils.—Razon del caso de los rendidos.—Muerte del baron de Rocafort.—Ocupase el campo de Tarragona.—Asalto de Villaseca.—Sitio del fuerte de Salou.—Frente sobre Tarragona.—Negociaciones con Espernan.—Retirada del pendon y Conseller.—Entrega de la ciudad.—Suceso de Portugal.—Alojamiento del ejército.

Erales notoria á los catalanes la orden real de que el marques de los Vélez se jurase en Tortosa de virey del Principado, y juzgando que con todas sus fuerzas é industria debian obstar la celebracion y justificacion de aquel acto, declarando su violencia, juntaronse en consistorio la Dipu-

tacion, Consejo Sabio y consellers, donde resolvieron que la ciudad de Tortosa y todos los pueblos que siguiesen su parecer fuesen solemnemente segregados del Principado y reputados como extraños y enemigos, privando á los moradores de sus privilegios y union de su república, inhabilitandolos para cualquier oficio de guerra ó paz. De esta suerte comenzaron á obrar, no tan solamente por castigo del apartamiento de Tortosa, sino tambien para que con esta prevencion se excusase el derecho que el Vélez podia alegar en su juramento: como si las grandes contiendas de príncipes ó naciones pudiesen sujetarse á los términos legales; siendo cierto que los intereses del imperio pocas veces obedecen sino á otro mayor.

No olvidaban por estas diligencias políticas otras que mas practicamente miraban á la defensa; antes con prontitud, por atajar los progresos de los invasores, ordenaron que el maestre de campo don Ramon de Guimerá, con el tercio de Montblanc, que gobernaba, fortificase la villa de Cherta y los pasos de Aldover, junto á Ebro, en el margen opuesto á Tortosa; con que se quitaba á los reales la comunicacion por agua y tierra con los lugares de Aragon; y de la misma suerte fué enviado don José de Biure y Margarit con el tercio de Villafranca para guardar el paso de Tivisa, que era el segundo puerto despues del Coll de Balaguer; y que don Juan Copons, caballero de San Juan, con el regimiento de la veguería de Tortosa guarneciese á Tivenys, lugar casi en frente de Cherta, del mismo lado de la ciudad y distante de ella dos leguas; que los tres se socorriesen en los casos de necesidad, á quienes habian de ayudar y seguir algunas compañías de los que llaman miquelets, á cargo de los capitanes Cabañas y Casellas. Eran entre ellos los miquelets al principio de la guerra la gente de mayor confianza y valor; bien que sus compañías no parecian mas de una junta de hombres facinerosos, sin otra disciplina ó enseñanza militar que la dureza alcanzada en los insultos, terribles por ellos á los ojos de los pacíficos: tomaron el nombre de miquelets, en memoria de su antiguo Miquelot de Prats, compañero y cómplice del duque de Valentinois y sus hechos, hombre notable en aquellos tiempos de Alejandro VI y don Fernando el Católico en la guerra de Nápoles. Antes fueron llamados almogavares, que en antiguo lenguaje castellano, ó mezcla de arábigo, dice gente del campo; hombres todos prácticos en montes y caminos, y que profesaban conocer por señales ciertas, aunque bárbaros, el rastro de personas y animales.

Parecióles á los catalanes, en medio de todos los movimientos referidos, que el mas cierto camino para asegurar la defensa de su república era acudir á Dios, á cuyo desagravio ofrecian sus peligros; y bien que fuese piedad ó artificio, ó todo junto, ellos mostraban que en sus cosas la honra de Cristo tenia el primer lugar. Con esta voz se alentaban y prevenian á la venganza.

Son los catalanes, aunque de ánimo recio, gente inclinada al culto divino, y señaladamente entre todas las naciones de España, reverentes al Santísimo Sacramento del Altar. Sentian con celo cristiano sus ofensas: con este motivo, y tambien por hacer su causa mas agradable á la cristianidad, previniendo excusar el pregón de desleales, exageraban su dolor en declamaciones y papeles. Pretendieron hacerle mas solemne, y á este fin celebraron fiestas en todas las iglesias de su ciudad por desagravio y alabanza de Dios sacramentado y ofendido; juzgaron por cosa muy á propó-

sito dar á entender al mundo que al mismo tiempo que las banderas del Rey Católico y sus armas les intimaban guerra, se ocupaban ellos en alabar y reverenciar los misterios de nuestra fe, porque cotejandose entonces en el juicio público unas y otras ocupaciones, se conociese por la diferencia de los asuntos la mejor de las causas.

Proseguian en sus festividades, cuando el tiempo les trajo otra ocasion asaz útil á sus justificaciones. Llegó el dia de San Andrés, el 30 de noviembre, en el cual, por uso antiguo, la ciudad de Barcelona muda y elige cada año los consellers, de quienes se forma, como dijimos, su gobierno político. Muchos eran de opinion se disimulase aquella vez la nueva eleccion, atento á los accidentes de la república, entre los cuales, como en el cuerpo enfermo, parecia cosa peligrosa introducir mudanzas y nuevos remedios; añadian que se debia prorogar el año sucesivo á los mismos consellers que acababan, de cuyos ánimos ya la patria habia hecho experiencia; que era un nuevo modo de tentacion á la fortuna ó á la Providencia, estando sus negocios conformes y bien acomodados, desechar los instrumentos con que habian obrado felizmente, y buscar otros de cuya bondad no tenian mas fiador que su confianza. Pero los mas eran de parecer que en tiempo que tanto afectaban la entereza de sus estatutos y ordenanzas, por cuya libertad ofrecian la salud comun, no habian de ser ellos mismos los que comenzasen á interrumpir sus buenos usos; que entonces les quedaba justa defensa á los castellanos, diciendo que la misma necesidad que les obligaba á mudar la forma de su gobierno los habia forzado á ellos á que se la alterasen; que los ánimos de los naturales eran así en el servicio de la patria, que no podria la suerte caer en ninguno que dejase de parecer el que espiraba; que los presentes estaban ya seguros, aunque no fuese tanto por su virtud como por lo que habian obrado; que era necesario eslabonar otros en aquella cadena de la union, para hacerla mas fuerte y dilatada; que los que nuevamente entran en el combate sacan mayores alientos para emplear en la lid; que esos que seguian sus conveniencias dependientes de las dignidades, por ventura aflojaban, ó con lo que ya poseian, ó por lo que no esperaban; como es cierto que al sol adoran mas hombres en el oriente que en el ocaso. Esta voz, arrimandose al uso, que en ellos se convierte en naturaleza, templó la consideracion de los primeros; celebróse en fin la ceremonia sin alterar su costumbre antigua.

Fueron nombrados en suerte por nuevos consellers de Barcelona Juan Pedro Fontanella, Francisco Soler, Pedro Juan Rosell, Juan Francisco Ferrer, Pablo Salinas; el primero y tercero ciudadanos, el segundo caballero, el cuarto mercader, y oficial el quinto; tambien en el consejo de Ciento se acomodaron algunos sugetos capaces segun las materias presentes; con que la ciudad quedó satisfecha y gozosa.

Hecha la eleccion, se vino á tocar una dificultad grande, en que no habian reparado á los principios: era costumbre no introducirse los electos en el nuevo mando sin la aprobacion del Rey; parecia cosa impracticable, en medio de las discordias que se padecian, cumplir con aquella costumbre, en que se consideraba mucho mas de vanidad que de justificacion; todavia resolvieron en enviar despachando su correo á la corte, de la misma suerte que lo hacian en los años de quietud. De este modo daban á entender que solo se

desviaban de la voluntad de su rey en aquella parte tocante á la defensa natural, que hace lícito al esclavo detener el cuchillo con que el señor pretende herirle; pero que en lo mas el Rey Católico era su príncipe y ellos sus vasallos. Llegó el correo á Madrid, y su humillacion, tan poco esperada de los castellanos, no dejó de renovar algunas esperanzas de remedio: confirmóseles en todo su propuesta tambien en la forma antigua, y en pocos dias volvió á Barcelona respondido.

No dejaban los cabos catalanes, fortificados en los lugares vecinos á Tortosa, de molestar toda aquella tierra con correrias y asaltos, impidiendo particularmente la conduccion de víveres á la ciudad, y el despacho de los correos que se encaminaban á diferentes partes de Aragon y Valencia; era esto lo que daba mas cuidado al Tejada, que gobernaba la plaza. Llegó el Vélez, y le propuso cómo se debía remediar aquel daño con prontitud antes que el enemigo se engrosase; pareció conveniente á los generales su advertimiento, y que el mismo gobernador de la plaza se debía emplear en aquella primera faccion, por la ventaja que tenia en sus noticias, tambien por ser don Fernando uno de los maestros de campo mas prácticos del ejército: con esto se satisfizo á la pretension de don Fernando de Ribera, que, como dueño de las vanguardias, entendia ser el que primero fuese empleado.

Salió el Tejada de Tortosa al anocheecer con mil y quinientos infantes escogidos de su tercio, y otros muchos aventureros ó voluntarios y doscientos caballos, cuyos capitanes eran don Antonio Salgado y don Francisco de Ibarra; pasó el puente del Ebro, y en buena ordenanza, conducidos por el sargento mayor de Tortosa José Cintis, de nacion catalan, marcharon la vuelta de Cherta: movióse la gente con espacio, midiendo el paso, el tiempo y el camino (primera observacion de los grandes soldados en las interpresas); llegaron los batidores á encontrarse con las centinelas del enemigo; tocóse al arma en el cuerpo de guardia vecino al lugar de Aldover, distante de Cherta media legua, y reconocido el poder de los españoles, á quien hacia mas horrible su temor y la confusion de la noche, desampararon unas y otras trincheras los catalanes, subiendose á la eminencia que por parte de mano izquierda les cubre y ciñe la estrada. Eran bajas las fortificaciones en aquel paso, y sobre bajas, mal defendidas; no hubo dificultad en ganarselas; saltólas sin trabajo la infantería y con un poco mas la caballería; tocabanse vivamente alarmas por toda la montaña. Don Fernando, juzgando ser ya descubierto, mandó se marchase mas aceleradamente, por no dar lugar á que el enemigo se previniese ó se escapase. Llegaron primero los catalanes que se retiraban de los puestos que no habian defendido, y haciendo creer á los de Cherta que todo el ejército contrario les embestia, por dar mejor disculpa á su miedo, acordaron de retirarse á gran priesa; hicieron fuegos (señal constituida entre ellos para avisarse del peligro, y ordinaria en las retiradas); pasaron el rio los mas en barcos, con que se hallaban temerosos de aquel suceso. Llegó el Tejada sobre la villa á tiempo que el Guimerá, que la gobernaba, y casi todo el presidio se habia retirado á esotra parte: constaba su defensa de trincheras cortas é informes, de algunas zanjas y árboles cortados esparcidos por la campaña; todo cosa de mas confianza á los bisoños que de embarazo á los soldados diestros. Don Fernando, que ignoraba lo que los de adentro disponian, hizo

tomar las avenidas, dobló allí su gente, dió orden de embestir á algunas mangas, abriólas á los lados, y metió la caballería en medio, por atropellar la puerta, si acaso la abriesen para alguna salida; embistió el lugar, nunca murado, y entonces sin presidio; ganóle como le quiso ganar; perecieron muchos de los que su olvido ó su valor habia dejado dentro; retiraronse algunos moradores á la iglesia, y fueron guardados en ella salvas las vidas; robóse la hacienda sin reparar en lo sagrado, porque la furia de los soldados no obedeció á la religion en la codicia, como ya en la ira le habia obedecido: parece que aun estotro es mas poderoso afecto en los hombres. Ardió brevemente gran parte de la villa; fué considerable el despojo. Era Cherta lugar rico, y sobre todos los de aquella ribera ameno y deleitable, bañado de las aguas de Ebro. Parecióle á don Fernando pasar adelante, dejandole guarnecido, por ver si acaso topaba al enemigo en la campaña; pero los soldados, mas atentos á la pecorea que al son de las cajas y trompetas, siguieron pocos y en desorden; bajaron algunos catalanes á la orilla opuesta, y desde las matas con que se cubrian daban cargas, con pequeño daño de los que las recibian. Volvióse á Cherta don Fernando, donde halló ya quinientos walones que se le enviaban de socorro y habian de quedar de guarnicion; acomodólos, y sin esperar orden del Vélez, tocó á recoger y encaminó su marcha hácia Tortosa.

Era grande el enojo con que los catalanes miraban arder su pueblo; deseaban vengarse; y notando que la gente se habia retirado, quisieron que el Guimerá pasase otra vez sobre Cherta: no le pareció conveniente sin otra prevencion, y era sin duda que la hubieran perdido y cobrado, si pasasen, en el mismo dia. Ordenó á don Ramon de Aguaviva que con cien hombres de los miquelets atravesase la ribera y descubriese al enemigo, reconociendo el modo de guarnicion y fuerza del lugar. Ejecutólo con valor y tan buen orden, que el capitan y los suyos se entraron en la villa por varias puertas que salian á la campaña, sin que fuese sentido de los walones, que, ocupados todos en la rebusca de los despojos, no advertian su peligro. Ocuparon los miquelets algunas casas, desde donde cargando súbitamente sobre los del presidio, mataron muchos. Fué grande el espanto, y algunos se persuadian que era traicion ó motin; tocaron al arma con notable estruendo; volvió á socorrerlos el Tejada que iba marchando; salieron los walones inadvertidamente á la campaña, donde ya se hallaban muchos de los catalanes que se retiraban, inferiores en número, aunque iguales en desorden. Entró en esto la caballería, y revolviendose entre ellos con velocidad, jamás los dejó formar; embistieronse los infantes unos á otros con asaz valor: murió don Ramon de Aguaviva pasado de dos balazos, caballero ilustre catalan, y el primero que con su sangre compró la defensa y libertad de la patria. Los otros, puestos en huida, pocos alcanzaron el rio; casi todos fueron muertos, y algunos cayeron en prision.

A los clamores de Cherta acudió la mayor parte de los soldados vecinos del cargo de Margarit, pero en tiempo que no podian servir á la venganza ni al remedio: los moradores de aquella tierra, oprimidos de la impaciencia ordinaria, en que son iguales cuantos ven perder sus bienes sin poder remediarlo, soltaron muchas razones contra los cabos catalanes: este escándalo, y el temor de la causa de él, los puso en cuidado de que podrian ser acometidos en sus mismas defensas: acudie-

ron luego á engrosar la guarnicion de Tivenys hasta dos mil hombres: sus mismas prevenciones servian de aviso á los cabos católicos, considerando tambien que los provinciales determinaban rehacerse, para que saliendo el ejército de Tortosa, cargasen sobre ella y ofendiesen su retaguardia. Dispusose prontamente el remedio, y se ordenó que el maestro de campo don Diego Guardiola, teniente coronel del gran prior de Castilla, con su regimiento de la Mancha y algunas compañías de gente vieja y dos de caballos, sus capitanes Blas de Plaza y don Ramon de Campo, obrase aquella interpresa. Ejecutóse, mas no con tanto secreto, que los catalanes no recibiesen aviso de algun confidente: parecióles dejar el lugar de poca importancia, y por su sitio, irreparable contra la fuerza que esperaban: retiraronse á Tivisa un dia antes de acometerle el Guardiola; pero él creyendo lo mismo para que fuera mandado, aunque no le saltaban algunas señales por donde podia entenderse la retirada, repartió su gente en dos trozos. Eran dos los caminos de Tivenys, y aun por junto al rio mandó algunos caballos: tomó con su persona el camino real, formó su escuadron antes de llegar á la villa, hasta que don Carlos Buil, su sargento mayor, que gobernaba el segundo escuadron, se asomó por unas colinas eminentes al lugar. Hizo señal de embestir; acometió, y ganó las trincheras desiertas; y don Carlos, bajando por la cuesta, peleaba con la misma furia y estruendo como si verdaderamente el lugar se defendiese; no habia otra resistencia que su propio antojo, porque no creyendo ó no esperando la retirada del enemigo, temian de la misma facilidad con que iban venciendo. Ocupóse la villa y se dejó de allí á pocos dias.

Entre tanto el Vélez trabajaba grandemente por introducir en el Principado la noticia de un edicto real, que le fuera enviado desde la corte solo á fin de hacerle público, contra la industria de los que mandaban en Cataluña, por donde la gente plebeya entrase en esperanzas del perdon y en temor del castigo.

Contenia que el Rey Católico, habiendo entendido que los pueblos del Principado, engañados y persuadidos de hombres inquietos, se habian congregado en deservicio de su majestad, por lo cual en Cataluña se experimentaban muchos daños costosos á la república, y que deseando como padre el buen efecto de la concordia, y certificado de la violencia con que habian sido llevados á aquel fin, queria dar castigo á los sediciosos, y á los mas vasallos conservarlos en paz y justicia; que les ordenaba y mandaba que siendoles notorio aquel bando, se apartasen y segregasen luego, reduciendose cada uno á su casa ó lugar, sin que obedeciesen mas en aquella parte, ni en otra tocante á su union, á los magistrados, consellers ó diputacion, ó á otra alguna persona, á cuyo respeto pensasen estar obligados; que no acudiesen á sus mandados ó llamamientos; que de la misma suerte no pagasen imposicion ó derecho alguno antiguo ni moderno, de que su majestad les habia por relevados; que realmente perdonaba todo delito ó movimiento pasado; que prometia debajo de su palabra satisfacerlos de cualquier persona de que tuviesen justa queja, pública ó particular; y que haciendo lo contrario, siendoles notoria su voluntad y clemencia, luego los declaraba por traidores y rebeldes, dignos de su indignacion, y condenados á muerte corporal, confiscacion de sus bienes, desolacion de sus pueblos, sin otra forma ni recurso mas que el arbitrio

de sus generales, y les intimaba guerra de fuego y sangre, como contra gente enemiga.

Este bando, introducido con industria en algunos lugares, no dejó de causar gran confusion, y mas en aquellos que solo amaban su conservacion, sin otro respeto, y creian que el seguir á sus naturales era el mejor medio para vivir seguros. Algunos lugares vecinos á Tortosa, que miraban las armas mas de cerca, temieron ser primeros en los peligros: la villa de Orta y otros enviaron á dar su obediencia al Vélez, pidiendole el perdon y excusandose de las culpas pasadas. Pudiera ser mayor el efecto de esta negociacion, si los catalanes con vivísimo cuidado no se previnieran de tal suerte, que totalmente se ahogó aquella voz del perdon que los españoles esparcian, porque no tocase los oidos de la gente popular, inclinada á novedades, y sobre todo á las que se encaminan al reposo. Consiguieronlo felizmente, porque examinados despues muchos de los rendidos, certificaban no haber jamas entendido tal perdon; antes todos señales y ejemplos de impiedad y venganza.

Ellos tambien, no despreciando la astucia de los papeles, que algunas veces suele ser provechosa, hicieron publicar otro bando, escrito en el ejército católico, en que prometian que todo soldado que quisiese pasar á recibir servicio del Principado, no siendo castellano, seria bien recibido y pagado ventajosamente; y que á los extranjeros que deseasen libertad y paso para sus provincias, se les daria debajo de la fe natural con la comodidad posible: cosa que en alguna manera fué dañosa, y lo pudiera ser mucho mas si, como sucede en otros ejércitos, el real constase de mayor número de naciones extrañas.

Despues de esto se despacharon órdenes á todos los lugares de la ribera del Ebro porque estuviesen cuidadosos de acudir á defender los pasos donde podian ser acometidos; pero la gente vulgar, barbaramente confiada en la noticia de que el ejército real era corto para grandes empresas, despreciaban ó mostraban despreciar sus avisos, lisonjeados de su pereza, aun mas que engañados de su ignorancia.

Entendia el Vélez entre tanto en acomodar las cosas de la proveeduría del ejército: dabanle á entender hombres prácticos que aun despues de ganado el Coll de Balaguer, les habia de ser casi imposible la comunicacion de Tortosa, porque no se podrian aprovechar del manejo de los víveres sin gruesos convoyes ó guardias de gente, porque los catalanes, acostumbrados aun en la paz á aquel modo de guerra, no dejarian de usarla en gran daño de las provisiones. Habiasse encargado el oficio de proveedor general á Jerónimo de Ambe, hombre inteligente en varios negocios de Aragon; pero como hasta entonces estuviese ignorante de la naturaleza de los ejércitos que no habia tratado, no sabia determinarse en hacer las larguísimas prevenciones de que ellos necesitan, que todas penden de la providencia de uno ó de pocos oficiales. No se puede llamar práctico en una materia aquel que solo la ha tratado en los libros ó en los discursos: allí no se encuentran con los accidentes contrarios, que á veces mudan la naturaleza á los negocios; una cosa es leer la guerra, otra mandarla; ningun juicio la comprendió aun dentro en las experiencias, cuanto mas sin ellas: tampoco guardan entre sí regulada proporcion las cosas grandes con las pequeñas; el que es bueno para capitán, no siempre sale bueno para gobernador, como el patron de una

chalupa no sería acomodado piloto de una nave: trabajosa ciencia aquella que se ha de adquirir á costa de las pérdidas de la república.

Habiase ofrecido don Pedro de Santa Cilia para que con los bergantines de Mallorca, que gobernaba pocos menos de veinte, diese el avío necesario al ejército, pensando poderle ministrar los bastimientos desde Vinaroz y los Alfaques, principalmente el grano para sustento de la caballería; pero en esto se consideraban mayores dificultades por la natural contingencia de la navegación, y mas propiamente en aquel tiempo, en que de ordinario cursan los levantes del todo contrarios para pasar de Valencia á Cataluña: despues lo conocieron cuando no podian remediarlo.

Faltaba solo para salir á campaña la última muestra general, y se habian convocado los tercios á este fin: desde los cuarteles donde se alojaban fueron traídos á la campaña de Tortosa, donde con trabajo grande se acomodaron mientras se pasaba la muestra: pasóse, y se hallaron veinte y tres mil infantes de servicio, tres mil y cien caballos, veinte y cuatro piezas, ochocientos carros del tren, dos mil mulas que los tiraban, doscientos y cincuenta oficiales pertenecientes al uso de la artillería.

La infantería constaba de nueve regimíentos bisoños, encargados á los mayores señores de Castilla, cuatro tercios mas de gente quintada, uno de portugueses, otro de irlandeses, otro de walones, el regimiento de la guardia del Rey, el tercio que llaman de Castilla, el de la provincia de Guipúzcoa y el de los presidios de Portugal, con algunas compañías italianas en corto número. La caballería se repartía en dos partes: la de las órdenes militares de España (excepto las portuguesas) todas hacian un cuerpo, que gobernaba el Quiñones, su comisario general don Rodrigo de Herrera, en número de mil y doscientos caballos, con oficios á parte, todos caballeros de diferentes órdenes. En las elecciones de capitanes no entró todo aquel respeto que parece se debía á cosa tan grande: eran mozos algunos, y otros inferiores á la grandeza del puesto; bien que algunos suficientes. Concurrían tambien con la caballería los estandartes de sus órdenes, llevados, no por los clavarios, á quienes tocaban, sino por caballeros particulares; don Juan Pardo de Figueroa fué encargado del de Santiago; los dos no advertimos: despues por consideraciones justas se dejaron venerablemente depositadas aquellas insignias en un convento de San Bernardo en Valencia, y los tres caballeros seguian la persona de su gobernador.

La otra caballería mandaba el San Jorge y Filangieri: asistiale Juan de Terrasa, el año antes su comisario general, que entonces se hallaba sin ejercicio.

La veeduría general del ejército ocupaba don Juan de Benavides; la contaduría Martin de Velasco; la pagaduría don Antonio Ortiz, y por tesorero general Pedro de Leon, secretario del Rey, en cuya mano se entregaba todo el dinero del ejército, y allí se separaba y salía dividido para los diferentes oficiales del sueldo que concurrían.

Pareció que con esto se hallaban vencidas las dificultades de aquella gran negociacion, bien que la mas poderosa se reconocia invencible: era la sazón del tiempo, irrevocablemente desacomodada á la guerra que determinaban comenzar; pero fiando en la benignidad del clima español, ó lo que es mas cierto, pensando que su poder no hallaria resistencia, temian poco la campaña y ri-

gores del invierno, porque esperaban hallar agasajo en los pueblos, y que la descomodidad no duraria mas que lo que el ejército tardase en llegar á Barcelona.

Dispuesta ya la salida del ejército, llegó aviso de cómo el enemigo, previniendo sus intentos, habia zanjado algunos pasos angostos en el camino real del Coll, á fin de impedir el tránsito de la artillería y bagajes: ordenó el Vélez que Felipe Vandestraten, sargento mayor de walones, uno de los soldados de mas opinion del ejército, y Clemente Soriano, español, en puesto y reputacion nada inferior al primero, con doscientos gastadores, trescientos infantes y cincuenta caballos saliesen á reconocer los pasos, acomodar las cortaduras y desviar los árboles, porque la caballería y tren no hallasen embarazo.

Salieron y ejecutaron cumplidamente su orden: bajaron á impedirselo algunas pequeñas tropas de gente suelta que el enemigo traía esparcida por la montaña; fueron poco considerables las escaramuzas: acabaron su obra, y se volvieron dando razon y fin de lo que se les habia encargado.

Entendióse con su venida como en el Perelló, lugar pequeño, mas cerrado, puesto en la mitad del camino, se alojaban con alguna fuerza los catalanes, que no debía ser poca, pues ellos mostraban querer aguardar allí al primer ímpetu del ejército. Con esta noticia fué segunda vez enviado el Vandestraten con mayor poder de infantería y caballería, para que ganase los puestos convenientes al paso del ejército, que habia de mantener hasta su llegada; y si la ocasion fuese tal que sin perder su primer intento pudiese inquietar al enemigo, lo procurase, que el ejército seguía su marcha, y le podia esperar consigo dentro de dos dias.

Vandestraten tomó su primer camino, y topando algunas tropas de caballos catalanes, los rebatió sin daño; eligió los puestos, y ocupó una eminencia superior al lugar y estrada que baja á Tortosa; mandó que algunos caballos é infantes se adelantasen á ganar otra colina, que aunque desviada, divisaba toda la campaña hasta el pie del Coll, por donde era fuerza pasasen descubiertos los socorros á Perelló; en fin, disponiendolo todo como práctico, avisó al Vélez de lo que habia obrado.

Los catalanes, viendo ya las armas del Rey señoreando sus tierras, puestas como padrones que denotaban su posesion en los lugares altos, entraron en nuevo furor: despachaban correos á Barcelona, desde donde salían órdenes, avisos y prevenciones á toda la provincia; no se descuidaba el Vandestraten de inquietarlos, solo á fin de saber qué fuerza tenían; pero ellos cuerdamente se retiraban, tanto á su noticia como á su daño. Algunos caballos catalanes de los que salían á la ronda embistieron el cuerpo de guardia puesto en la colina; fué socorrido de los españoles, y no se aventuraron otra vez, temerosos de su fuerza.

La guarnicion del Perelló constaba de alguna gente colecticia de los lugares comarcanos, sin cabo de suficiencia, y ellos sin otra disciplina que su obstinacion, mas firme en unos que en otros; parte dellos, esperando por instantes ser acometidos, se escaparon valiendose de la noche; á estos siguieron otros; todavia quedaron pocos, á quienes sin falta detuvo ó el temor ó la ignorancia de la salida de los suyos.

Era el aviso del Vandestraten el último negocio que se esperaba para la salida del ejército; recibióle el Vélez con satisfaccion, y señalóle el dia viernes 7 de diciembre del año de 1640, dia que por notable en el tiempo, debe ser nombrado en

todos siglos (cuya recordacion será siempre lastimosa á los descendientes de Felipe), y año memorable de su imperio, vaticinado de los pasados, temido de los presentes, fatal el año, fatal el mes y la semana. El sábado 1.º de diciembre perdió la corona de España el reino de Portugal, como diremos adelante; el viernes 7 de diciembre perdió el Principado de Cataluña, porque desde aquella hora que se usó del poder por instrumento de la justificacion, se puso la justicia en manos de la fuerza, y quedó la sentencia á solo el derecho de la fortuna. Notable ejemplar á los reyes para poder templarse en sus afectos. Perdió don Felipe el Cuarto antes de guerra ó batalla dos reinos en una semana.

Habiase pensado sobre si podria ser conveniente que desde Tortosa se repartiese el ejército en dos partes, llevando la una el camino del Coll, y la otra el de Tivisa, porque la marcha se hiciese mas breve; pero cesó luego esta plática, entendiéndose que el enemigo estaba ventajosamente fortificado en el paso del Coll, y era mas seguro embestirle con todo el grueso del ejército; de esta suerte ajustándose en que la marcha siguiese el camino real de Barcelona, y recibiendo todos las órdenes del maestre de campo general, segun lo que cada uno habia de seguir, amaneció el viernes, dia señalado, lluvioso y melancólico, como haciendo proporcion con aquel fin á que servia de principio.

Comenzó á revolverse el ejército al eco de un clarin, que fué la señal propuesta; movióse, y marcharon en esta manera: era el primero el duque de San Jorge, á quien tocó la vanguardia aquel dia; llevaba delante, como es uso, sus tropas pequeñas, y estas sus batidores; constaba su batallon de quinientos caballos, que se doblaban ó desfilaban segun se les ofrecia el camino; á poco trecho de esta caballería siguió el regimiento de la guardia, su teniente coronel don Fernando Ribera; á este el regimiento propio del marques de los Vélez, su teniente coronel don Gonzalo Fajardo (ahora conde de Castro); despues el maestre de campo Martin de los Arcos, tras quien marchaba el regimiento del conde de Oropesa, su teniente coronel don Bernabé de Salazar; al Salazar seguian dos tercios que olvidamos (cuentese entre los mas defectos de esta historia); y de retaguardia el tercio de irlandeses, su maestre de campo el conde de Tiron. De estos se formaba la vanguardia del ejército, que propiamente gobernaba el Torrecusa.

Seguia poco despues, aunque en partes distintas, el segundo trozo, llamado batalla en estilo militar: era de la batalla el primer tercio el de Pedro de Lesaca; al de Lesaca seguia el regimiento del duque de Medinaceli, su teniente coronel don Martin de Azlor, y á este el del duque de Infantado, su teniente coronel don Iñigo de Mendoza; á don Iñigo seguia el regimiento del gran Prior de Castilla, su teniente coronel don Diego Guardiola; tras de este el marques de Morata, su teniente coronel don Luis Jerónimo de Contreras; despues del de Morata el del duque de Pastrana, su teniente coronel don Pedro de Cañaverál, á quien seguian los maestros de campo don Alonso de Calatayud y don Diego de Toledo, que llevaba la retaguardia de la batalla; gobernabala por su persona el Vélez, y marchaba entre ella, segun la parte conveniente, con cien caballos continuos da la guarda de su persona, á cargo de don Alonso Gaitan, capitan de lanzas españolas.

El costado derecho de la batalla guarnecia don

Alvaro de Quiñones con hasta seiscientos caballos de las órdenes, puestos tambien en aquella forma que el terreno les permitia; el siniestro con otros tantos cubria el comisario general de la caballeria ligera Filangieri.

Seguia la retaguardia á la batalla en la propia distancia que esta seguia á la vanguardia: en primer lugar marchaba el tercio de los presidios de Portugal, su maestre de campo don Tomás Mesía de Acevedo; seguiale el de don Fernando de Tejada; luego empezaba la artilleria en este orden: de vanguardia, los mansfelts y algunas otras piezas pequeñas de campaña; á estos seguian los cuartos, á los cuartos los medios cañones, en medio los morteros; desta suerte se deshacia hácia la retaguardia, acabandose otra vez en los mansfelts. Tras de la artilleria los carromatos, y tras ellos las municiones, segun el uso de ellas. Lo último era el hospital y bagajes de particulares. Las compañías sueltas de italianos guarnecian los costados del tren; luego el tercio de walones, su maestre de campo el de Isinguien, y de retaguardia el de portugueses, su maestre de campo don Simon Mascareñas.

A los portugueses seguian otros quinientos caballos de las órdenes, mandados por don Rodrigo de Herrera, su comisario general, y á los lados de la artilleria marchaban algunas compañías de caballos, que le servian de batidores á una y otra parte.

Y aunque el estilo comun de los ejércitos de España hace que con todos se reparta igualmente del honor y del peligro, pasando los de adelante atras, y estos al lugar de aquellos, todavía fué forzoso alterar este uso con atencion á la angostura de los caminos y copia del ejército, porque se juzgaba impracticable, y lo era, que aquel tercio que un dia llegase postrero, se adelantase á todos para marchar al siguiente de vanguardia. Así, por obviar este daño, fué determinado que los tercios se remudasen y sucediesen unos á otros, conforme aquel estilo, en sus mismos trozos, hasta que, haciendo frente de banderas, se alterase la forma de la marcha; y que desta suerte se podia repartir con todos de la confianza y del reposo. Solo el regimiento de la guardia no se mudaba con ninguno.

Así salió el ejército de Tortosa; y no solo podemos contar por infeliz agüero la terribilidad del dia, como algunos observaron entonces, sino tambien el haberse dispuesto las cosas en tal forma, que el Vélez, dueño de la accion, saliendo de noche á la campaña, fué tan grande la confusion y obscuridad, que sin advertir en los fuegos del ejército ni el camino anchísimo, le erraron las guias, y se perdió el Marques con los que le seguian antes de llegar á su cuartel, que alcanzó tarde y trabajosamente. A veces con estas señales nos suele avisar la Providencia porque nos desviemos del daño.

Marchóse orillas del Ebro por gozar de sus aguas y de la leña que ofrecia el bosque vecino; hizo alto la vanguardia en un llano dos leguas de Tortosa, y aun habiendose apartado tanto, no pudo la retaguardia seguirle aquel dia; se alojó fuera de la muralla, y comenzó su marcha la otra mañana.

Pretendia el Vélez alojar del segundo tránsito en Perelló, dos leguas distante de su primer cuartel: madrugó el Ribera prevenido de artilleria é instrumentos, llegó presto, y en sus espaldas los tercios de la vanguardia; salió el Vandestraten á recibirle con las noticias de lo que era el lugar; tardó poco el Torrecusa, y reconociendo la campaña, mandó que la caballería ocupase el puesto

que para sí habia elegido el Vandestraten, y con la infantería que llegaba fué ciñendo la villa por todas partes, alojando los primeros tercios por esotra que miraba al país enemigo.

Era el Perelló pequeño pueblo, pero murado, segun el antiguo uso de España; tenia dos puertas, y esas guardadas de torres que las cubrian á caballero. Defendióse, llegó la artillería, y fué batido por casi un dia entero, y resistiera otros si uno de los de adentro, temeroso por la vista de todo el ejército, que se hallaba ya junto, no se determinara á rendirse. Hizo llamada secretamente sin dar parte á los suyos; negoció la vida, y dió una puerta; fué entrado el lugar, y se hallaron solamente trece hombres: cosa digna de saberse, si es cierto que la ignorancia no se llevó la mayor parte de aquel hecho. Llegó el Vélez, y el lugar fué repartido á los que le seguian, mas como cuartel que como despojo: el ejército alojó en campaña en torno de él, y aunque con gruesos cuerpos de guardia se estorbó la entrada á la multitud de la gente, ni por eso dejaron de pegarle fuego; arrieron muchas casas con tal violencia, que los cabos salieron arrojados de las llamas: todavia, por ser la villa cercada y en paso importante, pareció se debia guardar, y se dejó guarnecida de doscientos infantes y cincuenta caballos, á cargo de don Pedro de la Barreda, capitan en el tercio de los presidios de Portugal.

Dispusose la marcha en demanda del Coll, que era lo que por entonces daba mayor cuidado. Las guías y gente del campo exageraban el sitio de áspero y la fortificacion de invencible; en la aspereza decian menos, en la defensa mas; pero lo que causaba mayor duda era saberse que en todo el camino desde el Perelló al Coll no se hallarian otras aguas que las de unas lagunas ó charcos encenagados y casi enjutos, que los catalanes sin trabajo podian sangrar ó cegar, con lo cual se hacia consumadamente estéril el camino. No temian sin razon los españoles; pero temian inútilmente, porque ya en aquel tiempo el ejército no podia volver atrás, ni el remedio estaba en manos del recelo, sino de la industria.

A este fin de imposibilitar el campo católico intentaron los catalanes su ruina por otro mas extraño medio, como pareció despues en cartas del conde de Zavallá, gobernador de las armas de aquella frontera: escribialas á Metrola, que mandaba en el Coll, y le ordenaba envenenase las aguas de aquellos cenagales con ciertos polvos; enviabale al artífice y artificio, especificandole el modo de usarle con toda cautela y secreto. No me atreviera á escribir una resolucion tan rara en el mundo, de que se hallan pocos ó ningun ejemplo en las historias, ni hiciera memoria de esta escandalosa novedad, si con mis ojos no hubiera visto y leído los papeles que hablaban del caso repetidamente. César sobre los campos de Lérida embargó el agua en la guerra contra Afranio y Petreo, detuvola y se la defendió; pero conservóla sana; venciólos con el arte y lícita industria: parece que ignoraban los antiguos otro modo de matar hombres sino á yerro; nosotros ahora, mas peritos en la malicia, fuimos á revolver la naturaleza, haciendo practicables la pestífera calidad de algunas cosas que la Providencia recató de nosotros, escondiendolas en las entrañas de la tierra. Todavia no quiso Dios que este mandamiento se cumpliese, retardando su ejecucion por sus secretos juicios, ó porque prevenia á aquellas armas otro mas notorio castigo.

Llegó el ejército á la campaña de las lagunas, y

la gente, fatigada de la sequedad del camino, bebia con ansia y recelo, porque temian lo que despues vino á certificarse; pero desengañados unos con el atrevimiento de otros, perdieron el temor en que se hallaban, y los soldados salieron de la afliccion causada de la sed.

Dispusieron entonces la frente contra el Coll, repartiendo sus cuarteles con respecto á las avenidas poco mas de una legua distantes de las fortificaciones contrarias; y porque los cabos no tenian otro conocimiento del país mas de aquella incierta noticia que ministraban los naturales temerosos é ignorantes, pareció mandar reconocer la campaña sin empeño de las mayores personas: salió á reconocerle don Diego de Bustillos, teniente de maestro de campo general, y en su guarda una compañía de caballos y algunos voluntarios. A poco mas de media legua tuvieron vista de los batidores del enemigo, que discurrían por la campaña á la misma diligencia. Mandó don Diego adelantasen los aventureros, hicieronlo; pero esperando los batidores, dieron la carga, y sin recibirla, se retiraron, dejando muerto, de los reales, á José de Agramonte, soldado particular. Fué el primero que dió la vida por su rey en aquella guerra: no será justo dejar su nombre en olvido.

Baja desde el pie del Coll hácia la marina un valle ancho, que cuanto se acerca á la mar se allana y dilata, donde los antiguos fabricaron algunas torres para guarda de la costa y reparo de los ancones que allí forma la tierra; entendiase por las espías que los catalanes habian guarnecido las atalayas con intencion de mantenerlas para todo suceso. Juzgabase en ello por informacion de los naturales, y se creia mucho mas de lo que debia temerse. Con esta noticia, en habiendose acuartelado el campo, mandó el Torrecusa adelantarse cuatrocientos infantes con órden de que ganasen ó quemasen las torres, y que despues se incorporasen con el ejército.

Llaman los catalanes *coll* á todas aquellas eminencias que los castellanos llaman collado, con alguna semejanza de los latinos; es célebre entre los mas de la provincia este llamado Coll de Balaguer, ó porque le atraviesa el camino que baja desde Balaguer, ó porque se deduce de unas montañas junto á aquella ciudad, y desde allí corriendo hácia el Ginestar y otros pueblos fronteros á Ebro contra el mediodia, viene á caer en la mar por esotra parte de Tortosa. Es la tierra áspera y llena de piedras, partida de algunos valles profundos á un lado y otro del camino, que quebrando en muchas partes, se halla siempre difícil al paso de los caminantes. Corre por la cima de un monte, á quien otro repecho que queda á la parte de levante sirve de caballero; dividele un precipicio de otra montañuela no superior que se va levantando hácia el poniente. Hemos anticipado su descripcion, porque se entiendan mejor las disposiciones, las defensas y los acometimientos.

Llegó el San Jorge y su caballería, y poco despues el Torrecusa y la vanguardia: paróse en descubriendo el Coll por reconocer su fuerza y aquel terreno que no habia visto jamás. Es observacion precisa de capitan prudente el descubrir y entender la tierra en que se ha de campear, á que los prácticos llaman ojo de la campaña, y se cuenta como virtud particular en algunos hombres.

Los catalanes buscaban su defensa como les era posible, mas no por aquellos caminos que descubrió el arte; habianse prevenido de grandes cavas, que de alguna manera ayudasen su fortificacion, muchos árboles cortados y acomodados en

los pasos angostos; era su mayor fuerza la de una trinchera de piedra y alguna fagina en forma cuadrada á semejanza de fuerte, pero sin ningun artificio; capaz de dos mil infantes, con que la tenian guarnecida. En la eminencia superior, algo á la trinchera y mucho al camino del mismo costado diestro, tenian una plataforma con dos cuartos de cañon, que descortinaba como través la ladera; en la cumbre opuesta á la mayor fortificacion fabricaron un reducto, que no se daba la mano con las mas defensas, por estorbarselo el valle que divide ambos montes; tambien en él tenian alguna parte de su infantería. Sus cuarteles estaban puestos en la tierra que va cayendose hácia el campo de Tarragona, de tal suerte, que desde el pie del Coll no podian ser vistos ni ofendidos; eran capaces de mucho mayor número de gente; y sin duda, si los catalanes se fortificaran así como habian sabido elegir los puestos de la fortificacion, fuera cosa asaz dificultosa poder ganarles el paso sin gran pérdida ó detencion.

No tardó el maestro de campo general en haberlo reconocido todo, haciendo lo mas por su propia persona; y habiendolo considerado como convenia, juzgando que allí el terror acabaria mas que la fuerza, pues peleaban con gente bisona, mandó adelantar las dos piezas que llevaba; y ordenando se formasen los escuadrones á la raiz del monte, ordenó que el tercio de Martin de los Arcos y el regimiento del Vélez marchasen abriendo camino, todo lo que se pudiese junto al agua, porque ciñiesen por aquella parte el Coll, que, como dijimos, se humilla en el mar, y prosiguiesen su camino hasta no poder pasar adelante, ó desembocar al campo de Tarragona. Entendia que solo aquella retirada le podia quedar libre al enemigo, si quisiese embarazarse en la defensa; luego mandó á don Fernando de Ribera que con trescientos mosqueteros en tres mangas subiese á paso vagaroso por el camino ordinario, y que en habiendose mejorado, jugase la artillería, que por su calidad y distancia no podia ser de algun efecto, y que todos los escuadrones se pusiesen en órden de marchar y acometer á la primer señal.

Pensaban los catalanes con poca noticia de la guerra que su multitud, su reparo y aspereza del lugar los hacia inexpugnable; pareciales cortísimo el ejército, de que hasta entonces no habian visto sino la menor parte; creció su confianza notando el pequeño número de los escuadrones reales; salieron algunos desde las trincheras mostrando despreciar su fuerza; sin embargo, marchaba don Fernando, y se movian algo los que subian. A este punto comenzó á disparar la artillería del Torrecusa sin ningun peligro, pero con grande espanto de los contrarios; quisieron valerse de sus cañones; mas estaban los españoles muy al pie del monte, y no hacian puntería, ni podian ofenderles sus balas; menos á las mangas que ya atacaban la escaramuza, porque se hallaban mas cerca que los escuadrones. Dieronse algunas rociadas unos á otros; pero los castellanos, soldados de experiencia, subian, no obstante la defensa del enemigo y algunas muertes de los suyos. Dió la segunda y tercera carga la artillería española, cuando despues de media hora de escaramuzas poco importantes, adelantandose ya algunos pasos todo el cuerpo de la vanguardia, los catalanes desampararon las fortificaciones de una y otra parte, dejando todos las armas y muchos las vidas: avanzó el San Jorge lo posible con sus caballos, porque la infantería, fatigada de la cuesta y manejo de las armas, no podia aprove-

charse de la fuga del enemigo para en mas de ocupar los puestos así como ellos los iban dejando; otros atendian con mayor prontitud al despojo de los alojamientos, en extremo regalados y llenos de toda vitualla.

Habia el conde de Zavallá recibido aquella mañana aviso del Metrola, gobernador del presidio, cómo el ejército se determinaba en subir al Coll, y salió de Cambrils, donde asistia á socorrerle con alguna infantería y una compañía de caballos, pero á tiempo que topó muchos de los que se iban retirando: retiróse con ellos, participando tempranamente de aquel mismo temor, certificado de los suyos, que los españoles no paraban en cuanto vencian. Mandó todavia que sus caballos llegasen hasta descubrir el enemigo; mejoraronse á los cuarteles del Coll, cuando ya algunas tropas del San Jorge bajaban sobre ellos; duró poco la contienda, porque el poder era desigual: fué todo uno dar la carga, recibirla y tomar la vuelta. Escaparonse casi todos, por ser mas prácticos en la tierra; la infantería se esparció por diferentes partes; salvaronse cuantos dejaron el llano, y se subieron á la montaña, desde donde juntos hacian gran daño á los castellanos, que poco advertidamente se entregaban al saco: muchos pensaron retirarse sin peligro por la lengua del agua, y todos cayeron en manos de los tercios que marchaban por aquella parte; era esta la primer venganza de los soldados reales: tal fué el extrago. Hallaban poca piedad los rendidos, y ni los muertos estaban seguros de la indignacion de los victoriosos: son terribles los primeros golpes de la ira. Allí vengaba el uno la ausencia de su casa, el otro la violencia con que fué llevado á la guerra, aquel daba satisfaccion al agravio, este obedecia á su ferocidad; los mas servian á la furia, los menos al castigo. Fuera mayor el daño si se prosiguiera en su alcance: llegaban hambrientos y fatigados, y habiendose hallado abundantes los cuarteles de todas provisiones, detuvolos el regalo; que no era la primer vez que estorbó las grandes victorias: entregaronse al vino y otras bebidas con desórden, y fué causa de que se detuviesen en su mayor ímpetu, venciendo de su destemplaza los mismos que poco antes habian sido vencedores de la fuerza de su enemigo. Fué escandaloso aquel modo de aplauso, pero permitido de los cabos, que en los yerros comunes viene á ser remedio la disimulacion, pues no los puede ahogar el castigo.

El Torrecusa, que por su persona acudia á todas las disposiciones, confiriendo consigo mismo las noticias que tenia de la fuerza del enemigo, y la facilidad con que le habia postrado, entró en opinion de que no seria aquella su mayor defensa, y que sin falta podian tener adelante algun otro fuerte ó plaza; causa á la voz comun de su admirable fortificacion. En esto andaba ocupado su discurso.

Hallabase el Vélez con la batalla y retaguardia del ejército, sin moverse del lugar en que habia hecho la frente, ni lo determinaba antes de acabar con las torres de la marina, temiendo que apartandose, corriese algun peligro la infantería que habia bajado á rendirlas; con esta duda envió por el maestro de campo don Francisco Manuel á comunicar su intento al Torrecusa; hallólo antes de la subida del Coll, y como de aquel suceso pendia la resolucion de su voto, no respondió sino despues de todo acabado, siendo de parecer que el Vélez á toda priesa no quedase aquella noche desunido de su vanguardia. Fueron

ganadas las torres casi á este mismo tiempo, de que avisado el Vélez, no aguardó la respuesta de lo que preguntaba; antes mandó marchasen los tercios, y de esta suerte le alcanzó la nueva y el enviado. Promulgóse con alegría como primera victoria y la cosa que mas importaba acabar que todas las presentes; volvió luego á mandar al Torrecusa no parase hasta bajar al campo de Tarragona; cumpliolo, y volviendo á marchar la vanguardia, hizo punta á una casa fuerte, llamada Hospitalet, que está junto al mar, donde hasta entonces habia sido el alojamiento del conde de Zavallá. Llegaronse al pié de la muralla algunos caballos y gente suelta, á quien el vencimiento, ó quizá la embriaguez, habian dado mas desorden que aliento; intentaron por fuerza la entrada, bien que la miraban dificultosa por aquella via; los de adentro pidieron las vidas y se las concedieron. Eran poco mas de sesenta hombres los de la guarnicion; entró primero don Fernando de Ribera, despues el Vélez, á quien siguió el ejército; acuartelóse, haciendo frente al camino real, que mostraba querer seguir; hallóse el sitio acomodado, y tan abundante de todas cosas necesarias para alojar un ejército, que se obligó á descansar en él, aunque por pocos dias de las largas marchas y alarmas continuas, con que se fatiga la gente inexperta.

Fué considerable el despojo del Hospitalet, midiéndose con su cortedad; pero hizolo mas estimable haber topado un soldado entre la ropa del conde de Zavallá el libro en que se registraban las órdenes que recibia y daba para la guerra; por el cual se entendieron facilmente muchas cosas de que no habia noticia, y fueron de gran utilidad á los pensamientos del Vélez; particularmente alcanzandose por algunos despachos que la Diputacion no estaba segura en la fe de la ciudad de Tarragona, y que en ella se temian del ánimo y oficios de algunas personas conocidamente afectas al partido real: cosa que entonces fué á los españoles de gran consideracion, porque se hallaban faltos de noticias de lo que se pasaba entre sus enemigos. El libro contenia tantos secretos y tan provechosos para el servicio del Rey Católico, que podemos decir que en él se halló un retrato de los ánimos de sus enemigos y un cofre de sus secretos; conociólo el Ribera de esta suerte, y recogiólo á su poder con destreza; demasiado político, pensó ganar gracia con el Conde-Duque enviándole aquel presente, por el cual, como el piloto en la carta, podia seguir sin peligro la navegacion de aquel negocio. Fué avisado el Vélez, y pidió el libro como general, á quien verdaderamente tocaban aquellas observaciones; pero el Ribera, ó bien de vanidad ó desconfianza, se excusaba de entregárselo; instaba el Vélez en haberlo, y porfiaba el Ribera vanamente en su excusa: ¡caso raro, que pudiese tanto la apariencia de una pequeña lisonja, que le encaminase á faltar á un hombre de sangre y de juicio en las obligaciones de súbdito, de cuñado y de amigo! que todas estas quebrantaba don Fernando en resistirse. Creció el enojo en el poderoso y la obstinacion en el descontento, y llegóse cerca de un extraño suceso, porque aquel pensaba obrarlo todo por hacerse obedecer, y este no rehusaba ninguna desesperacion á trueco de no humillarse: quiso prenderlo el Vélez, y lo ordenó así; pero la industria de algun medianero á quien uno escuchaba con amor, y otro no sin respeto, pudo acomodarlo todo. El libro fué traído al Vélez, y del se sacaron noticias importantes á la guerra.

Corrió al instante la nueva á Barcelona de todo lo sucedido en el Coll y Hospitalet, y fué recibida con gran sentimiento y no menor temor, considerando la facilidad con que habian perdido la mayor defensa; entonces llegaron á entender que la multitud desordenada por sí misma se enflaquece. Despacharon con gran prontitud correos á monsieur Espernan (de quien diremos adelante), á cuyo cargo pusiera el Rey Cristianísimo las armas auxiliares de Cataluña; dabanle cuenta de cómo habian perdido los mejores pasos; pedianle no dilatase su venida, porque por instantes se les aumentaba el peligro; que á los contrarios igualmente crecian fuerzas y reputacion, y se abatian los animos de los naturales, viendolos comenzar victoriosos.

No se descuidó el frances, antes como hombre que verdaderamente deseaba acudir al remedio de aquellas cosas que tenian á su cargo, tomó la posta, y dejando orden á las tropas de que le siguiesen, entró en Barcelona, donde fué recibido con honra y alegría. Pocos dias despues llegaron hasta mil caballos de los suyos, dando razon de que á sus espaldas seguian los regimientos del duque de Anguien, del mismo Espernan y el de Serriñan; alentóse la ciudad con la primera esperanza del socorro, y se comenzaron á ejecutar las levadas prevenidas en las cofradías (son allí cofradías lo que en Castilla gremios); de estos se habia de formar el tercio de la bandera de Santa Eulalia, debajo del mando de su tercero conseller Pedro Juan Rossell.

Dejólo ajustado el Espernan, fiando mas que debiera en las promesas de gente necesitada; refrescó su caballería, y marchó á Tarragona, donde el ejército católico se encaminaba, y donde su desconfianza de los catalanes lo temia.

Descansó el Vélez junto al Hospitalet los dias que tardó en subir y bajar el Coll su artillería; deseaba vivamente marchar la vuelta de Cambrils, primera plaza de armas de los catalanes, antes que ellos tuviesen tiempo de acomodarse á la resistencia. Era grande la fama que corria en el ejército católico de la multitud de gente que habia acudido á su defensa, aunque en medio de estas informaciones no faltaban algunos que sospechaban y querian hacer creer á los otros hallarian la plaza desierta: esta voz tomó fuerzas en los ministros catalanes del partido del Rey, que sin otro motivo mas que lisonjear el poder católico, antes querian ocasionarle que ofrecerle una duda.

Habia sacado el Vélez desde Aragon algunos religiosos capuchinos, de cuya autoridad pudiese ayudarse, por ser su hábito grandemente venerado en Cataluña: pareció conveniente enviar uno de aquellos varones á Cambrils, porque les amonestase el arrepentimiento y les comunicase el perdón; ofrecióse para este servicio fray Ambrosio. Partió del ejército, y en su guarda una compañía de caballos, que dejándole á vista de las primeras trincheras, y á un trompeta para hacer llamada, segun uso de la guerra, se volvió luego; entró fray Ambrosio, y le recibieron con reverencia y cautela, contra la esperanza ó temor de los castellanos, que ya por su demora interpretaban alguna barbaridad; pero al dia siguiente llegó el enviado sin daño ni provecho de su jornada; dijo que los cabos de aquel presidio se determinaban á morir por su libertad: es calidad del miedo crecer las cantidades y disminuir las distancias de aquellas cosas que se temen. Dió con su informacion fray Ambrosio bastante obediencia á esta costumbre; contó que el lugar tenia gran multitud de gente; que los de adentro subian su número á quince

mil hombres; pero que el ruido que habia escuchado no parecia de menor multitud. Poco despues aportó una barca en la marina, escapada aquella mañana desde el muelle de Tarragona, y confirmó no menos la confusion que el temor de la ciudad y su campo; que en ella se recogia la riqueza de los lugares vecinos; que los socorros no habian llegado hasta entonces en número considerable, y que los ciudadanos no estaban desafiacionados al concierto.

El Vélez, confiriendolo con otros avisos, halló ser conveniente dar vista por aquellas plazas con la mayor brevedad posible, por gozar tambien de la ocasion de su duda; y aunque el campo se hallaba afligido por falta de víveres, no dando lugar el tiempo á su conduccion por agua, todavia entendiendo que de cualquier suerte era una misma la necesidad, mandó marchar el ejército, habiendo primero condenado á muerte por los jueces catalanes que le seguian y su auditor general, nueve de los prisioneros, por dar cumplimiento al bando. Fueron ahorcados de las mismas almenas del Hospitalet, hasta entonces hospital de peregrinos, dedicado al descanso y clemencia de los miserables, y ahora lugar de suplicio y afrenta.

Ausente por la pérdida del Coll, con poca reputacion, el de Zavallá, gobernaba la plaza de armas de Cambrils don Antonio de Armengol, baron de Rocafort; era cabo de la gente del campo de Tarragona de que constaba el presidio, Jacinto Vilosa, y sargento mayor de la plaza Carlos Metrola y de Caldés; hombres todos de valor y fidelidad á su patria. Estos tres mandaban, pero mas podemos decir que obedecian á la furia y desorden de los súbditos: infeliz y dificultoso gobierno aquel que se constituye sobre gente vil y bisona, donde jamás la industria pudo hallar consonancia entre la multitud de sus voces y sentimientos.

Descubrióse el ejército á tiempo que los de la plaza se daban priesa, unos por salir, y por entrar otros, porque la misma fama del peligro á unos hacia temer y á otros osar. De esta suerte se hallaba casi toda la campaña cubierta de gente del campo, que concurría al socorro, cuando improvisamente fué asaltada de quinientos caballos de los cruzados, con que su teniente don Alvaro llevaba aquel dia la vanguardia.

Formó sus batallones, pensando que el enemigo le esperaba fuera de la fortificacion por impedirle los puestos que pretendia ocupar; empero conociendo en su desorden la buena fortuna, dividió en tropillas los dos batallones de los lados, quedandose firme el de en medio; hizo señal de embestir, y se ejecutó con valor; los contrarios, inadvertidos de su daño, ni sabian huir ni defenderse; deseaban la resistencia, mas no la concertaban. Fueron degollados hasta cuatrocientos hombres, no sin algun daño de los españoles, porque algunos catalanes, amparados de los troncos de los árboles, podían tirando cubiertos, ofender los caballos; murieron y salieron heridos algunos soldados de las tropas, entre ellos la persona de mas importancia, don Miguel de Itúrbida, caballero navarro del orden de Santiago, capitán de caballos reformado.

Recibió el Marques este confuso aviso en medio de la marcha, y mandó que la vanguardia apresurase el paso por dar abrigo á la caballería; hizose, pero no de tal suerte que el ejército viniese en desorden, porque segun las informaciones, cada instante se podia esperar el enemigo con su grueso, dando á este recelo mas ocasion los bosques aun que los avisos.

Esto mismo les sucedia á los de la plaza, que viendo creer tanto el número de los sitiadores, y conociendo por otra parte la desigualdad de sus fuerzas sin llegar el socorro y artillería que esperaban, entendiendo ser su perdicion irremediable, enviaron un religioso carmelita descalzo, pidiendole al General mandase suspender la hostilidad por espacio de cuatro dias, mientras daban aviso á Barcelona.

No era todo temor en los sitiados, sino tentar al Vélez con la promesa, por ver si podian dilatar su peligro hasta ser socorridos como lo esperaban; mas él, reconociendo sus ruegos, respondió que si libremente entregasen la villa á las armas de su rey, les valdria las vidas esta diligencia, y que si se resistian, prometia de pasarlos á todos al filo de la espada, y que él no aguardaba mas por su reduccion que lo que sus tropas tardasen en ponerse sobre la villa.

El Quiñones, despues de haber con su caballería apartado de la muralla la gente que no pareció en la campaña, repartió sus cuerpos de guardia á la larga por las avenidas, y con lo restante de sus caballos ocupó los puestos importantes. Era el mas conveniente un convento de San Agustin, fundado al salir de la villa, frontero de la puerta principal, en parte donde las baterías podian ser provechosas á los sitiadores; procuró hacerse dueño de él, encomendandolo á algunos de los suyos. Entraron como armados, acudieron prontamente á la defensa los frailes; hacen aquellos casos lícitas las armas á todos, pero tambien hacen igual el peligro: hirió de un pistoletazo un religioso á un soldado; retiróse aquel, y otro en su lugar vengó con la vida del que se defendia las heridas de su compañero: no paró allí la furia; mas, ocasionada de la imprudencia, pasaron á mayor número las muertes, á mayor grado los escándalos; quedó, en fin, el convento en manos de los soldados.

Hallabase junto el ejército, y repartidos los cuarteles y ataques con la villa, comenzóse la batería con las piezas menores sin efecto, de que tomaban ocasion los sitiados para defenderse con mayores bríos. Salió el Vélez con pocos que le seguian, á ver una plataforma que batía la puerta principal de la plaza: era este el lugar mas empuñado con el enemigo, y donde se reconocia hasta el pié de la muralla; mas habiendose descubierto con demasiado despejo, cargaron á aquella parte las rociadas de la mosquetería contraria, de que subitamente cayó el Marques y su caballo, herido por la frente de un balazo. Todos pensaron haber aquella hora perdido su general, juzgandole muerto; volvió presto el Vélez, y con sosiego digno de gran capitán subió en otro caballo, templando maravillosamente en su semblante el temor y la alegría.

Hallabase el ejército en esta sazón por todo extremo miserable y falto de vituallas; cosa que á los generales ponía en gran desconsuelo, porque la queja ó la lástima de los hambrientos no dejaba lugar seguro de sus voces: obedecian sin gana; no era tema ó desagrado, porque con la larga abstinencia se iban postrando las fuerzas; acordóse mandar la caballería á refrescar por los lugares del campo, y fueron entrados Monroig, Alcover, la Selva y otros que se hallaron abundantísimos de todos granos y bebidas. Reus, lugar mayor y mas rico, se ofreció voluntario á la servidumbre por escaparse de la furia de los invasores; Valls y algunos mas entrados á la montaña lo prometian tambien; fué todo de considerable alivio para

la hambre del ejército, aunque este mismo remedio, usado desordenadamente, hubo de traer otro mayor daño, porque los soldados, sin respeto á ninguna disciplina, dejaban sus puestos y aun sus armas, y caminaban á buscar lo que veían gozar á los otros. Este descuido despertó la indignación con que los paisanos miraban el estrago de sus pueblos y haciendas; salíanles á los caminos, y hacían en ellos crueles presas; muchos se topaban cada día muertos por la campaña, y algunos disformemente heridos.

Continuabase la batería de la plaza entre tanto, y se mejoraban los aproches encargados á don Fernando de Ribera y al conde de Tiron; porque, como los sitiados no tenían artillería gruesa con que detener al enemigo, ganabase fácilmente la tierra. Esto mismo hacia mayor el peligro de parte de los sitiadores, porque despreciando la defensa de la plaza, se acercaban sin respeto á la mosquetería, con que los tercios cada instante recibían gran daño. Excusóles la facilidad de la empresa el trabajo de abrir trincheras; y así, como no había lugar reparado, no le había seguro. Defendieronse con valor algunos días; pero viendo que por horas se les acercaba el enemigo y que ya no podían excusarse del asalto, comenzó la gente popular á inquietarse, á que la obligaba tanto como el poder del ejército el descuido de Barcelona, donde sucedía lo que suele á veces con la naturaleza, que no sin providencia se descuida de enviar espíritus á la parte del cuerpo ya mortificado. Así la Diputación, creyendo la pérdida de Cambrils, no disponía su socorro por no desperdiciarle, previniéndolo á otra defensa.

Algunos catalanes piensan, y lo han escrito, haber dentro en la plaza hombre que, sobornado del miedo ó del interés, tuvo orden de arrojar gran cantidad de pólvora en un pozo, porque su imposibilidad los trajese mas brevemente al concierto. Ellos, en fin, lo deseaban, perdida toda esperanza de otro remedio; pusieronlo en plática, y llamaron por el cuartel del Ribera; respondióseles, y se entendió querían introducir algun tratado: arrojaron poco despues un papel abierto en que pedían tregua por cuatro días, y se disponían á escuchar cualquier justo acomodamiento. Recibió don Fernando el aviso, remitióle al Vélez con la persona del maestre de Campo don Luis de Ribera, porque le informase de todo lo sucedido; llegó don Luis á tiempo que halló al general con casi todos los cabos del ejército en su estancia; propuso á lo que venía, poniendo el pliego en manos del Vélez, que ni atendió cuidadosamente á recibirle ni mostró despreciarle; pero el Torrecusa, que se hallaba presente, hombre de natural veloz y colérico, mostró gran displacer de la proposición y aun de la embajada, hablando contra todo con aspereza. No era aquel su ánimo del Vélez, antes interiormente deseaba escuchar los sitiados; mas detenido en ver que el Torrecusa, no español, se declaraba tanto contra el atrevimiento de los catalanes, paróse cuerdamente pensando en cómo podría concertar aquellas contradicciones: hallábase á la mesa cuando llegó el aviso, mandó á don Luis se volviese sin haberle respondido nada; platicó con los mas, y encaminó el discurso á otras cosas.

No se divertía el Torrecusa; mas antes considerando profundamente el negocio, el estado en que se hallaban las armas del Rey, y en la súbita resolución que había tomado en todo, vino á caer en gran silencio, y sin hablar, mirar ni oír á ninguno, se estuvo así un espacio, al cabo del

cual, como si verdaderamente saliera de un parasismo, levantóse en pié, y dijo al Vélez que él conocía de su natural ser mas acomodado á la obra que no al consejo; que le suplicaba se sirviese antes de su corazón que de su discurso; que á veces procuraba huir de sus caprichos, pero que su mismo espíritu lo llevaba á encontrarse con exquisitas opiniones; que había hablado con poca consideración en lo que dijera; que el haberlo pensado despues le ponía en obligación de decirse por sí mismo, antes que el daño fuese irremediable; que ya se le estaba representando aquel ejército fatigado de la hambre, todas las esperanzas de su socorro puestas en los vientos, y ellos sin señales de compadecerse, según porfiaban; que el lugar se había defendido algunos días, y lo podía hacer otros tantos, siendo así que menos bastaban á caer su gente en desesperación; que el sitio de la miseria que el ejército padecía, era mas apretado que el en que se hallaba la plaza; que si aquella impaciencia les obligase á anticipar el asalto, forzosamente habrían de perder en él buena parte de gente principal, pues siendo la primera acción de su valor, se arrojaría toda al temprano peligro; que no solo les daban el lugar los que se lo entregaban, mas que tambien de sus manos recibían las vidas que excusaban de perder; que por la misma razón que eran vasallos, no se debían apartar del perdón, antes concederseles á todos tiempos; que lo contrario parecería buscar la ruina, y no el remedio; que su parecer era se oyesen los que llamaban, y se les hiciese todo el favor posible, recibiendo la plaza.

Dijo, y dejó á todos admirados, no menos de su mudanza, siendo cosa contra su condición, que del gran valor que mostrara en reducirse solo á las voces de la razón, pudiéndose notar como caso raro en siglos donde se practican las obstinaciones como grandeza de ánimo, principalmente en los poderosos, cuyos errores parece que nacen ajenos de arrepentimiento, como si la terquedad fuera mas decente á las púrpuras que la enmienda.

Escuchó el Vélez benignamente las palabras del Torrecusa, mas con gentil artificio no quiso seguir las sin otras ponderaciones; mandó luego á todos los que podían votar dijese lo que se les ofrecía. Fué comun el aplauso en los circunstantes, y los que hablaron solo engrandecieron el sentimiento del Torrecusa. Mostró que lo pensaba algo mas el Vélez, y resuelto en lo mismo de que nunca había dudado, ordenó al maestre de campo don Francisco Manuel se fuese á ver con el Ribera, y advirtiéndole de su voluntad (sin llamarle mas de permiso), entrambos ajustasen el negocio, rehusando todo lo posible el modo comun de capitulaciones, que los reales juzgaban por cosa indecente, pero que la plaza se recibiese de cualquier suerte.

Había don Fernando ajustado con los sitiados una suspensión de armas por dos horas, porque como el Marques alojaba distante, era necesario todo aquel espacio para darle y recibir el aviso. Duraba todavía la suspensión cuando llegó don Francisco con la nueva orden; antes que los catalanes recibiesen el primer desengaño, hicieron llamada los sitiadores y salieron al pié de la muralla don Fernando, don Francisco, don Luis de Ribera y don Manuel de Aguiar, sargento mayor del regimiento de la guardia. Bajó de los sitiados el baron de Rocafort, Vilosa y Metrola, y cuando se comenzaba á introducir entre ellos la plática de las cosas, se tocó el arma improvisamente en los cuarteles y villa; con esta ocasión, dejando el

negocio imperfecto, se retiraron unos y otros con gran peligro de los de afuera, que pasaron á su ataque descubiertos á las bocas de los mosquetes contrarios. Fué que como los irlandeses, por estar mas cerca y haber recibido mayor daño de la plaza, deseasen que por sus cuarteles se hiciesen las llamadas y negociaciones, celosos de los españoles, apenas se habia acabado precisamente el término de las dos horas, cuando ignorante ó disimulando el conde de Tiron las pláticas del tratado, hizo romper la tregua contra los que en aquella seguridad se asomaban descuidados por la muralla. Entendió don Fernando el suceso, y avisó al irlandés, que no acababa de reducirse; pero en fin, habiendose detenido, volvió á salir el Aguiar con muestras de gran valor á solicitar la segunda plática; continuóse la tregua, y se volvió al tratado. Duró poco la negociacion, y sin otro papel ó ceremonia, como gente inesperta en aquel manejo, el Baron y los dos prometieron poner la plaza en manos del marques de los Vélez en nombre del rey don Felipe, sin mas partido ó concierto que esperar toda clemencia y benignidad, como se podian prometer de un general del Rey Católico, casi natural, de sangre ilustre y de ánimo pio.

Con este ajustamiento, que se quedó en la verdad de unos y en la esperanza de otros, se partió don Francisco á dar razon al Vélez de lo sucedido, que con mucho aplauso recibió la nueva, y aprobó todo lo que se habia obrado, juzgandolo por conveniente al estado de las cosas, sin ofensa á la majestad del Rey y reputacion de las armas.

Dejóse la entrega para el otro dia, temiendose que si luego se ejecutaba, podia causar gran turbacion al ejército, donde todos esperaban el saco, no con menos ira que ambicion. Es uso en tales casos poner el ejército sobre las armas; porque, estando firme cada uno en su puesto, no dé ocasion al tumulto: olvidóse ó disimuló el Torrecusa esta diligencia, quizá por entender que la ocasion no merecia ser tratada con los mismos respetos que las grandes. Mandó que solas dos compañías de caballos ciñesen la puerta por donde habian de salir los rendidos; pero, despues de cerrada la media-luna de la caballeria, se comenzó á inquietar la gente y cargar allí con sumo desorden; en fin, se ejecutó la salida en presencia del Torrecusa y algunos maestros de campo.

Salían, y los soldados, gente que por su oficio piensa es obligada al daño comun, hacian excesos por desbalijar los catalanes: algunos lo sufrían, segun la miseria en que se hallaban; otros con entereza se defendían, como les era lícito. Dió principio al lamentable caso que escribimos la codicia é insolencia, antiguo origen de los mayores males; metióse por entre los caballos un soldado á quitarle á un rendido la capa gascona con que venia cubierto; forcejó el rendido en defenderla, y el soldado porfió en quitarsela; sacó un alfanje el catalán, hirió al soldado: quisieron los de la caballeria castigar su atrevimiento dandole algunas cuchilladas; por lo cual, temerosos aquellos que lo miraban mas de cerca, pensando que la muerte les aguardaba engañosamente, procuraron escaparse por todas partes, sin mas tino que el débil movimiento que les ministraba el temor. Otros soldados de la caballeria, que no habian sabido el principio de su alteracion, sacaron las espadas, oponiendose á la fuga de los que miserablemente huían del antojo á la muerte: esparcióse luego en el campo una maldita voz que clamaba traicion repetidamente, de quien sin falta fué autor alguno de los heridos, porque entre

ellos tenia mas apariencia de poder pensarse y temerse que no dentro de un ejército armado y vencedor. Todos gritaban traicion; cada uno la esperaba contra sí, y no fiaba de otro ni se le acercaba sino cautelosamente; no se oían sino quejas, voces y llantos de los que sin razon se veían despedazar; no se miraban sino cabezas partidas, brazos rotos, entrañas palpitantes; todo el suelo era sangre, todo el aire clamores; lo que se escuchaba, ruido; lo que se advertía, confusion; la lástima andaba mezclada con el furor; todos mataban, todos se compadecían, ninguno sabia detenerse. Acudieron los cabos y oficiales al remedio, y aunque prontamente para la obligacion, ya tan tarde para el daño, que yacían degollados en poco espacio de campaña casi en un instante mas de setecientos hombres, dandoles un miserable espectáculo á los ojos. Aumentó su turbacion ver el ejército puesto en arma; atónitos, se preguntaban unos á otros la causa y el orden con que habian de haberse; sosegóse la furia de la caballeria, porque faltaron presto vidas en que emplearse; pasó aquel obscuro nublado de desastres, y se mostró la razon, y tras ella el dolor y la afrenta de haberla perdido.

Salía el Vélez de su cuartel á caballo cuando recibió la nueva del suceso, y aunque todos le disminuían á fin de templar su desconsuelo, todavía habiendo oido el lamentable caso, y juzgando por la gran inquietud de todos su violencia, volvióse atrás, y se retiró á su aposento, donde ninguno le vió aquel dia sino los muy suyos. Lloró el suceso cristianamente, abominó el hecho con palabras de grandísimo dolor, diciendo que si viera delante de sus ojos despedazar dos hijos que tenia, no igualara aquel sentimiento; que ofreciera con gran constancia las inocentes vidas de sus hijuelos, á trueco de que no se derramase la sangre de aquellos miserables; palabras cierto dignas de un caballero católico, y que yo escribo con entera fé, habiendolas oido de su boca, y me hallo obligado á escribirlas, por la gran diferencia con que algunos papeles de los que se han hecho públicos hablan de este caso.

No descansaba el Torrecusa y los maestros de campo de sosegar el ejército, trabajando lo posible por reducir la gente á orden militar; consiguióse tarde; enterraronse los muertos con gran diligencia, disimulando su número, como si verdaderamente con ellos se enterrase el escándalo; apartaron de los ojos los lastimosos cadáveres; cubrieron los cuerpos y la sangre, mas no la memoria de un tal hecho. (Semejante lo escribe en Jubiles nuestro don Diego de Mendoza en la *Guerra de Granada*; parece que como nos dió la luz para escribir, nos ministra el ejemplo.) Despues se entendió en el saco, repartiendose la villa por cuarteles á tercios, segun uso de la guerra.

Habiase tratado en junta particular de los jueces catalanes que seguían al ejército qué género de castigo se daría á los comprendidos en el bando real impuesto al Principado; porque, segun él, todos eran convencidos en crimen de traicion y rebelion, y por esto dignos de muerte; porque el tratado no les concedía mas de la esperanza del perdon, que no obligaba al Rey cuando la piedad se contraviniese con la conveniencia; que ellos se habian entregado á disposicion y arbitrio de los vencedores; que sus vidas eran entonces dos veces de su señor, la una como vasallos, la otra como delincuentes. Determinóse que para poder satisfacer al castigo sin faltar á la clemencia, convenia una ejemplar demostracion en las cabezas, orde-

nada al temor de los poderosos, en cuyas manos estaba el gobierno comun, y que con los otros se podia usar misericordia, dandoles vida.

El Vélez no se atrevia á perdonar ni deseaba el castigo; parecióle mas seguro, hallando dificultades en todo, dejar á la justicia que obrase; pero aquellos ministros, hombres de pequeña fortuna, ambiciosos de los frutos de su fidelidad, no descubrian otra satisfaccion sino la sangre de sus miserables patricios. Con este pensamiento y la libertad en que el Vélez los habia dejado para que ejecutasen sin dependencia las materias de justicia, prendieron al punto los cabos y magistrados de la villa; eran el Rocafort, Vilosa y Metrola, con los jurados y baile: fulminóseles el proceso aquella misma tarde, sin que se les diese noticia de sus cargos ó admitiese alguna defensa de ellos. Lo primero que entendieron, despues de su temor, fué la sentencia de muerte, que se ejecutó aquella noche, dandoles garrote en secreto: amanecieron colgados de las almenas de la plaza, y con ellos sus insignias militares y políticas, porque la pena no parase en solo la persona, antes se extendiese á la dignidad, amenazando de aquella suerte todos los que las ocupaban en deservicio de su rey.

Miróse con gran espanto de todo el ejército, y se escuchó con excesivo enojo del Principado la muerte de los condenados. Entre los castellanos pensaban algunos se habia hecho violencia á las palabras de su entrega; porque los catalanes verdaderamente, creyendo que negociaban con mas liberalidad el perdón, no le especificaron en el tratado: es fácil cosa de entender que ninguno habia de concertar su muerte, por mayor que fuese el peligro. De este parecer eran todos los que manejaron la entrega; pero sentian, mas no remediaban.

Con los mas rendidos se usó diversamente, segun los diferentes pueblos de que eran naturales; salieron libres los vecinos de los que habian recibido las armas católicas, condenando á galeras los moradores de las villas que seguian la voz del Principado.

Tambien á la plaza no quedó solo el castigo de las baterías y el saco; mandóse arrasar la muralla; era grande la obra, pedia mas largo tiempo de lo que el ejército podia detenerse; contentaronse de batir una cortina principal hasta ponerla por tierra, y volar con una mina la mayor torre.

Era Cambrils lugar de cuatrocientos vecinos, puesto casi junto al agua, en medio de una vega, fértil de viñas y olivares; y así por esto como por su ancon, capaz de embarcaciones pequeñas, rico y nombrado entre los del famoso campo de Tarragona, plaza de armas principal de toda aquella frontera, desde entoces acá célebre por su estrago.

Alegrábanse en demasía los hombres fáciles é inconsiderados con los buenos sucesos del ejército, y juzgaban la guerra por acabada brevemente, segun el paso á que caminaban venciendo. No se puede llamar buena suerte aquella que solo favorece los cortos empleos; antes entre los prudentes causa algun género de temor ver que la felicidad se encamine á cosas pequeñas; porque, segun la experiencia muestra, de ordinario se siguen grandes trabajos á las menores prosperidades. Así discurria el Vélez, casi temeroso de lo sucedido, cuando pensaba en el valor de las cosas que le faltaban por emprender.

Hallabase junto á Tarragona, ciudad grande y fortificada (segun los avisos), socorrida con armas auxiliares y cabos expertos: su ejército falto, particularmente de artillería conveniente para las

baterías gruesas, pobrísimo de vituallas, y casi cerrado el puerto que dejaba á las espaldas para ser socorrido. Ni el Garay y sus seis mil infantes, de que el Rey avisaba, ni las galeras para servicio del ejército habian llegado: conocialo, y lo temia todo; porque de la falta, y aun de la tardanza, de cualquiera de estas cosas pendia el acierto y dichoso fin de aquella guerra, en que todo el mundo tenia los ojos, y de que España esperaba su bien y quietud.

Entendió su cuidado el duque de San Jorge, á quien la edad y gallardia de espíritu incitaba á que buscarse una gran fama por medio de algun eminente suceso: cosa contra todas las reglas de la prudencia, porque á los famosos varones no será tan loable emprender los casos arduos voluntariamente, cuanto el llevar constantes aquellos en que los metió la fortuna.

Habia, como dijimos, entendido sus pensamientos del Vélez, y ofreció facilmente ganarle á Tarragona por interpresa la noche siguiente. Ni la habia visto ni sabia de su defensa mas de lo que le informaban; resolvióse temerario; mas aun así, supo dar tales razones, que juntas á la necesidad y á lo que se fiaba de su valor, hacian apariencia de posibilidad, en que el deseo suele acudir á los ánimos que dejan atropellarse de fantasmas. Tanto dijo el Duque y con tal afecto, que el Vélez intentó enviarle: detuvose admirablemente, difriendolo hasta el otro dia; pero tratandolo despues con personas de su consejo, salió de aquella inclinacion, y mandó que marchase el ejército; y tambien sobre el camino que debia seguir se levantaron dudas.

Hacen el mar y tierra entre Cambrils y Tarragona un puerto asaz nombrado en toda la costa meridional de España, dicho Salou, famoso antiguamente por el hospedaje de la armada de Cneyo Escipion, donde la guardó y detuvo contra Anibal. Allí, por conveniencia de las galeras, que desde Barcelona á Vinaroz no hallan otro abrigo acomodado, comenzó á fabricar Carlos V un fuerte pequeño de cuatro baluartes en la eminencia del puerto: llegó la obra casi á ponerse en defensa por la parte de la marina; pero en los caballeros que miran á la campaña, como cosa entonces menos necesaria, no igualó los mas. En este estado la dejó aquel gran capitan y glorioso monarca, y lo conservó el descuido de las edades pacíficas que sucedieron á su imperio, hasta que, abiertas en España, como en Roma, las puertas de Jano, volvió otra vez la guerra á levantar su edificio por mano de los catalanes con vivísimo cuidado de prevenir la defensa de aquel puerto, mas que ningun otro dispuesto á sus designios, y peligroso por invasion de armadas. Habianle puesto de tal suerte, que pareció capaz de recibir y conservar presidio: esta era la noticia de sus fuerzas con que el ejército se hallaba, y si bien en lo mas se habla siempre dudoso, todos creian que el fuerte se prevenia para la defensa.

Marco Antonio Gandolfo, teniente de maestre de campo general, ingeniero mayor del ejército, hombre de gran suficiencia en las fortificaciones, habiendo reconocido el fuerte, era de parecer no se embarazase el ejército en cosa de tan poca importancia, que á la vista de los escuadrones solamente esperaba se entregase; decia que no era conveniente, cuando sabian que Tarragona, plaza principal, hallaba corto el tiempo para sus preparaciones, se lo aumentasen ellos tardando muchos dias en ir sobre ella; que esta tardanza vendria á ser el mayor socorro que le deseaban

sus amigos; que hecha la frente sobre la ciudad, cuando el fuerte se resistiese, se podia entonces facilmente enviar alguna gente suelta á aquel servicio, cuanto mas que la costumbre de los ejércitos era postrar con la opinion todo lo que no podia defenderse.

Opúsose á su parecer el Torrecusa, ó porque entendiase lo contrario, como mostraba, ó porque naturalmente aborrecia al Marco Antonio, viendole en suma estimacion de soldado y mayor crédito cerca del Conde-Duque que ningun otro de su órden. Arrimabase el Torrecusa á aquella máxima de la guerra, á su parecer indispensable, de no dejar plaza á las espaldas; añadia que sobre ser plaza, era puerto capaz de recibir socorros dañosos al ejército, que no podia llegar á impedirselos de lejos; que si llegasen en aquella sazón las galeras de España y la gente que esperaban de Rosellon, se hallarian sin puerto en que recogerlas; que el invierno riguroso no hacia fácil, sino imposible, la desembarcacion en la marina; que entonces les seria forzoso volver atras por ganar lo que habian despreciado primero.

El Vélez se inclinaba mas al parecer del Gandolfo; mas viendo que su maestro de campo general lo impugnaba constante, mandó siguiesen su órden, y el ejército se fué á alojar en un llano que yace entre Salou y Villaseca; esta al septentrion y aquel á mediodía, distantes uno del otro poco mas de media legua. Era Villaseca lugar corto, mas cerrado, fortalecido de una iglesia antigua y fuerte, eminente por su fábrica, no por su sitio, á todo el pueblo; con lo que se prevenia á la defensa, obligado de las órdenes de Tarragona.

Marchaba el Vélez la vuelta del puerto y villa, cuando en el camino recibió un pliego y mensajero de persona particular (cuyo nombre se calla por ser ajeno de mi intencion dañar á ninguno con esta escritura, ofrecida solamente al aprovechamiento de todos). Dabale cuenta del estado de Barcelona, hacia juicio de los ánimos de sus moradores, avisaba y prevenia algunas cosas tocantes al partido real, pedia moderacion en la hostilidad de algunos lugares. La atencion del Vélez en recibir la carta, y las cautelas con que fué agasajado el que la traia, hizo que de ella se esperasen mayores cosas de las que á la verdad contenia. Si fueron otras, no llegaron entonces á nuestra noticia.

Continuóse la marcha, y el Torrecusa, con cuatro tercios de la vanguardia, se puso sobre el fuerte, formando sus escuadrones al pié de la montaña mas dilatada que eminente, en que está fundado el castillo, y ocupando con el regimiento de la vanguardia el cuartel de la bateria; compusola de cuatro medios cañones, hizo cubrir la gente, repartió los cuerpos de guardia de caballería é infantería á las partes por donde podia bajar el socorro, y habiendolo dispuesto con suma brevedad, comenzó á batir al primer cuarto de la noche.

La retaguardia, gobernada del Xeli, avanzó todo lo posible, y fué á amanecer sobre Villaseca; defendiala monsieur de Santa Colomba, teniente de mariscal de campo, con trescientos naturales y algunos franceses que le acompañaban; habiale convidado el Espernan el dia antes para reconocer la capacidad del sitio y defensas, por si fuese conveniente embarazar allí al contrario cuando intentase atacar á Tarragona.

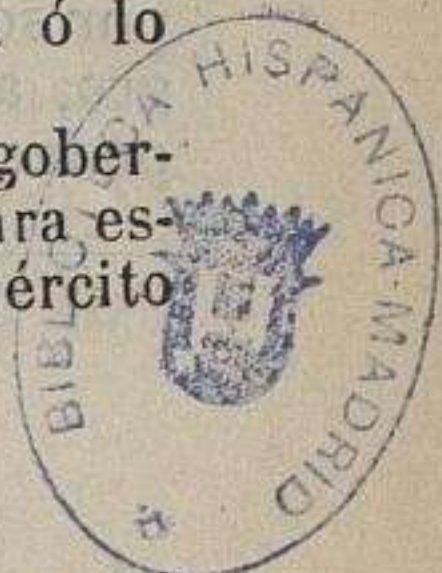
Batiale el Xeli furiosamente, como en oposicion al Torrecusa, que habia comenzado primero; continuaronse unas y otras baterias, hasta

que casi en una hora misma Villaseca fué entrada por brecha y asalto con poca resistencia, y menor daño del ejército, y Salou se entregó por monsieur de Aubiñí, que la defendia. Fuera venido al mismo tiempo y servicio que el Santa Colomba á Villaseca: quedaron los dos prisioneros y un cónsul de Tarragona, que se hallaba dentro del castillo, y trataronlos con gran deferencia, á que su natural dió causa. Al Santa Colomba se guardó aquel respeto que en la guerra se debe á tales hombres, porque el imperio no contradice la urbanidad, antes la engrandece. El Aubiñí fué llevado á prision, retirandole con poca cortesía, despues de haber hablado sin comedimiento á los generales en demanda de su libertad.

Enviara Espernan el dia antes (no sin industria) un trompeta y carta al Torrecusa, en memoria del conocimiento que habian tenido desde la guerra de Salses; fundaba así la razon el haberle escrito; preciabase de tenerle por contrario (llega la vanidad de algunos á hacer gloria del odio, como la pudieran hacer de la amistad): deciale que se hallaba defendiendo aquella plaza, que deseaba entender el modo de hacer la guerra; que pareciendole conveniente, podian asentar el cuartel y canje sin diferencia de catalanes y franceses, segun el uso de las naciones políticas. Causó esta proposicion gran cuidado en los ánimos de muchos; llamó el Vélez á consejo, y allí fué mayor la diferencia; despues se redujeron todos al parecer del San Jorge; respondiése al Espernan que primero quisiese declarar por cuál razon se hallaba dentro de los reinos de España haciendo guerra, si como capitán del Rey Cristianísimo enemigo y quejoso del Católico, ó si como auxiliar de una nacion rebelde á su señor natural. A dos fines se encaminaba esta respuesta: el primero á excusarse de diferir luego en materia de tanta importancia, en que la experiencia podia aconsejar mejor que el discurso; el segundo á darle á conocer á Espernan que quien advertia la diferencia de los asuntos de la guerra sabia no menos acomodarse á ellos en el modo de ella, segun su resolucion. Con esto pretendian tambien templar su orgullo, dandole á temer lo mismo que temian; aunque su intencion era firmísima de conceder el cuartel, así como lo pedia el francés.

Tardó la respuesta de Espernan, porque igualmente esperaba le aconsejase el suceso para saberse determinar, y tomando esta ocasion el San Jorge, hombre aficionado á la nacion y lengua francesa, introdujo su plática con el de Santa Colomba, diciendole que extrañaba mucho que su general quisiese confundir las razones de aquella guerra, persuadiendose que los españoles no distinguieran el tratamiento que se debe al contrario ó al rebelde; que no sabia con qué ocasion podia detenerse en la respuesta, siendo cierto que comenzandose las escaramuzas y reencuentros, habia despues la razon de seguir á la furia; que ninguno en la venganza es prudente. Entendióle el Santa Colomba, y que su razonamiento se encaminaba á algun partido; ofrecióse á tratarlo si gozaba libertad; pareció que convenia, y fué enviado cortesmente y con mejores noticias del poder del ejército, que los franceses no juzgaban por tal, segun las erradas informaciones de los catalanes, que ó no lo creian ó lo disimulaban.

Entre tanto monsieur de San Pol, que gobernaba las armas en Lérida, entendió que para estorbar alguna parte de los progresos del ejército



I. C. H.

en todo aquel distrito, seria conveniente hacer entrada en Aragon y algunos lugares de la ribera que estaban á devocion del Rey Católico; y tratandolo con el magistrado, pareció se diese luego aviso á don Juan Copons, para que con la gente de su cargo intentase al mismo tiempo alguna faccion en Tortosa ó en la villa de Orta, que tambien seguia el bando real. Juntó el San Pol su gente en copioso número: constaba todo el grueso de siete tercios de los partidos de Tárrega, Agramunt, Pallás, Manresa y Cervera, con la gente de Lérida, sus maestros de campo, el paber (1) en cap de la misma ciudad, don Luis de Peguera, don José Pons de Monclar, don Francisco de Villanueva, don Miguel Gilbert, don Pedro de Aymerich, don Luis de Rejadell. Con esta infantería y algunos pocos caballos salieron á campaña, y discurriendo sobre qué lugar podrian acometer, hallaron ser mas acomodado á sus designios Tamarit de Litera, puesto en la ribera del Cinca, que los españoles habian hecho cuartel de los tercios de Navarra, á cargo del señor de Ablitas; pero el San Pol, por evitar la prevencion con que el contrario podia esperarle, mostró mover sus tropas á otra parte. Revolvió al anochecer, y enderezóse á Tamarit: llegó sin ser sentido, y escaló improvisamente el cuartel, que no pudo resistirse, ayudando la buena ocasion al mas poderoso; murieron algunos de los navarros, y fueron prisioneros hasta ciento y cincuenta, de que avisados los de Fraga, acudieron á su socorro el conde de Montijo y el Parada; llegaron tarde, porque el San Pol, habiendo hecho su asalto, marchaba ya la vuelta de Lérida.

Es Lérida principal ciudad entre las de Cataluña, llamada de los geógrafos Ilerda (y Leyda bárbaramente): fué edificada de los antiquísimos sardones, pobladores de la Cerdaña, en la ribera del rio dicho entonces Sicoris, y ahora de nosotros Segre, famoso en las historias romanas, mas que por su caudal, por las batallas que se dieron en sus campos cuando los romanos dominaron en España, Escipion y Aníbal, César y Afranio. No bastaron tiempos ni el diferente ejercicio, trocando las armas por las letras de su universidad, para que Lérida olvidase su belicoso principio, volviendo otra vez á ser presidio observantísimo de la disciplina militar.

El Copons con su tercio y algunas otras compañías de almogavares, ó miquelets, bajó sobre la villa de Orta, desesperado de que en Tortosa pudiese obrar cosa importante; sitióla y apretóla tanto, que los moradores, obligados de la necesidad, pidieron tiempo para entregarse; concedióselo el Copons, y habiendose acabado el término, pidieron segundo y les fué dado; gastóse sin fruto una y otra tregua; tercera vez la intentaron los sitiados, esperando por instantes el socorro de Tortosa; pero el Copons, como despechado de sus irresoluciones, embistió la villa y la ganó. Dicen que pudiera defenderse mas, por ser bien cercada de muro y fortalecida de un castillo; pero que el mismo temor que sin otra ocasion obligó sus moradores á entregarse á las armas católicas cuando las tenian vecinas, hizo como ahora se postrasen á su enemigo.

El gobernador de Tortosa, Diego de Medina, soldado de larga experiencia, trabajaba en tanto por socorrer la villa; temió al principio el peligro, así como miraba contra sí la amenaza del poder contrario; no obstante envió quinientos

infantes á cargo del sargento mayor don Diego de Mendoza, y le mandó que con ellos se adelantase todo lo posible hasta socorrer la villa. Llegó don Diego, y la halló atacada por el enemigo; no quiso tentar la fortuna ni haberla menester; volvióse otra vez, sin hacer mas que darle aquella mayor circunstancia á la gloria del catalan, de ganar la plaza á vista del socorro. Con la pérdida de Orta y asalto de Tamarit creció la reputacion á las armas provinciales, y las del Rey desfallecieron en el crédito que las ocasiones pasadas les habian dado.

Apenas el Vélez pudo acomodar las cosas del fuerte y puerto de Salou, cuando mandó marchar el ejército la vuelta de Tarragona en tal concierto, como si la esperanza del tratado no estuviese asegurando todo acomodamiento. Diósele cargo al duque de San Jorge que con mil caballos y cuatrocientos mosqueteros fuese á ganar los puestos sobre Tarragona, y le seguian dos mil infantes para formarse en aquellas partes que eligiese. Previnose el San Jorge, como hombre ambicioso de una gran fama; sintió despues que los negocios se encaminasen por otra via que las armas.

Hallabase Espernan en la plaza afligido y engañado; porque mirando ya tan de cerca y tan poderoso al enemigo, no reconocia en los moradores verdadero ánimo de resistirle, ni tampoco medios para resistencia. De los socorros prometidos por la Diputacion, solo habia llegado el tercio dicho de Santa Eulalia, de ochocientos infantes bisoños; no se juntaba otra infantería, ni de los regimientos de Francia tenia seguras noticias. De otra parte, la ciudad, grande y sin defensa capaz, no prometia firme resistencia; el vulgo, dividido en bandos, solo servia al temor; unos querian al Rey, otros la república; estos y aquellos se conformaban en disponer su daño. Hallabase Tarragona falta de forrajes y aun sin los víveres necesarios, falta de municiones; cosa que sobre todas se le representaba terrible á Espernan, por no ser visto jamas que una plaza comience á esperar sitio con menos caudal que otras cuando le acaban. Estas dificultades que reconocia cada hora, mas que el horror del ejército, le ponian en desesperacion de la victoria. Haciasele dificultoso el haber entrado en la ciudad; pero llegó á creer que no estaba obligado á la defensa de los mismos hombres que se desayudaban en ella; que ninguno debe hacer mas por otro que él hace por sí mismo, ni esperar de él mas de lo que sabe ayudarse. Esforzó su desconfianza la plática del monsieur de Santa Colomba, que con verdad y experiencia le informaba del poder contrario, de la inclinacion que hallara en sus cabos para el acomodamiento; pensólo, y halló no ser para despreciar el peligro. Otros dicen que cotejandole con su instruccion secreta, juzgó ser este el uno de los casos en que se le ordenaba la retirada: aficionóse al remedio y puso por obra.

Pretendia el Vélez que no solo los franceses desamparasen la ciudad, sino que el mismo Espernan trabajase lo posible por reducir el magistrado á que se entregase modestamente en manos del Rey; dabale á entender con destreza lo mismo que el Espernan estaba experimentando; que la gente mas principal de Tarragona no afectaba á la defensa, y el pueblo la temia; pero Espernan, no obstante que lo entendia, le excusó de aquel discurso; antes, por cumplir la satisfaccion de su ánimo, envió á proponer á los diputados la resistencia. Despachó á Francisco de Vilaplana, te-

(1) Nombre que tenian los regidores en Lérida.

niente general de la caballería del país; deciales cómo había llegado á Tarragona, y que si bien los medios no eran acomodados á la defensa, que él ofrecía su vida por el bien del Principado; que la infantería era poca, que le socorriesen de alguna, y que haría desmontar la mitad de la caballería para guarnecer y defender su muralla, y con la otra parte saldría á campaña para inquietar el enemigo; que esto era lo mas que podia hacer de su parte; que ellos dispusiesen de la suya de tal suerte que su voluntad no se malograra.

Pero los diputados, ó con mas reconocimiento de sus pocas fuerzas, ó con mayor deseo de emplearlas en cosas útiles y posibles, ó tambien persuadidos de algunos aficionados secretamente al Rey, se fueron dilatando de tal suerte, que el Espernan descifró en su confusion su respuesta, juzgando que ellos no osaban á elegir su perdicion, y antes se acomodaban á sufrirla. Resolvióse con esto, y envió el Santa Colomba al ejército católico, que halló ya tendido hermosamente por la cima de un repecho opuesto á la mejor frente de la ciudad, que mira al ocaso.

Hallabase el ejército en bellísima forma, y tal, que visto desde la plaza parecia mas numeroso. El arte sirve utilmente á la fuerza: la caballería se alojaba en lo llano, la artillería en la batalla, la vanguardia ocupó el cuerno derecho, la retaguardia el izquierdo. El Vélez hizo su cuartel en una casa de campo, fábrica del Grosó, genovés, junto á la marina. Así recibió al Santa Colomba, á quien escuchaba y respondia el San Jorge, y despues de haberse ajustado en algunas dudas, se resolvieron los dos, en el nombre y fe de sus generales:

Que el maestro de campo general monsieur Espernan desocupase la ciudad de Tarragona de su persona y de las armas cristianísimas que se hallaban en ella; que de la misma suerte retiraria todas las tropas de su cargo, así de caballería como de infantería, que en aquella sazón se hallasen entre Barcelona y Tarragona; que su persona de Espernan no entrase en ningun lugar fuerte del Principado ni defendiese alguna plaza que le fuese encargada por la Diputacion; que haría todo lo posible por reducir al servicio del Rey Católico el tercer conseller de Barcelona, coronel del tercio de Santa Eulalia, y que su gente se incorporase entre el ejército real; que dispondria, mediante su autoridad y oficios, se entregase en manos del marques de los Vélez aquella venerable insignia y pendon que se hallaba dentro en la plaza; que aconsejase á la ciudad cómo por sus diputados viniese á solicitar la gracia del Rey, pidiendo perdon de sus yerros.

Algunos papeles que se han escrito en Cataluña y han llegado á mis manos, impresos y manuscritos, quieren que Espernan capitulase con el Vélez sin dar noticia al magistrado de lo que pretendia hacer; pero no parece creible que un hombre cuerdo y extranjero concertase la reduccion de una ciudad sin consentimiento de sus ciudadanos.

Los naturales, atentos al peligro que les estaba esperando, recibian sin hostilidad al ejército, no impidiendole el paso: cosa de que claramente se entendió que ellos aspiraban mas al negocio que á la resistencia.

Volvió el Santa Colomba á la plaza, y aquella misma noche remitió el Espernan firmadas las capitulaciones por manos de monsieur de Boesac, general de su caballería. Recibióle el Vélez cortesmente, firmó tambien lo capitulado con el francés, y á otro dia se vieron en el campo español y

comieron juntos unos y otros cabos castellanos y franceses.

No tardó la ciudad y cabildo eclesiástico en venir á humillarse á la majestad del Rey en la persona de su general; vino, y con aquella pompa y autoridad usada entre ellos á imitacion de las repúblicas; pero el Vélez, notandolo atentamente, les mandó dar á entender, antes de escucharles, cómo aquella era ocasion de toda humildad y reverencia; y que así, se debian ofrecer delante su persona con la mayor postracion posible, y no en aquella forma. Cumplieron los diputados la órden impuesta, no dejando de temer que topasen luego al primer paso de su congratulacion efectos del enojo; pero juzgando por otra parte á buer suerte que sus castigos parasen en demostraciones vanas ó poco sensibles, obedecieron gustosamente, y entraron como les fué ordenado.

Recibiólos el Vélez á pié y descubierta poco espacio fuera de su cuartel; llegaron ellos de la misma suerte, y añadiendo algunas lágrimas y señales de temor, habló primero don Antonio de Moncada, canónigo de su iglesia, por el estado eclesiástico; luego los diputados casi dijeron todas unas mismas cosas, y llevaron la misma respuesta con gravedad y entereza pronunciada. Decia que en nombre de su majestad católica recibia aquella ciudad en su obediencia, por estar seguro de que sus ánimos se arrepentian mucho de los errores pasados, y que habian de dar al mundo en finezas y en servicios grande satisfaccion de sus culpas.

Mientras duraba esta ceremonia y las cortesías y convites del Espernan y los suyos, el conseller coronel, desesperado de remedio, se escapó de la ciudad, llevando consigo el pendon con que habia entrado en ella; siguieronle de los fieles á la república los que quisieron seguirle: salió con facilidad y secreto.

Habiase ajustado que la entrega de la plaza se hiciese al otro dia, 24 de diciembre; cumpliolo el Espernan, y envió luego á excusarse de la retirada del conseller y pendon en la forma que habian concertado: ordinarios peligros en que suelen hallarse todos los que prometen sobre acciones ajenas.

El Vélez todavia conservaba aquel engaño comenzado en la corte, procedido de las falsas inteligencias que habia con catalanes; entendia (obligado á entenderlo), de los avisos del Rey, que en Tarragona se hallaban solamente doscientos caballos; despachó el San Jorge para que contemporzase con las últimas ceremonias de Espernan, encargandole advirtiese cuidadosamente el número y bondad de su caballería, atento á lo venidero.

Habian los franceses sacado sus tropas á campaña por la parte que mira al camino de Barcelona, formandose en diez y siete batallones medianos, que entre todos hacian mas de mil caballos; no fué solo urbanidad, sino artificio para que entretanto la infantería catalana, que se retiraba, sus caballos y bagajes tuviesen tiempo de mejorarse en las marchas.

Despedido, en fin, el Espernan, y vacia la ciudad de las armas francesas, se dispuso luego la entrada del Vélez, y se alojaron en ella cuatro tercios de infantería, repartiendo los mas por los lugares convecinos. Entró el marques aquella tarde acompañado de toda la corte del ejército, el magistrado de Tarragona y otros nobles de la ciudad; caminó á la iglesia mayor, donde fué recibido con las pias ceremonias con que la Iglesia se

alegra en los triunfos de sus hijos; los demás tercios y caballería marcharon á sus cuarteles.

Es Tarragona uno de los mas antiguos pueblos de España y que en ella ha dado mayor ocupacion á las historias. Muchos autores la tienen por edificio de Tubal, llamandola Tarazoan, que en voz armenia y caldea (propias entonces) dicen significa ayuntamiento de pastores, por comenzar su poblacion en esa manera. Otros, deshaciendo algo en su antigüedad, quieren la fundase Taraco ó Tearco, principe de Etiopia sobre Egipto, natural de los pueblos leucotiopes; el cuál, venido á España, y despues de retirado de Cádiz mañosamente por los fenices, pasó á las riberas del Ebro, donde batalló con Teron, capitan de los ébricos españoles (que hoy son los cántabros), y fué por él vencido y arrojado. En la edad de romanos subió Tarragona en gloria y edificios. Antes de Cneyo Escipion se hallaba ya cercada de muros; pero de los Escipiones alcanzó su mayor lustre, haciendola plaza de armas general contra los cartagineses. Recibió la fe católica cuando los primeros pueblos españoles, por lo que su iglesia, sobre metrópoli en su provincia, pretende con Toledo y Braga la primacia de las Españas. Edificóla su fundador en una eminencia que viene á caerse poco á poco en el mar, donde despues la tierra humilde se dilata en una aguda punta, y ayudada del muelle, forma abrigo, aunque corto, á los bajeles; la cuerda de los cerros que sube á septentrion va siempre creciendo y levantandose hasta que se remata en algunas peñas, que del todo encubren la ciudad á los que la buscan por la parte oriental; el medio arco que describe de poniente á mediodia es mas descubierta; pero no sin alguna defensa de antiguas torres y baluartes modernos. El número de sus moradores con pocos pasaba de tres mil; sus calles angostas, sus fábricas demuestran mas años que grandeza. Tal fué Tarragona hasta aquellos tiempos que comenzó la guerra, que es cuando la vimos; ahora será solo esta en el estado de sus principios.

Siguióse al buen suceso del Vélez en la reduccion de la ciudad otro no menos favorable á sus intentos. Amanecieron surtas las galeras de España y Génova en número de diez y siete; poco despues el mismo dia llegaron los bergantines de Mallorca, con que el ejército recibió alegría, porque de ambas flotas esperaba ser socorrido con gente, municiones y la artillería prometida de Rosellon. Pero en breve se entendió que las galeras no traian mas de la persona de don Juan de Garay, conforme á las antiguas órdenes que se le habian enviado de la corte.

Gobernaba las de España don García de Toledo, marques de Villafranca, y las de Génova Juanetin de Oria, hermano del duque de Túrsis, á las órdenes del Villafranca. Desembarcó don Juan, y fué bien recibido del Vélez, que, aunque deseaba mas su ejército, mostró estimar igualmente su persona (á veces vale mas la de un capitan grande). Solo el Torrecusa dió á entender le desplacía su venida, y mucho mas viendole solo y sin armas que gobernase, porque entonces temia que ó se le diesen por compañero en el manejo de aquel ejército, ó que de sus tropas le separasen algunas con que emplearle. Era tal la opinion del huésped, que ninguno lo esperaba ocioso; y verdaderamente ello se fué disponiendo de tal suerte, ayudado de algunas calumnias de hombres entremetidos, que el Vélez se vió á peligro de perderlos á entrambos, ó por lo menos en desesperacion de aprovecharse de los dos: cosa que de-

seaba, y de que supiera usar con destreza si la sequedad del Torrecusa y presuncion del Garay le dieran algun espacio para hacerlo.

Excusabase don Juan de no haber traído la infantería de Rosellon, diciendo que la guerra estaba por aquella parte tan viva, que mas se hallaba en estado de ser socorrida que de socorrer á ninguno; que las plazas eran muchas, y poca la gente para guarnecerlas; que los catalanes andaban en campaña, y que las tropas del Ampurdan hacian cada dia mas fuerzas y venganzas en los países fieles. No le faltaban razones para poder excusarse de no venir armado; pero con ninguna satisfacía el haber venido; donde se entendió entonces que el Garay, temeroso de los progresos de Rosellon, tomó aquel motivo para dejar la provincia, juzgando que en el nuevo empleo de las armas prometidas aseguraba sus mejoras; que en Rosellon se peleaba con franceses, y en Cataluña con naturales bisoños y mal armados, de quienes no se podia dudar la victoria, embistiendoles tan copiosos ejércitos.

Dispusose luego la desembarcacion de la artillería: eran seis cañones enteros y otras piezas necesarias, hasta el número de veinte, y los mas pertrechos convenientes á su cantidad. Tratabase tambien del despacho de los bergantines, porque hiciesen segunda provision de grano á la caballería; pero en medio de este negocio y de las muchas observaciones en que por entonces inutilmente se ocupaban cerca de sus preferencias el Vélez y Villafranca, llegó un correo de Madrid, que dió principio á otras novedades.

Abrieronse los pliegos y con ellos las puertas á muchos y varios discursos, por la novedad que se hizo notoria, de la cual podremos decir vino despues á depender buena parte de los sucesos que escribimos.

Avisaba el Rey Católico al Vélez cómo el reino de Portugal se habia declarado en su desobediencia, separandose de su monarquía y entregandose á nuevo rey; ordenabale muchas cosas sobre este caso, encomendandole detuviese todo lo posible su noticia, por no dar con ella mas aliento á los catalanes y causar alguna inquietud en los muchos portugueses que se hallaban sirviendo en aquel ejército. Empero por ser la cosa tan grande en Europa, de tanto cuidado á los príncipes de ella, y de tales dependencias con mi historia, habré yo de contar lo sucedido en breve digresion, segun mi costumbre.

Sesenta años habia que la corona de Portugal ocupaba las sienes de los reyes castellanos, con que no solo consumaron su imperio en toda España, mas tuvieron entonces ocasion de ceñir con sus armas facilmente el universo. Fué don Felipe el Segundo, rey de Castilla, hijo de la emperatriz doña Isabel, mujer de Carlos V; ella hija de don Manuel, único deste nombre, rey de Portugal, cuya baronía, extinta, por muerte de don Sebastian, en el cardenal rey don Enrique, su tio, pretendieron muchos príncipes la sucesion de la corona, y no sin derecho pretendia tambien el mismo reino heredarse á sí propio y nombrar sucesor, como ya lo hiciera en otras ocasiones. Contendian, en fin, por mejor razon Catalina, duquesa de Braganza, hija entonces sola (muerta María, su mayor hermana, princesa de Parma) de Duarte, infante de Portugal, hijo de don Manuel y hermano de la Emperatriz y del último rey cardenal; Duarte, bien que por su edad menor que el mismo rey su hermano, por su sexo mejor que la Emperatriz su hermana; Catalina, hija de Duarte, y

Felipe, hijo de Isabel. Vino el caso de valerse cada cual de la representacion de aquella persona de quien recibia la accion, como si verdaderamente concurren vivos, Duarte, varon, con Isabel, hembra, inferior en sexo, bien que superior en años; de tal suerte, que Catalina, por la gracia á que el derecho llama beneficio, quedaba representando el infante su padre, y Felipe por la misma ocasion enflaquecia su causa, significando la Emperatriz su madre. Intentó luego don Enrique, hombre santo y viejo, satisfacer la justicia de todos los príncipes contenciosos, por excusar á su reino la nueva fatiga de una guerra, poniendo el negocio en términos de derecho comun. Muchos le acusan esta resolucion, y algunos la juzgan por la mayor de sus acciones; porque cuanto mas fiaba de su justificacion, pudo entregarse mas confiadamente al sentimiento de otros juicios, teniendo por hecho indigno de rey católico y evangélico que aquellas cosas tan fáciles de acomodar por la razon con aplauso del mundo y paz de su conciencia, se hubiesen de poner en manos de la furia. Nombró jueces hombres tales que pudiesen juzgar sobre tan grandes intereses. Murió antes de acabarlo don Enrique; comun infelicidad de Portugal y Castilla, á quienes dejó por herederos de la discordia. Mas don Felipe, antes de la sentencia en los términos legales, ordenó se lo pleiteasen con negociaciones el duque de Osuna don Pedro Giron, y don Cristóbal de Mora, ya su favorecido; pero en su defecto, no despreciando la fuerza como el artificio, dispuso que tambien de otra parte mejorase sus respetos don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, con treinta mil combatientes; y de las dos poderosas manos que don Felipe puso en este negocio, la una liberal y la otra fuerte, no se puede decir cuál fué mas oficiosa contra la libertad del reino; tal el interés, y tal el asombro opuesto á los ánimos, donde algunos resistiendo al temor, no llegaron á alcanzar victoria de la codicia. Retiróse doña Catalina de la pretension, no desengañada, mas temerosa, guardando en su sangre y en la de sus hijos y nietos su propia justicia y derecho anterior á la corona; y guardando tambien los portugueses, hasta los mas obligados al Rey Católico, en su corazon ó en su escrúpulo la memoria del arte y la violencia de aquel monarca, obedecida en aquella primera edad con la fuerza, y en la segunda de su hijo don Felipe III, tolerada con la apacibilidad del gobierno; mas del todo á ellos insufrible en la de don Felipe IV. Hallabase la nobleza mas que nunca oprimida y desestimada, cargada la plebe, quejosa la iglesia; era sobre todo acabado el tiempo de aquel castigo. Despertó la queja comun las memorias pasadas, que ya parece dormian pesadamente en el sueño de sesenta años. Pretendió el Rey que la nobleza de Portugal saliese á servirle en el castigo de la libertad catalana, en que los portugueses reconocian hermandad, y en cuyas acciones, como á un clarísimo espejo, estaban concertando sus ánimos á un dichoso fin. Amenazaba don Felipe por boca de dos ministros terribles, que entonces manejaban los negocios de Portugal, con crimen de indignacion aquel que no saliese á obedecerle; esta asperísima administracion de imperio, añadida á las primeras razones, dió motivo á algunos caballeros y prelados del reino, en corto número, para que se resolviesen á comprar con sus vidas la libertad de la patria, á imitacion de algunos famosos griegos y romanos, que no hicieron mas ni tan dichosamente. Concertaronlo, y se dispusie-

ron á quitar y le quitaron aquella corona á don Felipe, que en el modo por que dicen la trataba, hizo la mayor informacion contra sí mismo, ofreciéndola á su propio dueño, que tambien en aceptarla sin temor de la contingencia manifestó al mundo su derecho. Era este don Juan, el segundo en el nombre de los duques de Braganza, octavo en el número de ellos, hijo de Teodosio I, duque séptimo y nieto de Catalina; la despojada princesa de Portugal, y el que fué saludado rey legítimo de los portugueses en Lisboa á 4.º de diciembre. A cuya voz humilló el Señor el poder contrario; de tal suerte, que sin defensa ó contradiccion, el nuevo rey se hizo obedecido en espacio de nueve dias por todas sus gentes y provincias, y las muchas plazas marítimas que guardaban los puertos fueron puestas en sus manos por los mismos capitanes del Rey Católico que las defendian, movidos ellos (dicen algunos) de una fuerza interior que les hacia obedecer á su propia injuria: tal fué la princesa Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, que entonces gobernaba el reino, cuyos despachos hicieron medio á la entrega de las mayores fuerzas.

Con extrañeza y admiracion fué recibido en el ejército este gran suceso de Portugal, aunque pareció mas grande en la variedad y recato con que se trataba. Poco despues se conoció en señales exteriores, habiendose preso por órdenes secretas algunas personas de aquella nacion y alguna de estimacion y partes que se hallaba en el ejército, cuya gracia cerca de los que mandaban la pudo hacer mas peligrosa.

Muchos pensaban que este accidente podia resultar en beneficio de Cataluña, porque el Rey, por vengar el agravio recibido de portugueses, se habia de acomodar á cualquiera honesto partido con el Principado, aprovechandose de las armas empleadas en él para el otro castigo.

Algunos entendian diferentemente, temiendo que las asistencias y socorros de aquel ejército no podian ser cuales pedia la necesidad, porque divertido el poder del Rey Católico á otra parte, era forzoso faltar allí lo que se aplicase al nuevo ejército.

Con la misma diferencia juzgaban los catalanes, bien que para lo venidero todos lo tenían por conveniente: tales habia que desde luego lo estimaban como gran fortuna, pareciéndoles que ya el enojo del Rey se habia de repartir entre ellos y la segunda desobediencia; y aun creian que la de Portugal llevase la mayor parte de la indignacion, porque en los ojos del Rey Católico, y de todos los monarcas del mundo, no pareceria tan grande el delito de la sediccion como el de la competencia; que el suyo de ellos se podria rehusar, era fundado en miseria; pero el de los portugueses en soberbia y altivez, donde inferian la templanza de su peligro.

Tambien no faltaban otros que pensasen consistia en esta novedad su mayor daño, porque el Rey, deseoso y aun necesitado de hacer la guerra á Portugal, debia poner todas sus fuerzas por acabar mas brevemente la de Cataluña, pues no era sano acuerdo abrir los cimientos á un tan costoso edificio sin haber dado á fin la primera obra.

Así discurrían las gentes de una y otra nacion; y los que mas temían, mas acertaban, enseñándoles despues la experiencia cómo el temor discurrir á veces mejor que la esperanza.

LIBRO QUINTO.

Preparaciones del Principado.—Disposicion del campo español.—Instancias á Espernan.—Su vuelta á Francia.—Pierdese Villafranca y San Sadurni; Martorell es embestido.—Socorrele Barcelona.—Juicios y consejos de españoles y catalanes.—Intentase la ciudad.—Habla el Vélez á los suyos.—Aclama la generalidad al Cristianisimo.—Expugnacion de Monjuich.—El San Jorge pretende entrar las puertás.—Muere en ellas.—Atacan las escaramuzas.—El fuerte se defiende.—Rompanse los escuadrones.—Derrota del ejército.—Su pérdida y mortandad.—Retirase el Vélez á Tarragona.—Acaba su gobierno.

Mientras el Vélez descansaba en Tarragona, ni bien amado como amigo, ni bien aborrecido como contrario, seguia el Espernan su retirada, melancólico y poco seguro de todo el pais, que le miraba con dolor y odio. Cargabanle comunmente la culpa de la pérdida de Tarragona, diciendo que no estaba obligado al cumplimiento de lo prometido, porque no podia capitular en perjuicio del acuerdo entre el Rey Cristianísimo y el Principado. Intentaban con esto impedir su retirada, y que por lo menos aguardase aviso del Rey para ejecutarla: á ninguna razon obedecia el francés; antes, como cada dia crecia la confusion de las cosas públicas, así se afirmaba mas en la resolucion de cumplir lo capitulado con los españoles.

Procuraba entonces la Diputacion de tener al enemigo en Martorell, porque los pasos angostos y el rio dificultoso le prometian mas segura defensa; incansablemente solicitaban sus levadas, que con suma brevedad se iban engrosando con la gente de Vich, Manresa, Ripoll, Granollers, Vallés, Metaron, Arens, San Celoni, Hostalric, Mataró, Cabrera, Bas y costa del mar.

Tal era el grueso de todas las gentes de que pretendian formar su ejército, y á este fin salió de Barcelona el doctor Ferran, ministro de su magistrado, que introducido en aquellos negocios, procuraba con celo de verdadero repúblico dar forma á la defensa, así por lo que tocaba á la fortificacion como al campo; pero en ambas diligencias fué inútil su cuidado, conforme lo mostró la experiencia, dandonos ejemplo de que no basta solo el celo en el varon si no se ayuda de la industria y suficiencia (buen advertimiento para los príncipes). Era Ferran oidor eclesiástico, ignoraba totalmente la ciencia militar, y por mas que su ánimo le inclinaba al servicio de la patria, todavia no fué bastante su deseo para vencer la ignorancia; de suerte que el expediente se dilataba por aquel mismo instrumento que fué aplicado á la ejecucion.

Crecian las fortificaciones al lento paso que llegaba la gente; era mayor su trabajo que su fruto, porque si bien habia entre ellos algunas personas de medianas noticias en aquel arte, todavia padecian la costumbre de querer arbitrar todos sobre la profesion ajena, que los mas ignoraban, entendiendo que la voluntad de acertar bastaba para guiarlos al acierto. Introdujeronse en el gobierno militar algunos hombres mozos, á quienes el ánimo ardiente del bien de su patria habia hecho creer de sí mas de lo que era justo; los cuales, interpuestos en las ejecuciones de los negocios, los sacaban de su estado competente hasta traerlos á su parecer. Es en los mancebos tan loable cosa el amar las ciencias, como será peligrosa el entender que las han conseguido; porque por lo primero se hacen capaces de alcanzar sabiduría, y con lo segundo se disponen á la presuncion,

que los lleva al temprano riesgo del mando, hasta acabar en él.

Varios avisos recibia la Diputacion de los intentos de Vélez, y no cesaba de instar al Espernan que con su caballeria y algunos infantes franceses que ya se juntaban entrase en el Panadés (es una pequeña provincia, que comprehende algunos buenos lugares de aquel contorno); á que se habia de seguir la catalana, que ya marchaba, porque todos saliesen al opósito de los reales, que sin duda mostraban querer ocupar aquellos pasos. Era esta su misma intencion del Vélez, reconocido ya de la necesidad del ejército, que apretado en Tarragona de los catalanes sueltos, que fatigaban la campaña por todas partes, no sabia cómo valerse ó resistirlos. Usó desordenadamente de la fertilidad de aquellos pueblos, y en brevísimos dias se vino á hallar en la misma miseria con que entrara en ellos, sin otro remedio que buscar por las armas el sustento ordinario.

Ninguna diligencia fué bastante para que Espernan mudase su intencion; bien que con sumo artificio procuraba no desesperar los catalanes que ya temia; pero cuanto sabian acomodar sus palabras, desmentian las acciones de tal suerte, que entendiendo la Diputacion cómo se habia retirado á la retaguardia de Martorell por no hallarse en aquel servicio, mandó salir de Barcelona su diputado eclesiástico, presidente de su consistorio, porque se desengañase del ánimo con que Espernan procedia. Llegó, y asistido del Ferran y conseller tercero, asentaron que con la persona de monsieur de Plesís (capaz, segun ellos entendian, de reducir al Espernan) se le ordenase imperiosamente que su caballeria pasase luego al Panadés, y que con la infanteria guarneciese á Villafranca, que habia de ser la que primero probase la furia del ejército católico; pero con tal aviso, que si el enemigo la hubiese entrado primero que ellos, se excusase la escaramuza y se retirasen á Martorell, donde sin duda habian de ser de mayor efecto. Temian con razon perder cualquier pequeña parte de su tierra, porque aun sin contar el precio y lástima de los pueblos, consideraban por el mayor daño la pérdida del aliento en los vasallos; ordinario accidente con que la gente inadvertida suele recibir las primeras desgracias de una república donde la guerra es extraña.

Con este ajustamiento le pareció al Diputado que las cosas quedaban de suerte que ya podia excusarse su asistencia, cuando en su corte concurrían tantas que la pedían. Volvióse, y con su apartamiento volvieron tambien los negocios al mismo estado en que se hallaban antes; no se obraba nada de lo prometido, sino crecia la confusion y desorden.

Vino segunda vez, y esto mismo le puso en obligacion de no dejar aquel negocio sin acabar de entender el ánimo de Espernan: juntó al Plesís y Serrián como para testigos de sus promesas, y nuevamente afirman ellos que prometió el frances seguir la fortuna del Principado y su servicio, con que le diesen licencia para dar aviso al Vélez, haciendole notorias las causas de su imposibilidad. Yo creo que él lo pensaba hacer así, previniendose para cualquier suceso; procuraba dejar el Principado, y temia no poder hacerlo; pretendia justificarse con su enemigo, porque si la fortuna le trajese otra vez á sus manos, no perdiese por la palabra quebrantada la cortesía de los vencedores; igualmente le asombraba el enojo de los naturales si una vez llegasen á des-

esperar de su compañía; así obraba dudoso, como entendia lleno de duda.

Deseaban los catalanes que los caballos franceses entrasen á darse la mano á su teniente general Vilaplana, que con solas tres compañías de caballería ligera discurria por los lugares donde el ejército católico hacia frente, á fin de reconocer sus intentos.

Caso es este digno de gran consideracion, particularmente para todos aquellos que, fundados en el favor de sus amigos, se aventuran á pretender cosas grandes. Aquí se ve que un hombre estimado por capitán, vasallo de un rey cristianísimo, justo y con empeños de la misma accion, no solo se determinase á faltar en el mayor peligro de los que venia á defender, sino que despues de haber faltado, ó por su respeto ó por su discurso, los embarazase con nuevos prometimientos, pudiendoles salir mas costosa la segunda confianza que la primera quiebra. No es mi intencion en lo que digo condenar el cumplimiento de la palabra que se ofreció; admirome de que habiendolo ofrecido, consintiese á los catalanes nueva esperanza de su auxilio. Tiranicamente desterró la política de los estadistas á la llaneza y la verdad, haciendo que del engaño se formase ciencia. ¡Qué diremos de cosas tan grandes, sino contarlas como han sido!

El Vélez entre tanto en Tarragona disponia su salida, con deseo de que no se dilatase; habia ordenado que algunas tropas de gente discuriesen por los lugares de aquel partido, no solo por ponerles en obediencia y orden, sino tambien para que los soldados pudiesen valerse de su saco y se socorriesen contra el hambre que generalmente los afligia.

Poco despues, pareciendo que el ejército estaba ya capaz de moverse, nombró por gobernador de Tarragona al maestre de campo don Fernando de Tejada, para que con su tercio y alguna caballería quedase asegurando aquella plaza tan á propósito á los intentos de unas y otras armas, y que los enfermos se pasasen á la villa de Constantí, porque la ciudad no recibiese algun contagio de su compañía.

Ninguna cosa pareció ni era mas dificultosa de acomodar que aquella misma sobre que se fundaban todas las otras, como si fuese fácil; no se hallaba medio á la conduccion de los víveres para alimento continuo del ejército; el país, arruinado y prevenido por sus naturales, habia retirado hácia dentro de sí aquellos pocos frutos que pudo escapar á las manos de sus mismos ofensores y defensores, porque la ambicion ó desprecio en la guerra casi viene á ser igual entre enemigos y amigos.

Luego paraba la confianza en la buena compañía de las galeras y bergantines, y aquel cuidado que justamente se podia tener por seguro, cargando sobre el Villafranca, su general. Es don García de Toledo hombre en quien se halla valor heredado y adquirido; camina á la grandeza por la singularidad, afectando muchas extrañezas ajenas de un sugeto nacido y criado para el mando; vive en él la prudencia como esclava del gusto, y es aun así de los mayores ingenios de España.

Deseaba el Vélez pedir le ayudase; empero creia que el Villafranca no tardaria mas en desviarsele que lo que tardase en entenderlo, porque á la verdad él en su ánimo tenia por cosa indigna haber de servir de instrumento á los aciertos de otro; ordinario vicio entre hombres poderosos, de

que el Príncipe viene á pagar la mayor parte de sus intereses.

Pretendióse que el Garay fuese el medianero, y no bastó todo su artificio para llevarle á ninguna conveniencia; respondió con destreza y obró con industria.

Pero ya desengañados los cabos de que por la mar no podian ayudarse segun convenia, pensaron que de Tarragona y de los pueblos que quedaban á las espaldas era cosa posible ábastecer su ejército: no dejaban de entender que los catalanes habian de procurar cortarles el paso; pero tambien esperaban que el ejército de Fraga á la órden del Nochera obraria de tal suerte, que llamando á su oposicion las fuerzas provinciales, no podian ellos juntar en otra parte lo posible para estorbar sus convoyes, con lo que el campo habria de ser suficientemente socorrido.

Era la intencion del Rey Católico (por lo menos lo daban así á entender sus ministros) invadir el Principado con tres ejércitos á un mismo tiempo; cosa que si pudiese ejecutarse, sin duda postrara las fuerzas y estorbara la entrada de los auxiliares. Conforme á esta disposicion salió el Nochera de Zaragoza, y su maestre de campo general el Prior de Navarra, á fin de que se diese forma en las rayas de Aragon al nuevo y prometido ejército; pero como por natural achaque del gobierno español, se siguió siempre un profundísimo olvido á las mas vivas preparaciones, no duró mas el cuidado de aquella accion que lo que fué necesario para darla principio con asaz fatiga de Aragon y Navarra. No se le acudia con los efectos competentes á la ejecucion; escribia el de Nochera é importunaba, y no era socorrido; antes se recibia la eficacia de sus avisos casi con escandalo, por ser culpa comun en ministros desatentos reputar la providencia de otros como cobardía.

De otra parte, desayudado el Nochera por algunas desconfianzas entre su persona y la del Prior, altivos ambos, y ambos caprichosos, ninguno quiso ni supo convenir ó humillarse á la condicion ó al mando ajeno; prosiguióse la competencia; poco despues fué venganza, y luego desconcierto del servicio de su rey; y sus tropas, de cuyos empleos por la diversion tanto dependia el ejército del Vélez, se estuvieron ociosas todos aquellos tiempos.

Salieron los reales de Tarragona, y se ordenó que la caballería se mejorase siempre cuanto le fuese posible hácia Villafranca del Panadés. Ejecutólo intrepidamente el San Jorge; hallabase en la plaza el teniente general Vilaplana con desigual poder; fué forzado á retirarse, y lo pudo hacer sin pérdida de fuerzas ni de opinion, por ser práctico en el país; al punto ocuparon los reales el paso, contentandose con haberle ganado, sin intentar por entonces otra cosa mientras no se juntaba todo el ejército.

Causó la retirada de Vilaplana grandísimo desconsuelo en Barcelona; entonces volvieron á llorar la impiedad del Espernan, que en tal peligro los habia metido y dejado, teniendo por seguro, ó por las disculpas de Vilaplana ó porque verdaderamente les pareciese así, que habiendola socorrido, la villa pudiera resistirse.

Pero el frances, observante de las atenciones de los catalanes, y no menos de los pasos del ejército católico, dispuso su última retirada y la de todos sus cabos y tropas á Francia; contradecian-sela con vivas razones los diputados, que su mismo dolor, cuando no su justicia, les estaba diciendo.

No se detuvo Espernan á ningun oficio, antes prosiguió su camino con tanta determinacion, que dió motivo á que se pensase, y aun escribiese, no era solo el sencillo deseo de cumplir su palabra el que le llevaba tan resolutivo. Volvió á Francia, donde exteriormente fué no bien recibido; todavía ocupó luego su gobierno propietario de Leucata. Algunos se persuadieron que mayor espíritu obraba su movimiento; yo no puedo escribir todo lo que he oido; por lo que se ve se juzgue; lean aquí atentísimos todos los que aconsejan sus principes, que el caso no es de tan pequeña doctrina; asaz de útil ofrece al advertimiento de los que mucho fian de otro.

Fué la salida de los franceses sentidísima en todo el Principado, é hizo cejar mucho en la afición con que los miraban como á sus libertadores. Entonces, viendose ya asombrados de su enemigo, recurrían tal vez á culpar la primera resolución; otros lo juzgaban á infelicísimo pronóstico; y tales habia que lo consideraban por último desengaño, creyendo que la desconfianza de su conservacion llevaba primero aquellos que primero la conocían.

Pero los hombres en que el valor ardia como elemento, sin otra materia de interés mas que su propio celo, no desmayando con la ausencia de los socorros, decían que así les habia de quedar mayor la gloria del triunfo, no habiendo de partir de su laurel con otras cabezas; que su nacion, unida y sin la correspondencia de otras gentes, quedaria mas fuerte y mas segura, pues entre ellos ya no era tiempo se hallasen los ánimos diferentes ó indiferentes. De esta suerte alentaban á los temerosos.

Marchaba el Vélez en tanto al Panadés, donde ya la vanguardia habia ganado á Villafranca: ocupó en llegando con su grueso el lugar, capaz de poder recogerle todo. Era Villafranca pueblo de gran vecindad y de los mas abundantes de España en su provincia. Aquel mismo dia se ordenó que todos los caballos ligeros se adelantasen á ganar San Sadurní, distante poco mas de una legua hácia Martorell, donde se sabia que el enemigo aguardaba con parte de la gente retirada de Villafranca y todo el poder que tenían junto para oponersele.

Está San Sadurní puesto en una eminencia acomodada para defenderse, desde la cual hasta Martorell se siguen algunos valles hondísimos, que van siempre ceñidos de dos cordilleras de montes, que unos bajan de las serranías de Monserrate, y otros corren la tierra adentro, pasando poco distantes de Barcelona.

El pueblo, siendo subitamente asaltado, ni por eso dejó de resistirse, confiado en que la vecindad del socorro no podia faltarle; pero la gran fuerza con que fué furiosamente embestido y luego entrado, no dejó ver la constancia de los que le defendían, ni la diligencia de los que ya caminaban á juntarse con ellos.

Comenzaban desde allí todas sus fortificaciones de los catalanes, asentadas en sitios favorables á sus designios y al modo de guerra comun á los hombres rudos; pretendían con tropas de gente bisona, puestas en aquellos lugares altos, libres á la furia de la caballería, defender todo el paso, que por larguísima distancia continuaba en aquella angostura; este fué su intento, y lo pudieran lograr á poner en ello mas cuidado. La naturaleza convida con la defensa, el arte la perfecciona; la necesidad hace poco mas que desearla, y la estraga á veces; el temor no ayuda al

acierto; quien teme no sabe, el que sabe tiene menos que temer; la guerra se ha reducido á términos de ciencia; el orden alcanza mas que la fortaleza.

Detuvose el Vélez por discurrir con templanza en el modo de la empresa de Martorell, que como mas propia, por ser suyo el lugar, como hemos dicho, deseaba acertarla. Hallabase con buenas noticias del pais enemigo, porque en su campo habia muchos naturales y otros no menos prácticos: todavia procuró haber algunos paisanos por cuya industria, no solo fuese avisado, sino guiado; mandó se buscasen, y le fueron traídos por las tropas de la caballería, de los cuales se entendió cumplidamente todo lo que deseaba saber.

Habia gobernado hasta aquel dia las armas de los catalanes su oidor eclesiástico Ferran, acompañado de don Pedro Desbosch y don Francisco Miguel, caballero de San Juan, en quienes, por mas que se adornaban del celo y fidelidad, no se hallaban aquellas calidades suficientes al grande oficio que ejercían. Con este conocimiento fué llamado el diputado militar Francisco de Tamarit (á cuyo puesto tocaba el mando de las armas naturales), que hasta entonces se hallaba ocupado en el Ampurdan, haciendo frente y resistencia á las tropas reales de Rosellon. Era el Tamarit hombre que juntamente llegó á enseñar la milicia á los suyos y aprenderla entre ellos, pero ya en opinion de capitán, porque los buenos sucesos anticipan á veces la gloria del aplauso, á que parece caminan otros y rodean por el merecimiento.

No menos los negocios del Ampurdan eran á este tiempo dignos de todo cuidado: no se atrevia el Tamarit á dejarlos expuestos á la mejor suerte de sus enemigos, ni tampoco pudo excusarse de acudir al aviso de su república. Dispuso y encargó la defensa de aquella provincia como le pareció mas conveniente, y dejó en su guarnición á los maestros de campo don Anton Casador, don Dalmau Alemany, don Bernardo Montpalau, don Juan Sanmenat y el vizconde de Joch, cuyos tercios, si bien no eran copiosos, parecia que por entonces podían hacer resistencia al contrario, que ya se hallaba con mayores pensamientos en la parte donde tenia las mayores fuerzas; y habiendo tambien ordenado á las compañías de caballos de Enrique Juan, el baile de Falsá y Manuel de Aux le siguiesen, entró en Barcelona al mismo tiempo que le llamaba la necesidad y la desconfianza comun. Cobró el pueblo nuevo aliento con su llegada, haciendola aun mas alegre haber entrado casi en aquellos dias monsieur de Plesis y monsieur de Serinán con un regimiento de infantería francesa, y trescientos caballos no comprendidos en las capitulaciones de Tarragona.

Consistía toda su esperanza de los catalanes en defender el paso de Martorell, juzgando ser aquella la verdadera defensa y fortificación de Barcelona; habian perdido el Coll con facilidad, cosa entre ellos tenida por insuperable: esta consideracion los llevaba mas al propósito de aquella resistencia.

Procuraban dar satisfaccion al Principado, cuyas fuerzas tenían juntas, siendo cierto que todos sus naturales parece habian puesto los ojos en aquella accion para acabar de creer ó desespearar en su defensa: á lo que mas se aplicaban era á intentar algun buen efecto por manos de la industria. Pareció conveniente dar aviso al Mar-

garit, que emboscado en las espesuras de Monserrate, hacia la guerra en continuos asaltos, para que en la mejor forma que el tiempo y sus fuerzas diese lugar se acercase á Tarragona y picase al ejército vivamente por las espaldas.

Recibió don José la orden, y recogió á sí toda la gente que le quiso seguir, y con algunos almogavares fué á tentar la fortuna con determinacion de dar sobre los lugares que el ejército católico dejase con alguna guarnicion; asegurabase en que la caballería tenia desocupado el campo de Tarragona, y así no le quedaba el negocio dificultoso.

Marchó, y crecia cada instante tanto en poder y pensamientos, que determinó ir á dar vista á la misma ciudad de Tarragona; empero siendo informado de su gran presidio, revolvió por hácia la montaña á la villa de Constantí, distante de Tarragona una pequeña legua. Es Constantí lugar mediano, pero fortalecido de un castillo de los que la antigüedad fundó con mayor arte; está eminente á todo su pueblo y á toda la campaña, desde donde se mira no menos fuerte que agradable; servia de hospital y cárcel á castellanos y catalanes; parecióle al Margarit esta empresa acomodada á sus fuerzas, pensando por ventura divertir con aquella accion la fuerza del ejército, como suele la leona dejar algunas veces la presa á los rugidos de los cautivos hijuelos; embistió la villa en el mayor descuido de la noche; ganaron las puertas con brio los catalanes, no poco defendidas de los soldados de la guarnicion. Es celebrado entre los mas el aliento de un Pedro de Torres, sargento catalan; nombramosle, contra costumbre, porque le hallamos nombrado de todos. Defendióse el castillo como pudo, y fué entrado con la primera luz de la mañana; murieron algunos castellanos en número como treinta; cobraron su libertad mas de trescientos naturales prisioneros, y sin duda pudieramos contar este por un dichoso suceso, si no oscureciera mucho de su gloria la crueldad con que fueron tratados los heridos y enfermos; porque habiendose reconocido por los vencedores los hospitales, donde yacian hasta cuatrocientos soldados, defendidos solo de la humanidad y religion, últimos privilegios de los miserables, fueron entrados furiosamente, y sin ninguna piedad despedazados y muertos. Corrió la tristísima sangre por en medio de la sala en forma de arroyo: nadaban sobre ella brazos, piernas y cabezas; los cuerpos humanos, perdida su primera forma, parecian monstruosos troncos de carne. Al principio las quejas, lágrimas y voces formaron un horrible estruendo, y el miedo y la confusion fueron para algunos tan crueles como para otros el acero; los lechos, fabricados á la paz y descanso natural, se veian torpísimamente bañados en sangre, y sucios con las entrañas de sus dueños, figuraban lastimosamente las bárbaras carnicerías de los gentiles. No pudo detenerse á ningun respeto el furor de los que vencian, porque parece es calidad de la victoria asentarse sobre la mayor ruina; tampoco la venganza obedece á algun consejo de la piedad; hallabanse rabiosos los catalanes del suceso de Cambrils, y obraban de suerte en Constantí, como si con aquella violencia enmendasen la ya padecida.

Entendióse con brevedad en Tarragona la interpresa de aquel lugar, y aun sin prevenir tan grande daño, mandó el Tejada salir la caballería é infantería que pudo la vuelta del enemigo; pero el Margarit, que no dejaba de temerse de los so-

corros de Tarragona, habia puesto de reserva fuera de la villa al capitán Cabañas y su compañía (hombre entre ellos de buena opinion), con orden que escaramuzase con los socorredores mientras se juntase la gente que se ocupaba en el saco. Tocaron al arma las centinelas del Cabañas que se habian adelantado por todas las avenidas, y su cuerpo de guardia se opuso con gran valor á las tropas contrarias: llegaron los reales, y atacandose entre unos y otros vivísimamente la contienda, pelearon hasta que, dispuestos ya en forma militar todos los catalanes, se resolvieron á dejar la villa, cuya conservacion casi parecia imposible é inútil, por la mucha vecindad del poder contrario.

No ignoraba el Vélez todas las prevenciones del enemigo; y así, desde luego determinó servirse del artificio. Llamó á consejo casi á vista de Martorell, y por todos fué ajustado que los catalanes fuesen embestidos en sus fortificaciones, mas con intencion de medir sus fuerzas que de ganárselas; que si ellas fuesen tales que diesen lugar á proseguir el asalto, no se perdiese coyuntura y se apretase lo posible por desembarazar el paso; pero que hallando así fuerte la resistencia y que el peligro pareciese mayor que el útil, se retirasen, y entreteniendo al contrario con escaramuzas, se enviase un trozo de ejército bien gobernado, que subiendo la montaña á mano izquierda, bajase al collado dicho del Portell, desde donde se tomaba al enemigo de espaldas, y se pasaban de esotra parte del rio Llobregat; con que los catalanes quedaban imposibilitados de la retirada ó socorro.

Era de pocos dias antes entrado en el gobierno de aquellas armas el diputado militar Tamarit, que no despreciando el valor de los católicos (como aquel que lo habia experimentado de cerca), luego que reconoció su ejército, pidió nuevos socorros á Barcelona, porque con las mudanzas de los cabos que entre los catalanes habian sucedido, se desbaratará buena cantidad de gente, faltando de una y otra casi la tercera parte.

Fué esta nueva escuchada en la ciudad con mucho enojo y tristeza; oyen mal y creen peor los hombres pacíficos los aprietos de la guerra; acusa el civil de perezoso al soldado y al capitán que no vence segun su antojo; ninguno acierta á medir la desigualdad que hay entre sus estados; el ocio de la guerra es terremoto en la república; lo que es confusion en la ciudad, es quietud del ejército: desdicha original juzgar de las acciones imperceptibles de la guerra el tribunal de los políticos, tan liberales en averiguar las calidades del peligro que ignoran, donde suele salir condenado á veces el valor y á veces la prudencia; como si Marte pesase en la balanza de Astrea, y entre la fortuna y la razon hubiese gran conformidad.

Quejaronse los catalanes, mas no se entorpecieron del afecto con que se quejaban; prevenian con todas diligencias posibles el socorrer al Tamarit; convocólos y pidiólos la Diputacion con imperio de señora y lágrimas de madre igualmente afligida que temerosa. Valióse la ciudad de todas sus parroquias, conventos, cofradías, gremios y universidades, porque aquellos que se podian negar al mandamiento, no hallasen modo para excusarse del ruego; esforzaronse á dar ó cortar el brazo por salvacion del cuerpo de su república; todos se ofrecieron al remedio, sin reservar la sangre ó la hacienda. Obligacion es del vasallo ó del repúblico acudir á su príncipe ó á

su patria afligida, de tal suerte, como si solo por su cuenta estuviese el remedio; facilmente se pudiera reparar la ruina de un reino donde todos pensasen que el daño era solamente suyo; de lo contrario se da á entender ambicion. Certísimo es el peligro donde los intereses parecen de uno solo y el riesgo de todos.

Venció la diligencia de la ciudad el alboroto del pueblo, haciendo cómo marchase la gente de la misma suerte que se juntaba; los clérigos y frailes desde el altar y el coro pasaban á la campaña; niños, ancianos y enfermos, ninguno dejaba sosegar el celo de su defensa; cada cual media sus fuerzas por su espíritu, no este por aquellas, como siempre. Juntaronse en brevisimo tiempo mas de tres mil personas, pero con poca suficiencia para las armas, en extremo ajenas de su ejercicio.

Entre tanto los del ejército católico, dispuestas ya sus acciones segun el orden que habian tomado, y desengañados de que por el frente del paso era tanta la resistencia, que no habia que proseguir por aquella parte, se dividió todo el grueso en dos trozos. Tomó la vanguardia por su cuenta el Torrecusa, á quien seguian seis mil infantes en los tercios de la guardia, en los del duque del Infantado, portugueses, walones y el de los presidios de Portugal, y hasta quinientos caballos; dejó el camino real á mano izquierda, y entrando en las asperezas de aquellas serranías que suben creciendo desde el agua á la montaña, fué marchando y haciendo su camino en forma de arco por toda la tierra, que los catalanes pensaban se defendia por manos de la naturaleza.

El Vélez, entendiendo que su viaje habria de ser un poco mas dilatado, y aquella suspension podria ocasionarles alguna sospecha, mandó de nuevo atacar diferentes escaramuzas en el frente con las trincheras y reductos, que se hallaban bien guarnecidos y eminentes en todos los pasos á propósito de la defensa en el camino real; mas, ó que fuese flojedad ó artificio de los castellanos, ninguna vez pretendieron arrimarse á las fortificaciones contrarias, que no fuesen rechazados con gran valor y destreza por los catalanes. Ocupóse todo aquel dia en las escaramuzas, y el segundo se tocaron muchas alarmas á la villa por el costado siniestro; con que crecia en los embestidos cada hora el asombro, viendose atacados por tres partes á un mismo tiempo.

Ya entonces se descubrian las tropas del Torrecusa; tardó un poco mas de lo que se pensaba, habiendose detenido en quemar un burgo que se puso en resistencia, no sin algun daño de los reales, por ser de noche la contienda; llegó, en fin, sobre Martorell intempestivamente, y resonando á los sitiados los clarines contrarios por las espaldas, dieron su perdicion por segura. Aquellas voces á un mismo paso servian de desmayo y aliento; unos aflojaban como perdidos, y otros se alentaban como vencedores; apretaronse las escaramuzas y juego de la artillería con horrible estruendo, multiplicandose en los senos de los valles vecinos; crecia el horror, y se desesperaba en la defensa de tal suerte, que el Seriñan, reconociendo el riesgo comun, comenzó á introducir la plática de salvacion. Tuvieron su consejo el Tamarit y tercer conseller, á quienes asistian el Seriñan y don Josef Zacosta, y ordenaron que monsieur de Aubiñ saliese á reconocer el poder del Torrecusa, que era quien mas le afligia; pero siendo informados prontamente de que el enemigo bajaba con todo su grueso, acompañado de nuevas

tropas de caballería y seis escuadrones, con los cuales igualaba, cuando no superase, su número, resolvieron no exponer al último daño aquel pequeño ejército; que el postrer peligro no debia ser sino cuando se hubiese desbaratado toda la fuerza é industria; que Martorell no merecia ser el final teatro de sus desesperaciones; que el corazon de la patria eran aquellas armas; que de ellas se derivaba el aliento á todo el cuerpo de su república; que quizá en Barcelona los aguardaba la suerte próspera; que allá era la resistencia mas segura, mas cercanos los socorros, mas ejecutiva la desesperacion, mayor el pueblo, mayores las obligaciones; que ningun cuerdo dejaba de tomar de su fortuna aquella tregua con que le convidaba, porque entre el cuchillo y la garganta toparon muchos su remedio; que el entregarse á los peligros no es valor, sino torpeza del miedo, que no deja solicitar su remedio al sumamente cobarde.

De estas razones persuadidos, mandaron se retirasen los tercios en buen orden, y se temian de no poder conseguirlo, porque se dificultaba tanto en el indomable furor de los suyos como en la pujanza y atrevimiento de los contrarios.

Los cabos españoles, reconociendo la misma razon que obligaba á retirarse los catalanes, apretaban con toda furia por no darles lugar á la salida; empero ellos con mayor noticia del pais hicieron avanzar las tropas de su caballería, á cuyo abrigo salian los infantes, porque no era menos la resistencia en el frente, donde el Vélez determinó de hacer dar el asalto despues de la venida del Torrecusa. Habianse acercado las mangas á sus fortificaciones por menos distancia que á tiro de arcabuz, lo que habiendo reconocido monsieur de Senesé, á cuyo cargo estaba la artillería, con el de Balandon y otros que les seguian, dispusieron de tal suerte su manejo, que la infantería española se detuvo todo el tiempo que la catalana hubo menester para dejar el puesto, y seguir la otra en su retirada.

Entonces fué entrado el lugar por las espaldas: satisfizose allí la venganza de unos de la resistencia de otros, como si fuese culpa la defensa; no perdonaba la furia á edad ó sexo; á todos igualó la crueldad en una misma miseria. Costó la entrada de Martorell las vidas de algunos soldados y oficiales, y entre ellos fué mas sentida la muerte de don José de Saravia, caballero del hábito de Santiago, teniente de maestre de campo general, y el hombre mas práctico en papeles y despachos de un ejército que otro ninguno. Faltaron de los catalanes mas de dos mil hombres entre infantes y caballos ligeros. Por la misma razon que el Vélez esperaba de aquel lugar mas obediencia, permitió que fuese allí mayor estrago.

No habian las tropas de su caballería del Torrecusa acabado de bajar por el collado, cuando juzgando ya la victoria por suya, se aventuraron á divertirse y entrarse por los pueblos vecinos, porque el descuido del contrario acrecienta las fuerzas y aun la dicha del que acomete. Algunas partidas de caballos sueltos tomaron el camino de San Feliu con pretexto de cortar los socorros de Barcelona.

Eran de poco tiempo llegados á aquel paso todos aquellos con que la ciudad pudo acudir á su ejército; la gente bisoña y de profesion extraña descansaba sin tino de la fatiga de las armas; llegaron subitamente sus corredores, y les dieron aviso del peligro en que se hallaban: constaba el socorro de hombres los mas de ellos eclesiásticos,

y otros algunos oficiales y gente llana, que viéndose vecina á la muerte, no se acababa de disponer ni bien á la fuga ni bien á la resistencia; vueltos á su discurso por algun particular aliento que les asistia, y acompañados de los infantes franceses, á quienes se arrimaron, consiguieron el ponerse en forma de esperar al enemigo. Cobraron una colina harto favorable á su defensa, y socorridos tambien de una compañía de caballos, del capitán Borrell, alcanzaron mayor confianza de la victoria. Llegaban las tropas con intencion de embestirlos, convidadas de su primer desorden, y no obstante que ellos así pudieran defenderse, dejaron aquel sitio, y poco á poco se subieron la montaña, donde sin la contingencia de la defensa, alcanzaron mayor seguridad por la retirada, entrando en los bosques. Quedó el lugar en manos de los vencedores, y sirvióles de cuartel asaz á propósito para su intento y descanso.

Detuvose el Vélez un dia todo, como llorando las ruinas de su Martorell, porque si bien deseaba pasar adelante, no le era posible por entonces; el ejército, sumamente fatigado de las marchas y escaramuzas pasadas, no se hallaba en la disposicion y sosiego de que necesitan las gentes que han de comenzar el gran hecho de una batalla ó sitio.

Pareció se debía dejar allí el presidio conveniente para defensa del paso del Congost, donde se habian de asegurar los víveres que bajasen de San Sadurní; y así, fué ordenado que el comisario general de caballería de las órdenes con quinientos caballos se quedase guardándole, y que en Martorell se detuviesen dos tercios prontos para marchar hácia donde les fuese ordenado.

Con estas prevenciones salió el Vélez al dia siguiente, y ordenó de nuevo que su vanguardia en buena disposicion avanzase todo lo posible hasta los lugares de Molins de Rey, San Feliu y Esplugas, donde pretendia dar forma de batalla á su campo, segun la accion en que asentase que debía ser empleado. Mandó adelantar sus escuadrones, segun hemos referido, y sin dificultad ninguna se hizo dueño de todos los pueblos y tierra de aquel contorno; no se topaba de parte del contrario defensa alguna, ni habia batidores ó centinelas que procurasen descubrir sus movimientos; toda la tierra parecia triste y llena de silencio, de cuya quietud inferian los españoles el temor de sus contrarios; todo lo interpretaban dichosamente: es costumbre del deseo errar siempre el juicio en las figuras de los sucesos prósperos.

Hallabase ya acuartelado el ejército en los pueblos vecinos á Barcelona, adonde habiendo llegado el Vélez, entendió no debía fiar una cosa tan grande de solo su arbitrio; quiso justificarse con su ejército, obligado no menos de su modestia que de otros vivos pensamientos, que no le dejaban afirmar en ninguna resolucion, porque á la verdad su espíritu jamas le dió esperanza de la victoria. Temia interiormente, y procuró ayudarse de los hombros de muchos ó sus esperanzas para llevar el peso de la contingencia. Es esta la mayor usura de los políticos, obrar solos aquellas cosas de que se satisfacen, por no repartir la gloria del acierto con ninguno, y ayudarse de otros en aquellas que temen, por descargarse con ellos de la vergüenza que sigue á los ruines acontecimientos.

Llamó á consejo los primeros y segundos cabos de su campo, y otras algunas personas cuya intervencion podia ser provechosa para el acier-

to ó para la justificacion: llamó á don Luis Monsuar, baile general de Cataluña, hombre muy confidente á su rey, como atrás habemos dicho, y en extremo práctico en todas las cosas públicas y particulares del Principado; hizo tambien llamar á don Francisco Antonio de Alarcon, del consejo real de Castilla, á quien el Conde-Duque habia enviado; debajo de otros pretextos, como para fiscal de las acciones del Vélez. No habia en el Alarcon parte ninguna suficiente para lo que se trataba; empero mucha disposicion para ser creido por su boca el gran desvelo con que el Vélez procuraba los buenos sucesos; juntos entonces, dijo así:

«Que pues la buena fortuna, guiada de la justificacion del Rey, los habia traído vencedores tan cerca del lugar, donde los delitos pasados clamaban religiosamente por castigo, faltaba solo discurrir en el modo mas conveniente de la venganza, si así podian llamarse los efectos del justísimo enojo de su monarca; que ya habian conocido en muchas experiencias el poco valor de aquellas gentes miserables (en fin como faltos de razon), pues en aquellos dias fueron tantas las victorias cuantas las veces que se pusieron á vencerlos; que la espada de aquel ejército, ya pendiente sobre el cuello de Barcelona, estaba tambien destinada para castigo de otras provincias; que el tardar en el primer golpe era retardarse la gloria del segundo triunfo; que allí no iban á mas que á ensayarse para mayores cosas; que haberse contentado con pequeños hechos era deshojarse los copiosos laureles que los aguardaban, que toda España, toda Europa y todo el mundo estaba mirando atentisimamente sus sucesos; que ya era menester darles satisfaccion á la esperanza de los amigos y á las dudas de los neutrales; que muchos en la ciudad, depositando la fe en el silencio ó temor, no esperaban mas que ver tremolar las banderas reales para levantar una gran voz en favor de España; que de la misma suerte los obstinados, por ventura que esta misma diligencia aguardasen para reducirse, dando así alguna disculpa á su mudanza; que esto no podia ser dudoso, pues donde la resistencia los convidaba con el sitio, ellos no habian atinado á defenderse, ni parece que lo solicitaban, segun todo lo perdian sin pérdida.»

Templó luego con gran destreza el orgullo á que vanamente podian inducir sus razones, porque sin duda parece que en estos casos pende de la boca del caudillo el temor ó aliento de los súbditos. Puso, no sin cuidado, antes las consideraciones apacibles, por dar á entender á los que escuchaban que su lengua le ministraba primero aquellos afectos que primero topaba en el corazón; ó fué tambien traerles ultimamente á la memoria sus peligros, deseando que los tuviesen mas cerca de los ojos, al tiempo que se determinasen; él no amaba ni elegia lo que alabó, antes sentia lo contrario; y añadió luego:

«Que ninguno debía arrojarse al precipicio por ver precipitado al que pasó delante; que no les obligase á torcer ó encubrir alguna parte de su sentimiento el haber entendido que su ánimo apetecia aquella empresa; que midiesen atentamente las fuerzas del ejército, y su disposicion con la multitud de aquel pueblo y obstinacion de aquella ciudad; que tampoco tuviesen por infalibles las señales de recibir sus armas y aclamar su nombre, porque en la astucia de los afligidos no hay promesa imposible ni segura; que si se les ofrecia otro modo mas acomodado de castigo que

la batalla ó sitio, lo practicasen; que él sabia de su rey que mas deseaba el acierto que la venganza; que los alborotos presentes de España pedian atentísimo juicio cerca de los empleos de sus armas, porque siendo muchas las ocasiones y uno el poder, era menester no ofrecerle á casos dudosos.»

Mandó luego que hablase publicamente el gobernador de Monjuich, caballero catalan, que la noche antes, mas obligado del temor que de la fidelidad, se pasó al ejército católico; informó en público de las cosas, particularmente de su castillo, y de otras de la ciudad, facilitandolas, como es uso en los que pretenden lisonjear y persuadir.

Callado este, ordenó el Vélez se leyese publicamente la carta de su rey y las órdenes del Conde Duque sobre el negocio de Barcelona; todo encaminado á las prontas ejecuciones. Instaba el Conde en la expugnacion, prometia el suceso, facilitaba los inconvenientes, y mostrabales el modo de la segura victoria; en fin, la disponia y juzgaba, sin otro fundamento que su deseo vivo, en cada palabra y letra.

No hay juicio tan experto que antes de la experiencia comprehenda el ser de las cosas; muchos ni aun despues del estudio lo han conseguido. El favor de los príncipes puede hacer los hombres grandes, pero no ciertos; algunos, fundados en aquella gracia del señor, como se ven superiores á los otros en la fortuna, piensan que lo son tambien á la misma fortuna; el que subió ignorante al magistrado, ignorante caerá del magistrado; los hombres le aplauden y le engañan, la suerte los aborrece y escarmienta, ellos le suben sobre ella, y él se arroja desde allá despues de subido. Erradamente suele mandarlo todo el que primero no mandó á pocos y obedeció á algunos; mas ¡qué erradamente dispone los ejércitos el que no ha manejado los ejércitos! Palabras estudiadas y bien compuestas no son mas que sonido deleitable, sueño al príncipe que las escucha, poco despues precipicio del principado; ninguno vence desde su retrete, bien que desde allí mande, contra la supersticiosa fe de un político; la guerra, animal indómito, jamas acabó de obedecer al azote, cuanto mas al grito. Son testigos los ojos de Europa de que en aquel célebre bufete, tan venerado de la adulacion española, se han escrito muchas mas sentencias de perdicion que instrucciones de victorias.

Oian prontamente los del Consejo todas las razones referidas del Vélez, y ninguno ignoraba ó desconocia los fines de cada cual; no hubo entre ellos hombre que seguramente entrase en aquella misma resolucion, de que tampoco dudó ninguno, porque todos temian lo mismo que su mayor temia, y como menos poderosos, humillabanse mas presto á la direccion de aquel que los mandaba. Sabian que Barcelona estaba en defensa, terraplenada su muralla, capaz toda de artillería, y con mas de cien cañones alojados en forma suficiente; llena de hombres desesperados, socorrida de soldados viejos, y no desamparada de cabos expertos; suya la mar, los puestos importantes ocupados y defendidos, los vasallos fieles al Rey pocos y encubiertos; abundantísima la plaza de bastimentos. De otra parte, miraban su ejército ya disminuido en infantería y caballería por la hambre, por la guerra y por la enfermedad, y principalmente por las muchas guarniciones que iban dejando atrás; el enemigo á las espaldas con poder considerable de gente y en

su pais, el paso de Martorell poco seguro para la retirada; mucha gente bisona, toda hambrienta; el manejo de las provisiones casi imposible, el mar no defendido, pocas galeras y mal armadas; en los cabos alguna desconformidad; los socorros de Castilla, Aragon y Valencia lentos y apartados: todo los ponía en gran desconfianza.

El Garay pretendió á los principios se hiciese la guerra por Rosellon, como habemos dicho; todavia proseguia en su parecer, nunca se acomodó al sitio de Barcelona por aquella parte; consensualo forzado ó respetoso. El Torrecusa juzgalo ordinariamente; entendia que la empresa no era mas de sitiar una ciudad grande, cuya defensa no podria ser larga. Xeli mostraba alguna dificultad en el sitio, creyendo que el poder no era proporcionado. El oidor Alarcon instaba por que se cumpliesen las órdenes reales; los catalanes que seguian al ejército tambien incitaban por la recuperacion de Barcelona, no mirando ni discutiendo mas que sobre sus intereses. De los cabos menores, algunos eran de parecer se dejase la ciudad conforme al antiguo del Garay, y que el ejército vagase por la provincia; que destruyese los campos y lugares cortos, sin detenerse en cosas de mucha dilacion y lidia; que el enemigo sin ejército capaz les dejaba libre el campo, donde se podian mantener, y dentro, en los pueblos, apretarlos de tal suerte que los mismos naturales pidiesen sobre sí el castigo.

El Vélez no se desviaba mucho de esta opinion; pero el silencio de los tres cabos, Torrecusa, Garay y Xeli, le quitó la osadía para resistirse á los mandamientos del Rey. Fué resuelto por todos que el ejército se mejorase hasta el lugar dicho Sans, media legua de Barcelona; que la ciudad se intentase; que se reconociese Monjuich, como lugar principal de la expugnacion, y que las fortificaciones de afuera llegasen á ser acometidas, porque con verdad se entendiese su fuerza; que ultimamente, manifestandose la justicia real con todas las gentes del mundo, segunda vez fuesen los catalanes convidados con el perdon, porque jamas se pensase que el Rey de su parte habia faltado con alguna diligencia de padre ú oficio de señor piadoso.

Con esto marchó el ejército hasta el lugar señalado, y se gastó todo aquel dia en reconocer los puestos, avenidas y partes por donde la ciudad debia ser embestida. Encargóse de esta diligencia el Torrecusa con otros algunos oficiales en corto número. La grandeza del mando no desvia los riesgos, antes los solicita. No se excusó jamas de ningun peligro por dar satisfaccion á su cargo; y mas á su opinion entre españoles, con quienes vivia siempre poco confiado.

Habiase ultimamente entendido y propuesto la disposicion de la empresa, como les era posible; y entonces pareció conveniente enviar la carta propuesta á la ciudad; final protestacion por la conciencia del Rey, y que habia de ser excusa de los daños propincuos. Despachóse con un trompeta, segun forma de la guerra.

Contenia en nombre del Vélez, que hallandose con el ejército real sobre aquella ciudad, queria darse por obligado á advertirles que la orden de su rey y sus propios designios eran solo castigar los perturbadores de la paz pública; que le recibiesen como á ministro de justicia, y no como á caudillo; que la clemencia católica, aunque ofendida de los excesos pasados, les ofrecia perdon y quietud, y estaba pronto á recibirlos como á hijos; que de esta suerte se podria remitir la saña

de un ejército, que jamas suele parar en menos daños que en la ruina universal en honras, vidas y haciendas; que abriesen los ojos y mirasen su peligro; que se compadecia como cristiano, los amonestaba como amigo y los aconsejaba como natural é hijo de su provincia, y uno de los mas interesados en su bien y conservacion.

Acompañaba la carta del Vélez á otra del Rey escrita con gentil artificio, porque encaminándose tambien al perdon, aunque firmada en aquellos últimos dias, cuando ya no parecia decente, su data era muy anterior, mostrando haber sido escrita en aquel tiempo en que las cosas merecian tratarse de otra suerte.

Era en estos dias grandísima la turbacion en la ciudad, afligida de los malos sucesos pasados y temerosa del poder y fortuna que la estaba amenazando: recurrian todos á Dios con ayunos, oraciones y abstinencias; las manos de los sacerdotes no dejaban las mañanas de obrar sacrificios apacibles al Señor, y las tardes no cesaban sus lenguas de persuadir al pueblo tristísimo la enmienda y penitencia de la vida.

Llegó en medio de estos desconsuelos comunes el pliego del Vélez, que les causó no pequeña novedad y mayor cuidado, cuando por aquella diligencia se conocia que sus contrarios no habian olvidado los instrumentos de la industria allí dentro de su mayor fuerza. Empezaron á temerse de nuevo de ellos y de sí mismos, tan cuidadosos contra el arte como contra la fuerza.

Juntaronse en concejo, y leidas publicamente las cartas, hallaron que no tenian nada que prometerse de un ánimo que solo procuraba endulzar los oidos ignorantes con palabras pias, por hallar mejor medio á la violencia y crueldad. Respondieron de comun parecer que los progresos del ejército no daban lugar á que le esperasen en su favor, antes para desolacion de la patria; que no habia modo de creer una fe de que las obras eran tan diferentes; que sus manos en las ocasiones pasadas se habian visto igualmente crueles en los que se entregaban y los que se defendian; que el que caminaba á la quietud no se acompañaba de estruendos y escándalos; que apartase de sí las armas, y seria obedecido, porque entonces se conoceria que lo negociaba el amor, y no el miedo; que este debia ser el primer paso de la concordia, y que habiendo de ser tal el medio de la paz, ¿cómo podria dificultarlo siendo cristiano, amigo y natural?

Disponia el Vélez entre tanto su ejército como quien no esperaba cosa de aquella diligencia; pero habiendo recibido el último desprecio en la respuesta de la ciudad, ordenó, con parecer de los cabos, que de los dos tercios se entresacasen dos mil mosqueteros á satisfaccion de los que habian de mandarlos; que de estos se formasen dos escuadrones volantes, de que se dió cargo al maestro de campo don Fernando de Ribera y al conde de Tiron, maestro de campo de irlandeses; que los dos subiesen la montaña de Monjuich por ambos costados; que el primero le atacase por la parte izquierda, entre la campaña y fuerte de la eminencia, y el segundo por entre la ciudad y la montaña; que á estos escuadrones siguiesen ocho mil infantes, que se alojasen en forma de batalla por la falda del monte, mejorándose cuanto fuese necesario á los volantes; que el San Jorge con sus batallones ocupase la parte mas llana de aquel costado para cubrir toda esta gente; que lo restante de la infantería se redujese á escuadrones de la forma que el terreno diese lugar, y que

con este trozo se hiciese frente á la ciudad; que la caballería de las órdenes poblase un vallete que podria servir de avenida sobre el cuerno izquierdo, y desde allí procurase cortar la caballería enemiga si acaso se aventurase á salir contra los escuadrones; que el teniente Chavarría tomase con algunas piezas un puesto que se juzgaba acomodado para batir el fuerte; que el General y su corte se detuviesen en el Hospitalet; que despues de arriados los volantes al fuerte, hiciesen todo lo posible por ganarle, socorriendolos todos los tercios de la vanguardia; que el dueño y cabeza de esta accion fuese el Torrecusa, propio maestro de campo general del ejército; que el Garay gobernase como tal la otra parte de él, correspondiéndose y ayudándose unos á otros, conforme lo pedia la importancia del caso.

Igualmente desesperaron de la concordia los catalanes luego que recibieron la carta del Vélez; parecióles habia llegado el último aprieto de su miseria; temieron el fin de aquel gran negocio, y aunque ya, segun las cosas, parecia sin fruto, volvieron á llamar su concejo Sabio, siquiera para perderse, si se perdiesen, como cuerdos. Juntaronse en número de doscientos votos; y entonces, mas como en conferencia que en concejo, habiendo exclamado primero sobre su peligro, manifestaron los diputados la cortedad de sus fuerzas, la potencia contraria, la opresion de una guerra dilatada, el estrago de una venganza apetecida de tantos dias, la intencion de su enemigo y la justicia de su patria.

Ministrables entonces el dolor cuantas consideraciones olvidaron al principio, resolviendo ultimamente que la república se hallaba incapaz de defenderse por sus fuerzas solas: engañabales el espanto, porque en el estado presente ellos no podian sino entregarse ó defenderse. Oyeronse unos á otros con asaz confusion, mezclando las lágrimas del temor con las del enojo; en fin se conformaron:

Que ellos se hallaban en uno de los casos que las leyes ponen, en que á la república pueda ser lícito excusarse del imperio del señor natural, y elegir otro, segun los mismos fueros de la naturaleza; que el pretexto del ejército era solo la destruccion universal del Principado, abrasando sus campañas, arruinando sus pueblos, consumiendo sus tesoros, vituperando sus honores, y ultimamente reduciendo la ilustre nacion catalana á miserable esclavitud; que á fin de conseguir su castigo, les convidaba el Rey con la honestidad de los partidos, disimulándose en todos el enojo que los movia; por lo cual no solo decianles era lícito rehusar como violentísimo y tiránico el cetro de Felipe, sino que tambien debian nombrar y escoger un príncipe justo y grande á quien entregar la proteccion de su principado; que ninguno por virtud y por grandeza podia ser mas dignamente dueño y amparo de su nacion que la majestad cristianísima de Luis decimotercero del nombre, rey de Francia, grande, justo y vecino, y á quien las razones antiguas de su origen sin falta habian de inclinar á la estimacion y agradecimiento de tales vasallos.

Habian precedido algunas pláticas del Plesís y Serrián, que ingeniosamente mostraban la felicidad de la corona de Francia, haciendolos entender que toda aquella quietud los aguardaba á trueco de tan suave cosa, cual era el entregarse á su imperio. Fué aquel dia todo del temor, mas ni por eso dejó de tener su parte el interés, tocando los corazones de algunos: juzgaban estos que

con el nuevo señor no solo se aseguraban de la indignacion del pasado, mas que tambien, sobre propicio, les habia de ser oficioso, porque es costumbre de los que nuevamente suben al reinado honrar y engrandecer los instrumentos que los sirvieron al principio.

Otros pensaban que con la mudanza del dominio mudarian tambien de fortuna, igualando y excediendo á aquellos que no igualaban en el estado presente, como natural cosa en la rueda que vuelve y ministra la fortuna de los reinos, al menor giro bajar la superficie con que miraba al cielo, y subir á su lugar la que tocaba al polvo.

Llevados de este general aplauso los catalanes, se levantó en el Concejo una voz comun aclamando por conde de Barcelona á Luis el Justo, rey de Francia, y detestando juntamente el nombre de Felipe; entonces, juntos los diputados, oidores y consellers, hicieron escribir un papel de la justicia de su aclamacion, convidando á la posteridad con las justificaciones de su hecho, calificado en famosas razones políticas y morales; escribieron juntos al rey aclamado; avisaron al pueblo, que recibió el nuevo príncipe y gobierno fácil y alegre.

Dieron luego, como en posesion de su provincia, parte en las direcciones y acuerdos públicos á los cabos franceses con que se hallaban; nombraron tres para el gobierno universal de las armas; eran el Tamarit, el conseller en cap de Barcelona y el Plesís. Formaron su consejo de guerra, donde llamaron al Serriñan, fray don Miguel de Torrellas, Francisco Juan de Vergós y Jaime Damiá. En las estancias, baluartes y fortificaciones pusieron cabos franceses y catalanes, todos hombres de confianza cual se pretendia; la fuerza de Monjuich entregaron á monsieur de Aubiñí, y guarnecieronla con nueve compañías de gente miliciana, que todas constaban de hombres comunes, á esta se juntaban algunas de su mejor infantería del tercio de Santa Eulalia y el capitán Cabañas con hasta doscientos miquelets, y lo que entre todo venia á ser de mayor importancia, eran trescientos soldados viejos franceses, que se habian recogido para aquel efecto de diferentes tropas y tercios de los que entraron en el país.

Los franceses, hombres de valor y práctica, acudian sin perder punto al manejo y expedicion de las varias ocurrencias y negocios, que cada instante eran de mayor peso y peligro; no cesaban de visitar las defensas, de amonestar la gente y animarla, de recibir y mandar órdenes á todo el país, de allanar dudas y conformar competencias. En fin, ellos, con gran diferencia de lo pasado, disponian las cosas como propiamente suyas; que en aquella parte no les engañó su esperanza á los catalanes.

Hallabase en Tarrasa el conseller tercero, y por aquellos pueblos retirada la mayor parte de la infantería que se escapó de Martorell, á quien se enviaron órdenes para que recogiendo toda su gente y convoyando otra, bajase sobre Barcelona luego que tuviese noticia que el enemigo habia asentado allí sus reales, porque no tuviese lugar de fortificarse seguro en ninguna parte; aun ellos no pensaban de su furia de los españoles tanto, que temiesen la súbita embestida.

De la misma suerte se le ordenó al Margarit se fuese á Monserrate, y desde allí ocupase todos los pasos convenientes para estorbar los socorros del ejército real, y aun su misma retirada, si ellos se hubiesen en necesidad de seguirla.

Dispuestas así las cosas de una y de otra parte, amaneció el día sábado 26 de enero del nuevo año de 41, mostrandose sereno el cielo y claro el sol, quizá por darles ejemplo de quietud y mansedumbre al furor de los hombres.

A la seña de un clarin comenzó á moverse todo el ejército en aquella forma que se habia ordenado por sus cabos; así tendido por toda la campaña, representaba á los ojos tan hermosa vision, cuanto lamentable al discurso. Tremolaban los plumajes y tafetanes vistosamente, relucian en reflejos los petos en los escuadrones, oíanse mover las tropas de los caballos con destemplado rumor de las corazas; los carros y bagajes de la artillería, ordenados en hileras á semejanza de calles, figuraban una caminante ciudad populosa; las cajas, pífanos, trompetas y clarines despedian todo el temor de los bisoños, dandole á cada uno nuevos brios y alientos; el orden y reposo del movimiento del ejército aseguraba el buen suceso de su empresa; el coraje de los soldados prometia una gran victoria.

El Vélez en tanto, alegrísimo de ver sus gentes, y la felicidad con que se hallaba ya cercano á la cosa para que allí era venido, mandó hacer alto á los suyos, y llamando para junto á su persona los que podian escucharle, dijo:

«Aunque la costumbre militar nos enseñe ser provechosas las razones del caudillo antes del acometimiento, yo no veo que ahora pueda ser necesario, porque ni la justificacion de la causa que aquí os ha traído se puede olvidar á ninguno, ni tampoco hay para que acordaros ¡oh españoles! aquel excelente afecto de vuestro valor; que son las dos principales cosas que en tales casos se suelen traer á la memoria de los combatientes. De lo uno y otro son testigos vuestros ojos y vuestros corazones; aquellos mirando la rebeldia contraria que os presenta esa miserable ciudad, y experimentando estos los continuos impulsos de vuestro celo. Yo por cierto tan ajeno me hallaba ahora de persuadiros, que á no ser por respetar el uso de esta humana ceremonia de la guerra, excusara como desórden el deteneros aquí, creyendo que cada instante que os detengo en esta obra, os estoy á deber de gloria y fama. Ni discurro por su desaliento de los contrarios, que podeis medir por su delito, ni por la gran ventaja con que nos hallamos en todo á su partido, porque ya empecé á deciros que no han de ser mis palabras, sino vuestra razon, el móvil que arrebató los movimientos de vuestro espíritu; solo os debo advertir que si la suerte no quisiere acomodarse á dispensarnos sin sangre la victoria, no os debe costar mucho cuidado á los que faltareis el amparo de las prendas que dejéis en la vida; porque la piedad, la grandeza y la promesa de vuestro rey os puede justamente aliviar este peso, que es todo lo que cabe en el poder de los hombres cerca de la correspondencia con los que acaban. De mí oso á deciros que habré de ser compañero á los vivos y amigo á los muertos, y que si á costa de cualquier daño mio se pudiese excusar vuestro peligro, habré yo de ser el primero que me ofrezca á él por cada cual de vosotros.»

Ya las últimas palabras de este razonamiento se oian medio confundidas de las voces de los soldados, que en diferentes cláusulas sonaban por todas partes, clamando y pidiendo la vida de su rey y de su general y el castigo de sus contrarios. Echaron casi todos los sombreros al aire en un mismo tiempo, señal comun de alegria y conformidad en los ejércitos; y volviendo á su primer

movimiento, en breve espacio de tiempo llegaron á asomarse los batidores á vista de Barcelona por la Cruz Cubierta, que mira al portal de San Antonio.

La ciudad, habiendolos reconocido, tambien comenzó á crecer en ruido tal, tan furioso y melancólico, que bien informaba de la gran causa de que procedia. Entonces el Tamarit, con los mariscales Plesís y Serrián, que se hallaban reconociendo los puestos, viendo que los seguia mucha gente, y que su tristeza revelaba la gran duda en que se hallaba su ánimo, juzgando ser conveniente darles algun aliento, hizo seña de querer hablarlos, y fué fama les dijo así:

«Si dudais, valerosos catalanes, por la condicion de la fortuna, yo creo teneis razon; pero si mostrais temer las fuerzas que os amenazan, vano y ocioso es vuestro recelo; vecino está vuestro mayor enemigo; veislo allí; detrás de aquella montaña se esconde la ruina de vuestra patria; veis, allí está el gran vaso de veneno que presto se pondrá en vuestras manos; escoged, señores, si lo quereis beber para morir infamemente, ó si arrojarle haciendole pedazos, en que consiste vuestra vida; todo se verá presto en vuestra eleccion, y de lo que estuviere por cuenta de Dios, bien podemos contarnos por seguros, que no correrá peligro. Volved sobre vosotros, que este gigante es hueco, ó á lo menos estátua de bálago; muchas de sus tropas bisoñas, algunas desarmadas, y todas oprimidas; ninguno pelea por amor; el que mas hace viene, el que mas desea se vuelve hallando por donde; el que mas sabe no es obedecido; su rey ausente, su general con pocas experiencias, sus cabos enemigos, hambriento todo el campo, manchado de pecados, y sus espíritus llenos de propósitos torpes, su justicia ninguna, y lo que es mas, la suerte de aquel rey cansada de favorecerle. ¿Qué es lo que temeis, sino que no lleguen presto y que se os escape de las manos este triunfo? Por vosotros está la razon; hoy habeis de acabar el grande edificio de la libertad que habeis levantado; hoy se ha de dar la sentencia en que se publicará al mundo vuestra gloria ó vuestra infamia; á este dia se dedicaron todos los aciertos que obrasteis hasta ahora; punto es este en que se definirá á la posteridad vuestro nombre, ó por libertador ó fementido; aguardad y sufrid constantes los golpes del contrario, que no se os ha de dar barata la gloria de este dichoso dia. Si os atemoriza el ver que han vencido hasta aquí, esa es mas cierta señal de su próxima ruina. Si creéis á mis palabras, luego vereis mis acciones; yo no soy de los que procurarán reservarse para el premio; capitán quiero ser de los muertos, y si no os hago falta, yo quiero ser el primero que os falte; si no me hallareis entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos. Una sola cosa os pido entrañablemente; que guardéis en esta ocasion la observancia de las órdenes militares, y que mas quiera cada cual ser cobarde en su puesto que valiente en el ajeno, porque de la consonancia de los constantes y los osados pende la armonia de la victoria. Con vosotros teneis la fortuna de César; de César no, que es poco; pero del mayor rey de los cristianos, del mas venturoso de los vivientes; no es este solo el que os ha de defender. ¿Qué otra cosa ha querido mostraros el cielo en la tan impensada nueva, que hoy se os entró por las puertas, del nuevo rey de Portugal, sino que anda Dios juntando y fabricando príncipes por el mundo para defendernos con ellos? La majestad de un rey justo os asiste, la herman-

dad de otro justificado se os ofrece, la inocencia de una justísima república os ampara, el poder de un Dios sobre todo justo os ha de valer.»

Acabó el diputado, á cuyas razones los cabos franceses añadieron algunas palabras en abono del afecto de su rey, prometiendoles en su nombre socorro y descanso. Respiró con esto la plebe del dolor que la oprimia, sin otra diligencia que haber creído sus afectos.

Luego los cabos ó gobernadores de las armas mandaron que la infantería de los tercios principales guarneciese toda la muralla; era en número suficiente á mayores defensas. El regimiento del Serrián ocupó las puertas, y con particularidad se le encargó la defensa de la media luna del portal de San Antonio, la de mayor riesgo. Los capitanes de caballos franceses y catalanes, monsieur de Fontanelles, monsieur de Bridoirs, monsieur de Guidane, el de Sagé y el de la Talle; don Josef Dardena, don Josef de Pinós, Henrique Juan, Manuel de Aux y Borrellas, todos á órden del Serrián, formaron sus batallones haciendo frente al enemigo en aquel llano que yace junto á los caminos de Valdonsella y el Crucero. Previnieronse las baterías en todo el círculo de la muralla; separóse á una parte alguna gente para el socorro del fuerte, y en otra las reservas con que se habia de acudir á la misma ciudad. Facilitóse el modo de municionar la gente, empleando en este servicio la inútil; á otros se dió cuidado de retirar los muertos. Abrieronse los hospitales y casas de devocion. Algunos entendian en el regalo y esfuerzo de los otros, acariciandolos, como sucede al cazador regalar el lebrél por echarle á la presa. Algunos se ocupaban en incitar al vulgo con altos gritos; cuáles prometian premios al que se señalase en el valor y resistencia. En medio de estos no faltaban muchos que temian y lloraban; en fin, todos ocupados en la incertidumbre del suceso, el que mas le esperaba feliz no dejaba de mirarle contingente. Los templos, patentes al pueblo, aseguraban á todos misericordia.

Continuabase lentamente la marcha del ejército, y con mas vivo paso el trozo de la vanguardia, destinado á la expugnacion de Monjuich; pero habiendo llegado á los molinos, hizo alto; el segundo trozo volviendo el frente á la ciudad estuvo, y á su mano izquierda la artillería y la caballería en sus puestos, señalados en la forma que atrás hemos escrito.

Subia la vanguardia al monte, donde habiendose ya mejorado en alguna parte el primer batallón, que constaba de los dos escuadrones volantes, se dividió á los dos caminos que cada cual habia de seguir; los otros de aquel mismo trozo, formando un solo cuerpo, pretendieron subir la eminencia; con asaz trabajo de los soldados lo podian conseguir espaciosamente.

Pero porque nos sea mas fácil dar á entender la disposicion de la embestida, describiré en este lugar la ciudad de Barcelona y su Monjuich con toda brevedad posible.

Barcelona, dicha de Ptolomeo *Brachino*, antigua cabeza de su condado, y metrópoli ahora de toda la tierra llamada Cataluña, creen sus historiadores ser fundacion de Hércules Líbico; bien que algunos, mas atentos á la verdad que á la gloria, juzgan ser obra de Barcino, como su nombre parece lo da á entender. Frecuentaronla y la engrandecieron los cartagineses y romanos, que un tiempo la llamaron Favencia; no menos los godos, por la comodidad que ofrecia su puerto al comercio del Africa, Italia y España. Agro Laletano decian

los antiguos á la campaña, donde yace tendida en una vega no muy dilatada, pero hermosamente cubierta y abundante, que se comprehende entre los dos rios Llobregat, que es el Robricato, á la parte del poniente, y Besós, que fué el Bétulo, á la de levante; y aunque no muy vecinos, sirven de fertilizar su tierra. Ciñenla en forma de arco mas de medianamente corvo unas montañas, terminadas de una y otra punta en la mar, que puede servir de cuerda al arco de las serranías por la línea de su horizonte, el cual cierra el arco de un extremo á otro hácia mediodia. Sube desde el agua por la punta occidental, caminando al septentrion, un promontorio que, despues de parar en una mediana eminencia, va cayendose desotra parte en mas dilatada cuesta; este es el monte llamado Monjuich, que algunos quieren significar monte de Jove, en memoria de que los gentiles habian allí fabricado á su Júpiter aras y templo; otros le interpretan monte de los Judios, por ser en algun tiempo cementerio de aquella gente: séase esta ó aquel. Abriga á la ciudad por aquella parte de la fuerza de los vientos ponientes, y ayuda á su sanidad, reparandola del vapor de ciertas lagunas que están desotro lado de la montaña; pero cuanto sirve á la salud, desordena su defensa. No sube mucho, pero levántase aquella altura que basta para quedar eminente á toda la ciudad, de la cual apartado poco mas de mil pasos, ofrece contra ella acomodada batería. Guardó aquel sitio sin defensa alguna la confianza ó la ignorancia de los pasados. Solo habian fabricado en lo mas alto una pequeña torre, que servia de atalaya al mar y puerto; pero recelosos ya de la potencia del Rey, que los amenazaba desde los primeros alborotos, entendieron en fortificar aquella parte dañosa notablemente. Comenzaron la fábrica por industria de personas ignorantes ó difidentes; dispusose tan grande, que pareció imposible de proseguir; pararon con la obra hasta que el temor del ejército despertó segunda vez su cuidado; redujeron la larga fortificacion comenzada á un mediano fuerte en forma de cuadro, defendido de cuatro medios baluartes; cortaron lo que pudieron del monte en zanjas y cavas altas, y atravesaronle con algunas trincheras en las estancias convenientes: esta es Barcelona y Monjuich.

Eran las nueve del dia cuando el escuadron volante, gobernado por el conde de Tiron, que subia por la colina opuesta á Castelldefels, atacó la primera escaramuza, aunque el Conde con ánimo bizarro procuraba mas acercarse que ofender, ó defender de las muchas cargas de mosquetería con que ya le recibian los contrarios; todavía, reconociendo su daño y desigualdad, ordenó á su gente pelease como le fuese posible.

Habian pensado los cabos católicos antes de la embestida, mucho menos de la fortificacion de lo que hallaron despues; este mismo yerro les sucederá siempre á los fáciles en persuadirse de informaciones del enemigo; era así comun el peligro en todos: á pecho descubierto, ó cureña rasa, segun su estilo, se estaban firmes peleando con hombres cubiertos de sus defensas. La tierra propia comunica alientos contra el que pretende ganarla, y puesta delante da ánimo al mas cobarde para defenderse. Esto quisieron decir los antiguos por las ficciones de su Anteo. El que no defiende su patria, ó no es hombre ó no es hijo.

Murió de un mosquetazo por los pechos el Tiron, ilustrísimo irlandés y firmísimo católico, soldado de larga experiencia, con sentimiento y

agüero de los que mandaba, juzgando por infeliz pronóstico la anticipada muerte de su cabo. Succedia á este escuadron el de portugueses, gobernado por don Simon Mascareñas; reparó diestramente en la duda ó espanto de los que no se mejoraban pudiendo hacerlo; y habiendo sabido que la causa era la muerte del maestre de campo, dejó su puesto y se pasó á gobernar el volante con bizarro ejemplo.

No cesaban un punto las cargas de mosquetería por todas partes, si bien con menos daño en la que gobernaba el Ribera: era su camino mas acomodado, porque se enderezaba por el fondo de una canal que entre sí mismo abre el monte, y va á fenecer en el frente de la antigua torre de la atalaya. Como pudo marchar cubierto, no fué sentido hasta que improvisamente dió la carga sobre todos los que defendian lo alto de la colina.

Apenas habia llegado á su nuevo lugar el Mascareñas, cuando mandó avanzar el escuadron, que aflojando por la muerte del Conde y muchos otros que de continuo caian en tierra, habia perdido buenos pasos: ayudóles la ocasion, porque á este mismo tiempo se descubria ya otro escuadron, que gobernaba el sargento mayor don Diego de Cárdenas y Luson, por su maestre de campo Martin de los Arcos, que de pocos dias habia muerto: alentaronse uno á otro, y prosiguieron la embestida con grande aliento. Era práctico el Cárdenas, y reconociendo el lugar, mandó mejorar algunas mangas de mosquetería, que revolviendose sobre el costado derecho, daban la carga por las espaldas á los catalanes, y defendian las trincheras de la colina, donde el Mascareñas llevaba el frente; pero ellos, conociendo su peligro, puestos en retirada, se fueron al abrigo de su fuerte, dejando los puestos, no sin considerable pérdida de los españoles. Fué muerto el sargento mayor Cárdenas, que retiraron pasado de dos balazos, y el maestre de campo don Simon, herido dichosamente en la cabeza: murieron otros capitanes y soldados, dejando á los suyos mas gloria que utilidad, porque habiendo ganado con gran peligro y afan, hubieron de perderlo luego, retirandose facilmente del puesto.

Guarnecia la estancia de Santa Madrona y San Ferriol por los catalanes el capitan Gallert y Valenciá con menos cuidado de lo que pedia la ocasion; y así, recibieron los avisos de su descuido por las mismas bocas de los mosquetes contrarios. Comenzó á inquietarse la gente, ayudandoles para el susto el peligro y la novedad; pero los capitanes, haciendo por fuerza volver las caras á los suyos, mandaron darle la carga: no los dejó el temor obrar ni obedecer mas que á su misma violencia; cumplieron los dos su obligacion; mas ni su ejemplo ni las voces fueron bastantes á detenerlos. Viendo el Valenciá su peligro, hizo cómo se retirasen con algun concierto, y dejandolos ya seguros, subió á pedir al Aubiñi les socorriese con alguna gente práctica, porque, mezclada con la suya, sirviese como de corazon al cuerpo de sus naturales.

En medio de esto, habiendo reconocido el Serriñan que las tropas del San Jorge se asentaban en aquel puesto, solo á fin de embarazar todo el socorro y retirada de la gente de Monjuich, quiso ver si podia inquietarlo y moverlo, porque entonces le quedase mas acomodada la empresa.

Ordenó al capitan Aux que con algunos caballos catalanes y franceses, al abrigo de una manga de mosquetería, saliese á escaramuzar con el

enemigo. Acomodó el capitán sus infantes, arriandolos sobre la márgen opuesta á la caballería del San Jorge, donde, alteandose por aquella parte la tierra, le servia de trinchera. Eran continuas las cargas de los mampuestos, cuyo daño provocaba mas al San Jorge que no la osadía de los caballos que le convidaban á la escaramuza: mandó salir algunos de los suyos por entretenerlos; pero los catalanes advertidamente se retiraban, dejando siempre firme la infantería, porque cada instante se reconocia mas el daño de las tropas reales.

Entonces vino á entender el San Jorge que su salud consistia en desalojar de aquel sitio al enemigo, y que con su caballería, aunque poca, bastaba para tenerle seguro si una vez se ganase. Avisó al Garay, que mandaba los escuadrones del frente, porque le enviase doscientos mosqueteros para aquel servicio; pero él, en fin, hombre agudo, conociendo el suceso, se excusó de mandárselos, diciendole que sufriese cuanto le fuese posible la carga del enemigo, porque si le arrojaba de aquel puesto, habria de ser forzoso ocuparlo al punto con sus tropas; lo que era sin duda de mayor peligro, pues cuanto se mejoraba, tanto se descubria mas á las baterías de sus cañones.

No se acomodó el San Jorge á su sentimiento: volvió á mandar pedir á los escuadrones mas cercanos se le enviase alguna infantería; llegó prontamente, y poniendola en parte acomodada, empezaron á dar tan furiosas cargas al mampuesto contrario, que á pocas rociadas volvieron los catalanes las caras, retirandose hácia la muralla y media luna del portal de San Antonio. Pero apenas habian dejado el puesto, cuando el San Jorge, por no dar lugar á que le ocupasen con mayor poder, movió con los batallones de su vanguardia adelante, y pasó á formarlos en el sitio que el enemigo habia perdido.

Viendole ya tan empeñado el Serrián, mandó le batiesen con la artillería; hizose con todo efecto, antes que él pensase en si podia retirarse. Tras de la batería salieron por escaramuzar con las suyas algunas tropas de la caballería francesa, dandole á entender que en ellas consistia todo su grueso, segun el modo por que le acometian y se retiraban.

Era el San Jorge caballero mozo y de gran valor; procuraba engrandecer su nombre mereciendo en los excesos de la bizarría el anticipado aplauso que ya gozaba entre españoles, que amaba en extremo; juzgó que la fortuna le habia traído el mejor día; llevado de esta esperanza, no quiso ó no supo mirar la incertidumbre. Despachó luego un teniente con aviso al Quiñones, que gobernaba la de las órdenes, y con sus caballos ocupaba lo mas hondo del valle por cubrir el cuerno izquierdo, para que viendo embestir sus tropas, á cuyo golpe sin duda el enemigo habia de volver, le cortase, metiendose con la cara á Monjuich, y dandole el costado diestro á la ciudad.

Con esta diligencia, creyendo no faltaba otra para la victoria, mandó prevenir toda su gente para la embestida. Continuaba el Aux en inquietarle, cuando el San Jorge, recibiendo la carga, corrió á toda furia.

No cesaba el juego de la mosquetería de todas las defensas con mas daño que horror, ni el de las baterías con mas horror que daño, uno y otro bastante á detener á cuantos con menos aliento ó con mas cordura veian aventurar sus vidas

desesperadamente. Movieronse todos con el San Jorge; pero acompañóle solo su batallon de corazas y el que gobernaba Filangieri; corrian con tanto ímpetu, que el desdichado Duque no tuvo lugar de advertir el poder de su contrario ni la falta de los suyos; corrió, en fin, como quien corria á la muerte, dando entre todos señaladas muestras de su gran aliento.

Hallabanse en sus puestos los monsieures de la Halle y de Godenés con dos buenas compañías de caballos franceses, que, advirtiendo la ceguedad de los españoles y los pocos que ya seguian sus cabos, volvieron sobre ellos con gran destreza y valentía. Encendióse bravamente la escaramuza, al mismo paso que en los unos iba faltando la esperanza de la vida, y en los otros crecia la de la victoria.

El San Jorge, ya como perdido, viendose seguir de pocos y entre todo el poder de su enemigo, procuró revolverse con ellos, y hacer con ellos la entrada por la puerta de la ciudad, creyendo que antes le socorreria el Quiñones, que por instantes aguardaba; pero él, que desde luego reconoció el peligro de su pensamiento, no se dispuso a remediar el daño por no entrar tambien á parte con él. Miraba desde su puesto la tragedia del otro: ellos dicen que la ignoraba; pero su templanza pareció aquel dia excesiva cordura.

Prosiguió el San Jorge su desigual escaramuza hasta llegarse á la mosquetería de los reductos de afuera, con que se defendia la puerta, y siendo conocido por el hábito (y mas lo pudiera ser por el valor), tiraronle muchos, y le acertaron cinco balas, de que cayó en tierra mortalmente herido. Cargaron á socorrerle hasta veinte soldados de los suyos, parientes y amigos, y algunos otros oficiales, señalandose entre ellos el Filangieri, y recibiendo muchas heridas, todas mortales, aunque mas dichosas.

Murieron noblemente sobre el cuerpo de su caudillo al golpe de espada los capitanes de caballos don Mucio y don Fadrique de Espetofora y don García Cavanillas. Los golpes, el estruendo, el humo, el clamor y sangre, mezclados confusamente; los vivas de los que triunfaban, los ayes de los que morian, todo formaba una constante lástima de sus malogrados años y esperanzas.

Algunos que le seguian, llamados quizás del mismo peligro, viendole ya perder la vida, se contentaron con escapar su cuerpo desangrado; rompieron furiosamente por entre los franceses, que, admirados ó coléricos, cargaban sobre los rendidos: tuvieron lugar entonces de retirarle lánguido y casi muerto, en cuya compañía pudo tambien escaparse el Filangieri.

Estaba á media ladera de la montaña el Torrecusa, cuando vió mover intrepidamente el hijo; no dejó de temer su resolucion, pero alegróse interiormente de tenerle por compañero en la victoria que esperaba; alzó la voz, y arrebatado del afecto natural de padre, bien que distante, dicen que dijo: «Ea, Carlos María, morir ó vencer; Dios y tu honra;» palabras cierto dignas de un grande espíritu.

Subió despues á las trincheras, donde por instantes recibia avisos de los malos sucesos, y los remediaba segun le era posible. Hallabanse los tercios ocupando y ciñendo ya casi toda la eminencia, y los que mas perdian eran aquellos que mas habian ganado; porque, cuanto llegaban á descubrirse mas presto, daban mas tiempo á los contrarios de emplear en ellos sus baterías. Caian cada instante por todos los escuadrones muchos

hombres muertos, otros se retiraban heridos; ya ninguno esperaba la hora de la victoria, sino la de la muerte, ni su consideracion se ocupaba en el modo de pelear con reputacion, sino de escaparse con ella: tal era el daño; en los grandes riesgos pocos discursos abrazan la osadía.

No fué menor el espanto de los catalanes, viéndose en tan corto número, mal defendidos de una sola fortificacion, ocupada en torno de las banderas enemigas. Dieron señales á la ciudad, segun habian concertado, pidiendole socorros, porque de aquella misma detencion, que en los españoles era ya duda, se temian ellos, pensando que descansaban para volver al asalto con mayor brio. Hacian grandes humaredas de pólvora humedecida, segun uso de la guerra; correspondian los de la ciudad con otras no menos conocidas.

Mientras en Monjuich se combatia de esta suerte, los que hacian frente á Barcelona tambien procuraban inquietarla con baterías de sus cañones y algunas mangas que sacaban cubiertas, segun el terreno permitia, por desalojar al enemigo de la muralla.

Gobernaba la artillería en la ciudad el capitán Monfar y Sorts, hombre práctico en este ministerio; no descansaba de trabajar en aquellas baterías, que mejor podian ofender los escuadrones contrarios; empleó algunas, todas en gran daño de los españoles, que, reconociendo cada vez mas la resistencia de la plaza y fuerte, á gran priesa desconfiaban del suceso.

Hallabase la ciudad mas alentada, viendo que tan contra su temor el enemigo se defenia, añadiendosele de ánimo y de esperanza todos los espacios de tiempo que se veian perder. De esta suerte se peleaba con bravo aliento, y de esta suerte se esperaba el combate universal, firme cada uno en su puesto, cuando los cabos, advertidos de las señales de Monjuich, comenzaron á mandar se entresacase gente de guarnicion para el socorro del fuerte; no fué pequeña duda entonces, porque cualquiera pretendia ser el primero, corriendo desordenadamente á aquella parte por donde habia de salir el socorro. Venció la diligencia y autoridad del diputado y los que le seguian la dificultad en que les ponía su mismo efecto; y así, separando de todos cerca de dos mil mosqueteros, la gente mas ágil, para que pudiese llegar con prontitud, se despachó el socorro á buen paso por el camino encubierto que va desde la ciudad al fuerte, al mismo tiempo que la gente conducida de la ribera desembarcaba al pié de su montaña y la subia.

Habian los reales que combatian arriba muchas veces acercado y retirado sus escuadrones, conforme la resistencia con que los recibian. Algunas veces, segun era el aliento de los capitanes que gobernaban las escaramuzas, se juntaban tres y cuatro, y con inútil gallardía corrian hasta tocar las mismas defensas y trincheras del enemigo; otros, oprimidos del espanto y del riesgo, se retiraban. En estas ondas parece que fluctuaba su fortuna de estas y aquellas armas, ó por mas alto modo, en estos visos mostraba la Providencia cómo á su disposicion estaba el castigo de unos y otros, pues con tanta diferencia los movia, ahora pareciendo estos los vencedores, y ahora mudando toda la apariencia del suceso por bien pequeños accidentes.

En esta neutralidad llegó el Torrecusa, que engañado, entendia, despues de ver mover al hijo, no le faltaba otra cosa que acabar con el fuerte para alzar el grito de la victoria. Y viendo los sol-

dados con desmayo, y aun los otros cabos sin orgullo, dió voces, incitandolos al acometimiento. Persuadieronse con la presencia y autoridad del que los mandaba, y se mejoraron hasta que por todos fué reconocido ser el asalto imposible por falta de escalas y otros instrumentos con que el arte lo facilita. Hallabase en aquella parte del fuerte un artillero catalan, diestrísimo en su manejo; el cual, viendo que el enemigo se le acercaba tanto, dió fuego á un pedrero grueso, alojado en uno de los flancos del fuerte, que defendia todo aquel lienzo donde los reales hacian el frente. Fué grandísimo el daño que recibió la vanguardia; empero ni por eso perdieron tierra los españoles, antes se acercaban cada vez mas; con todo, viendo el Torrecusa ya con experiencia cómo la escalada de aquella vez era imposible sin otras prevenciones, mandó con repetidos avisos al marques Xeli, general de la artillería, le enviase escalas en número bastante, porque él no habia de bajar dejando el fuerte en manos del enemigo. Ordenabale tambien que no parase en las baterías de la ciudad, porque los socorros no subiesen tan pronto; que todo vendria á estorbarselos si los escuadrones de abajo hacian semblante de la embestida.

Continuabanse las cargas de una parte y de otra, aunque la pérdida de los catalanes, reparados de las trincheras y fuerte, era muy desigual á la de los reales todavia, como tambien lo eran sus fuerzas; y reconociendo que su deliberacion procedia en embestirlos dentro de sus defensas, llegaron casi á desesperar del suceso; no faltando algunos, como es cierto, que ya entre sí platicasen las buenas condiciones de un partido; otros, menos advertidos, con lamentables quejas acusaban y maldecian su desdicha.

El Vélez, con diferente cuidado que el Torrecusa, se hallaba considerando y mirando lo que pasaba en todas partes, y sentia interiormente, como hombre cuerdo, que habiendo sido el mayor socorro en que se fiaba la confianza prometida, hasta aquel punto no se reconocia en la ciudad señal ninguna en favor del ejército, antes una comun y firme voluntad á la resistencia.

Al sonido de las voces, que cada vez crecia con mas desesperacion en todos los que esperaban por instantes la muerte, salió á la plaza superior del fuerte el sargento Ferrer, llevado de algun eficazísimo impulso, y con celo de verdadero patricio procuró entregar la vida por la defensa de su república. Era comun en los catalanes la voz de que todo se perdia y que el enemigo los asaltaba, cuando Ferrer impaciente miraba á un lado y otro por reconocer la parte donde eran acometidos; topó antes con el semblante de la gente que marchaba de socorro, así de la ciudad como de la marina, que ya se hallaba mas cerca del fuerte que los mismos escuadrones contrarios. Entonces con nuevo aliento levantó el grito publicando el socorro; volvió sobre sí la gente entre alegre y temerosa, multiplicando sus fuerzas y dilatando su espíritu de tal suerte, que ellos comenzaron á osar con tanto exceso como de antes habian temido.

Llegaron los nuevos soldados llenos de valor y envidia unos de otros; comenzaron á dar pesadas y continuas cargas á los reales, que á pocos pasos de su embestida conocian por el brio del segundo combate cómo se fundaba en nuevas fuerzas. Aumentabanse las muertes y peligros por todas partes; en ninguna habia lugar seguro; los valerosos eran los mas desdichados (si podemos llamar ruin suerte aquella que dispone la

gloria y fama); la osadía y constancia eran continuas negociaciones del peligro. El que procuraba adelantarse á los mas, en un instante le retiraban en brazos del amigo ó del dichoso; quien pretendia aplausos por sus acciones, ellas mismas lo llevaban mas ciertamente á la lástima: de esta suerte engañó muchos á la fortuna en la mesa de Marte. Murieron lastimosamente don Antonio y don Diego Fajardo, entrambos sobrinos del Vélez, hijo el primero de don Gonzalo Fajardo, y nieto el segundo de don Luis Fajardo, general que fué en el mar Océano; iguales en edad tierna y anticipada desdicha. Otros caballeros y capitanes murieron aquel dia, de cuyos nombres no podemos hacer cierta relacion; aun en esto les siguió la desdicha, acabar sin esta ceremonia de la fama que se ofrece á la posteridad como en sacrificio.

A la parte de San Ferriol se habian engrosado los reales, porque todos embistiesen á un mismo tiempo: pero como para acometer aquella estancia era fuerza descubrirse á las baterías de la ciudad, cuando llegaron á ser descubiertos fueron bravamente batidos de las culebrinas, que aunque desviadas buen espacio, no dejaron de hacer tan grande efecto, que los españoles no se atrevieron á pasar, con poca satisfaccion del Ribera, que los mandaba.

Ningun desaliento ó retirada de los suyos bastaba para que el Torrecusa dejase de forzarlos, porque al mismo instante cobrasen lo que habian perdido. Midiendo el tiempo, queria alojar su gente en parte donde pudiese dar la escalada al mismo punto que llegasen los instrumentos, porque no les faltase el dia, circunstancia tan notable en las batallas; pero como el daño y mortandad era grande, ordenó que aquel escuadron del costado izquierdo, que recibia lo mas furioso de la batería contraria, se abrigase en unos olivares que estaban á un lado del mismo escuadron.

Hallabase ya en aquel bosque de mampuesto el capitán Cabañas con su compañía, y pretendiendo entrar por esotra parte de él á desalojar los españoles, fué reconocido su intento de una tropa de caballería real que tenia aquel llano, la cual, revolviendo por las espaldas de otro escuadron, quiso cortar al Cabañas; pero tambien se lo estorbó la artillería de la muralla, que obligó á volver la tropa, y aun á retirarse del lugar en que antes estaba, no lograndose por entonces los intentos de estos ó aquellos.

Mientras duraba el combate de Monjuich y la batería de la ciudad, que el Xeli continuaba con mas furia despues de la orden del maestro de campo general, no cesaban los diputados y consellers con toda la gente noble de visitar la muralla y los puestos de mayor importancia en vivísimo cuidado, animando á todos y prometienles seguro el vencimiento.

Constaba su guarnicion de los tercios de sus patricios, que gobernaban los maestros de Campo Domingo Moradell, Galceran Dusay, Josef Navel. Los cabos y oficiales franceses con extraordinaria fatiga se hallaban en todos los sucesos, unos y otros nuevamente animados, viendo lo poco que obraban sus enemigos en tantas horas de trabajo. Este aliento de los cabos, deducido, como suele, á los soldados y gente inferior, brotaba felicisimamente en los ánimos populares; de suerte que en poco tiempo, con extraña diferencia ellos en su corazon y en sus obras, mostraban no temer el ejército. Habian notado la derrota de la caballería española, y aunque hasta entonces

no se entendia cumplidamente su buen suceso, todavia la certeza de no haber perdido ninguna de sus tropas los habia dado esperanza y alegria.

Eran las tres de la tarde, y se combatia en Monjuich mas duramente que hasta entonces, porque la ira de unos y otros con la contradiccion se hallaba en aquel punto mas encendida. Iban entrando sin cesar los soldados á las baterías del fuerte; el que una vez disparaba, no lo podia volver á hacer de allí á largo espacio, por los muchos que concurrían á ocupar su puesto. Afirmase haber sido tales las rociadas de la mosquetería catalana, que mientras se manejaba, á quien la escuchó de lejos parecia un continuado sonido, sin que entre uno y otro estruendo hubiese intermision ó pausa perceptible á los oidos.

Confusos se hallaban los españoles, sin saber hasta entonces lo que habian de ganar por aquel peligro, porque ya los oficiales y soldados, llevados del recelo ó del desorden, igualmente dudaban y temian el fin de aquel negocio. Algunos lo daban ya á entender con las voces, acusando la disposicion del que los traia á morir sin honra ni esperanza, como ya deseoso de que no escapase de aquel trance ninguno que pudiese acusar sus desaciertos. No dejaba de oír sus quejas el Torrecusa, ni tampoco ignoraba su peligro; empero entendia que siendole posible el estarse firme, sin duda los catalanes perderian el puesto, por ser inalterable costumbre de las batallas quedarse la victoria á la parte donde se halla la constancia con mas actividad. Instaba con nuevas órdenes al Xeli le enviase instrumentos de escalar y cubrirse; por ventura raro ó nunca visto descuido en un soldado grande, disponerse á la expugnacion de una fuerza sin querer usar ó prevenir ninguno de los medios para poder conseguirlo.

Habia llegado ya aquella última hora que la divina Providencia decretara para castigo no solo del ejército, mas de toda la monarquia de España, cuyas ruinas allí se declararon. Así, dejando obrar las causas de su perdicion, se fueron sucediendo unos á otros los acontecimientos de tal suerte, que aquel suceso en que todos vinieron á conformarse, ya parecia cosa antes necesaria que contingente. Pendia del menor desorden la última desesperacion de los reales; no se hallaba entre ellos alguno que no desease interiormente cualquiera ocasion honesta de escapar la vida.

A este tiempo (podemos decir que arrebatado de superior fuerza) un ayudante catalan, cuyo nombre ignoramos, y aun lo callan sus relaciones, á quien siguió el segundo Verge, sargento francés, comenzó á dar improvisas voces, convidando los suyos á la victoria del enemigo, y clamando (aun entonces no acontecida) la fuga de los españoles; acudieron á su clamor hasta cuarenta de los menos cuerdos que se hallaban en el fuerte, y sin otro discurso ó disciplina mas que la obediencia de su ímpetu, se descolgaron de la muralla á la campaña por la misma parte donde los escuadrones tenian la frente. Llevabalos tan intrépidos el furor, como los miraba temerosos el recelo de los reales, que sin esperar otro aviso ó espanto mas que la dudosa informacion de los ojos, averiguada del temor, y creyendo bajaba sobre ellos todo el poder contrario, palateando las picas y revolviendo los escuadrones entre si (manifiesta señal de su ruina), comenzaron á bajar corriendo hácia la falda de la montaña, alzando un espantoso bramido y queja universal. Los que primero se desordenaron fueron los que estaban

mas al pié de la muralla enemiga: tan presto el mayor valor se corrompe en afrenta; otros con ciego espanto cargaban sobre los otros de tropel, y llenos de furia, rompián sus primeros escuadrones, y estos á los otros, y de la misma suerte que sucede á un arroyo, que con el caudal de otras aguas que se le van entrando va cobrando cada vez mayores fuerzas para llevar delante cuanto se le opone, así el corriente de los que comenzaban á bajar atropellando y trayendose los mas vecinos, llegaba ya con dobladas fuerzas á los otros, por lo cual los que se hallaban mas lejos llevaron el mayor golpe. Unos se caian, otros se embarazaban, cuáles atropellaban á estos, y eran despues hollados de otros. Algunas veces en confusos y varios remolinos pensaban que iban adelante, y volvian atras, ó lo caminaban siempre en un lugar mismo; todos lloraban; los gritos y clamores no tenían número ni fin; todos pedian sin saber lo que pedian, todos mandaban sin saber lo que mandaban; los oficiales mayores, llenos de afán y vergüenza, los incitaban á que se detuviesen; pero ninguno entonces conoció otra voz que la de su miedo ó antojo, que le hablaba al oido. Algun maestre de campo procuró detener los suyos, y con la espada en la mano, así como se hallaba, fué arrebatado del torbellino de gente; pero dejando el espíritu adonde la obligacion, el cuerpo seguia el mismo descamino que llevaba la furia de los otros; ni el valor ni la autoridad tenia fuerza; ninguno obedecia mas que al deseo de escapar la vida.

A este primer desconcierto esforzó luego la saña de los vencedores, arrojandose tras de los primeros algunos otros que hizo atrevidos la cobardía de los contrarios; tales con las espadas, tales con las picas ó chuzos, algunos con hachas y alfanjes, no de otra suerte que los segadores por los campos, bajaban cortando los miserables castellanos. Mirabanse disformes cuchilladas, profundísimos golpes é inhumanas heridas; los dichosos eran los que se morian primero: tal era el rigor y crueldad, que ni los muertos se escapaban; podia llamarse piadoso el que solo atravesaba el corazon de su contrario. Algunos bárbaros, aunque advertidamente, no querian acabar de matarlos, porque tuviese todavía en que cebarse el furor de los que llegaban despues; corria la sangre como rio, y en otras partes se detenia como lago horrible á la vista, y peligroso aun á la vida de alguno que, escapado del hierro del contrario, vino á ahogarse en la sangre del amigo.

Los mas, sin escoger otra senda que la que miraban mas breve se despeñaron por aquellas zanjias y ribazos, donde quedaron para siempre; otros, enlazados en las zarzas y malezas, se prendian hasta llegar el golpe; muchos, precipitados sobre sus propias armas, morian castigados de su misma mano; las picas y mosquetes, cruzados y revueltos por toda la campaña, era el mayor embarazo de su fuga, y ocasion de su caída y muerte.

No se niega que entre la multitud de los que vergonzosamente se retiraron, se hallaron muchos hombres de valor desdichada é inutilmente; algunos que murieron con gallardia por la reputacion de sus armas, y otros que lo desearon por no perderla: singular dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los casos donde todos la pierden, porque el suceso comun ahoga los famosos hechos de un particular, todavía esta razon no desobliga á los honrados, bien que los aflige.

El maestre de campo don Gonzalo Fajardo sa-

lió herido considerablemente; con todo era su mayor riesgo la muerte del hijo único que dejaba en tierra. Don Luis Jerónimo de Contreras, don Bernabé de Salazar y el Isinguien, todos iguales en puesto al Fajardo, sacaron mas que ordinarias heridas, con otros muchos oficiales y caballeros, que no pretendemos nos sean acreedores de su gloria, si ella no pudo adquirirse en tan siniestro dia para su nacion.

Las banderas de Castilla, poco antes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caidas y holladas de los piés de sus enemigos, donde muchos ni para trofeos y adorno del triunfo las alzaban: á tanta desestimacion vieron reducirse. Las armas perdidas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudieron servir mejor entonces de defensa que en las manos de sus dueños, por la dificultad que causaban al camino; solo la muerte y la venganza lisonjeada en la tragedia española parece se deleitaban en aquella horrible representacion.

Casi á este tiempo llegó al Torrecusa nueva de la muerte de su hijo y los suyos. Recibióla con impaciencia, y arrojando la insignia militar, forcejaba por romper sus ropas: desigual demostracion de lo que se prometia de su espíritu. Los hombres primero son hombres; primero la naturaleza acude á sus afectos, despues se siguen esos que canonizó la vanidad, llamandoles con diferentes nombres de gloria indigna; como si al hombre le fuera mas decente la insensibilidad que la lástima.

Llegabanle cada instante tristísimos avisos de la rota, de que tambien pudieron sus ojos y su peligro avisarlo, si las lágrimas diesen lugar á la vista y la pena al discurso. Desde aquel punto no quiso oír ni mandar, ni permitió que ninguno le viese; no era entonces la mayor falta la de quien mandase, porque en todo aquel dia fué mas dificultoso hallar quien obedeciese.

Los que estaban abajo con la frente á Barcelona miraban casi con igual asombro la suerte de sus compañeros; esperabanlos mas constantes, no por temer menos el peligro, sino porque llegados, ellos tuviesen entonces mejor disculpa á su retirada. Era ya sabida en el campo la pérdida del San Jorge, y en esta noticia fundaba mas su temor que en ningun otro accidente.

El Vélez á un mismo tiempo miraba perderse en muchas partes, y no recelaba menos la inconstancia de los suyos, que ya empezaban á moverse, que el desorden de los que bajaban rotos. El peligro no daba lugar al consejo ó ponderacion espaciosa; y así, informado de que el Torrecusa habia dejado el mando, llamó al Garay y le entregó la direccion de todo. No se puede llamar dicha, aunque suele ser ventura, ser escogido para remediar lo que ha errado otro, porque parece que se obliga el segundo á mayores aciertos, faltandole los medios proporcionados á la felicidad; para esto son mas los hombres dichosos que los prudentes.

Recibió el Garay su gobierno, y fué la primera diligencia ordenar que los escuadrones del frente marchasen luego y á toda priesa hácia fuera, dando las espaldas al lugar de Sans, y que la caballeria se opusiese á la gente que bajaba en desorden, con ánimo de pasarla á cuchillo si no se detuviese; con lo cual se podria conseguir que, medrosos ellos de los mismos amigos, siquiera por beneficio del nuevo espanto se parasen; que era lo que por entonces pretendia el que gobernaba, para poderlos dar aliento y forma.

Marchó el Vélez con su trozo llevando la artillería en medio, y el Garay salió á recibir los tercios desordenados, que ni al respeto de su presencia ni al rigor de muchos oficiales que lo procuraban por cualquier medio, acababan de detenerse y hallar entre los suyos aquel ánimo que habian perdido cerca de los enemigos; antes con voces de sumo desórden clamaban: «Retira, retira.» En fin, la diligencia del propio cansancio y fatiga, que no les permitia mayor movimiento, les fué cortando el paso ó las fuerzas, de suerte que ellos, sin saber cómo, unos se paraban, otros se caian por tierra.

Grande fuera el estrago si los catalanes prosiguieran el alcance; pero como habian salido sin otra prevencion mas de la furia, jamás sus pensamientos llegaron á creer que podian conseguir otra cosa que la defensa. No hubo hombre práctico que, viendo arrojar á los suyos, no los juzgase perdidos; esto los detuvo, y fué su mayor dicha de los que se retiraban y su mayor afrenta.

Estaba la ciudad con la vista pronta en todas las acciones del fuerte, y habiendo reconocido la retirada de los escuadrones españoles, fué increíble el gozo y alegría que subitamente se infundió en sus corazones; en fin, como aquellos que en una hora desde la esclavitud se veian subir al imperio.

Alababan el nombre de Dios con festivos clamores, bendecian la patria, ensalzaban el celo de los suyos, engrandecian ultimamente la gloria de su nuevo príncipe, cuya soberana fortuna tan presto los habia hecho gozar de la felicidad comun de aquella monarquía.

El Garay, sin perder un punto en el manejo de su defensa, como hombre que verdaderamente ignoraba la ocasion de su derrota, hizo echar bando que todos al instante acudiesen á sus banderas, ó por lo menos á cualquiera de las de sus tercios que conociesen; y ordenó que ellos tomasen la mas breve forma posible de ponerse en escuadron, porque vuelto á componer el ejército, pudiese respirar su espíritu. Consiguiólo, pero tarde, con fatiga increíble, y somos ciertos oír de su boca que fué tan grande aquel trabajo, tan difícil y tan provechoso, que en sola esta accion se habia juzgado digno de gobernar un ejército.

Hecho esto, se juntaron los cabos, menos el Torrecusa, que desde el punto que dijimos se excusó del mando, sin haber cosa que le obligase á la templanza; y despues de haber llorado entre todos la muerte de los suyos, y en primer lugar la lástima del San Jorge, discurrieron por los daños ya sensibles entonces al ejército, diciendo que la gente se hallaba en sumo desaliento; que las provisiones faltaban; que la fama de la pérdida no dejaria lugar fiel en todo el pais; que el poder no bastante á ganar un solo puesto cuando entero y orgulloso, mal llegaba á combatir una ciudad despues de roto y desmayado; que Barcelona habia de ser socorrida por los paisanos y auxiliares; que al duque de Luí se afirmaba estaban aguardando por instantes; que las galeras de España se habian apartado; que don Josef Margarit, segun las informaciones de algunos naturales, bajaba con la gente de la montaña á ocupar los pasos de Martorell y el Congost; que el ejército se hallaba con menos de dos mil infantes y muchos caballos de los con que habia subido, entre muertos, heridos y derrotados; que tambien faltaban algunas personas de los cabos, cuyos lugares debian ser ocupados con gran consideracion; que se habian perdido en todas las compañías mas de cuatro mil

armas; que con estas mas se hallaba al enemigo para poder resistirse; que ni el tiempo ni la fortuna ni el estrago daban lugar para que se consultase con el Rey su resolucion; que la salud pública de aquel ejército consistia en lo que se acertase y ejecutase antes del amanecer; que lo mas conveniente era volver á Tarragona con suma brevedad, porque los pasos no se embarazasen, y primero que los de Barcelona saliesen á impedirselo con escaramuzas; que se debian anticipar á las noticias de su desgracia, porque llegasen sin ella á los lugares que dejaban á las espaldas, sin darles ocasion de que con su pérdida los tomasen otra vez, y les fuese necesario volver á ganarlos de nuevo; que desde aquella plaza se podia dar aviso al Rey, y esperar sus órdenes y socorros.

Todo lo escuchaba el Vélez, suspenso en la consideracion de su fortuna, haciendo en su ánimo firme propósito de no recibir por ella otra injuria. No hubo entre todos alguno que contraviniese el acuerdo, en todo ajustado á lo propuesto.

Ocuparonse aquella tarde los catalanes, ya vencedores, en recoger los despojos de su triunfo, y entre ellos, como mas insigne, llevaron á la ciudad once banderas españolas, siendo diez y nueve las perdidas del ejército, que poco despues colgaron desde la casa de su diputacion á vista de todo el pueblo, que las miraba con igual saña y alegría; llevaron notable cantidad de todas armas, carros, bagajes y pabellones, que servirán á la posteridad como testigos de aquella gran pérdida de españoles.

No se descuidaron un punto de la guardia de su fuerte, ni quisieron pedir mas halagos á su fortuna que la buena suerte de aquel dia; guarnecieronle con nuevo y grueso presidio, habiendo recibido aquella noche mas de cuatro mil infantes de los lugares convencinos, como si verdaderamente temiesen el segundo asalto.

Estas diligencias, que no pudieron hacerse sin gran ruido de toda la campaña, y alguna artillería que á espacios señalados disparaba la ciudad por tener su gente cuidadosa, servia aun mas de temor al ejército que de prevencion á los suyos, á quienes el deseo de la consumada victoria tenia alegres y puntuales ordenadamente en sus estancias, todavia inciertos de lo que habian conseguido.

Descubrióse al amanecer el fuerte de Monjuich y sus trincheras, coronado de copiosa multitud de gente, que habia subido á notar el estrago de los reales, de que todavia se hallaban señas recientes en la sangre y cadáveres de sus enemigos; pero los castellanos, habiendo temido de su movimiento alguna determinacion de las á que podia convidarles el buen semblante de la fortuna de sus contrarios, obedeciendo á ella, comenzaron á moverse antes del dia la vuelta de Tarragona, tan llenos de lástima y desconsuelo, como los catalanes se quedaban de honra y alegría.

Antes fué enterrado el San Jorge miserablemente en la campaña; espiró aquella noche, mezclando entre las palabras que ofrecia á Dios, algunas que bien significaban el celo del servicio de su rey. Acompañaronle muchos otros, cuyos cuerpos, esparcidos por la tierra, asemejaban un horrible escuadron asaz poderoso para vencer la vanidad de los vanamente confiados.

La pérdida de los naturales fué desigual, bien que murieron algunos; porque como siempre pelearon dentro de sus reparos, no habia tanto lugar de emplearse en ellos las balas enemigas.

Marchó el infeliz ejército con tales pasos, que bien informaban del temeroso espíritu que lo movía; caminó en dos dias desengañado lo que en veinte había pisado soberbio; atravesó los pasos con temor, pero sin resistencia; entró en Tarragona con lágrimas, fué recibido con desconsuelo, donde el Vélez, dando aviso al Rey Católico, pidió por merced lo que podia temer como castigo. Excusóse de aquel puesto, y lo excusó su rey, mandando le sucediese Federico Colona, condestable de Nápoles, príncipe de Butera, virey entonces en Valencia, que poco tiempo despues representó su tragedia en el mismo teatro, perdiendo la vida sitiado por franceses y catalanes en Tarragona.

No pararon aquí los sucesos y ruinas de las armas del rey don Felipe en Cataluña, reservadas quizá á mayor escritor, así como ellas fueron mayores. A mí me basta haber referido con verdad y llaneza, como testigo de vista, estos primeros casos, donde los principes pueden aprender á moderar sus afectos, y todo el mundo enseñanza para sus acontecimientos.

FIN.

Lapidem, Quem Reprobavunt, Edificantes.

INDICE.

	Págs.
Vida del autor	3
Prólogo	7
LIBRO PRIMERO.—Intereses y discordias entre España y Francia.—Progresos de las armas católicas y cristianísimas en Flándes, Francia é Italia.—Ocupacion de Tierra de Labor.—Sitios, embestidas y tomas de Leucata, Fuenterrabia, Coruña y Salses.—Guerra y ejércitos en España, origen de escándalos y alborotos en Cataluña.—Descripcion de aquella provincia.—Violencias en su gobierno.—Descontento comun.—Prision de sus ministros.—Entrada de los segadores.—Movimientos de Barcelona.—Muerte del Santa Coloma, virey del Principado.	9
LIBRO SEGUNDO.—Tortosa sigue la inquietud de la provincia.—Gobierno del Cardona.—Sus acciones y muerte.—Junta el Arce las armas reales.—Su camino.—Asalto de Perpiñan.—Obispo de Barcelona, nuevo virey.—La Diputacion envia embajada al Rey Católico.—Efectos de ella.—Previene el Conde-Duque gran junta cerca de los negocios del Principado.—Sus proposiciones y pareceres.—Resuélvese la guerra.	20
LIBRO TERCERO.—Eleccion de general del ejército del Rey Católico.—Exámen de los sugetos suficientes.—Junta de la generalidad en Barcelona.—Ventilase de la paz ó defensa.—Llamanse los títulos catalanes.—Embajada y rehenes á Francia.—Juicios de aquel reino.—Capitulaciones y ajustamiento con el Cristianísimo.—Rompe el Garay con hostilidad en Rosellon.—Sucesos de sus armas.—Reducese Tortosa.—Ocupanla los reales.—Entra en ella el marques de los Vélez.—Jura de virey del Principado.	31
LIBRO CUARTO.—Progresos de las armas mientras el Vélez asistia en Tortosa.—Tomas de las villas y pasos de Cherta, Aldover y Tivenys.—Primera forma del ejército en campaña.—Ganase el Perelló.—Embestida y toma del Coll de Balaguer.—Retirase el conde de Zavallá.—Sitio de Cambrils.—Razon del caso de los rendidos.—Muerte del baron de Rocafort.—Ocupase el campo de Tarragona.—Asalto de Villaseca.—Sitio del fuerte de Salou.—Frente sobre Tarragona.—Negociaciones con Espernan.—Retirada del pendon y Conseller.—Entrega de la ciudad.—Suceso de Portugal.—Alojamiento del ejército.	46
LIBRO QUINTO.—Preparaciones del Principado.—Disposicion del campo español.—Instancias á Espernan.—Su vuelta á Francia.—Pierdese Villafranca y San Sadurní; Martorell es embestido.—Socorrele Barcelona.—Juicios y consejos de Españoles y catalanes.—Intentase la ciudad.—Habla el Vélez á los suyos.—Aclama la generalidad al Cristianísimo.—Expugnacion de Monjuich.—El San Jorge pretende entrar las puertas.—Muere en ellas.—Atacanse las escaramuzas.—El fuerte se defiende.—Rompense los escuadrones.—Derrota del ejército.—Su pérdida y mortandad.—Retirase el Vélez á Tarragona.—Acaba su gobierno.	64



